


SERGIO S. MORÁN

EL
DIOS
ASESINADO
EN EL
SERVICIO
DE
CABALLEROS

UN CASO DE LA DETECTIVE
PARABELLUM



FANTASY

SERGIO S. MORÁN

EL
DIOS
ASESINADO
EN EL
SERVICIO
DE
CABALLEROS



FANTASCY

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A mis padres,
por ponerme la cabeza en las nubes, y los pies en la tierra.*

*Y a mi hermana,
porque mis primeras lecturas fueron con su voz.*

1

Café con sangre

«Tienes el cadáver de un dios en el maletero.»

Leí por tercera vez el mensaje. Era un mensaje claro y directo, escrito a bolígrafo en mi brazo izquierdo. Era mi letra, apresurada y temblorosa, pero a fin de cuentas mi letra, no había duda. También era mi brazo, de eso había todavía menos duda. Pero, a pesar de todo, no me resultaba en absoluto familiar.

Incómoda en mi taburete, arqueé la espalda hasta que me pareció oír un par de vértebras recolocarse. Había parado tras varias horas conduciendo, algo que notaba en mi espalda, pero ahora mismo no era capaz de recordar de dónde venía ni cuál era mi destino. Apuré el café, que ya estaba frío. Su sabor me advirtió de que estaba en la cafetería de un área de servicio de alguna autopista y no en un sitio donde supiesen a qué debe saber el café: invitaba a pensar que para hacerlo habían filtrado el asfalto sobrante de la carretera. El cruasán que tenía al lado y que no recordaba haber mordido parecía estar hecho de caucho. Un vistazo al resto de las opciones del menú no permitía descartar que también los hubiesen obtenido de algún accidente múltiple reciente. Menos la carne del lomo, cuyo color oscuro y desagradable indicaba que era de todo menos reciente.

Ah. Sí. El cadáver del dios. Mi maletero.

Entrecerré los ojos e intenté concentrarme, pero algo en mi cabeza no solo

me impedía hacer memoria, sino que además no me dejaba pensar con claridad. Mi mente divagaba, y los pensamientos intentaban aferrarse a las paredes de mi cerebro sin conseguirlo.

Llevaba horas conduciendo. Por encima de la neblina que era mi memoria, parecía destacarse esa idea, quizá ayudada por el cansancio de mi espalda, que claramente indicaba que había estado demasiado tiempo al volante. El dolor era leve pero constante. Tenía que cuidar la postura o iría a más. A lo mejor una sesión de masaje... ¿A quién pretendía engañar? Nunca tenía tiempo ni dinero para ese tipo de cosas. Trabajos mal pagados, algún caso que otro un poco más interesante, pero lo justo para llegar a fin de mes. Cualquiera diría que por lo especializado de mi profesión debería bañarme en billetes de esos que solo se ven en las noticias, pero ahora ni siquiera sabía si tenía las monedas suficientes para pagar el café con aroma a feldespató que acababa de tomar.

Mientras aún intentaba aclararme la cabeza, hurgué en mi chaqueta y en mis vaqueros buscando mi cartera, la cual parecía inusualmente gruesa. Cuatrocientos euros en billetes de cincuenta aparecieron dentro de ella, lo que me produjo una más que agradable sorpresa. A su lado, un bolígrafo. Era azul, como la tinta del mensaje en mi brazo.

Ah. Joder. El cadáver.

Estaba claro que el cansancio estaba afectando a mi capacidad de concentración. Quizá debería tomarme otro café, a pesar de su artificial y repugnante sabor. En especial, si mi plan consistía en seguir conduciendo...

Dudé varios segundos. ¿Mi plan? ¿Seguir conduciendo? ¿Hacia dónde? No era capaz de recordar a dónde iba. Tampoco de dónde venía. Pensé un poco más y, entonces, me di cuenta de que ni tan siquiera sabía dónde me encontraba en ese instante. La opción más sencilla era preguntar, así que busqué al camarero de expresión más amable entre los cuatro que atendían la barra. Tras

varios segundos de escrutinio, opté finalmente por mirar el GPS de mi teléfono.

La marca en el mapa empezó a bailar, y mi móvil tuvo una crisis existencial hasta que al fin logró encontrarse a sí mismo. La pantalla comenzó a moverse y recorrió un gran trozo de península, hasta que se detuvo cerca de Burgos. ¿Burgos? ¿Qué podría estar haciendo yo en Burgos? Conozco a alguien aquí, recordé: Antón. ¿Antón? ¿Por qué iba a querer ver a un forense a estas horas de la noche? Además, para colmo a uno que es...

Oh. Hostias. El cadáver.

Me levanté de mi taburete y saqué cinco euros de la cartera. Quizá fuese la euforia producida por el hecho de que había cuatrocientos inesperados compañeros suyos en mi cartera, pero miré al camarero más cercano y le dije con mi mejor sonrisa:

—Quédese con la vuelta.

—Son cinco euros con treinta —respondió este al mirar mi café y mi cruasán mordisqueado.

Me quedé inmóvil asimilando la información. De verdad, odio las cafeterías de las autopistas.

Saqué cincuenta céntimos más de la cartera y, tras dejarlos en la barra, di media vuelta. El cadáver de un dios me esperaba en el maletero, y aún no había sido capaz de recordar qué hacía ahí, así que empecé a caminar a paso ligero.

Después de dos pasos dejé de avanzar, di media vuelta de nuevo y me volví a apoyar en la barra. Esperé con paciencia mi cambio de veinte céntimos y cuando el camarero finalmente me los dio, intercambiamos sonrisas con la efusividad de quien intercambia puñetazos.

Cogí las monedas y me quedé observándolo mientras volvía a su puesto detrás de los bocatas. Le dediqué una pequeña mirada cargada con postas,

pero al momento experimenté cierto sentimiento de culpa por trasladar hacia el camarero mi odio visceral a las cafeterías de autopista. Era cierto, el camarero no tenía la culpa de cómo era aquel sitio, y lo más seguro era que su salario fuese tan bueno como las naranjas secas que reposaban en la máquina de zumos. Pero no iba a dejar propina después de cobrarme cinco euros con treinta por un...

Ah. Joder. El cadáver.

La noche no era fría, pero en Burgos eso significaba que el hielo de los charcos era más fino que de costumbre. Me abroché la chaqueta mientras caminaba en silencio por el parking del área de servicio buscando mi coche. No recordaba dónde lo había aparcado; me gustaría poder culpar a mi amnesia temporal, pero en realidad nunca me acuerdo de dónde lo dejo.

Por suerte, el parking estaba casi vacío y la mayoría de los coches parecían ser de gente que trabajaba allí. La autopista guardaba silencio. Nadie conducía a estas horas, fuesen las que fuesen. Volví a sacar el móvil para mirar el reloj. Tenía varios mensajes y un par de llamadas perdidas. Demasiadas para hacerles caso en este momento. Levanté la cabeza aún aturdida para intentar localizar mi coche, mientras volvía a guardarme de nuevo el móvil en el interior de la chaqueta.

Encontré mi viejo Seat en una esquina apartada, mirándome y juzgándome con sus faros. Me había dejado las luces encendidas. No era mi día. No era mi noche. ¿Qué hora había dicho que era?

Maldije al volver a sacar el móvil para mirar de nuevo la hora, mientras abría la puerta del coche. Me dejé caer en el asiento delantero, aún con la agilidad mental de una lechuga. Pelear contra mi propio cerebro me agotaba. Incapaz de recordar nada, cada pensamiento era una lucha titánica. Cansado,

lento... Pero había algo más. Mi experiencia me lo decía, mi amnesia no era algo natural. Casi podía saborearlo. Lo que pasaba en mi cabeza ahora mismo tenía un claro origen sobrenatural.

No era nada extraordinario. En mi trabajo, enfrentarte a algo sobrenatural es algo demasiado común. Mi trabajo... volví a aferrarme a ese pensamiento. Soy detective. Para ser exactos, detective paranormal. Me encargo de casos en los que a veces una pistola no es suficiente y necesitas un grimorio del siglo XV para enfrentarte a lo que sea. Incluidos los grimorios del siglo XVI. Sí, la magia es algo habitual en mi día a día. Y eso era importante por otros motivos: quería decir que recordaba cuál era mi trabajo. Mi amnesia no era tan grave, no había borrado mucho.

Moví el retrovisor del interior del coche y me miré en el espejo. No me llevé ninguna sorpresa desagradable: la persona que me devolvía la mirada era yo. Unos ojos pequeños tras unas gruesas gafas de pasta que ocultaban unas cada vez menos leves ojeras. Pelo rubio, liso y recogido, cortado con la precisión de unas tijeras romas o de un hacha afilada. Respiré aliviada. Mi memoria a largo plazo estaba intacta. Era yo: Verónica Guerra. Alias Parabellum. Detective paranormal.

Y, sin embargo, era incapaz de recordar qué puta hora era.

Me quedé sentada en el asiento varios minutos. Dejé abierta la puerta para que la brisa de la noche no me dejase dormir e intenté aclarar mi confusa cabeza. No tenía muy claro cómo hacerlo. Normalmente, cuando estoy atascada y mi cerebro se niega a cooperar solo tengo que despejar la mente. Despejar la mente o dejar de beber, dependiendo del momento. Pero el problema ahora era que tenía la mente demasiado despejada, y no solo era incapaz de recordar las últimas horas de mi vida, sino que los nuevos recuerdos se negaban a quedarse

quietos dentro del resbaladizo interior de mi cabeza. Por ejemplo: ¿qué hora era? Volví a sacar el móvil de mi chaqueta y miré la hora por enésima vez. Tenía mensajes, pero no quería enfrentarme a ellos. Eran mensajes de texto, llamadas perdidas. Tenía...

Verónica. Céntrate. Paso a paso. La hora.

Busqué el móvil que ya había dejado en el asiento del copiloto casi sin darme cuenta. La hora. Memoriza la hora. Las 3.37. Bien. Paso a paso. ¿Qué hora era? Las 3.37. Bien. Motivada por ser capaz de recordar tres dígitos, me noté más centrada. Siguiente paso: hacer memoria. Poco a poco. Hechos recientes. Tenía que recordar algo importante. Tenía algo importante que hacer y no era capaz de decir qué...

Entonces caí en la cuenta de qué era: las luces del coche seguían encendidas, y si quería que la batería no me dejase abandonada en el área de servicio, sería mejor apagarlas. Giré la rosca, y el arbusto que había enfrente de mí desapareció en las tinieblas con un clic. Aun así, la sensación de que tenía algo vital que hacer no llegó a desaparecer, así que deduje que no debía de ser eso. ¿Tenía... tenía que llevarle algo a alguien? El sonido de llamada del móvil me sacó de mis pensamientos, que en ese momento tenían la profundidad de una piscina infantil.

—¿Antón? —dijo mi boca, que parecía tener mejor memoria que yo.

—No, creo que te has equivocado de novio —respondió con sorna una voz al otro lado del teléfono.

No era Antón, sino Roberto, y si mi cerebro no estuviese hecho de leche condensada habría sabido quién era con un simple vistazo a la pantalla del móvil.

—¿Roberto? —pregunté, por si su voz y su nombre escrito en letras brillantes en el teléfono no fueran suficientes pistas para la gran detective Parabellum.

—¿Vero? ¿Estás bien? —dijo la voz, en la que había desaparecido el tono de burla.

—Sí, sí... estoy... Estoy bien —respondí mientras intentaba situarme.

Era Roberto. Mi novio. Mi cerebro funcionaba ligeramente mejor. Pero aún le quedaba mucho para estar al cien por cien. ¿Por qué me llamaba Roberto? ¿Le había contado siquiera dónde estaba? ¿Qué me pasaba?

—¿Has bebido?

—No, no... Creo que no. Estoy... —empecé la frase sin saber cómo acabarla.

—¿Trabajando?

Eso es amor, acabar las frases del otro. Doble puntuación si lo haces a las 3.37 de la mañana.

—¿Eh! ¡Me he acordado! —se me escapó en voz alta. Antes de que Roberto tuviese oportunidad de preguntar de qué me había acordado, me defendí con otra pregunta—. ¿Qué haces despierto tan tarde?

—Estaba escribiendo, me he liado con un par de artículos, un blog nuevo que he abierto... —respondió. En otras circunstancias me habría interesado por su trabajo e incluso le habría preguntado por la temática de su nuevo blog con verdadera curiosidad, aunque solo fuese por ver sobre qué tema aún no había intentado escribir. Pero era tarde, y mi cabeza seguía tratando de encontrar su propio culo—. Te he llamado un par de veces y no lo cogías...

Bonito. Una parte de mí se conmovió ante la preocupación de mi pareja. Otra parte se sentía culpable por no haber respondido a sus mensajes. Una tercera recordó que no había contestado porque una extraña maldición había equiparado mi actividad cerebral a la de un taburete no especialmente avisado. Una última parte, más pequeñita, me gritaba que seguía sin acordarme de algo importante. Volví a girar la rosca de las luces del coche y estas se encendieron. No... No era eso.

—Lo siento, Roberto... Me ha surgido un caso urgente y he tenido que salir de viaje —respondí con un tono sincero de disculpa, mientras me preguntaba confusa por qué había encendido las luces del coche—. No he visto las llamadas perdidas ni los mensajes hasta ahora. ¿Estabas preocupado por mí?

—Depende. ¿Debería estarlo? ¿Te ha disparado algún miembro de la KGB?

—Esos son los espías, cariño, no los detectives.

Roberto sentía fascinación por mi trabajo, pero la misma que tiene alguien que conoce el oficio de detective por las películas en blanco y negro con un narrador de voz grave. Yo no dejaba de recordarle que me pasaba la mayor parte de mi jornada laboral encerrada en el coche cámara en mano, esperando que algún marido de baja fidelidad saliera del portal equivocado o hurgando en los papeles de algún familiar en busca de trapos sucios. La idea que había conseguido transmitirle era que mi trabajo podía ser tan aburrido como el de cualquier persona cuyo peor enemigo fuese un formulario de Hacienda.

Y, claro está, era una puta mentira. Si bien Roberto sabía que mi trabajo era el de detective, nunca había llegado a confesarle la naturaleza supernatural de mis clientes. La razón era la misma de siempre. Las criaturas antinaturales suelen ser recelosas respecto a su origen y prefieren que los numerosos humanos no sientan demasiada curiosidad por sus asuntos. No suelen recibir bien a los metomentodo, y lo último que me apetecía era despertar un día y descubrir que un demonio le había sorbido la médula espinal a mi novio.

Además, Roberto era una persona normal. Y en mi vida la gente normal es un bien escaso y preciado. Alguien que te recuerde que no eres más que una humana. Una isla donde refugiarte de fantasmas y chupacabras. Una conversación que no incluya hechizos e invocaciones de magia negra...

Alguien que te haga creer que tu vida es normal.

—Te echo de menos... —dijo mi boca sin consultar a mi cerebro, que seguía tan confuso como un mandril programando una lavadora.

Roberto tardó en responder a mi desliz.

—¿Estás bien?

—Sí, sí... tan solo un poco cansada... —respondí, con cierto tono de sinceridad—. Se me pasará en cuanto duerma algo.

—¿Vienes ahora para casa?

—No, no puedo, estoy en Burgos.

Roberto se quedó otro par de segundos en silencio. Quizá no había sido buena idea confesarle mi paradero real; seguramente se preocuparía por que su novia cogiese el coche tan tarde para un viaje tan largo. Los espías de la KGB no eran frecuentes en su cabeza, pero sí los accidentes de tráfico. Me volví a morder la lengua, no quería preocuparlo más de la cuenta.

—¿Podrías hacer una foto de la catedral ya que estás ahí? —me preguntó a modo de respuesta—. Podría hacer un artículo de turismo de interior, de las catedrales del país... Pero necesitaría una foto sin derechos...

Entonces fui yo quien guardó unos segundos de silencio: la preocupación de Roberto había desaparecido tan rápido que me sentí ofendida. Mejor, así me ahorraría más explicaciones de las necesarias.

—Lo intentaré, pero no prometo nada.

—Una cosa más... ¿Quién es Antón? Otros novios se pondrían celosos si llamaran a su chica a las tres de la mañana —3.37, volví a recordar orgullosa. Seguramente serían ya las 3.41. Estaba en racha— y ella les respondiera con el nombre de otro.

Dejé escapar una sincera carcajada. Roberto no era celoso: podría irme a una reunión de tuppersex con una brigada de bomberos y no arquearía una ceja. Pero sí que sentía que le debía una explicación.

—Es un forense. Estoy yendo a verle para que me ayude en el caso —supuse. Recordé el cadáver del maletero y, como acto reflejo, apagué las luces del coche. La conversación me había despejado, aunque mi cabeza seguía

funcionando de manera errática—. Pero si te vas a poner celoso, te puedo enseñar el cadáver a ti y me echas tú un cable.

—Tranquila, podré soportarlo —respondió mientras dejaba escapar medio bostezo—. Me voy a la cama, estoy derrotado.

—Hasta mañana, Roberto.

—Hasta mañana. No cojas el coche si has bebido —se despidió.

Su advertencia me hizo recordar algo. Activé la rosca de las luces del coche por enésima vez, pero esta vez mi cerebro pareció decidido a trabajar y me hizo apagarlas de nuevo. Me levanté, salí del coche y me dirigí al maletero. La conversación y el aire fresco parecían haberme despertado lo suficiente.

Era hora de enfrentarse al cadáver.

Miré el cuerpo de mi maletero. No parecía el de un dios, pero no suelo mentirme a mí misma en estas cosas. Era un dios hasta que se demostrase lo contrario. El cuerpo era moreno a pesar de la palidez propia de su estado. Caucásico. Pelo negro y rizado. Aproximadamente unos treinta años. Pantalones cortos, sandalias y camisa roja de cuadros. Comprobé que al menos la parte de ser un cadáver fuese correcta, aunque un ligero olor desagradable ya indicaba que sí. La ausencia de pulso lo confirmó.

—¿Quién coño eres...? —le dije al dios muerto de mi maletero.

Bajé la puerta y lo hice desaparecer de la vista. No llevaba cartera y tampoco podía interrogarlo, así que era mejor no arriesgarse a que alguien me viera hablándole a un muerto.

Volví al asiento del piloto y comencé a examinar mi móvil. Había varios mensajes, la mayor parte de ellos de Roberto. Un pequeño sentimiento de culpa me dio un par de patadas en alguna parte metafórica de mi interior. La

llamada de mi novio iba acompañada de un mensaje de su madre, que obvié sin miramientos. Seguí repasando el registro de llamadas, y gracias a él pude medir el tamaño de la laguna mental. Había una llamada de este mediodía que sí recordaba, de mi hermano: habíamos estado hablando de mi sobrino y sus vacaciones. Había también una llamada de un número fijo que no reconocía, pero su prefijo me indicaba que era de Barcelona. Y había hecho una llamada horas después a Antón, lo que confirmaba las sospechas sobre el objetivo de mi viaje a Burgos. Mi amnesia cubría más o menos las últimas doce horas.

Activé el manos libres mientras arrancaba el coche. Era tarde, así que descarté llamar al número fijo. Pero sí podía llamar a Antón. No había riesgo alguno de que a esas horas estuviese durmiendo, y quizá él recordaba de qué habíamos hablado.

El tono de llamada duró poco y de inmediato una voz respondió al otro lado.

—¿Ya has llegado? —respondió el forense con su peculiar manera de pronunciar la elle. Su acento era muy suave y casi imposible de asignar a un país, pero era como un lunar en la cara. Una vez que notabas su presencia no podías dejar de mirarlo.

—Estoy a veinte minutos del hospital —respondí. De su pregunta podía deducir que había hablado con él, y que me esperaba—. Pero tengo un pequeño problema.

—¿El cadáver del que me hablaste se te ha escapado?

No se rio. No me reí. En otro contexto, con otra gente, hubiese sido una broma divertida. Antón me lo preguntaba en serio: había antecedentes.

—No, no, tranquilo, sigue en mi maletero. Es... —No sabía cómo planteárselo—. ¿Recuerdas qué te he contado sobre él?

—Me has prometido el cadáver de un dios, Verónica. —Su tono indicaba preocupación, casi una reprimenda—. ¿Me traes el cadáver de un dios?

—Eso te he dicho, ¿verdad? Fíate de mi palabra —le devolví el tono—. ¿Te he contado algo más?

—No —dudó—. ¿Hay algo más que deberías haberme dicho?

—Es posible, pero no lo recuerdo... Tengo una pequeña amnesia y no puedo recordar las últimas horas.

—Interesante... —Se hizo un silencio mientras Antón asimilaba mi información. No pareció sorprenderse mucho, estaba acostumbrado a que a mi alrededor pasasen cosas fuera de lo normal—. ¿Crees que es obra del propio dios? ¿Una maldición? No me traerás el cadáver de Meng Pol, ¿no? —preguntó, casi ansioso.

—No... es un varón caucásico —respondí. Meng Pol era la diosa oriental del Olvido. Mis conocimientos sobre el cuerpo humano no eran tan buenos como los suyos, pero ni siquiera yo podía estar tan equivocada—. Pero no sé... no recuerdo nada más de él.

—Está bien, tráemelo y lo examinaré. Tal vez podamos averiguar si tiene relación con tu amnesia. Te veo ahora.

La llamada se cortó, y me quedé a solas en el silencio y la oscuridad de la noche mientras me metía en la autopista.

Tardé unos cuantos metros en darme cuenta de que seguía con las luces apagadas.

Hice la foto a la catedral con el móvil. La calidad de la cámara no era muy buena y tras varios intentos aún no había logrado evitar que saliese borrosa. No era una mala foto: los focos que asediaban el monumento iluminándolo desde abajo ayudaban a que fuese realmente difícil sacar una mala imagen del lugar. Pero era tarde y la noche, aunque despejada, tenía el frío inconfundible de la zona. Mi pulso no podía evitar temblar, y no me apetecía bajarme del

coche. Roberto tendría que conformarse con la foto que le acababa de enviar. Cerré la ventanilla y me froté las manos para intentar recuperar algo de calor antes de volver a poner el coche en marcha.

Tras arrancar, atravesé las calles vacías de la ciudad, que dormía y me dejaba conducir a gusto. Dejé el centro atrás y, casi en las afueras, reconocí las luces del hospital donde me esperaba Antón. Me metí por la parte trasera del edificio, donde solo había una furgoneta y una ambulancia fuera de servicio, y aparqué el coche al lado de unos contenedores. No estaba tranquila: las luces iluminaban casi todo el aparcamiento y no quería que nadie me viese, menos aún al abrir el maletero.

Antón me esperaba mucho más tranquilo que yo. Estaba apoyado en una camilla. Llevaba la ropa blanca de forense, con motitas de sangre, y unas gafas de cristal rojizo. Me miraba a través de ellas con una sonrisa afilada en la boca y ese aire de fingida superioridad que intentaba proyectar y que puede llegar a resultar convincente hasta que lo conoces bien.

—¡Verónica! —exclamó con alegría mientras me bajaba del coche. Por lo visto, el forense no le daba tanta importancia como yo al sigilo—. ¡Me alegro de verte!

—¿Te alegras? Eso es nuevo. —Le sonreí—. ¿Seguro que no tiene nada que ver con el hecho de que te traiga el cadáver de un dios?

—Vamos, chiquilla —me respondió, afable—. Los cadáveres vienen y van. A quien me alegro de ver es a ti.

—¿Porque soy la que te los trae?

—Vale —concedió—. Pero ¿es que el drogadicto no tiene derecho a apreciar la amistad de su camello?

—Déjate de metáforas y ayúdame a poner el cadáver en la camilla —le solté mientras abría el maletero.

Antón se acercó y lo examinó.

—A dios no huele, desde luego.

—Una vez muertos, todos olemos igual —le respondí.

En ese momento Antón se me acercó rápida y sigilosamente, y me miró desde detrás de sus gafas color rojizo mientras me mostraba sus dientes con gesto serio.

—¿Sabes que algunas especies podríamos considerar esa frase de muy mal gusto?

—Venga, Antón, la mitad de los chistes de chupasangres que conozco me los has contado tú. No me vengas ahora con tu orgullo de vampiro.

Me miró, aún con fingida indignación. Pero, debajo de su expresión enfadada, dejaba escapar una mueca burlona. Antón era un buen ejemplo de las criaturas que se habían adaptado bien a vivir entre humanos. Trabajaba como forense en el turno de noche, la profesión perfecta para un vampiro: conocía bien el funcionamiento de un cadáver, tenía a mano todo tipo de productos químicos para conservar mejor su cuerpo de no muerto y un acceso ilimitado a la sangre de un montón de gente que ya no iba a necesitarla.

A pesar de que para cualquier otro vampiro resultaría una aberración, para Antón beber la sangre de un cadáver era el equivalente a la diferencia entre un café recién hecho y uno frío de la nevera. Era cuestión de gusto adquirido.

El vampiro agarró el cadáver, lo levantó sin dificultad alguna y lo dejó en la camilla como si no pesase más que un muñeco de trapo. Al mismo tiempo, algo cayó del maletero al suelo y se alejó dando un par de botes hasta quedar oculto bajo el coche. Me agaché y estiré el brazo hasta alcanzarlo. Cuando lo tuve en mis manos, me quedé sentada en el suelo, boquiabierta.

—¿Qué es ese spray? —preguntó el vampiro, intrigado por mi expresión.

—El causante de mi amnesia.

—El río Lete. Uno de los ríos del inframundo, situado en la cueva de Hipnos. Dicen que beber de su agua te hace olvidar.

—O sea, que nuestro dios era griego.

Miré a Antón. Su uniforme hacía juego con el blanco diáfano de las paredes, potenciado por la blanquecina luz de los fluorescentes, y sus gafitas rojas, con las motitas de sangre que había en una mesa donde descansaba el cuerpo de un anciano. A nuestro alrededor, decenas de armarios metálicos conservaban en frío cuerpos sin vida. Para mí era un gélido y moderno mausoleo; para Antón, una máquina expendedora de bebidas. El cadáver del dios que me había acompañado desde Barcelona en el maletero ahora reposaba desnudo en la mesa del forense. Sus ropas y pertenencias, apartadas en una bolsa a mi lado.

—No —respondí, volviendo de mis pensamientos—. Quiero decir, no tiene por qué ser griego. El spray de agua del Lete es mío. Suelo llevar uno encima...

Antón me miró por encima de sus gafas. La mueca era inversa a la que me había dedicado hacía tan solo unos minutos. No era una seriedad que ocultase burla. Me miraba intentando parecer el amigable vampiro que conocía, pero por debajo yo detectaba una mirada de respeto. Entendía el motivo: el agua del río Lete no era algo que solieran llevar los mortales. Ni siquiera los inmortales. No era fácil de usar ni mucho menos de conseguir. Vi cómo Antón recordaba por qué la humana que tenía delante de sus narices era más o menos respetada.

Adoraba esa sensación.

—El bote está por la mitad —agité el spray—. Han debido de usarlo contra mí.

—O te has rociado con él sin querer —apuntó Antón. Le dediqué una mirada de rabia—. O adrede...

—Vamos por partes: los misterios de uno en uno, por favor. ¿Qué puedes

decirme del cadáver?

Antón giró sobre sí mismo y adoptó una pose de profesional.

—Nada divertido. Varón blanco, treinta y pocos años. Muerte producida por un par de puñaladas.

—Sí, eso salta a la vista —dije mientras observaba los dos enormes cortes en el abdomen—. ¿Puedes decirme algo del arma?

—Sí, que corta —respondió, burlón—. Esto no es la tele; por el momento puedo decirte que son un par de heridas grandes, así que estamos hablando de algo mayor que una navaja.

—¿Un puñal?

—Estaba pensando en algo incluso más grande; mira los extremos de las heridas. No me atrevo a concretar el arma aún, pero está claro que era de doble filo.

Las espadas no son un arma muy común entre la gente normal. Pero los posibles enemigos de un dios tampoco son gente normal.

—¿Algo más?

—Sí, que a un tío apuñalado en Barcelona podía haberlo examinado cualquier becario allí mismo, así que si has venido hasta Burgos cargando con el cadáver en tu coche y contaminando los resultados de cualquier prueba forense es porque esperas encontrar algo más...

Le miré y ahora era él quien inspiraba respeto profesional. Antón no era un forense cualquiera. Era un vampiro, sabía que los humanos no estaban solos en la Tierra y, de paso, que los vampiros tampoco. Conocía y estudiaba a todo tipo de criaturas y su curiosidad era casi más insaciable que su sed de sangre. Eso no excluía que le diese un bocado a cada ser que pasaba por su mesa. Antón era un sumiller de cadáveres. Lo cual me hizo recordar algo.

—¿Cuánto dinero me habías prometido por el cadáver del dios? —le pregunté mientras examinaba con detenimiento su cuello.

—¿Eh? ¿Qué? ¡No! ¡Me dijiste que si te ayudaba podía quedármelo!

Le miré indignada a través de mis gafas. Tardó poco en venirse abajo.

—Seiscientos euros... —respondió, demasiado rápido.

Muy poco por el cadáver de un dios. Saqué mi móvil.

—Creo que estos cacharos graban las conversaciones, así que si no quieres decirme la verdad, intentaré encontrarla.

—Está bien, está bien —concedió al fin Antón, cuyo conocimiento de las nuevas tecnologías era incluso peor que el mío—. Te dije mil doscientos. Pero ¡por el cadáver de un dios!

—¿Qué quieres decir?

—No hay nada que me indique que esto haya sido divino en ningún momento. —Se volvió y se encogió de hombros—. Vale, obviando las dos puñaladas, no hay ninguna imperfección en la piel, ninguna cicatriz, ninguna arruga... Algo propio de criaturas inmortales. Pero ¿sabes qué sirve también para identificar a una criatura inmortal?

—¿El qué?

—¡Que no esté muerta, joder!

Su argumento era bueno.

—Si te he dicho que era un dios, es que lo era —resolví—. Nunca te he mentado, no he tenido necesidad. Así que si quieres jugar con el cadáver y hacer una cata privada de la sangre de un dios, págame. Si no, me lo llevo de vuelta a Barcelona y lo incinero.

Antón dio una vuelta alrededor de la mesa, mascullando algo en su idioma materno que no sonaba nada bonito.

—Está bien, te propongo un trato. Te pagaré mil y le realizaré todas las pruebas que necesites para tu caso. Pero solo te daré el dinero si certificamos que se trataba de un dios.

—No. El precio son mil doscientos. Y sabes que es un buen trato. ¿Cuántos

vampiros conoces que hayan bebido sangre de un dios?

Antón me miró, apretando sus afilados dientes, y miró el bote de spray que yo aún sostenía. Sonrió y permaneció en silencio varios segundos, sin perder la sonrisa. Luego sonrió aún más. Aquello no me gustaba.

—Vale. Nuevo trato. El cadáver del dios a cambio de mil cien euros y tu memoria.

2

Ingratos recuerdos

—No estoy segura —repetí mientras intentaba acomodarme sobre la mesa.

No era fácil. Estaba diseñada para cadáveres y sus usuarios habituales no parecían prestar atención a detalles como la comodidad.

—Yo sí, tranquila —intentó calmarme el vampiro—. Tú misma me has dado la idea. El agua del Lete está en la cueva de Hipnos, ¿no? En teoría podemos deducir que basa sus efectos amnésicos en la hipnosis y si en algo somos buenos los vampiros... —Antón se inclinó sobre mí acercando su rostro al mío de manera excesivamente dramática— es en la hipnosis...

No era un mal plan, tenía que concedérselo, aunque no se me hubiera ocurrido hacerlo en voz alta. Pero también era arriesgado. A lo largo de los años he podido descubrir que todas las mitologías, todos los fenómenos antinaturales, tienen una base común, una coherencia. Y sé que mezclar mitologías es en teoría posible y alguna vez me ha salvado el culo. Aunque también resulta recomendable recordar que es jodidamente peligroso.

Antón se quitó la bata y limpió con ella un par de manchas de sangre que un cadáver había dejado en la mesa. Cuando quedó completamente impoluta, guardó la prenda y se llevó la mano a sus gafas rojas. Antón no tenía problemas de visión, pero si quería mantener su sed de sangre a raya en un sitio como una morgue, era mejor no verla. La idea de las gafas se me había ocurrido hacía años, cuando Antón aún vivía en Barcelona. Era muy sencillo:

el color rojo de las gafas tintadas anulaba el de la sangre haciéndola casi imperceptible para el vampiro, y permitía a Antón contenerse. Por eso no me gustó nada que se las quitara...

—Mi duda no está en que funcione —confesé—, sino en si es una buena idea dejarme hipnotizar por un vampiro.

—Oh, mi pequeña Verónica, no debes tener ninguna duda respecto a eso. —Antón me miró con sus brillantes ojos hasta perforarme—. Nunca es una buena idea.

Y todo se volvió rojo.

No era la primera vez que me sometía a hipnosis, pero sí que lo hacía a manos de un vampiro. Y se notaba la diferencia. El método tradicional implicaba relajación, respiración y varios minutos de tu tiempo. El método de Antón se basaba en principios sobrenaturales y tardaba pocos instantes en hacer efecto; de hecho, era casi inmediato si la víctima se dejaba llevar. Noté cómo mis dudas sobre dejarme hipnotizar por un ser que se alimentaba de sangre desaparecían y, con ellas, la poca resistencia que ofrecía, aunque fuese de manera involuntaria. No había nada que temer, Antón me conocía desde hacía varios años y sabía que yo era la mejor manera de obtener cadáveres de criaturas; no había riesgo alguno, podía estar tranquila...

Mi única duda ahora era si esa nueva sensación de tranquilidad era mía o algo que Antón acababa de meter en mi cabeza con su poder de sugestión.

Pronto aquella duda desapareció también.

—Recuerda, Verónica —oí la voz de Antón dentro de mi cabeza—. Recuerda aquello que se te ha prohibido recordar.

Noté el olor a azufre. Noté el olor a carne quemada. Vi el esqueleto de mi compañero, de mi amigo, consumirse delante de mis narices mientras yo no podía hacer nada para evitarlo. Grité. Vi el infierno abrirse delante de él. Grité hasta que me ardieron los pulmones.

—No, Verónica. —La voz de Antón me sacó de mi pesadilla de manera abrupta—. No tan atrás. Recuerda solo las últimas horas.

Las llamas se apagaron. El infierno desapareció. Tan solo un ligero olor a carne quemada quedó flotando en el aire unos instantes más hasta que por fin se disipó. Mi mente se relajó y comencé a visualizar lo que el agua del río Lete había borrado.

—Joder, niña —añadió Antón, mientras su voz desaparecía en lo más profundo de mi cabeza—. Para haber vivido tan pocos años tienes movidas muy feas en esa cabecita tuya.

Me crujió la espalda. Llevaba una hora al volante y ya empezaba a estar cansada. Aún me quedaba mucho viaje por delante y ya oscurecía. Pero no podía parar; cuanto más tardase en llegar, en peor estado quedaría el cadáver. Acababa de hablar con Antón y debía reunirme con él dentro de unas cinco horas. Miré el reloj: eran casi las diez, tenía tiempo si cogía la autopista. Los mil quinientos euros que Antón me había prometido por el cadáver amortizaban el dinero del peaje.

Una voz en el fondo de mi cabeza soltó un par de insultos.

El mayor riesgo era que mi coche no aguantase el trayecto; tenía muchos kilómetros por delante y el pobre no estaba para muchos trotes. Pero si no iba a una velocidad excesiva, paraba en un área de servicio para comer algo rápido y no surgía ningún imprevisto, llegaría a la hora a la que habíamos quedado.

Pero entonces un imprevisto con chaleco reflectante me señaló con unas barras luminiscentes y me obligó a parar en el arcén.

Detuve el coche detrás de un todoterreno negro que había sido parado antes que el mío y esperé a que el guardia civil que hablaba con el conductor le permitiese continuar. Al cabo de un rato el vehículo arrancó y el guardia civil me miró, como si se hubiese percatado de mi presencia en ese mismo momento. No era un control de alcoholemia y respiré aliviada, aunque no había bebido nada en las últimas horas. Mi alivio duró poco, hasta que el guardia se puso frente a los faros de mi coche y entonces vi los ojos brillantes de un perro. Era un control antidrogas.

En teoría, no había nada de qué preocuparse. Yo no llevaba drogas, así que solo tenía que actuar con calma. No quería que el perro husmease más de la cuenta, lo último que quería era que insistiesen en examinar el coche, y en especial el maletero.

Sonreí al guardia mientras se acercaba tirando de la correa del animal. Borré mi expresión al darme cuenta de que estaba sonriendo demasiado y de que eso podría parecer raro. Luego volví a sonreír para no parecer tan seria yforcé una mueca. El agente me estaba mirando; yo intenté sonreír de nuevo, pero a esas alturas no recordaba si ya lo estaba haciendo o no y mi cara se retorció. Si el guardia había tenido alguna duda de si me hallaba en posesión de drogas, acababa de dejárselo bastante claro. Según se deducía de mi gesto, el asiento trasero podía estar hecho de cocaína y yo parecía haber consumido toda la que cabía en el reposacabezas.

—Buenas noches —me dijo el agente, serio—. Es un control rutinario. ¿Ha consumido alguna droga?

—Buenas noches. Buenas noches, agente. No. O sea, solo he bebido un poco. Pero hace horas, muchas. Y una cerveza nada más. Pero nada de drogas. Hoy no.

Algo en mi interior se rio en voz alta. Me gustaría que al hablar con la policía saliese Parabellum, la detective paranormal dispuesta a enfrentarse a todo y a todos. Pero hay ciertas figuras de autoridad que hacen que salga Verónica, para ser exactos, que salga la niña empollona del instituto a la que el profesor de matemáticas era capaz de hacer llorar solo con medio reproche. Cualquier empleado de Hacienda ejercía un poder similar sobre mí.

El policía intercambió miradas con su compañero y le hizo un gesto con la cabeza. El guardia con el que había hablado empezó a dar vueltas alrededor del coche mientras el perro comenzaba a husmear. El otro agente se acercó a la ventanilla, aún con las señales luminosas en la mano. Tenía el mismo tipo de rostro y tono de voz que su compañero, con la única diferencia de que no tenía bigote. Podía adivinarse que el policía del perro era el superior; había algo en su actitud, y estaba segura de que el bigote de un guardia civil tenía su equivalencia en galones. Además, el recién llegado parecía mucho más joven y olía a novato. Intentó apagar las luces que llevaba en la mano, y tras un rato sin lograrlo me miró y las dejó colgando de su cinturón iluminando su cintura. Me observaba, ignorando la luz que emanaba de sus piernas, y trató de adoptar un tono similar al de su superior.

—¿Me puede enseñar el carnet y los papeles? —preguntó con una entonación que parecía una caricatura de la de su superior.

A pesar de eso le obedecí y comencé a inclinarme hacia la guantera.

—Claro que sí, no hay ningún problema —dije, mientras hacía una lista mental de los múltiples problemas.

El más acuciante, que el perro se acercara al maletero. El animal buscaba drogas, pero estaba convencida de que el olor de un cadáver fresco podría llamarle la atención lo suficiente para que empezara a ladrar. Luego estaba el problema de que mi coche llevaba un mes de retraso con la ITV, pero ese me parecía más secundario. Dos problemas. Abrí la guantera y mi pistola cayó

sobre el asiento. Tres. Tres problemas.

—¿Qué está haciendo?! —gritó el policía al ver mi pistola, con un tono de voz más agudo de lo que correspondía a su tamaño—. ¡Salga del coche inmediatamente!

—¡Tranquilo, tranquilo! ¡Tengo licencia de armas!

Intenté coger a toda prisa mi cartera, que estaba al lado de la pistola, pero el gesto fue malinterpretado por el guardia, que sacó con un rápido movimiento su arma y me apuntó con ella.

—¡Las manos quietas! ¡Salga del coche ahora mismo! ¡Despacio!

Su voz seguía siendo aguda y estridente, y el hecho de que al golpearla una de las señales luminosas que colgaban de su cintura había empezado a parpadear le restaba aún más autoridad. Pero tenía una pistola en la mano y me apuntaba, así que sería mejor seguir haciéndole caso. El perro eligió ese mismo momento para comenzar a ladrar. Por suerte, su dueño pareció hacerle más caso a su compañero que al animal.

Levanté las manos y me dispuse a salir poco a poco.

—¿Puedo bajar una mano para abrir la puerta? —pregunté.

El agente abrió la puerta por mí con una mano, sin dejar de apuntarme con la otra. Mientras, su superior se acercó tirando del perro, que no dejaba de ladrar.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó con voz de mando.

—Lleva un arma en la guantera —respondió su compañero, sin dejar de mirarme.

Seguía alterado; sin embargo, su superior se acercó a la puerta con paso lento y tranquilo, con el perro aún ladrando. Me sonrió.

—¿Esa arma es suya, señorita?

Reconocí ese tono de voz. Era el tono de alguien que pensaba que aquel era el coche de mi marido y esa, su arma. Lo había oído mil veces. Su sonrisa

indicaba que no había nada de qué preocuparse, solo era una chiquilla con una pistola que probablemente ni siquiera sabría usar. No había nada que temer. De repente, su voz autoritaria se había convertido en paternalista. Lo odiaba.

—Sí, tengo la licencia en la cartera. Si me permiten...

El agente del perro y el bigote asintió con la cabeza sin borrar la sonrisa. Rebusqué en la guantera, tardando más de lo necesario, y saqué la cartera. La abrí despacio y extraje la licencia de armas y el carnet de conducir. Se los pasé al agente, mientras este le entregaba la correa del perro a su compañero.

—Toma, guarda el arma de una puta vez y haz callar al perro. Y que sea la última vez que te veo apuntar a un civil a la cara —le dijo sin mirarle, mientras repasaba mis papeles y comprobaba el modelo de mi licencia con la Black que reposaba en el asiento del copiloto—. Parece que está todo en regla, señorita. Siento el malentendido; comprenderá que no es normal ver un arma en el asiento de una... ¿Quieres hacer callar al perro?

—Creo que ha olido algo, sargento —dijo mientras intentaba sujetar al bicho, que no dejaba de ladrar.

—¡Qué va a oler! Lo que pasa es que lo has asustado con tus gritos. Sujétalo bien o...

Como si fuese una orden, el perro se soltó y volvió corriendo al lado del maletero, donde se quedó quieto sin parar de ladrar. El sargento giró la cabeza con calma hasta quedarse mirándome a los ojos. Mantenía su sonrisa paternalista, pero noté como esta ahora era más forzada. Sospechaba.

—¿Qué lleva en el maletero, señorita?

No sé si fue el tono de voz o la palabra «señorita», pero logró hacer saltar un resorte en mi interior. Por suerte, cuando mi paciencia se agota, antes de empezar a gritarle a un guardia civil la torpe Verónica deja los mandos de la nave a Parabellum. Y Parabellum ya tenía dos planes de contingencia.

—Debe de estar oliendo la compra. Vamos a preparar una parrillada para el

partido de mañana —comencé a decir, recuperando la seguridad en mí misma.

—Está bien, está bien. —Sonrió de nuevo, como un profesor al que le has dicho que tus deberes se los ha comido el perro—. ¿Puede abrirlo un momento?

Asentí, me desabroché el cinturón y preparé el plan B.

Me levanté con cuidado y me dirigí hacia el maletero caminando muy despacio, mientras el perro seguía ladrando. Desplacé el bulto que llevaba en la manga mientras fingía que buscaba las llaves. No me gustaba llegar a esos extremos, pero sería muy difícil de explicar ante el juez por qué me dedicaba al transporte interprovincial de cadáveres. Por suerte, la inocente Verónica había sido lo suficientemente previsora para sacar de la guantera algo más que la cartera. Preparé el spray de agua del Lete que escondía en mi manga. Tenía que apuntar bien y esperar a que los dos guardias estuvieran juntos. Si usaba el pulverizador contra solo uno, el otro me atacaría. Tenía que pillarlos de un tiro y únicamente se me ocurría una manera de hacerlo. Suspiré, dejé resbalar el bote hasta mi mano, abrí el maletero y les enseñé el cadáver a los dos policías, que se inclinaron sobre él para confirmar que estaban viendo lo que creían.

—¿Qué cojones...? —empezó a decir el del bigote.

Aproveché su medio segundo de duda y los rocié con el spray a los dos. Al momento ambos policías se quedaron en el sitio con la mirada perdida, sin saber qué hacer. El perro seguía ladrando confuso, así que también lo rocié y, al momento, dejó de ladrar para empezar a olisquear todo lo que había a su alrededor, incluidos sus propios genitales. Aparté a los guardias con delicadeza mientras cerraba el maletero.

—Lo siento, agentes, pero será mejor para todos que no recuerden nada de este encuentro... —les dije mientras me miraban con los ojos perdidos en el vacío.

Tenía un par de minutos para marcharme antes de que recordasen cómo funcionaba su propio cerebro. Y si todo iba como debería, nunca sabrían que yo había pasado por ahí. El agua del Lete me había salido cara, pero estaba orgullosa de la idea de prepararla en forma de spray. Una manera rápida de desaparecer y no dejar ni el recuerdo.

Volví al asiento del conductor tras recuperar mis papeles y meterlos en la cartera. Lo guardé todo dentro de la guantera y la cerré de manera tan brusca que me pillé el índice con ella.

Arranqué el coche y comencé a alejarme veloz mientras me chupaba el dedo dolorido. Todo había salido bien: había perdido tan solo diez minutos y los guardias no recordarían nada gracias al spray que...

Me miré el dedo: era el mismo que había usado para disparar el agua. Lo sabía porque aún notaba el frescor de la humedad en él. Pero no, esa humedad era mi saliva. No el agua. El agua. El spray. Los recuerdos se me iban... Abrí la guantera y saqué un bolígrafo. Me arremangué la chaqueta y comencé a escribir sin dejar de conducir. ¿El qué? Tenía que escribir algo. Era algo importante. ¡El cadáver! ¿Qué cadáver? El del maletero. ¡Los guardias! ¿El agua? Burgos...

—Ya sabemos cómo te has provocado la amnesia —dijo la voz en mi cabeza, que a la vez estaba sentada a mi lado en la morgue—. Me sorprende que hayas sido capaz de conducir hasta aquí.

—Tuve suerte de tragarme solo una gota de agua. Si no, me hubiera quedado en blanco y habría acabado en la cuneta —le respondí, pero aún no sabía si en voz alta o en mi cabeza.

—¿Estás preparada para ir más atrás? Vamos a averiguar algo más sobre nuestro dios. Sigue el sonido de mi voz. Recuerda, Verónica, recuerda...

—Espera. ¿Mil quinientos eu...?

—Olvida, Verónica...

Me levanté del asiento y miré el reloj de la pantalla de mi ordenador: las seis de la tarde. Podía haber adivinado la hora tan solo viendo la luz del sol que entraba a través de las cortinas de mi despacho y se reflejaba en la puerta que daba a la calle. Llevaba muchas horas en ese despacho. Llevaba muchos años. Lo conocía como la palma de mi mano, o incluso mejor, ya que me pasaba más horas mirando al infinito en el interior de aquella oficina donde atendía a los clientes que mirándome las manos.

Era agosto. Podía saberlo por el ángulo del sol a esas horas; podía saberlo porque mi despacho era demasiado caluroso, a pesar de los intentos desesperados de mi ventilador por lanzarme aire a la cara. O podía saberlo por el desorden de mi mesa, que parecía haber sido conquistada por un demonio del caos. Era agosto, estaba claro. Ni me molestaba en adecentar el despacho, donde los archivadores y las tallas rúnicas se mezclaban con fotografías viejas y amuletos egipcios que no tenía ni puta idea de para qué servían. Durante el verano la mayoría de las criaturas mitológicas con dinero huían a sus países de origen y las que no tenían dinero no podían permitirse mis servicios. Nadie iba a entrar en mi despacho, y estaba tan convencida de ello que me sorprendió que todavía llevase los pantalones puestos.

Me tumbé en el sofá polvoriento en el que mis clientes suelen contarme sus problemas, derrotada, y empecé a contarme a mí misma los míos propios: calor, agosto, pocos clientes, poco dinero, calor, y un caso aburrido y estúpido. Llevaba ya demasiadas horas sentada en la silla de mi despacho y mi espalda empezaba a resentirse. Sería mejor estirarse, salir, tomar el aire... Cualquier cosa era mejor que seguir sentada.

Miré los libros de encima de la mesa: álbumes de fotos en blanco y negro, registros de la propiedad amarillentos, documentos viejos de todos los colores... La parte más aburrida del trabajo de detective.

Levanté la foto que tenía impresa encima de la mesita y la miré por enésima vez. Era la foto de una cara pintada en una pared, desdibujada y creada mediante el contraste de la pintura oscurecida por la humedad. Una aparición en forma de poltergeist en la pared de un cliente.

Mi trabajo era hacerla desaparecer, y los métodos como pintar encima, taparla con muebles o incluso derribar tabiques se habían mostrado inútiles. Y lo eran. En mi experiencia el rostro en la pared no era más que el síntoma de un fantasma. Yo era la doctora, yo no atacaba síntomas, yo atacaba la raíz de la enfermedad.

En este caso en particular, mi trabajo era encontrar al espíritu que había creado las apariciones en la pared, descubrir por qué acosaba la casa de mi cliente y deshacerme de él, por las buenas o por las malas. Era un trabajo fácil, al menos en mi línea de negocio, y lo sería aún más si llamaba a un médium. No a cualquier charlatán de los que salen en los canales locales. A uno de verdad.

Era tan sencillo como recurrir a mi amiga Arancha. Ella podría hablar con el fantasma y descubrir el origen en un santiamén, y luego nos iríamos a cenar las dos juntas, quizá a tomar unas copas... Pero entonces tendría que repartir los beneficios con ella, y el mes de agosto no era el mejor para eso. De modo que decidí seguir con el viejo trabajo de investigación, lento y pesado, pero más barato.

Y, por el momento, infructuoso. En ninguna de entre todas las fotos que pude encontrar de los antiguos dueños de la casa de mi cliente aparecía ningún rostro parecido al de la mancha en la pared. Pero no iba a rendirme, solo llevaba unas diez horas mirando fotos. Hay trabajos peores...

Mientras los repasaba mentalmente en busca de alguno, recogí los álbumes y las fotos y los apilé en un montón. Ya era hora de dejarlo por hoy y mi espalda quería descansar. Recoger la mesa no era más que un gesto inútil; resultaría más efectivo y menos peligroso cortarle un par de cabezas a una hidra, pero era un rito que indicaba que acababa la jornada laboral y, tras un día como hoy, lo necesitaba. Ahora solo tenía que preocuparme de qué hacer con mi tarde libre.

Entonces sonó el teléfono.

Miré el número que aparecía en la pantalla: era un número que no conocía, de Barcelona. Descolgué.

—Parabellum.

Mis padres me llamaban Verónica, pero cuando te enfrentas a gente que se hace llamar el Engullecadáveres o Vonn Deathsteinn, necesitas algo para contrarrestar. Parabellum era mi nombre de guerra y, tras varios años, había conseguido que sonase con fuerza en el inframundo de Barcelona, e incluso fuera de la ciudad. Me gustaba pensar que el nombre de Parabellum era temido y respetado.

—¿Qué coño? ¿Verónica? ¿Qué cojones dices?

Por lo visto, aún había ciertos focos de resistencia.

—¿Quién? ¿Killian? ¿Qué quieres?

—Necesito tu ayuda. ¿Puedes venir al pub cuanto antes?

Killian era el gruñón camarero y gerente del Rainbow's Arse, mi pub favorito de toda Barcelona, y el de todo el submundo sobrenatural. No sonaba mal: unas pintas de cerveza frías eran el plan perfecto para pasar la tarde.

—Sin problema. ¿Invitas?

—Tienes tanta gracia como un puto payaso envenenado en su propia mierda, Verónica. —Una vez más, la lírica de Killian me llegó al alma—. Necesito que traigas el coche.

Esa última petición descolocó mis planes. Coger el coche por la tarde en Barcelona era una tortura, y me apetecía tanto como vestirme de plátano y meterme en la jaula de los monos. Además, eso daba al traste con mis planes de beber cerveza hasta olvidar las diez últimas horas de trabajo.

—¿El coche? ¿Es necesario?

—Tengo un trabajito para ti.

—¡Ah! ¿Eso quiere decir que me vas a pagar dinero tú a mí? —pregunté, sabiendo el efecto que causaría esa frase.

Al otro lado del teléfono se oyeron unos cuantos insultos en lo que parecía una mezcla de gaélico y un idioma nuevo fabricado a base de escupitajos y puñetazos en la mesa.

—¡Deja de tocarme los cojones y ven cuanto antes si no quieres que te traiga a patadas en el culo hasta que vomites tu propio...!

Colgué el teléfono a tiempo. Imaginé que Killian seguiría soltando su retahíla de rebuscados insultos, y si tenía suerte y no pillaba mucho tráfico, calculé que llegaría al pub a tiempo de ver cómo acababa la frase.

El Rainbow's Arse estaba a menos de veinte minutos a pie desde mi oficina o, si la prisa o el ansia de una pinta de cerveza apremiaba, a tres paradas de metro. Quería pensar que no había escogido la localización de mi oficina por la cercanía al bar irlandés, pero tampoco tenía tanta fe en mí como persona.

Pero en coche el trayecto pasaba de ser un agradable paseo a una travesía por el desierto, y el tiempo se disparaba de tal manera que la ironía de tardar en llegar más que andando dejaba de ser graciosa a los cuarenta minutos. Surfear la avalancha de trabajadores que habían salido de la oficina a la vez que yo, transmutados en forma de coche o moto, resultaba agotador y, tras dejar atrás la Diagonal y su caos poslaboral aún me quedaba intentar acertar

cuál de los callejones iniciaba el torrente de calles de un solo sentido que desembocaba en mi destino.

Tras agotar mis reservas de gasolina y paciencia, aparqué el coche en el callejón trasero que los proveedores usaban para satisfacer la enorme demanda de cerveza del pub. Ni siquiera se me pasó por la cabeza buscar un sitio cercano para aparcar en la parte delantera. Si Killian necesitaba que llevase el coche, lo más probable es que fuesen negocios de parte trasera. Además, mi viejo y sucio Seat gris se camuflaba perfectamente entre los contenedores, bolsas, cajas y demás muestras de civilización que descansaban en el oscuro y recóndito callejón. Si alguien se llevaba mi coche, tenía más posibilidades de que fuera un camión de la basura que la grúa municipal.

Apagué el motor y eché el freno de mano con un fuerte tirón. Bajé del coche y el frescor de la sombra que lanzaban los edificios cercanos sobre aquella estrecha calle me recordó que debía cambiar mis gafas de sol por las normales. A cambio, para compensarlo, no tardó en envolverse el olor característico a Barcelona en agosto, con su toque a cloaca tan característico que estaba convencida de que en algún lugar del Ajuntament alguien estaba intentando patentarlo.

En la puerta trasera del pub me esperaba Killian mascullando algo, unas palabras dignas de alguien que hubiese sido criado por una manada de camioneros salvajes. El irlandés llevaba un chaleco rojo a juego con su barba y unas zapatillas de andar por casa. Pero si había algo que destacaba de él era su estatura. No llegaba a levantar un metro del suelo, lo cual, sumado al hecho de que era el camarero de un pub irlandés, había conseguido que todo el mundo le llamase el Leprechaun. Grave error. Eso solo conseguía enfurecerlo aún más y que el irlandés nos regalase los oídos con su verbo. Para ser nativo de Irlanda, Killian poseía más vocabulario en castellano que mi profesora de lengua de sexto.

Pero tenía sus motivos para enfadarse. Para ser exactos, Killian era en realidad un clurichaun, seres parecidos a los leprechaun, pero que, como todas las criaturas, en especial las celtas, odiaban ser confundidas entre sí. La única diferencia entre leprechauns y clurichauns es que los segundos beben incluso más que sus primos. El Rainbow's Arse era el único pub en el que el dos por uno significaba que el camarero servía dos copas, pero solo una era para ti.

—¿Qué ha pasado, Killian? —pregunté mientras me acercaba a la puerta—. ¿Han vuelto a meterte dátiles en el barril de Guinness?

Me permití una risa burlona. Hacía un par de meses, varias momias jóvenes —y, cuando se trata de momias, el concepto de «joven» hace referencia a algo nacido después de la invención del calendario— decidieron que la cerveza irlandesa no tenía suficiente dátil y, en un descuido de Killian, introdujeron medio kilo de fruta en uno de los barriles. Para cuando llegué a ayudar ya era tarde, y el escenario resultante era como si una banda de hooligans hubiese celebrado la derrota de su equipo en el museo egipcio. Killian no se andaba con tonterías en cuanto tocabas su cerveza.

—No, ¡y como vuelva a ver una puta momia cerca de mi bar me pongo a dieta de comida mexicana y usaré sus vendas para limpiarme el culo! —La imagen mental me estremeció, aunque solo fuese por imaginarme al barman con los pantalones bajados—. No, tengo un problema serio en el baño.

—Entonces es mejor que hables con un fontanero, Killian. O con un dietista —bromeé, intentando ponerme al nivel en cuanto a bromas escatológicas.

—Es un cadáver, Verónica —me cortó con rostro serio y un tono de voz grave—. Será mejor que no bromees.

—Oh. —Me callé—. No creí...

—¡Ja, ja, ja! —Rio el clurichaun sin poder contenerse más—. ¿Estás de coña? ¡Llevo toda la tarde preparando chistes para este momento!

—¿Has probado a tirar de la cadena? —pregunté mientras me agachaba para examinar el cuerpo.

Era el de un tipo joven, de unos treinta años. Llevaba sandalias, pantalones cortos y una camisa a cuadros. Había sangre, le habían apuñalado en el abdomen un par de veces con un arma grande.

—No, me atascaría el puto retrete —contestó el pelirrojo de un modo que me hizo dudar si estaba siguiéndome la broma o en realidad se lo había planteado como una posible opción.

—¿No hay testigos?

—No, debió de pasar ayer a última hora. No lo he visto hasta que me he puesto a limpiar los baños antes de abrir, ahora por la tarde.

—¿Quién estaba ayer a última hora en el bar? —pregunté, buscando en los bolsillos del cuerpo por si llevaba la cartera o alguna clase de documentación.

Killian me devolvió la mirada sin abrir la boca. Entendí lo que quería decirme. A esas alturas de la noche, el irlandés era un amasijo de pelo rojo y alcohol que solo sería capaz de servir cervezas, beberlas y cobrarlas. Imposible que recordase nada.

—¿Cámaras de seguridad?

—¿Estás de broma? Este bar es un refugio para no humanos. ¿Crees que sería prudente tener pruebas gráficas? Además, la mayoría de los clientes no saldrían en las grabaciones, o harían estallar la cámara. —Killian tenía razón: la clientela del Rainbow's Arse era cuando menos peculiar, y era probable que perdiese a la mayoría de sus parroquianos si hubiera un circuito de cámaras—. Además, deja de hacer preguntas, no quiero que investigues quién lo ha matado ni ninguna mierda de detective parecida.

—¿Qué? —pregunté, sorprendida—. Entonces ¿para qué me has llamado?

—Quiero que te deshagas del cadáver.

—¿Qué?! ¿Estás loco? No puedes pedirme eso, Killian. Han matado a alguien en tu bar. Hay un cadáver en tu retrete, ¿no puedes fingir que no ha pasado nada!

—Claro que puedo, ¡mira qué bien lo hago! —respondió, sarcástico—. Si la policía o la clientela se enteran, el bar correrá peligro, y todos los mitos y leyendas de Barcelona se emborracharán en otros sitios. ¿Eso es lo que quieres?

Por mi cabeza pasaron imágenes de acólitos de Cthulhu haciendo botellón por la Villa Olímpica. No. No era lo que quería.

—Pero no podemos tirar el cadáver en una cuneta, estamos hablando de un ser humano.

—¿Un ser humano en mi bar? ¿Estás de broma? Este gilipollas era un dios. Dedicué varios segundos a asimilar su frase.

—¿Un dios? —pregunté, interesada. No era la primera vez que me cruzaba con algún dios en uno de mis trabajos, pero sí la primera vez en que uno jugaba el papel de víctima—. ¿Quién era?

—Yo qué sé. Cagalopoulos, el dios de los retretes. No, no tengo ni idea. Sé que se movía con los mitos griegos, todos tienen nombres jodidamente extraños —dijo el clurichaun—. Era uno de ellos, no me preguntes cuál.

—¿Y no crees que los griegos se mosquearán si ven que uno de los suyos ha desaparecido?

Killian dejó caer el cadáver, que se desplomó boca arriba en el suelo, salpicando su propia sangre. Señaló las puñaladas.

—Mira, dos estocadas de espada. ¿Quieres resolver el misterio? Un puto dios nórdico lo ha apuñalado, la enésima pelea de bandas entre mitos. No es la primera vez que lo veo, y tampoco va a ser la última. Ya está, ya tienes tu puto caso resuelto. Ahora, ¿quieres llevarte el jodido cadáver para que pueda abrir mi jodido bar de una jodida vez?

—¿Y qué quieres que haga con él?

—Que te lo metas por el culo, me da igual. Sé que no es el primer cadáver que haces desaparecer ni la primera vez que alguien te llama para algo parecido, Verónica, y si crees que haciéndote la inocente vas a conseguir que te pague más por llevarte el muerto que está durmiendo la mona en mi puto bar, ¡estás jodidamente equivocada!

Volví a ponerme de pie y asentí. Tenía razón: el cadáver de un dios solo traería problemas y revuelo. Si la policía lo encontraba surgirían demasiadas preguntas y se investigarían cosas que nadie quería que fuesen investigadas. Por eso lo habitual era deshacerse de ellos antes de que nadie se diese cuenta, y muchas veces yo había hecho las veces de servicio funerario. No era la parte más divertida de mi trabajo, pero pagaba las facturas. Además, conocía a un tipo al que le podría interesar el cadáver, en especial si era el de un dios, como afirmaba Killian. Quizá mi tarde libre se fuese al garete, pero iba a ser provechosa si jugaba bien mis cartas.

Pero había algo importante que no me cuadraba. Sí, las peleas de bandas entre dioses de diferente origen eran habituales, y llevaban siéndolo desde hacía años, aunque en los últimos meses se habían agravado. Pero pocas veces acababan con un cadáver, y mucho menos el de un dios. La inmortalidad tenía sus ventajas, y evitar que tu cuerpo apareciese muerto en el retrete de un bar era una de ellas.

—Está bien. Seiscientos euros y nadie se enterará de que aquí ha habido un cadáver. Pero tienes que dejarme investigar qué ha pasado.

—Eres tan graciosa que me dan ganas de vomitarte en la cara, Verónica. Doscientos euros y te dejo jugar con el cadáver, pero como me entere de que mencionas mi nombre o el de mi bar te saco las tripas con una botella rota, te estrangulo con ellas y te hago pagar la botella.

—Quinientos euros y un día de cerveza gratis.

Killian entrecerró los ojos y me lanzó una mirada cargada de odio. No era fácil negociar con alguien que vive al lado de una olla llena de oro y nunca ha gastado una moneda. Esto iba a ir para largo...

—¡ARGH! —gritó Antón.

Tanto el grito como su propia pérdida de concentración lograron que ambos saliésemos del trance hipnótico. Me desperté en la mesa del forense, aún confusa. El recuerdo había sido tan real que costaba creer que no acabase de vivirlo. Tardé un rato en entender y recordar dónde estaba, cómo había llegado aquí y, sobre todo, cuándo.

El viaje hipnótico por mis recuerdos había sido caótico, y ahora me despertaba con un mareo, medio jet lag, y la sensación de que había alguien gritando en mi cabeza. Cuando fui capaz de levantarme por mí misma, me senté en la mesa ayudándome con los brazos para no caerme y me quedé mirando a Antón, que estaba detrás de una estantería con instrumental.

—¿Qué cojones ha pasado, Antón? —pregunté mientras el vampiro me lanzaba miradas fugaces desde su escondrijo.

—¡La cruz! —dijo con voz siseante y asustada. Me miré el pecho: mi camisa estaba entreabierta y, debajo, asomaba una cruz de plata, regalo de mi madre—. ¿Por qué llevas una cruz?

—¿Por qué tengo la camisa desabrochada? —pregunté con el mismo tono acusador mientras volvía a abrocharme los dos botones superiores. Volví a meterme la cruz por dentro. No era accidental; antes de ir a ver a Antón debí de decidir que sería una buena idea llevarla. Ir al encuentro de un vampiro y llevar una cruz era tan básico como ir a casa de un ex y llevar preservativos. Toda precaución era poca—. ¿Querías morderme el cuello?

—¡No! ¡Te lo juro! Quería... ¡quería aprovechar que estabas inconsciente

para verte las tetas!

—¡Ja! ¿De verdad esperas que me lo crea, Antón? —dije mientras bajaba de un salto de la camilla—. Joder, todos los vampiros sois iguales...

3

La familia Cantero

El payaso se quitó la máscara y, bajo ella, el suave y delicado rostro de una niña de rasgos orientales me miraba con lágrimas en los ojos.

—Ayúdame... —dijo con una voz más ronca de lo que su aspecto invitaba a pensar.

La miré, intentando comprender qué pasaba. Su traje de payaso comenzó a desvanecerse y, junto con él, su propio cuerpo. Cuando no era más que una silueta desdibujada sobre un fondo gris, se acercó y gritó desesperada:

—¡AYUDA!

Di un salto en mi asiento y me desperté. Abrí los ojos confusa e intenté situarme. Un borracho me miraba al otro lado de la ventanilla de mi coche con los ojos entrecerrados.

—Una ayuda, por favor...

Me quedé mirándole mientras aún intentaba acabar de despertarme. El borracho se rindió, se dio media vuelta y se alejó con el paso firme de alguien que ha bebido más de lo que ha meado.

Me pasé la mano por la cara, me froté los ojos y me estiré en el asiento del copiloto donde había pasado las últimas horas durmiendo. Levanté el respaldo abatible, me desembaracé de la chaqueta que había usado a modo de manta y me puse las gafas. Cuando comencé a ver con claridad, empecé a recordar. Estaba en un área de servicio, una distinta a la de la noche anterior, aunque no

lo suficiente para ser capaz de encontrar alguna diferencia. Los coches pasaban por la cercana autopista con mayor frecuencia que anoche y el borracho seguía caminando a ritmo tambaleante pero continuo en dirección a la gasolinera, dejándome para siempre con la duda de cómo había llegado hasta allí.

Según el reloj de mi móvil eran las diez de la mañana. Mi estómago hacía ruidos raros, que interpreté como desesperadas peticiones de comida. No recordaba cuándo había sido la última vez que había tomado algo sólido. Ni siquiera estaba segura de haber cenado la noche anterior, ya que no había podido recuperar todos mis recuerdos y no estaba dispuesta a arriesgarme a ponerme en manos de Antón de nuevo. Pero había pasado suficiente tiempo, mi estómago no olvidaba.

Estudié la cafetería; odiaba las áreas de servicio de la autopista, pero no tenía otra alternativa. O comía algo pronto o arrancaría de un bocado un trozo importante del volante. Me armé de valor y salí del Seat. Me arremangué la camisa y me cambié las gafas por las de sol. Tuve que prometerme a mí misma que comería cualquier cosa que ofreciesen en ese sitio, junto con mi orgullo. Tenía demasiada hambre.

Tenía demasiada hambre. Apreté el botón del ascensor por quinta vez. Había funcionado a la primera, pero albergaba la vaga esperanza de que si lo apretaba más veces el ascensor iría más rápido.

Mi estómago no se creía que por fin estuviésemos a punto de llegar a casa. El apetito que me había desaparecido por completo al entrar en el área de servicio y ver las opciones del menú había vuelto con ganas al entrar en Barcelona. Con las prisas de llegar a casa y comer algo incluso había rayado la puerta del coche contra una columna, y en lo único en que había pensado mi

cabeza en ese momento era en si los trocitos de yeso que habían saltado serían comestibles.

Pero al fin estaba llegando a casa y empezaba a tener fantasías que rozaban lo erótico con los restos de tortilla que me habían sobrado de una cena. También recordé la ensalada de pasta que el día anterior me pareció que llevaba tanto tiempo en la nevera que difícilmente podía ser comestible o incluso legal, pero eso hoy no importaba. Nada más entrar, lancé la chaqueta y las llaves contra el sofá, y antes de que aterrizasen ya estaba abriendo el frigorífico. Para cuando puse los platos con comida en la mesa, media tortilla había desaparecido ya y la ensalada de pasta había recibido un par de ataques.

La comida fue tan brutal y despiadada que si la tortilla hubiese podido ponerse de rodillas y pedir clemencia de viva voz no la habría obtenido. La nevera sufrió un par de saqueos más antes de que la bestia salvaje en la que me había convertido se diese por satisfecha; Roberto tendría que perdonar que me hubiera comido algo de su chocolate como postre. Ni siquiera me sentí culpable por el exceso, a pesar de que el trozo de tableta que le había robado era del tamaño exacto de la tableta entera.

Recogí de mala gana los restos de la masacre y me senté en el sofá dispuesta a organizarme el día. Aún tenía mucho trabajo por delante y sería mejor apuntarlo si no quería que se me acumulase. Saqué el móvil del bolsillo de la chaqueta que estaba tirada a mi lado y me quedé dormida antes de llegar a desbloquearlo.

Tuve una pesadilla en la que atacaba y devoraba sin piedad a una familia de tortillas de patata, y empezaba a perseguir a la tortilla hija por una habitación mientras esta pedía ayuda. Cuando al fin la arrinconaba en una esquina, yo sacaba los colmillos y empezaba a beberme toda su sangre. Sabía a café y

asfalto. Al separarme de ella vi el cadáver de un dios desangrándose por el cuello. Yo lo había matado. Antón asentía mientras me miraba satisfecho. Luego una pareja de esqueletos bailaba una canción que me resultaba familiar.

La canción que sonaba en mi móvil me sacó de la siesta. Busqué las gafas, que se me habían caído mientras dormía, y miré la pantalla.

—¡Hola, preciosa! —dijo Roberto al otro lado del teléfono.

—Hola, Roberto —respondió una voz de ultratumba que tardé en adivinar que provenía de mi garganta.

—¡Ja, ja, ja! ¿Estabas durmiendo? ¿No estás en horario de oficina? ¡Serás vaga!

—Soy trabajadora autónoma, siempre estoy en horario de oficina. ¡Ayer estuve trabajando toda la noche! —me defendí.

—¿Hiciste más fotos de la catedral, por cierto? La que me enviaste estaba un poco borrosa...

—Tengo dos más, pero se las he vendido a *National Geographic* —respondí con cierto resquemor por lo poco que se había valorado mi esfuerzo—. Si quieres fotos de la catedral te vas tú andando, puedo pasarte folletos del Camino de Santiago.

—Bueno, no pasa nada, no te preocupes, buscaré otras. —Roberto cambió rápidamente de tema—. ¿Vas a estar en casa por la tarde?

—No... no lo sé aún. ¿Por qué?

—Yo no pasaré por casa. Cenaré fuera y llegaré tarde; he quedado para ver el partido con estos.

—¿Me abandonas por un partido de fútbol? —fingí indignación—. Me comeré tu tableta de chocolate a modo de castigo.

—Suerte, lleva ahí meses, debe de estar caducada... —Sentí una punzada

en el estómago—. ¿Quieres comer mañana fuera para compensar? Te invito yo, ya sé que agosto no es tu mes favorito.

Miré la cartera que se había caído de la chaqueta y vi que abultaba más de lo normal. Sonreí.

—No, pago yo. Mi viaje a Burgos ha sido un buen trabajo.

—No lo dirás por las fotos.

—Solo por esa frase escojo yo el sitio. Te veo por la noche.

—*Ciao!*

Terminé la llamada y me quedé mirando la pantalla del teléfono. Había un mensaje de texto de la madre de Roberto. Solté un largo suspiro y lo abrí.

Sé lo de anoche. No vuelvas a preocupar así a Roberto.

Lo borré y dediqué varios minutos a intentar borrarlo también de mi cabeza, sin éxito.

Tras un largo rato de remoloneo me levanté del sofá. Dormir me había sentado bien, pero entre eso y el viaje ya había perdido un día de trabajo, así que sería mejor ponerme a hacer algo productivo.

Tiré en el cesto la ropa que llevaba puesta y que olía a un viaje en coche de diez horas seguidas con una parada en un depósito de cadáveres, y me di una ducha tranquila. Me la había ganado.

Mientras el agua refrescante me relajaba el cuerpo, mi cabeza deambulaba y organizaba mi agenda. Tenía pendiente el caso del poltergeist, pero ahora no corría prisa cobrarlo gracias a los cuatrocientos euros de Killian. Quizá incluso podía permitirme llamar a mi amiga Arancha y usar sus poderes de médium para resolverlo más rápido. Eso me permitiría centrarme en investigar algo más sobre el asesinato del dios en el retrete.

No ganaría nada más que poner nervioso a mi camarero de cabecera, pero tenía que hacerlo. Había muchas cosas que desconocía sobre el asunto y, si

algo me jodía, era desconocer cosas. En especial si ocurrían en mi ciudad, en mi terreno y, más aún, en mi jodido bar favorito.

El Rainbow's Arse era muy diferente cuando entrabas por la puerta principal en su horario de apertura para tomar una cerveza a cuando lo hacías por el callejón trasero para recoger un cadáver. Si accedías a su interior sin fijarte demasiado, no era más que el típico pub irlandés, con recortes antiguos de periódicos, fotografías de jugadores de rugby, escudos familiares de clanes y demás parafernalia cliché.

Pero, si mirabas con detenimiento, podías detectar pequeñas pistas. Los escudos familiares pertenecían todos a clanes irlandeses y escoceses muertos y extinguidos. Varios de ellos eran famosos por las leyendas que rodeaban a sus muertes, y solían habitar en castillos y mansiones en los que nadie se atrevía a pasar la noche. Los recortes de periódicos hablaban de casos paranormales sin explicación alguna, desapariciones, apariciones o fotos borrosas de extrañas siluetas peludas, alguna de las cuales estaban acompañadas de un autógrafo. Y a pesar de que nunca había llegado a confirmarlo, estaba convencida de que al menos uno de los jugadores de rugby que colgaba en la pared era un muerto viviente. Aunque no sabía indicar de qué clase.

Si observabas con detenimiento también podías fijarte en el hombre lobo que cruzaba por delante de ti cargando con un par de pintas, pero solo lo verías si supieses qué mirar. El pub estaba encantado con un hechizo de embelesamiento que conseguía que pasases por alto detalles como que la pareja de la mesa del fondo eran de color rojo y tenían cuernos. Killian se había asegurado de que el pub fuese un terreno seguro y, por una vez en su vida, no había escatimado en gastos.

Me llevó varios años, más cervezas y mucho entrenamiento poder superar el hechizo y ver qué se ocultaba en realidad en ese bar. Aun así, la mayor parte de la clientela se me resistía o traía su propio hechizo de ilusión, y a mis ojos no eran más que simples humanos o criaturas ocultas bajo una infinidad de conjuros. Con tal cantidad de capas de ilusiones y espejismos, el Rainbow's Arse no era el mejor lugar para descubrir la verdad de un caso, pero era el único sitio donde podías encontrar a más de una veintena de criaturas inhumanas con ganas de charlar, así que merecía la pena el esfuerzo.

Me acerqué a la barra y el clurichaun me miró con gesto torcido. Sin decirme ni una sola palabra, sacó un vaso de debajo de la barra y vertió el contenido del tirador en él. Repitió el proceso como siempre hacía con otro vaso y, cuando la espuma reposó y consiguió llenar del todo la pinta, me lo puso delante.

—Toma, tu cerveza —me soltó con el mismo cariño con el que se pronuncian los escupitajos—. Ya estamos en paz.

Cogí la cerveza mientras él vaciaba la suya en su gazonate. Estaba convencida de que Killian era capaz de apurar un vaso más rápido que si te limitases a derramar su contenido en el suelo; no era la primera criatura que veía desafiar las leyes de la física, ni tampoco la primera que lo hacía para emborracharse más rápido. Di un sorbo a la cerveza y la paladeé. Podías decir muchas cosas del repugnante enano que la servía, pero no podías decir nada de su cerveza artesana. Y no solo porque si lo hacías en voz alta el pelirrojo te partiría la boca de un puñetazo, sino porque realmente no había nada malo que decir. Eran muchos años de práctica fabricando su propia cerveza.

Killian se inclinó sobre la barra mientras se ponía de puntillas en el taburete para acercarse a hablarme.

—¿Te has librado del paquete?

—No sé de qué paquete hablas, peludo —le contesté, burlona—. Pero si

hablas del cadáver, está a cientos de kilómetros de distancia de tu bar.

—¡Cállate la puta boca! ¡No digas esa palabra en este bar o te lleno la boca de cristales y me lío a darte de hostias en la cara!

—Relájate, ¿quieres?

—¿Qué has hecho con él?

—¿Te acuerdas de Antón?

—¿Ese vampiro lameculos que tuvo que salir cagando hostias de la ciudad? ¡Ja! ¿Sabes dónde está escondida esa rata?

—Sí... —afirmé. Había oído cosas sobre el pasado de Antón, algún problemilla con un vampiro más grande y fuerte que él, y creo que alguna mujer de por medio. Pero algo en mi interior me decía que era mejor no pensar mucho en ello—. Se está encargando de estudiar el cadáver.

—Déjate de estudiarlo; cuanta menos mierda remuevas, mejor.

—Sabes que soy incapaz de dejar a un muerto tranquilo —respondí, sonriente, mientras le daba otro sorbo a la cerveza.

—Sí, lo sé, alguno me lo ha dicho. Pero como la mierda me salpique, te la hago tragar.

Asentí. Estaba de acuerdo, era mejor no levantar sospechas. El Rainbow's Arse era una de las pocas cosas buenas que tenía el inframundo de Barcelona, no quería echarla a perder por un simple dios muerto. Volví a dar un trago a la cerveza y escudriñé el interior del local, buscando cómo dar mi siguiente paso.

No tardé en encontrarlo.

—Hola, Álex —sonreí mientras posaba la cerveza en la mesa del sorprendido joven.

Álex levantó la cabeza de su móvil y frunció el ceño al verme. El chico era

joven, rozaba la veintena por el extremo inferior. Su piel morena destacaba sobre su pelo claro, bajo el cual asomaba una trenza. Su gesto, al menos el gesto con el que solía mirarme, era el de alguien a quien habían pillado haciendo algo malo. Normalmente era el caso.

—¿Parabellum? —Que alguien usase mi nombre de trabajo en vez del real siempre era buena señal; era casi como un título, una señal de respeto—. ¿Qué... qué haces aquí?

—Tomar una cerveza —dije señalando mi pinta y fingiendo extrañeza ante la pregunta—. ¿Qué quieres que haga?

—No... no lo sé —respondió el chico, mirando a los lados—. Pero ¿por qué estás en mi mesa?

—Me aburría en la barra, Killian se ha quedado sin insultos. ¿Te lo puedes creer?

—No —masculló—. Y no solo lo de los insultos, nunca antes te había visto aburrirte en la barra. ¿Qué quieres de mí?

—Tranquilo, Álex, que no estoy de servicio. Pero hoy mi novio me ha dado plantón por el partido y no me apetece beber sola, es un cliché tan trillado en los detectives...

—Pero ¿por qué yo? —preguntó, casi como si en vez de tomar una cerveza con él me dedicase a meterle alfileres debajo de las uñas.

—Porque eres uno de los pocos de mi edad en todo el bar. Pero si te molesto me voy, ¿eh?

—No, no, perdona. ¿De mi edad? —preguntó extrañado.

Le dediqué una sincera mirada de odio y bebí un largo trago de mi pinta para ayudarme a bajar el resquemor.

—No te saco ni diez años —le corregí.

—De hecho, sí. Me sacas trece, ¿no? —me apuntó mientras calculaba mentalmente.

Álex estaba ganando puntos para que el resto de mi pinta acabase en su cara, vaso incluido.

—¡Da igual! Aquí el que menos tiene cien años —dije señalando al resto de los habituales del local.

No era ninguna exageración. Elfos, fantasmas, zombis, duendes... La media de edad de este bar podía llegar a las tres cifras sin ningún esfuerzo.

—Vale, vale, lo siento. De verdad, no quería ofenderte —se excusó al momento—. Es solo que no hablábamos desde que me ayudaste con mi ex.

—¿Has dicho tu ex? Vaya, ¿has cortado con esa chica tan mona? Era bonita, aunque la recuerdo un poco callada...

Hacía un par de años que me había pedido ayuda para una emergencia. Álex es hijo de Sofia Cantero, una famosa y poderosa gorgona de Barcelona, y aunque su aspecto es casi por completo humano, todavía hay algo de magia en su sangre. El problema es que, entre su juventud y su parte humana, Álex no es capaz de controlar sus habilidades. Cuando llegué a su casa, su novia estaba transformada en una estatua de piedra; para ser exactos, en una postura que ponía bastante fácil adivinar qué estaban haciendo cuando Álex desató involuntariamente su poder. Tuve que revertir el hechizo antes de que su madre llegase a casa, usando lo que pude encontrar en la cocina. Fue una noche bastante divertida; al menos para mí, supongo que ni Álex ni su ahora ex guardan un buen recuerdo de ella.

Álex asintió y su trenza me miró, asintiendo a su vez. Tardé un rato en recordar, no sé si debido a la cerveza o al conjuro de embelesamiento, que se trataba de una serpiente.

—No tiene gracia, Parabellum.

Álex no entraba al trapo; había algo en el fondo de su cabeza, pero me iba a costar sacárselo.

—¡Eh! Te ayudé, ¿no? Para eso estamos los amigos.

—Brindé a su salud y le di otro trago a la pinta, que empezaba a escasear.

—Me cobraste casi trescientos euros.

—¡Precio de amigo! Además, el dinero no es problema para vosotros, ¿eh? Alex concedió con la cabeza, quitándole importancia. Los tiros no iban por ahí.

—Pero eso me ha hecho recordar que lo único que te mueve es el interés: siempre quieres algo.

—¡Eh!, sin generalizar —fingí que me ofendía, pero tampoco mucho, al fin y al cabo no había dicho ninguna mentira—. Pero sí, es mi debilidad, ¿vale? Los vampiros necesitan sangre, los dioses que los adoren... ¡Yo necesito comer! Y en el duro mundo de los mortales para eso se necesita dinero.

Su serpiente siseó mientras el chico fijaba su mirada en la cerveza. Me estaba ocultando algo y se resistía a contármelo, pero su coleta ofidia le había traicionado; me estaba acercando.

—Pero, claro, tú qué vas a saber —seguí tirando del hilo con un tono desenfadado—. Los inmortales no tenéis que preocuparos de esas cosas. ¡No sabes la envidia que me dais!

Álex apretó los dientes. Estaba cerca. Su serpiente siseaba, casi como si se dispusiese a atacar.

—¡Lo sabemos mejor de lo que tú crees! ¿Vale? —estalló, casi gritando—. ¿Crees que no tenemos nuestros problemas?

Fingí sorpresa ante su indignación, como si no hubiese estado dedicándome los últimos minutos a apretar botones hasta conseguirla.

—Álex... —intenté calmarlo—. ¿De qué hablas? ¿Tenéis algún problema?

—No... ¡No! No hay ningún problema. ¡Tú no te metas!

—Pero ¿en qué?

—No es tu problema. ¡Es el nuestro!

—Creía que habías dicho que no había ningún problema. —El chico cerró

los ojos, recriminándose su desliz—. ¿Qué ocurre? ¿Quieres que os ayude?

—¡No! ¡No necesitamos tu ayuda! Los griegos podemos sobrevivir con o sin...

Se interrumpió, clavado en el sitio y mirando a un punto detrás de mí. Si no hubiera sido por el color oscuro de su piel, habría dicho que a él también lo habían convertido en piedra. Y no era nada descabellado, reconocí la silueta de la sombra que se proyectaba desde detrás de mí. La madre de Álex había llegado.

—Parabellum, ¿te importa que me lleve a mi hijo? —dijo una voz heladora a mi espalda—. Está un poco intranquilo desde que su chica lo ha dejado, no dice más que tonterías...

Sofía Cantero. La voz, grave y aun así, chirriante que sonaba a mi espalda, era inconfundible. Sofía era descendiente directa de una de las tres gorgonas originales. Por mucho que había intentado sacar información de ella nunca había sido capaz de averiguar cuál de las tres, ni tampoco qué grado de parentesco las unía. Yo llevaba años investigando criaturas sobrenaturales, Sofía llevaba siglos ocultando su rastro.

Todo lo que había podido averiguar había sido a través del método humano. Sofía estaba muy bien integrada en la sociedad barcelonesa y era dueña de una potente cementera, así como de varias empresas más. Eso la obligaba a existir en los registros, y estos son los que me contaron la historia de su vida. Hija de Sofía Cantero, nieta de Sofía Cantero... La gorgona no se había matado a la hora de inventarse nombres, y estaba claro que todos los registros que pude encontrar y que se remontaban hasta finales del siglo XIX hacían referencia a la misma Sofía Cantero, por mucho que ella sobornase a funcionarios del registro civil para convencerles de que era su propia hija.

Lo más lejos que llegué hurgando en su pasado fue hasta una inmigrante griega recién llegada a Barcelona que había amasado una fortuna vendiendo

obras de arte: estatuas de un realismo sobrecogedor, que normalmente mostraban rostros desencajados y transmitían una sensación de pavor demasiado real. La famosa Sofía Cantero llamó la atención de todos los críticos de arte de finales de siglo, y también la de un inspector de policía que aseguraba que las estatuas se parecían demasiado a personas que habían sido declaradas en paradero desconocido. Con su última obra, *Inspector de policía llorando de rodillas*, Sofía dejó el arte e invirtió todo su dinero en el sector de la construcción, donde su hija, de sorprendente parecido, tomó su relevo.

Sofía guardaba con recelo su pasado, y yo mantenía bajo llave lo averiguado sobre su vida como artista, por si en algún momento podía ser útil explotarlo. La gorgona era demasiado poderosa en Barcelona, así que esperaba que ese momento no llegase nunca.

—Tranquila, Sofía —respondí sin darme la vuelta. Prefería no mirarla a la cara, por lo que pudiera pasar—. Todos hemos sido jóvenes...

—Será mejor que no lo vuelvas a molestar —añadió—. Por su bien, claro. Ya tiene muchas cosas en la cabeza.

—Claro, claro, tranquila... —No sé si era fruto de su magia de gorgona, o por lo veladamente amenazadora que sonaba su voz, pero yo seguía sin moverme del sitio—. Saluda a las niñas de mi parte.

—Lo haré, querida...

Y la silueta se desvaneció tan rápido como había aparecido, junto con el chico. Seguí sin darme la vuelta y apuré lo que me quedaba de cerveza.

Los griegos no parecían agradecer mi ayuda. Según lo que había dicho Álex, parecían apañárselas bien ellos solos. Y sin necesidad de...

¿De qué?

4

Doña Lola de María

Volví a repetir el gesto por enésima vez. Hice una bola con la fotografía y la lancé a la papelera. Rebotó en el borde y entró. Estaba mejorando, llevaba ya encestandas unas nueve. Pero, a decir verdad, llevaba falladas más de cuarenta, y el suelo de mi despacho parecía haber sufrido una fuerte nevada de bolas de papel. Descarté el baloncesto profesional como salida laboral y me rendí a la evidencia de que tenía que seguir investigando aquello si quería llegar a fin de mes.

Llevaba varias horas en la oficina; había vuelto a repasar las copias de las fotos de la casa encantada y el único progreso que había logrado era hacer más divertido el método de clasificación. Las fotos con caras que podían parecerse a la aparición de la pared iban al montón de la derecha; las que no, pasaban a participar en mi improvisado concurso de triples.

El montón de la derecha consistía en una foto borrosa y gastada, en la que había una cara que no se veía bien y un peinado que podría parecerse al de la chica de la pared. Era una pista, mejor que nada.

Me derrumbé sobre el asiento del despacho. ¿A quién quería engañar? Era peor que nada, era una foto que había en el desván de la casa, imposible de rastrear. No había parientes vivos de los antiguos dueños de la casa y ni toda la magia ni el Photoshop del mundo podían ayudarme a restaurar la cara de esa foto. Me rendí y saqué el móvil para buscar el número de Arancha.

Prefiero trabajar sola, pero hay momentos en mi profesión que requieren de ayuda especializada y este era uno de esos casos. A mí me costaría días de trabajo buscar y encontrar a alguien que pudiese darme la más mínima pista sobre quién era la chica muerta; Arancha podía solucionarlo preguntándole directamente a ella. Además, de toda la gente con la que colaboraba, Arancha era el mal menor, y caía antes dentro del saco de gente amiga de Verónica que en el de compañeros de trabajo de Parabellum. Eso era buena señal para ambas.

Al tercer tono saltó el contestador.

«Consultorio Astrológico de Doña Lola de María. —Yo no era la única que prefería usar un alias en el trabajo—. En estos momentos todas nuestras líneas están ocupadas. Por favor, deje un mensaje al más allá después de la señal.»

—Ari —respondí cuando la máquina me dio pie—, soy Vero, llamo desde el más acá. Tengo un trabajito para ti; llámame cuando puedas, ¿vale?

Colgué el teléfono y volví a mi asiento. No tenía mucho más que hacer esa mañana y aún quedaban dos horas para ir a comer con Roberto, así que opté por revisar mi archivador. Tras un rato buscando y sacando dossieres, los repartí sobre la mesa y empecé a trabajar. Lo primero que hice fue anotar un par de observaciones en las fichas de Antón, Killian y Álex. Era información secundaria, pero nunca sabías cuándo podía llegar a serte útil.

Lo segundo iba a ser más tedioso. Había sacado del archivador las fichas sobre todos mis clientes o contactos que estuviesen relacionados con los mitos griegos. Si Killian no había mentido —y por muy hijo de perra que fuera, estaba convencida de que su naturaleza le impedía mentir—, el cadáver de mi maletero tenía que ser uno de ellos.

Pasé una hora repasando mis fichas. Algunas venían con foto, seres con los que me había encontrado alguna vez, como Álex o Sofía. Varias de las fichas tenían apuntes, notas a mano con datos que había ido descubriendo. Otras

estaban escritas con ordenador, información sacada de internet y de mis apuntes de la universidad sobre los dioses, héroes y criaturas más conocidos: Poseidón, Ares, Heracles... Alguna venía con fotos que había conseguido por mi cuenta, pero era raro, la mayoría seguían viviendo en su Grecia natal y rara vez pisaban Barcelona.

Por desgracia no encontré ninguno que encajase con la descripción del cadáver que buscaba. O, más bien, encontré demasiadas fichas sin foto con descripciones vagas y seres metamórficos que podían ser él. La respuesta seguía escapándoseme y no estaba en mis archivos.

Miré aquella montaña de papel: algún día tendría que informatizarlo todo. Mis fichas iban creciendo y cada vez me costaba más encontrar algo concreto. Pero, al igual que Killian no se imaginaba su bar con cámaras, la idea de que todos mis datos estuviesen en un cacharro que, por lo que yo sabía, cualquiera podía hackear no me tranquilizaba. La tecnología y las leyendas nunca se habían llevado bien, por muy útil que fuese para mi trabajo. No creo que Zeus tuviese Facebook.

Me senté a la mesa y dejé escapar un suspiro de alivio. Había ido dando un paseo hasta el restaurante japonés donde había quedado con Roberto, callejeando y esquivando a las manadas de turistas que obstruían las venas del Barrio Gótico. Me gustaba el sitio y estaba cerca del consultorio de mi amiga, al que planeaba ir después. Por suerte para mi cartera —pues, aunque había crecido en los últimos días, no se le había subido la fortuna a la cabeza—, el restaurante estaba a unos diez euros de distancia de las zonas más turísticas. Había prometido a Roberto que le invitaría y no quería echarme atrás a estas alturas.

Pedí una cerveza para ir abriendo apetito mientras esperaba que apareciese

mi novio. Y justo en el mismo momento en que la camarera dejó el botellín de Sapporo en mi mesa, Roberto entró por la puerta y empezó a buscarme con la vista.

Cuando por fin me vio, le devolví la mirada, acompañada de una sonrisa. Empezó a caminar como un gigante entre las bajas mesas del restaurante japonés. El contraste era notable: Roberto era alto y fuerte, y llegaba a esa altura que te obliga a adoptar una postura ligeramente encorvada si quieres poder comunicarte con el resto de los humanos y no aislarte de la sociedad. Agravada, además, por la pose que solía adoptar en la vida cotidiana, con la que intentaba no llamar la atención y pasar desapercibido, ayudándose si era necesario de las ropas más desastradas que podía encontrar. Roberto vestía de manera genuinamente informal y auténtica, un toque que miles de modernos por toda Barcelona intentaban imitar sin éxito. Pero mi novio tenía un secreto, y es que de verdad no le daba ninguna importancia a la ropa que llevaba. Quizá todos aquellos años con su madre gritándole cómo debe vestir alguien de su posición le había vuelto invulnerable a la moda. Y quizá por eso mismo me quería, yo era la última persona que le diría qué ropa llevar; me conformaba con que se pusiese pantalones antes de salir de casa, aunque solo fuera por no volver a oír las quejas de la vecina de abajo.

Para haber estudiado periodismo, Roberto tenía tantos pájaros en la cabeza que yo esperaba el día en que el museo ornitológico decidiese llamarme para adoptarlo. Pero eso era bueno para mí; si tenía que ocultarle mi trabajo como detective paranormal a mi pareja, me venía bien que me lo pusiese fácil.

—No me has despertado antes de irte al despacho hoy, ¿verdad? —me preguntó.

No le desperté, le había dado un par de besos y un par de codazos antes de levantarme, pero estaba claro que no había conseguido el resultado deseado, y él ni siquiera lo recordaba. Tampoco había puesto mucho empeño. La noche

anterior había llegado algo tarde tras haber pasado más tiempo y más cervezas de la cuenta investigando en el pub. Pero él llegó aún más tarde, así que pensé que sería inútil despertarlo antes de las once. A esa hora yo ya estaba en mi despacho jugando al baloncesto con fotos antiguas y mascando una ligera resaca.

De todas maneras Roberto no tenía mucha prisa por levantarse. Su trabajo, o al menos su ocupación, consistía en escribir artículos para blogs que él mismo había creado; confiaba en que con alguno encontrase un nicho de mercado que poder rellenar y consiguiera rentabilizarlo. Hacía meses que yo ya había perdido la cuenta de cuántos blogs había abierto y cuántos había abandonado, y estaba convencida de que él había perdido dicha cuenta mucho antes que yo. En su cabeza, durante un segundo, el tema de las fotos de carteles metálicos antiguos podía parecer apasionante y presentar un potencial económico que nadie había visto hasta entonces por algún motivo. Por suerte o por desgracia, a la semana una nueva idea se le aparecía delante de los ojos y se lanzaba a por ella con tal ímpetu que desechaba cualquier temática previa. El rastro de blogs muertos y abandonados por mi novio se asemejaba al que dejaban los vikingos en las poblaciones cercanas a la costa.

Pero Roberto, como su madre no dejaba de recordarme, era de familia adinerada, y si quería invertir varios años de su vida en buscar su vocación podía permitírselo. Además, teníamos el pacto tácito de que yo no me metía con su trabajo y él no husmeaba en el mío, así que éramos una pareja feliz que convivía ignorando de manera tan descarada el elefante de la habitación que quedaba poco para que le pusiésemos nombre y lo llevásemos al veterinario para administrarle las vacunas necesarias.

—Me daba pena despertarte —mentí—. ¿A qué hora llegaste?

—Nos quedamos hasta tarde comentando el partido, así que... tarde.

—Ya, claro, comentando el partido, ¿no? —bromeé—. Hasta hace un mes ni

siquiera te interesaba el fútbol y ahora parece que vayas a abrir un nuevo blog sobre el tema.

Roberto me miró e intentó ocultarse tras la carta del restaurante. Había encontrado un nuevo tema sobre el que escribir.

—Bueno —respondí por él—, al menos así me ahorro tener que volver a Burgos para hacerle nuevas fotos a la catedral.

—Sí, es verdad, sobre eso... ¿Burgos? ¿Quién es Antón?

Sonreí para mí misma. A pesar de su aspecto inseguro, Roberto no era celoso, pero me proporcionaba una irracional sensación de seguridad ver que al menos podía sentir curiosidad por los hombres a los que llamo a las 3.37 de la mañana.

—Es un forense. Tuve que hablar con él por las pertenencias de un fallecido para buscar un anillo que aparecía en el testamento, pero que la familia no había logrado encontrar. Resulta que casi lo incineran con él puesto.

Roberto sonrió. La respuesta había bastado para saciar su curiosidad. Pero ya que había preguntado por mi trabajo, iba a aprovechar esa ventana poco frecuente para comentar un tema que llevaba varias horas rondándome por la cabeza. Como siempre que comentaba algo de mis actividades a Roberto, escogí con cuidado mis palabras.

—Ahora tengo un dilema —confesé—. Hay un caso que me pica la curiosidad y me gustaría investigarlo. Pero la familia no quiere que lo haga.

—No lo hagas, seguramente quieren mantener su vida privada al margen —respondió Roberto con sencillez mientras la camarera nos ponía platos de sushi y un cuenco de sopa a cada uno.

—Necesitan mi ayuda, lo sé. Pero son demasiado orgullosos para aceptarla.

—¿Estás segura de que necesitan tu ayuda? ¿O es tu curiosidad empujándote otra vez a donde no te llaman? ¿Quién está pecando de orgullo aquí, Vero?

Me llevé una pieza de sushi a la boca mientras lo miraba. Tenía razón. Si

los griegos no querían mi ayuda, yo no tenía derecho a inmismirme. Luego recordé que había sido yo la que había hecho desaparecer el cadáver.

—Puede que también les esté ocultando algo de información... —confesé—. Pero no puedo decírselo, ya que es algo que atañe a otro cliente...

—Entiendo, es más complicado... —asintió—. ¿Has probado a decirles eso? ¿Que tienes información que podría serles útil, pero no puedes compartirla? Igual lo entienden.

No era viable. Si les dijese que les ocultaba algo, Sofia se encargaría de crear una nueva obra de arte titulada *Detective fisgona al natural*.

—Me temo que son demasiado orgullosos para eso.

—Pues entonces no te compliques, Vero. No puedes ayudar a todo el mundo, y mucho menos si ellos no quieren. Céntrate en otros casos y, si de verdad quieren tu ayuda, acabarán volviendo a ti.

Asentí. Roberto a veces sabía trabajar con la escasa información que le daba y su sencillez era capaz de ayudarme a poner en orden mis pensamientos. Me sonrió.

—Es uno de esos casos de los que no vas a poder contarme nada, ¿verdad?

—¡Qué bien lo sabes!

—Sigo pensando que un blog donde contases tus casos podría tener éxito, ¿no crees? Me sorprende que no se le haya ocurrido a nadie hasta ahora.

—A sir Arthur Conan Doyle sin ir más lejos, cariño.

Roberto frunció el ceño y asintió con una mueca cuando finalmente entendió la referencia. Puede que fuese un fan de las películas de detectives, pero su afición nunca se había trasladado a la lectura.

—¿Qué tal el partido ayer? —pregunté para cambiar de tema mientras intentaba recuperar una pieza de sushi que se me había desmontado en la bandejita de la salsa de soja.

—¡Oh! ¡Genial! ¿No lo viste? —Negué con la cabeza. En el Rainbow's

Arse el fútbol no es un tema que preocupe mucho. Desde que en los estadios no muere gente, las criaturas sobrenaturales han dejado de seguir este deporte —. Gambeta lo ha vuelto a hacer. No lleva ni dos meses en su nuevo equipo, y ya hay hostias para ficharlo en toda Europa.

—Espera... ¿Gambeta? Pero ¿no jugaba el Barça ayer? —pregunté, extrañada.

Roberto era del Barcelona y Gambeta no jugaba en él. Negó con la cabeza.

—¡Qué va! Era un partido de segunda. Pero no podíamos perdérselo.

—Espera. ¿Quedásteis para ver un partido de segunda?

—No. Quedamos para ver jugar a un futuro fichaje del Barça.

—O del Madrid.

Lo apuñalé a traición con una sonrisa. Yo había estudiado en Madrid, ahora vivo en Barcelona, nunca tuve un equipo favorito y mi ambigüedad sacaba de quicio a Roberto.

—Si vas a torturarme así, puedes empezar a pedirle una cita a alguno de esos cadáveres con los que trabajas —respondió, socarrón.

—Ah, pues uno de ellos me ha intentado meter mano —confesé.

Era la primera verdad que le contaba a mi novio en toda la comida.

Tras despedirme de Roberto, me dirigí al consultorio de Arancha. Aproveché que aún tenía un rato hasta la hora a la que había quedado con ella para ayudar a mi estómago a procesar a golpe de paseo la cantidad de comida ingerida. Las laberínticas y cuidadas calles del Gótico, con edificios de siglos que debería saberme según mi antigua profesora de historia del arte, estaban abarrotadas de turistas de todas las formas y colores. La cantidad de gente y el agobio era tal que durante el verano alguna de las gárgolas de la catedral migraban a zonas más tranquilas. No era una metáfora. Me lo había confesado

una de ellas hacía años y, desde la plaza, podías ver el hueco dejado en la esquina vacía, que la gente no tardaba en asumir que se debía a tareas de restauración.

Pero, tras muchos años viviendo en esta ciudad, yo había conseguido ignorar la masa de gente de idioma babélico y navegaba a velocidad de crucero por sus oleadas sin perder en exceso los nervios. Aun así, no tardé más de diez minutos en darme cuenta de que pasear tranquilamente por Barcelona en agosto era un oxímoron, y me dirigí al portal donde Arancha había trasladado recientemente su consultorio con solo tres piezas de sushi digeridas gracias al ejercicio.

No tardé mucho en llegar y, tras subir las escaleras y llegar a su piso, la puerta se abrió antes de que pudiera llamar al timbre. Era un buen truco para impresionar a los clientes; yo misma le había dado la idea de la cámara. El hecho de ser una verdadera médium no impedía a mi amiga usar trucos baratos.

—Hola, Verónica —me recibió con un enigmático acento sureño en su voz—. Tengo que contactar aún con el marido de la *señá* Conchita, luego estaré contigo.

—Tranquila, la esperaré en el recibidor... Doña Lola.

Arancha me lanzó una mirada cargada de rabia contenida y me invitó a sentarme mientras acompañaba a la señora mayor al interior de su consulta. Me quedé mirando cómo caminaba y sentí una punzada de envidia. Alta, morena y capaz de mover las caderas de esa manera que solo se veía en las películas. Alguna vez había tratado de imitarla, pero todo lo que lograba era que pareciese que mis piernas habían discutido con mi cintura y se negasen el saludo. Si no fuese amiga mía y, además, una buena confidente, ya habría intentado matarla, o al menos le habría lanzado una pequeña maldición. Envidia sana, todo.

Después de que se cerrase la puerta, me quedé examinando la sala de espera. Arancha se lo había montado bien. Tenía que confesar que incluso mejor que yo. Sabía explotar su poder y, por las voces apagadas que oía tras la pared, ahora mismo lo estaba haciendo. Si analizabas su despacho, podías ver cómo desde el principio había preparado un ambiente esotérico: velas, incienso, telas exóticas, muebles, cuadros y fotos antiguos... Y no era una decoración de baratillo: los muebles parecían tener más de cien años. Me sorprendió, no sabía que le fueran tan bien las cosas.

Me dediqué a repasar mentalmente las maldiciones que conocía y a calcular los efectos que tendría sobre nuestra amistad lanzarle una pequeña.

Al cabo de quince minutos, Arancha salió acompañada de la tal Conchita, que caminaba secándose las lágrimas.

—Lo sabía, sabía que mi Arnaldo me quería, ¡y por fin me lo ha dicho! — La señora lloraba de emoción—. ¡Que haya tenido que dar el último paso antes de atreverse a decírmelo!

—A veces, *señá* Conchita —respondió mi amiga con su exótico acento—, hace falta cruzar el más allá para conocerse a sí mismo, y a los seres que más quieres.

—Mil gracias, Doña Lola, de verdad. Me ha hecho usted muy feliz.

—Yo me limito a ponerlos en contacto, son ustedes los que se hacen felices.

Despidió a la anciana en el umbral y cerró la puerta cuando esta salió. Se quedó apoyada en el quicio, sin mirarme.

—En serio, ¿de qué país se supone que es ese acento? —pregunté aguantándome la risa—. Me conformo con que me señales el continente.

—Me preguntaba con qué me tocarías los cojones primero —rio Arancha, con su verdadero acento vasco—. ¿No te gusta? Me lo he inventado.

—¿Y lo de su marido? ¿Era verdad?

—¡Qué va a ser verdad! Su marido no quiere ni verla, está muy bien solo en

el más allá.

—¿No tienes miedo de que la *señá* Conchita lo descubra cuando ella vaya también para allí y se te aparezca?

—Nah, lo he hecho por su bien, es lo que quería oír. Ella sabe la verdad; pocos de mis clientes creen que realmente puedo hablar con los muertos, prefieren pensar que les miento un poco. Pero, aun así, es lo que quiere la gente. —Arancha se alejó de la puerta—. ¿Me cambio en un momento, vamos a tomar un café y me explicas qué tienes para mí?

—Perfecto, te va a gustar.

—No me gusta —me respondió mientras miraba su taza vacía.

—¿Porque has visto algo feo en el poso del café?

No estaba segura de si podía hacer eso, así que tampoco sé si lo interpretó como una broma o como una pregunta real.

Arancha miró a su alrededor y se inclinó sobre la mesa, acercándose a mí.

—No me gustan los poltergeists por definición. Son espíritus tan agresivos que han llegado al extremo de manifestarse ante los vivos. No suelen ser peligrosos, la mayoría no tiene tanto poder, pero suelen ser bastante desagradables.

—¿Desagradables? ¿Solo eso? ¿Desagradables en el sentido de que pueden mostrarte el interior de sus tripas o desagradables en el sentido de que son maleducados y no piden las cosas por favor?

—Vero... —Mi amiga estaba incómoda—. No quiero volver a discutir con espíritus, hace tiempo que dejé eso.

—Ya, ahora te dedicas a leer el horóscopo a señoras mayores.

Me recliné en el asiento.

—Ya no soy una niña —continuó—. No quiero seguir discutiendo con

espíritus que creen que tirar jarrones al suelo es una respuesta apropiada en una conversación.

—Te dejo el cincuenta por ciento de los beneficios del caso.

—No es cuestión de dinero, no... Tengo otros clientes, y pagan bien. No necesito meterme en estos líos.

—¿Y si te lo pido como un favor de amiga?

Arancha suspiró mientras me miraba. No me gustaba jugar la carta de la amistad en los negocios con ella, pero no quería volver a ese montón de fotos sin fin. Arancha pudo adivinar mi desesperación en la mirada o en mi aura, y finalmente concedió:

—Si me lo pides como un favor de amiga... y, además, me ofreces el cincuenta... —Asintió con un gesto. Nuestra amistad era fuerte y, para ayudar a mantenerla así, habíamos decidido separarla herméticamente de los negocios. El cincuenta por ciento era un trámite necesario; si no, ni le plantearía el trabajo—. En fin. ¿Qué tienes?

Le pasé el archivo que había llevado sobre el caso: fotos de la casa, de la pared con el rostro, copias de la foto de la chica con la cara borrosa... Arancha empezó a pasar las páginas y a curiosear las fotos.

—Vale... Es la típica aparición en la humedad de las paredes. Desde Bélmez es bastante usual, se ve que se copian los métodos. ¿Es esta chica? —preguntó mientras señalaba la foto.

—No lo sé, por eso te necesito. No tengo nada sobre ella y he repasado más de cien fotos antiguas de la casa.

—¿Y me has pedido ayuda después de haber trabajado tanto? Tienes que estar muy aburrida o desesperada. —Arancha se quedó mirando una foto del archivo—. Mmmm... interesante, muy interesante.

—¿El qué? ¿Qué has visto?

—¿Este es el dueño de la casa? —me preguntó mientras me enseñaba una

foto en la que se veía al tipo señalando las manchas. Asentí—. No me habías dicho que estaba tan bueno. ¿Ves?, si querías mi ayuda, tendrías que haber empezado por ahí.

Ya le había ofrecido el cincuenta por ciento. En efecto, tenía que haber empezado por ahí.

La presentación entre Arancha y mi cliente fue tal como me imaginaba que iría. Arancha se puso un par de pañuelos que siempre llevaba encima y se convirtió en Lola, con su acento indefinible incluido. Aun así, los pañuelos estaban colocados estratégicamente para no ocultar ninguna de sus curvas y el acento parecía más sensual de lo que yo recordaba. Como era previsible, Mateo Prado, mi cliente, no tardó en caer rendido, y sus dudas iniciales se vieron calmadas, primero, cuando le aseguré que no le iba a cobrar un extra por el servicio y, segundo, cuando vio a mi amiga entrar por la puerta.

—¿Es buena? —me preguntó en un aparte, mientras la mística vidente examinaba las manchas de la pared.

—Es la mejor —dije sin mentir—. Al menos la mejor que el dinero puede comprar. Y es de confianza; si algún espíritu está encantando su nueva casa, señor Prado, ella lo encontrará y yo lo expulsaré.

—El rastro es fresco —comentó la vidente en cuclillas al lado de la pared—. ¿Hace cuánto que apareció la mancha?

—Poco más de una semana, el piso está recién reformado.

No solamente estaba recién reformado, sino que todo olía a nuevo yapestaba a caro. Mateo era arquitecto y, con tan solo firmar un proyecto que algún becario le había hecho, se embolsaba más dinero que yo en todo un trimestre. Y se notaba que había trabajado en su propia vivienda. La sala donde estábamos era tan grande como mi despacho entero, y las cristaleras

que hacían las veces de pared permitían ver la calle por completo y habrían dejado entrar la luz si no hubiera sido por las nubes de una tormenta de verano que parecía asomar por detrás de los chalets vecinos.

—He probado a pintar encima de la mancha, pero...

—Sí, es inútil, el espíritu hará que aparezca de nuevo si pinta encima, o incluso si la tapa o tira el tabique —informó Arancha.

—Fascinante —comentó Mateo.

Yo le había dicho lo mismo hacía menos de una semana y entonces no le había parecido siquiera interesante. Me faltaba el departamento de marketing y comunicación que tenía Arancha.

—¿Desde cuándo es suya la casa, señor Prado? —preguntó la vidente, acercándose a él con tranquilidad.

—Oh. Llámeme Mateo —corrigió él con una sonrisa—. Hace menos de un mes, y las manchas aparecieron a los pocos días de entrar a vivir.

—Entiendo. Las manchas son frescas; diría que el espíritu pasa con frecuencia para encargarse de que siga ahí.

—¿El espíritu está aquí? —preguntó el señor Prado, nervioso, mirando a su alrededor.

Arancha asintió y, acto seguido, comenzó a gesticular de manera melodramática. Estaba empezando a concentrarse en su conexión con el plano astral y usaba la mayor parte de su energía en dejar claro que lo estaba haciendo. Toda la parafernalia, los gestos y los sonidos guturales que emitía eran innecesarios y accesorios, pero su comunicación con el más allá era real. Arancha podría hablar con los muertos en pijama mientras comía helado, pero sabía que tenía que vender la experiencia o la gente no acabaría de creérselo.

Uno de los altavoces del equipo de música del señor Prado comenzó a emitir unas interferencias parecidas a las que produce un teléfono móvil. No era la primera vez que notaba ese fenómeno; no entendía muy bien por qué,

pero la conexión de Arancha tenía ese efecto. Eso, y borrar los canales de la TDT.

—¡Espíritu! ¡Espíritu que encantas esta mansión! ¡Manifiéstate! ¡Sé que estás ahí! ¡Danos una señal!

El teléfono móvil de Arancha comenzó a sonar. Según mi experiencia esto era nuevo. La gitana salió tan rápido de su trance que incluso llegó a percibirse que en realidad no había llegado a entrar en él.

—Oh, vaya, perdonad —dijo mientras sacaba el móvil del interior de su bolso—. Se me ha olvidado quitarle el...

Arancha miró el teléfono y pareció sorprenderse. Luego nos pidió perdón con un gesto de la mano mientras se disponía a descolgar.

—Perdón, es una llamada urgente, tengo que atenderla, si me disculpan... ¿Dónde podría hablar en privado?

Mateo no tardó en señalarle un cuarto cercano donde podría tener un poco de intimidad. Arancha entró en él, mientras seguía disculpándose con la mirada por la interrupción.

El señor Prado y yo nos quedamos en silencio, sin saber qué hacer ni decir.

En la otra habitación Arancha hablaba con alguien y, aunque no llegábamos a entender qué decía, aprecié que había vuelto a su acento vasco natal.

—Ruego que la disculpe, señor Prado. Debe de haber recibido una llamada muy importante, pero le aseguro que es toda una profesional.

—No lo dudo, no lo dudo —asintió el hombre, que continuaba mirando embelesado hacia la puerta.

Me di cuenta de que no necesitaba lanzar ninguna maldición sobre mi amiga: ya tenía una. No hacía falta ser telépata para adivinar qué estaba pasando por la cabeza de mi cliente, pero me alegraba no ser la protagonista.

Arancha tardó pocos minutos en salir de la habitación; parecía nerviosa.

—Os pido disculpas de nuevo —respondió recuperando su acento falso a mitad de la frase—. Era una llamada urgente, me temo que tengo que irme...

El señor Prado pareció decepcionado, pero pude adivinar que no era porque la sesión de espiritismo hubiera terminado.

—De todas maneras, volveré a pasarme por su casa en cuanto pueda. — Sacó una tarjeta de su bolso—. Tome, este es mi número. Llámeme si el espíritu se manifiesta de alguna otra manera.

—¿Eh? ¡Claro! El espíritu. —Pareció recordar mientras recogía la tarjeta como si fuese un billete de cien euros—. ¿Sigue aquí? ¿No será peligroso?

—Eeh... No, tranquilo, no pasa nada. Pero hoy es un mal día para hablar con él, el plano astral está débilmente comunicado, Venus pasa muy cerca y está provocando interferencias... El espíritu no se manifestará, tranquilo.

Un jarrón se cayó al suelo.

—El viento —mentí de inmediato para cubrir a mi amiga.

No sabía por qué se comportaba así, pero si la conocía bien, tendría buenos motivos para hacerlo.

—Eso. El viento —repitió la vidente.

—De acuerdo —aceptó mi cliente. Luego sacó su cartera—. Tome mi tarjeta con mi número por si necesita llamarme. Para... lo de los espíritus o algo por el estilo.

—Gracias, sí, no lo dude. Lo llamaré para... eso. —Arancha se giró hacia mí—. Parabellum, ¿vienes?

—Sí, claro. —Volví a mirar al cliente—. No se preocupe, vendremos preparadas para encargarnos del espíritu en cuanto vuelva a aparecer...

Ví de reojo cómo Arancha atrapaba antes de estrellarse contra el suelo un portarretratos que acababa de caerse.

Seguí a buen paso a mi amiga cuando salimos al jardín de la casa en

dirección a mi coche. Tenía curiosidad por saber qué ocurría, pero preferí esperar a llegar al vehículo para preguntarle.

5

Mis mejores balas

—Es uno de mis clientes... premium —respondió Arancha una vez en el coche.

—¿Clientes premium? ¿Qué quiere decir eso? ¿Les lees las cartas y les regalas una camiseta?

—Me pagan todos los meses una cantidad fija y estoy disponible las veinticuatro horas para cualquier emergencia espiritual —continuó Arancha, ignorando mi broma—. Me piden que contacte con alguien, que les lea el futuro, que les ayude a tomar decisiones... Cualquier cosa sobrenatural. La mayor parte de las veces simplemente me llaman para preguntarme si lo que han leído en el horóscopo es cierto o no.

—Una especie de espiritista de cabecera, ¿no?

—Ni yo misma lo hubiera definido mejor.

—¿Y qué te ha pedido que es tan urgente como para dejar al espíritu de mi cliente con la palabra en la boca? —pregunté.

—No lo sé, no lo tengo muy claro. —Entrecerró los ojos mientras me examinaba—. Pero es posible que tenga que derivarlo al especialista...

Hacía veinte minutos que habíamos salido del chalet de Mateo en Pedralbes y nos dirigíamos a nuestro nuevo objetivo. La tormenta había llegado

definitivamente y las gotas repiqueteaban en el parabrisas mientras esperábamos en un semáforo. Siguiendo las indicaciones de Arancha, habíamos vuelto a entrar en Barcelona para salir con más fuerza, y tras un rato conduciendo parecía que llegábamos al fin a nuestro destino, a la altura de Sitges, donde mi cartera se removi6 inc6moda en el bolso. Si en el barrio de Mateo mi Seat corría el riesgo de ser multado por romper con la armonía y belleza, en el lugar en que estábamos entrando directamente podía ser disparado de manera preventiva. Conducía nerviosa, con cuidado, por si mi coche o simplemente mi mirada rayaban sin querer alguno de los otros autom6viles, tras lo cual no me quedaría más remedio que abandonar el pa6s, perseguida por mi seguro.

—Gira en la siguiente calle —sigui6 guiándome Arancha, que parecía más habituada a esta zona.

Si mi amiga tenía clientes con chalets como los que se veían desde el coche, no era ninguna sorpresa que pudiera permitirse tener su despacho en pleno centro.

—Entonces ¿no tienes ni idea de a qué nos enfrentamos?

—Mi cliente dice que un fantasma ha entrado en su chalet. Pero yo creo que no era solo un fantasma.

Únicamente en mi día a día alguien podía pronunciar de viva voz el concepto «solo un fantasma».

—¿Por qué lo crees?

—El supuesto fantasma ha destrozado las cámaras de seguridad.

—No es el modus operandi de un espectro, no. —Asentí mientras aceleraba el coche—. ¿Y no crees que puede que sea un simple robo? Un chalet en esta zona... ¿Seguro que no habría hecho mejor en llamar a la policía?

—No, Carlos no es alguien impresionable a quien puedas engañar con incienso y humo. Si dice que era un fantasma, es que al menos algo

sobrenatural hay en todo este asunto.

—Bien, pues es una suerte que estuviese contigo, lo inexplicable es mi especialidad. —Sonreí.

Hasta la fecha había sido un mes flojo, y ahora se me estaba acumulando el trabajo. Alguien que pagaba a Arancha por estar disponible las veinticuatro horas, con un chalet en Sitges... olía a dinero recién impreso.

—Siento haber dejado a tu cliente a medias, espero no haber dado mala imagen. —Hice un gesto con la cabeza para quitarle importancia. Estaba segura de que el señor Prado se había llevado de todo menos una mala imagen de mi amiga—. He visto a la chica fantasma de la pared, pero no he podido hablar con ella. No te preocupes, lo arreglaré. Y te cobraré solo el veinte por ciento del caso por las molestias. Y es posible que, si Carlos está en lo cierto y te luces, esta interrupción te salga a cuenta.

El coche empezaba a apestar a dinero, y eso me gustaba. Desearía poder capturar ese aroma y hacerme un ambientador con él. Tenía ganas de ver qué sorpresa me preparaba Arancha y cuánta pasta podría sacar de ella.

—Vero, ¿podrías... podrías no acelerar tanto? Vas a casi el doble del límite.

—Aparca ahí; me ha dicho que me esperaría en esa cafetería.

—¿No íbamos a su casa? —pregunté mientras aparcaba el coche.

—Sí, pero primero hablaremos con él. No se atreve a entrar en ella. Cree que es posible que el fantasma o lo que sea siga dentro.

Asentí mientras acababa de estacionar. Apagué el motor y nos quedamos en silencio escuchando la lluvia.

—Hay algo más respecto a Carlos. —Me imaginé algo gordo si había aguardado a que aparcara para decírmelo—. Él espera total discreción y

confidencialidad. Así que... supongo que no tengo que decirte que no puedes hablar de esto con nadie.

—Vamos, Ari —respondí, molesta por la falta de confianza—. ¿Conoces a alguien que guarde más secretos que yo?

—Esto es distinto, no estamos hablando de cosas del inframundo, es mucho peor. Hablamos del mundo real. Te pido que todo lo que suceda en esta reunión no salga de aquí. —Me miraba mucho más seria de lo que acostumbraba—. Y sobre todo no le digas nada a Roberto.

Esa última frase acabó de descolocarme. ¿Qué pintaba Roberto en todo esto? ¿Quién era el cliente de Arancha? Sin que me diese tiempo a decir nada más, mi amiga se puso uno de sus pañuelos en la cabeza, salió de un salto del coche y corrió para ponerse a cubierto de la lluvia en la entrada del bar. Me esperaba, así que abrí la puerta del coche y la cerré corriendo antes de ir tras ella.

Una vez dentro del bar, una cafetería que tenía aspecto de compartir lista de precios con una inmobiliaria, Arancha buscó a su cliente entre las mesas y lo encontró en una de las más alejadas de la ventana. Cuando vi quién era comprendí la necesidad del secretismo.

Pude ver al cliente premium de mi amiga discutiendo con una famosa cantante retirada. Esta había dejado de contar su vida mediante canciones y había descubierto que era más lucrativo venderla directamente por televisión. Además, así se ahorra tener que rimar. El cliente le gritaba, y ambos discutían con verdadera rabia sobre una herencia. O un divorcio. O algo parecido: en la peluquería yo prefería contar los pelos de un cepillo antes que abrir una revista del corazón.

Cuando el tono de los gritos empezó a subir en exceso, el camarero salió de la barra y bajó el volumen del televisor, con lo que de paso rompió el hechizo que me había obligado a mirar hacia el aparato en un primer momento. Aparté

la vista de él y la dirigí al verdadero Carlos Armesto, que se había sentado debajo del televisor donde se emitía una repetición de su programa sin que él siquiera se diera cuenta.

Las diferencias entre el presentador del programa de variedades y el tipo que estaba sentado en la cafetería empezaban por la actitud. La copia de la tele gritaba enfurecida, roja como un tomate, aplastando a la cantante con su verborrea y agresividad. La versión en carne y hueso nos miraba con ojos asustados. Si no hubiera sido por su inconfundible barbita pelirroja y su característica silueta redondeada no habrían parecido la misma persona. Ayudaba el hecho de que en la tele llevaba un traje elegante pero de colores chillones, mientras que en la realidad vestía una simple americana azul marino sobre una camiseta. El único accesorio en común eran sus redondas gafitas amarillas de pasta.

Carlosapuró lo que deduje que debía de ser un gin-tonic, a juzgar por la rodaja de remolacha que flotaba en el vaso, y me dedicó una mirada de extrañeza, después vio a Arancha y relajó su tensa expresión.

—¡Carlos! —saludó Arancha con una sonrisa diseñada para tranquilizar—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

El deje sureño había desaparecido. Como sospechaba, la vidente no se molestaba en usar parafernalia alguna para impresionarle. Los clientes premium parecían tener derecho a la verdadera Arancha, con su verdadero poder y su verdadero acento donostiarra.

—Hola, Arancha, cielo. Estoy bien, estoy bien... —Me volvió a mirar con un nada disimulado recelo—. ¿Quién es?

—No te preocupes, Carlos... Es de confianza, mi asesora de seguridad. —El nuevo cargo me pilló por sorpresa, y hubiese odiado a Arancha por degradarme y convertirme en su asesora si no fuera porque la visión del presentador de televisión venía rodeada de un aura de billetes de cien—.

Puedes contarle a ella lo mismo que me contarías a mí.

Aquellas palabras parecieron bastarle al presentador, que asintió mientras me examinaba.

—Verónica Guerra. Seguridad paranormal —me presenté inventándome mi nuevo puesto mientras le ofrecía la mano.

Carlos se apresuró a levantarse de su asiento y a darme un par de besos.

—Carlos Armesto. Soy... —Asentí, dando a entender que no hacía falta la presentación—. Bueno, creo que necesito vuestra ayuda.

—¿Por qué no nos cuenta lo que ha pasado, señor Armesto? —pregunté, usando mi tono de voz más serio, mientras nos sentábamos a su mesa.

—Sí, claro, claro... —Hizo aparecer un teléfono móvil del interior de su chaqueta—. Mirad esto.

Empezó a trastear con el aparato hasta que puso a reproducir un vídeo.

—Son imágenes de la cámara de seguridad de mi chalet que llegaron a mi móvil hace una hora. Al parecer saltó la alarma y esto es lo que captó la cámara antes de que fuese... desactivada.

Yo estaba fascinada; ni siquiera sabía que podías hacer eso con un teléfono móvil. Con un teléfono móvil y grandes fajos de billetes, claro. En pocos segundos el vídeo acabó de cargarse en la pantalla de aquel móvil que era más caro que mi coche.

Era una secuencia de menos de diez imágenes y a color. La cámara de seguridad solo grababa una imagen por segundo, pero lo que aparecía allí ya era bastante confuso. Los cristales de una de las puertas se astillaban fuera de plano y entraba una figura. Era un joven —aunque no llegaba a vérselo bien— que caminaba de manera torpe. La escena acababa poco después con la figura acercándose con poca delicadeza a la cámara mientras la señal se perdía, tras lo cual el vídeo volvía a empezar en bucle.

Si se examinaba detenidamente, parecía que la imagen del chico, más que

moverse, estuviese superpuesta con trucos de cámara baratos. Además, una de cada tres imágenes solo mostraba una silueta de luz que no compartía la forma de la persona que supuestamente estaba ahí. Parecía una broma hecha a toda prisa con un ordenador viejo, pero yo sabía lo que era, no era la primera vez que lo veía.

—Es... ¿Lo habéis visto? Es un fantasma, ¿no?

Arancha me miró, esperando una respuesta. Ella sabía lo suficiente para estar segura de que eso no era un fantasma, pero no tanto como para poder responder qué era en realidad lo que estábamos contemplando.

—No, señor Armesto, pero ha hecho bien en llamarnos. Eso no es un ladrón normal y corriente, es algo paranormal.

—¡Ah! Entonces... —me invitó a seguir—. ¿Sabe qué es esa criatura?

Lo miré. Opté por seguir siendo sincera con él.

—No tengo ni puta idea —respondí.

—Se llaman hechizos de glamour. Son unas ilusiones ópticas para cambiar el aspecto de la criatura que lo lleva. Resultan bastante comunes entre los seres sobrenaturales, los usan para pasar desapercibidos entre nosotros. — Carlos me miraba, sosteniendo el paraguas mejor de lo que sostenía su mandíbula. Estábamos en su calle, cerca de la puerta que llevaba al jardín del chalet—. Este parece un hechizo barato, por eso no parece funcionar bien con la cámara de seguridad. Para despistar a las cámaras necesitas un hechizo mucho más potente, y en consecuencia caro. Las cámaras son más difíciles de engañar que los humanos...

—Entonces... ¿no puede saber de qué... criatura se trata?

—No hasta que la vea en persona y se lo pregunte.

Me aferré a la mochila que había sacado de mi coche, repleta de todo tipo

de defensas contra criaturas de todas las formas y colores. Lo peor en mi trabajo era cuando no sabías a qué te enfrentabas: la variedad era monstruosa, y si le intentabas clavar una estaca de madera en el corazón a un chupacabras, solo conseguías quedar en ridículo segundos antes de que te arrancase la cabeza.

Por suerte, también había cogido del coche mi pistola, con un cargador repleto de lo que yo llamaba «tutti-frutti». Las tutti-frutti eran una munición especial que había logrado conseguir por encargo a un viejo alquimista de Barcelona. Años atrás, yo misma le había dado la idea y, desde entonces, me las hacía a mi gusto cuando se me agotaban. Cada bala llevaba trazas de plata, ajo, sal, hierro frío... Estaban benditas, malditas y tenían runas en su superficie. Conocía pocas criaturas que pudiesen volver a levantarse después de que una de ellas se alojara en su cráneo. Además, tenían el tamaño estándar de 9 mm, también conocido como Parabellum, por lo que cada vez que disparaba una de ellas me sentía como si estuviese entregando letales tarjetas de visita. La única desventaja es que eran caras de cojones, pero Carlos ya me había dejado claro que el dinero no era problema.

Carlos miraba mi arma fascinado mientras yo la introducía en la funda que llevaba bajo mi chaqueta; después, nos pusimos a cobijo bajo el toldo que paraba con un fuerte repiqueteo la tormenta de verano.

—Será mejor que esperéis aquí, voy a comprobar que, sea lo que sea, no sigue dentro el chalet.

Arancha y Carlos asintieron al unísono: les parecía un plan estupendo.

Empecé a trotar bajo la lluvia hasta acercarme lo suficiente a la entrada del chalet. El resto de la finca estaba rodeada por un seto de dos metros de alto que no permitía ver el interior. En cuanto llegué a la puerta pude comprobar que había sido forzada. Estaba abierta, y la parte en la que debía de encontrarse la cerradura estaba desparramada por el suelo. Fuera lo que fuera

lo que había entrado, el arte del sigilo y la sutileza le era por completo ajeno. Antes de entrar decidí quitarme la capucha que me protegía de la lluvia para poder tener más campo de visión, y aproveché que no había miradas indiscretas para sacar la pistola de su funda. Una vez preparada, me asomé al interior. Entonces lo vi.

El chalet más grande y lujoso que había visto en mi vida. Moderno, lleno de cristaleras, con piscina y cancha de tenis... Si algo era sobrenatural aquí, debía de ser el tamaño de la cuenta corriente del presentador de televisión.

Continué avanzando, pistola en mano, siguiendo el camino asfaltado que llevaba a la entrada de la casa y atenta a cualquier movimiento. Por suerte, el sonido de la lluvia apagaba el ruido de mis pasos; por desgracia, también haría lo mismo con cualquier sonido de lo que fuese que se encontrase dentro. Antes de llegar a la entrada, reconocí la cristalera rota que acababa de ver en el vídeo y me asomé al interior de la casa a través de ella. Allí, en efecto, pude ver la cámara, reventada de un golpe. La criatura debía de ser alta y podía llegar con relativa facilidad al techo, de donde colgaban los restos estrujados de la cámara. Evité pisar los cristales para no hacer ruido al entrar y, una vez en el interior, aproveché para secarme las gotas de lluvia de la cara y las gafas.

Me quedé en silencio, conteniendo la respiración. No se oía ningún ruido; la criatura podía haber dejado el chalet hacía más de una hora, pero no estaría tranquila hasta comprobar todas las habitaciones. Continué avanzando por el camino seguido por el intruso, que había sido tan cuidadoso como una avalancha que llega tarde a su boda. La criatura no parecía saber usar la sutileza y, por lo que observaba, le pasaba lo mismo con las puertas. Todas estaban abiertas de una patada y algunas incluso reventadas del impacto. Eso decía bastante del poco tacto de la criatura, ya que la mayoría ni siquiera tenían cerradura.

Seguí el rastro de destrozos por el pasillo. El intruso se había limitado a derribar las puertas, pero el interior de las habitaciones estaba intacto. Esto me hacía pensar en dos posibles opciones: o estaba buscando algo o era un fanático peligroso de las casas de un solo ambiente. Continué caminando por un pasillo más largo que todo mi bloque de vecinos y conté más de diez habitaciones forzadas, todas con el interior intacto. Tras poco más de un minuto llegué sigilosamente al dormitorio principal. El rastro parecía indicar que se había detenido más tiempo en esta habitación y en ella había provocado un pequeño caos, pero, una vez más, no había cajones abiertos ni muebles patas arriba. Usara el método de búsqueda que usara, la criatura no parecía tener necesidad de registrar el mobiliario. Quizá buscaba algún rastro espiritual...

Entonces oí un ruido y noté que todos los pelos de mi cuerpo se erizaban a cámara lenta. Fue un golpe sordo, como el que hace un mueble grande al posarse en el suelo. Acompañado de un eco. El intruso seguía en la casa. Y era grande.

Caminé rápida pero con sigilo en dirección a la habitación de donde parecía proceder el ruido y no tardé en descubrir que era el garaje. La puerta que conducía hasta allí desde el interior de la casa había sido forzada de una patada. Me quedé fuera, apoyada en la pared junto al marco, y observé que incluso este presentaba marcas. Asomé la cabeza al interior del garaje y vi una silueta agachada detrás de un monovolumen. Estaba de espaldas a mí, así que aproveché para entrar sin hacer ruido, con la pistola preparada, y me escondí detrás de otro vehículo. Desde ahí pude verlo mejor. Parecía un adolescente, alto y delgado, con una camiseta de baloncesto y el pelo largo y revuelto. Estaba agachado y parecía inclinar la cabeza sobre una mancha de aceite en el suelo. Estaba... Mierda. La estaba oliendo.

A eso se había dedicado la criatura por toda la casa: estaba siguiendo un

rastros. Y si era capaz de seguir un rastro por el olor, también sería capaz de detectar mi presencia.

La criatura se levantó con calma y se giró, olfateando el aire. No tardó en mirar hacia donde yo estaba tan solo un momento antes. Por suerte ya me había cambiado de sitio, pero no tardaría en encontrarme. Vi cómo se movía. Caminaba de manera torpe, como si hubiese aprendido a andar mediante un vídeo explicativo con marionetas.

Cuando el chaval llegó a la esquina del coche detrás de la cual yo había estado escondida, acabé de rodear el vehículo y me coloqué a su espalda, apuntándole con el arma.

—No des ni un paso más —le amenacé cuando le tuve a tiro. El muchacho se quedó quieto durante un segundo y luego, poco a poco, se giró para mirarme a los ojos. Vio el arma y por suerte la criatura, fuera lo que fuese, pareció identificarla como tal, así que optó por no hacer movimientos bruscos. Levantó despacio las manos, aunque siguió mirándome con una burlona sonrisa adolescente—. No sé lo que eres, pero está cargada con balas capaces de abrirle un agujero a toda la mitología conocida. ¿Qué coño haces en casa de un humano?

El muchacho inclinó la cabeza y puso un gesto de confusión. No parecía comprenderme y dio un paso atrás.

—¿Me entiendes? —pregunté amenazante mientras avanzaba un paso hacia él—. Desactiva el hechizo de glamour, quiero ver qué eres.

La criatura frunció el ceño y retrocedió otro paso hasta toparse con la pared y tirar un par de cajas apiladas.

—¡Quédate quieto!

No tenía muy claro cómo seguir. Según mi experiencia, yo les apuntaba con una pistola y les amenazaba hasta que no se movían más, o les disparaba hasta que se producía el mismo efecto. La decisión de cómo actuar estaba en manos

del adolescente que tenía ante mí.

Y él no tardó en tomarla. Con una sola mano, agarró una motocicleta que parecía estar lejos de su alcance, y me la arrojó. Me tiré al suelo y me puse a cubierto tras el monovolumen; la moto rebotó contra el techo del vehículo, reventó las lunas, pasó a pocos centímetros de mi cara y atravesó la puerta de madera del garaje. El adolescente echó a correr hacia el agujero y lo atravesó con facilidad, haciéndolo aún más grande. Demasiado grande.

Me incorporé y me puse de rodillas; luego levanté el arma y apunté a la figura que, a pesar de su torpeza al moverse, corría como el diablo. Las tutti-frutti serían caras, pero no tanto como la moto o el coche, así que decidí anotarlas en mi cuenta mental de gastos y disparé un par de veces contra la criatura.

No estaba acostumbrada a disparar de rodillas y los tiros fueron más altos de lo que deberían; me di cuenta en cuanto apreté el gatillo. Pero, aun habiendo fallado aparentemente, el adolescente pareció sentir el impacto. Por lo visto, el hechizo de glamour lo hacía parecer más pequeño al ojo humano de lo que en realidad era, pero no podías engañar a una bala. Mi primer disparo alcanzó su hombro y logró que se tambalease por un momento, aunque sin derribarlo. Siguió corriendo hasta llegar a la verja flanqueada por, que no lo detuvo, y sin aminorar la marcha dio un salto y desapareció tras de ella. Oí cómo aterrizaba al otro lado, con más ruido del que debería hacer un adolescente al caer. Fuera lo que fuese aquella criatura y, a pesar de la ilusión, era algo enorme.

Y se me había escapado.

—No puedo creerme que te haya tirado una moto a la cara y solo te haya hecho un corte en la mejilla —comentó Arancha mientras me examinaba.

Yo estaba sentada en un taburete en el garaje y observaba a Carlos, que no sabía si mirar el destrozo o a mí.

—Lo que yo no puedo creerme es que te haya tirado una moto —añadió aún sorprendido el presentador, que estaba menos acostumbrado que mi amiga a estas cosas.

—Siento mucho el destrozo, señor Armesto, pero la criatura parece ser algún tipo de monstruo enorme.

—Oh, bueno... Las puertas y el coche... No es nada que no pueda pagar sin problema, especialmente si me dices que no se ha llevado nada de valor.

—Sería mejor que lo comprobase usted, pero yo diría que buscaba algo y no lo ha encontrado.

Carlos se acercó a la moto y pasó la mano por la llanta de la rueda, doblada por donde la había agarrado el adolescente. Maldije mi estupidez. No me había dado cuenta de que la criatura era mucho más grande de lo que mostraba su hechizo de glamour, y eso le había permitido agarrar una motocicleta que yo creía lejos de su alcance. También tuve que reconocer en mi defensa que, mientras apuntaba al chaval con la pistola, no contaba con que usase un vehículo como arma arrojadiza.

—Lo que más lamento es la moto —comentó Carlos—, era un vehículo de colección.

Ni Arancha ni yo supimos qué decir; si esa moto era más cara que los destrozos de la casa y el coche, es que valía más de lo que yo facturaba en un año. Me limité a apretar los dientes y a esperar que el presentador decidiese culpar al intruso por los daños.

—En fin —resolvió—, no hay daños personales. Eso es lo que tenemos que agradecer.

Arancha y yo respiramos aliviadas al unísono. No sé cómo había conseguido mi amiga a ese cliente, pero valía su peso en oro, y tiraba a

fondón.

—¿Has averiguado qué era? —preguntó ella.

Negué con la cabeza.

—Grande. Es todo lo que sé: grande, fuerte y pesado. Pero conozco a demasiadas criaturas que encajan en esa descripción y podría ser cualquiera de ellas.

—¿Crees que volverá? —preguntó Carlos, que seguía muy nervioso, algo comprensible tras ver el estado de su garaje.

—No estoy segura —respondí mientras me levantaba—. Buscara lo que buscara, no se llevó nada, o sea que diría que no lo ha encontrado. Pero no sé si se ha ido porque seguía un nuevo rastro o por la herida del disparo.

—¿Has llegado a dispararle? —preguntó Carlos, sorprendido. Su pregunta me hizo reparar en que, si no había oído los tiros, el jardín de la casa debía de ser mucho más grande de lo que pensaba—. Y aun así, ¿fue capaz de escapar de un salto?

Asentí. Grande, fuerte y pesado. Seguía sin estrechar el cerco de sospechosos y, ahora, la desconocida criatura daba aún un poco más de miedo. Carlos parecía estar digiriendo todo eso, podía notarse en su cara.

—¿Monstruos capaces de derribar una puerta de garaje de un golpe? ¿Que no sangran si les disparas? —preguntó, mirando a Arancha—. ¿Tú sabías que existían tales... criaturas?

Arancha asintió con cautela. Carlos estaba empezando a saber más de lo que debería; era un buen momento para que mi amiga hablase con él de la importancia de mantenerlo en secreto por su seguridad. Ella me miró, casi como si esperase mi confirmación. Yo asentí: Arancha iba a tener la Charla con Carlos.

Mientras tanto, yo iba a explorar una idea que me había dado él mismo con su retórica. ¿Quién había dicho que la criatura no había sangrado?

6

Una nariz de ventaja

Mientras Arancha hablaba con nuestro cliente, yo me dediqué a hacer fotos.

Era importante que Carlos entendiese que, pese a haber visto cosas que no acababa de creer, no debía compartirlas con nadie. Si se corriese la voz de que todo tipo de monstruos viven entre nosotros, podría estallar el pánico y, conociendo a los humanos, nada bueno saldría de esta revelación. Normalmente no hacía falta; la mayoría de mis clientes humanos preferían creer que les había estafado con algún truco de prestidigitador antes que aceptar por un segundo que cosas como la magia existían. Y la gente que se encontraba muy cerca de esas criaturas solía estar demasiado asustada o demasiado muerta como para contarlo. O eso, o montaban un negocio en torno a ello como había hecho yo. Pero Carlos, al trabajar en la televisión, suponía un riesgo.

Por eso era importante que el presentador supiese lo peligroso que sería empezar a tirar de la manta, y para eso existía la Charla.

La Charla era un discurso muy bien preparado que soltábamos a la gente que empezaba a asomarse demasiado al inframundo. Comenzaba con cuentos y mitos, con la necesidad de las leyendas, de creer en algo. Seguía con la importancia del secretismo, la necesidad del anonimato de las criaturas por su propio bien. Acababa con ejemplos de gente que había roto el pacto y había aparecido desmembrada, decapitada, despellejada, convertida en pollo o una

mezcla de todo lo anterior. Solía ser efectiva, en especial la última parte, así que no seguí dándole vueltas al tema. Además, en persona Carlos inspiraba confianza, a pesar de la imagen que daba por televisión.

Volví a hacer otra foto. No llevaba ni tres minutos y ya había conseguido eliminar muchas de las criaturas sospechosas, hasta el punto de que tenía una posible ganadora.

Lo primero a tener en cuenta: como era de esperar, sangraba, y las gotas rojas que salpicaban la hierba en la zona del disparo lo confirmaban. Podía parecer una tontería pero, en la rueda de sospechosos que tenía en mi cabeza, los zombis, banshees golems, y demás criaturas sin sistema circulatorio funcional ya podían irse a sus casas.

Lo segundo era una pista más clara, y tan cliché que tenía la sensación de estar buscando rastros con una lupa: huellas. Para ser exactos, las huellas que había dejado el supuesto adolescente al huir por el jardín. Las había fotografiado tal como las había encontrado al buscar la sangre; me apresuré antes de que la lluvia las borrara. El glamour podía engañar a la vista, pero las huellas que había dejado eran las suyas. Y eran, además, bastante definitivas.

Eran huellas de cascos de caballo.

Hice un par de fotos, mientras en mi rueda mental de criaturas sospechosas la mayoría respiraban aliviadas y bajaban del estrado. Yo miraba a uno de los pocos que habían quedado directamente a los ojos, amenazante. La fuerza, la altura, las huellas de cascos, el salto que había dado sin problema, su caminar torpe, como si el glamour no supiese traducir su forma de moverse a la de un bípedo... El centauro me devolvió la mirada, asustado, fingiendo inocencia.

Tenía una pista.

Hola, preciosa

Leí el mensaje de Roberto en el móvil.

Cenas en casa?

Respondí:

Tengo un caso nuevo, no sé si podré cerrarlo pronto

Examiné el interior del garaje en busca de nuevas pistas, hice un par de fotos a la moto y una a la llanta. La forma de la huella que doblaba el metal confirmaba que la mano era al menos humanoide, pero no dejaba claro mucho más.

Otro mensaje de Roberto:

Has disparado a muchos malos?

Respondí:

Solo a uno

Me encantaba poder contarle verdades aunque fuesen en broma.

Arancha entró en el garaje mientras yo acababa de guardar otra foto de la motocicleta en el móvil. Asintió con una sonrisa. Con aquel gesto me decía que Carlos parecía entender la importancia del pacto tácito de silencio. Ayudaba saber que, si te ibas de la lengua, una criatura capaz de levantar una moto con una mano podría irte a buscar mientras dormías.

—Creo que sería mejor para Carlos que pasase una temporada en alguna otra parte —le dije a Arancha—. No me atrevo a descartar que la criatura vuelva. ¿Adivino que tiene otro sitio donde pasar la noche?

—Esta no es mi casa —respondió Carlos entrando en el garaje tras mi amiga—. Quiero decir... es mi chalet de fin de semana, suelo venir un par de

veces al mes, solo con mi novio. Vivo en la ciudad. ¿Cree que es seguro que vuelva allí?

—Mmmm... —Valoré las opciones. Si este enorme castillo de dos pisos no era su vivienda principal, era aún más rico de lo que había pensado en un principio—. Un hotel sería lo mejor: la criatura podría ir a su otra casa.

Vaya. La has roto tú? Parece cara

Un mensaje de Roberto. ¿De qué hablaba?

—Sí, suena razonable —asintió Carlos, mientras yo intentaba atender a él y al móvil al mismo tiempo.

Aproveché que se hizo el silencio en el garaje para repasar mi conversación con Roberto.

Me mordí la lengua para no dejar escapar un grito. Había enviado sin querer una de las fotos de la moto a mi novio. Repasé la conversación por si había enviado alguna más pero, para mi alivio, esa era la única.

De un cliente, luego te cuento

Escribí improvisando, mientras barajaba mil posibles mentiras.

—¿Verónica? —preguntó Carlos con un tono de voz más grave y serio del que me había mostrado durante la última media hora. También parecía más sereno—. Me iré a un hotel, sí. Desapareceré unos días, sí. Pero no quiero quedarme de brazos cruzados.

Ladeé la cabeza y miré a Arancha. Media sonrisa en la comisura de sus labios me dio una pista de lo que pasaba por la cabeza del presentador.

—¿Qué quiere decir? —le invité a seguir.

—¿Hay monstruos viviendo entre nosotros? Bien, trabajo en la prensa del corazón, no es algo que no supiese, aunque hasta ahora creía que era solo metafórico. ¿Es mejor mantener silencio? ¿No llamar a la policía? Bien,

mejor, no quiero que los paparazzi aprovechen para husmear en mi vida. Mantengamos esto en privado, perfecto.

Para haber descubierto hacía pocos minutos que no estábamos solos, Carlos parecía adaptarse muy rápido.

—Pero algo que nunca he hecho ni en mi carrera profesional ni en mi vida es someterme. Jugaremos con sus reglas, pero jugaremos. Quiero que busques y des caza a esa criatura. Quiero que averigües qué buscaba en mi casa. Y si puedes, que le des una lección. Que aprendan rápido que mi casa está fuera de sus límites.

Arqué una ceja, sorprendida. Carlos no parecía la persona tranquila y ligeramente amanerada que había conocido hacía menos de una hora en el bar. Me recordaba más al impasible reportero que estrangulaba con preguntas a sus entrevistados. Su rabia era tan genuina que ahora mismo había logrado hacerme dudar si el verdadero Carlos era el amenazante hombre que me miraba muy serio, o el amable y simpático anfitrión que parecía haberse tomado bastante bien los daños materiales de su garaje. Pero daba igual: en mi cabeza solo había una cosa.

—Le pasaré mis tarifas.

Hay muy pocos centauros en Barcelona. Menos de los que podrías pensar. Quizá más de los que creías si no sabías que los mitos existían entre nosotros, pero no muchos más.

Nunca me había encontrado con ninguno en persona. No solían vivir en la propia ciudad. Incluso con hechizos de glamour, su curiosa anatomía es difícil de disimular. Puede que no lo veas, pero seguramente notarías la presencia de medio caballo si este se encontrara a tu lado en el metro.

Pero sí conocía la existencia de al menos uno y, además, tenía un contacto

que me podría llevar hasta él. Era muy probable que tuviese la dirección en alguna de mis fichas del despacho, pero entrar en la ciudad para luego volver a salir me daba demasiada pereza, así que, tras un par de llamadas y la promesa de unas cuantas cervezas, conseguí la dirección y la metí en el GPS de mi móvil.

Carlos y Arancha se habían ido en taxi a un hotel. Mi amiga había prometido acompañarle e incluso quedarse con el que ahora era nuestro cliente, y yo opté por dejarles un par de talismanes genéricos y un par de hechizos de fuego que tenía en mi bolsa y que Arancha no dudaría en usar en caso de volver a encontrarse con el adolescente o con otra criatura. No era habitual que yo cediera alguna de las piezas de mi colección privada de artefactos mágicos pero, tras hablar de tarifas con el presentador, pensé que yo también tenía derecho a clientes premium.

Tras media hora conduciendo por carreteras secundarias perdidas entre árboles, con el sol asomando entre las cada vez más escasas nubes para volver a ocultarse en las montañas que veía en el horizonte, sonó el teléfono.

—Hola, Roberto —respondí al descolgar. Recordé el despiste de la foto y mi cabeza comenzó a idear mentiras—. Perdona que no te haya llamado, pero me ha surgido un caso a última hora y tengo que seguir el rastro mientras esté caliente.

—No, no, tranquila. Además, ya he visto el cadáver, es bastante grave.

—¿El cadáver? —pregunté, sorprendida.

—La foto de la moto que me has enviado. Gente de dinero, ¿eh?

—Sí... —admití. Recordé que Roberto había abierto un blog sobre motocicletas, uno de los que mejor le había funcionado, y había llegado a entender de motos. Por lo visto, lo suficiente como para reconocer el valor de una que le parecía cara hasta al omnipudiente Carlos—. En eso estoy, un accidente peculiar; el dueño quiere que encuentre al culpable para que su

seguro pague el daño.

—Pues suerte, si lo consigues te dejaré que me invites; el seguro de una moto de esas tiene que ser un pico. —Confirmado: Roberto sabía de motos—. ¿Entiendo que hoy no cenas en casa?

—No sabría decírtelo aún. Si encuentro algo pronto, llegaría para después de cenar; si no, igual se me hace demasiado tarde.

—No te preocupes, intentaré esperarte despierto. La cama es demasiado grande sin ti.

—¿Me estás llamando gorda? —bromeé, paladeando lo normal que me hacía sentir un chiste tan vacío como este mientras me dirigía a la caza de un centauro.

—No responderé a esa pregunta de alguien que tiene licencia de armas — continuó Roberto—. Mándame un mensaje en cuanto sepas algo.

Nos despedimos y me quedé en silencio en mi coche, adentrándome por carreteras cada vez más secundarias, donde hasta el asfalto resultaba opcional. Al cabo de pocos minutos mi móvil vibró. Aproveché un stop para ojear el mensaje, aunque temía saber de quién era y qué quería.

Otra noche que lo dejas solo? No te mereces a mi hijo.

Volví a tirar el móvil al asiento del copiloto mientras maldecía a mi familia política.

El coche iba dando botes cada vez que hundía una de las ruedas en un socavón. La gravilla saltaba si pisaba el acelerador más de la cuenta y la pista por la que iba se encontraba en tan mal estado que me obligaba a ir por debajo de la velocidad mínima que era capaz de indicar mi cuentakilómetros. Estaba fascinada tanto por el hecho de que alguien pudiera vivir allí como porque mi

GPS supiese de la existencia del camino de cabras donde había metido mi coche.

La suspensión me recordaba, a base de darme cabezazos contra el techo, que tenía que pasar la ITV, y decidí tomarme el resto del camino con calma a pesar de que ya se me había hecho de noche. Además, no quedaban más de quinientos metros hasta la cabaña donde supuestamente vivía el centauro. Por suerte, la lluvia había cesado hacía rato, pero el camino seguía embarrado y las ruedas patinaban con cada bache.

Ví la luz de la casa a lo lejos. Era una vivienda apartada, pero no se podía negar que el centauro tenía buen gusto. Una masía típica, de piedra, junto a una enorme pradera. No era ninguna sorpresa; las criaturas con más de un siglo solían amasar pequeñas fortunas, y mi siguiente visita parecía haberlo hecho también.

A esas horas y en ese sitio supuse que no molestaría a nadie, así que dejé el coche parado en mitad de la pista. Apagué el motor, bajé del vehículo y me dirigí a la puerta de la casa. Por lo que me habían contado de él, no creía que su habitante fuese el centauro que buscaba, solo confiaba en que me llevase hasta él, pero aun así tenía mi pistola en la funda y avanzaba con precaución. Al acercarme a la puerta, empecé a oír música a todo volumen en el interior, acompañada de unos golpes.

Llamé al timbre y los golpes cesaron; tardé poco en darme cuenta de que era un repiqueteo de cascos. El volumen de la música bajó y volví a oír el ruido de cascos acercándose, con ritmo suave, a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz masculina en el interior.

—¿Hari? —pregunté en voz alta, confiando en pronunciar su nombre correctamente.

La puerta antigua de madera se abrió, al menos lo hizo su mitad superior, y dentro pude ver a un hombre en camiseta, alto, fuerte y bien parecido. Había

algo en sus rasgos que llamaba la atención, un toque oriental casi sensual. No me hizo falta asomarme para adivinar que de cintura para abajo tenía cuerpo de caballo.

—Poca gente me conoce por ese nombre, y ninguno es huma...

El centauro se quedó mudo al verme y, tras medio segundo de duda, cerró con tal fuerza que casi tiró abajo la puerta, haciéndola rebotar contra el marco. Cuando volvió a entreabrirse, vi cómo Hari se dirigía al galope hacia la parte trasera de la casa. Yo también me permití otro segundo de duda, y mientras me peleaba con la puerta me di cuenta de que el centauro ya había alcanzado el exterior por alguna salida que daba a la pradera contigua. Era impensable que lo atrapase corriendo. Solo me quedaba una opción.

Entré de un salto en el coche, me abroché el cinturón y giré la llave de contacto mientras rezaba por que, fuera lo que fuese lo que había impedido que este pasase la ITV, no me fallase ahora. Pisé a fondo el acelerador y, cuando las ruedas se cansaron de lanzar gravilla y barro, el vehículo arrancó dando un tirón.

Lancé el coche en dirección a la pradera de la casa, donde podía ver la figura del centauro alejarse, y la vieja portilla de madera me reventó un faro en venganza por atravesarla. A pesar de lo que dictaba la lógica, la pradera era menos accidentada que el camino por el que había llegado con el coche, y este parecía reaccionar relativamente bien a los volantazos que daba para intentar corregir el rumbo. Con el faro que me quedaba pude alumbrar al centauro, que se quedó clavado en el sitio más tiempo de lo que debería, sorprendido quizá por el Seat que se dirigía contra él a toda velocidad cruzando la pradera, como si fuera un conejo en mitad de la carretera.

No duró mucho en esa posición, y comenzó a galopar de nuevo mientras el motor de mi coche rugía para intentar contrarrestar el resbaladizo suelo. Era mi única pista, y su huida decía mucho, así que destrozar un faro a cambio de

lo que me pagaba el presentador era un riesgo calculado. También la suspensión, que se esforzaba en evitar que el eje de las ruedas traseras adelantase al de las delanteras. Y el motor, que iba más revolucionado de lo que correspondía a la velocidad a la que avanzábamos. En el taller se iban a reír mucho.

Mi coche estaba sufriendo, pero lo estaba alcanzando metro a metro. Por desgracia, justo cuando un giro brusco hizo derrapar las ruedas traseras y el faro volvió a alumbrarlo de lleno, el centauro desapareció.

Durante un segundo llegué a pensar que había usado algún rebuscado hechizo de teletransporte, pero luego descubrí que lo único que había hecho era saltar colina abajo. Y no es que hubiese tardado ese segundo en darme cuenta, es que fue el tiempo que tardé en llegar al borde con el coche y saltar detrás de él.

Había dejado de pisar el acelerador. Ya no hacía falta. El freno tampoco servía de mucho. El coche iba resbalando colina abajo, arrastrando matorrales y rebotando contra alguna piedra; el parabrisas se resquebrajó con alguno de los numerosos impactos y el faro derecho, contra todo pronóstico siguió aguantando como un cosaco, alumbrando de manera intermitente la colina.

En esa colina estaba el centauro, que corría despavorido cuesta abajo, aunque ya no huía de la rubia loca que conducía contra él, sino del alud de tierra, piedras y el coche con una rubia loca dentro que amenazaba con aplastarlo.

Yo movía el volante hacia los lados, aunque solo fuese para autoengañarme y hacerme creer que tenía algún tipo de control sobre la dirección que tomaba el vehículo y que esta no venía dada por las piedras y los pequeños árboles que hacían que mi trazado se pareciese más al de una pelota de pinball que al

de un vehículo pilotado. En la maraña de imágenes que pasaban ante mí, pude distinguir cómo el centauro aparecía y desaparecía ante las luces del coche y, durante medio segundo, cómo mi GPS se soltaba del salpicadero y volaba delante de mis narices mientras su pantalla intentaba sin éxito localizar mi señal en alguna carretera cercana.

Un par de golpes más y un salto, y mi coche salió disparado atravesando unos matorrales. Otro golpe más y todo se volvió negro.

Tras varios segundos que a mí me parecieron horas, empecé a moverme. El impacto no había sido tan grande como esperaba y ni siquiera había saltado el airbag. El motor del coche estaba aún encendido, ronroneando como un gatito con algún tipo de enfermedad pulmonar, así como el faro superviviente y los cuatro intermitentes, que debían de haberse activado en algún momento del descenso. Me desabroché el cinturón y apagué el motor; me quedé en silencio con el ruido de los intermitentes sonando de fondo. Abrí la puerta y salí del coche tambaleándome. Mi viaje había acabado en el aparcamiento de un restaurante de carretera que por fortuna estaba cerrado. Me apoyé en el techo de mi coche, sin atreverme a mirar los daños, aún mareada por los golpes.

Un ruido a mi espalda hizo que me girase, logrando que mis vértebras crujieran. Cuando me quise dar cuenta ya había sacado la pistola, que aún llevaba enfundada y que con algún golpe durante la caída se me había clavado en las costillas, y estaba apuntando en dirección a aquel ruido.

El centauro intentaba levantarse del suelo con torpeza. La caída le había afectado al igual que a mi coche; por suerte para mí yo llevaba cinturón de seguridad, él no.

—Te lo vuelvo a preguntar —conseguí decir, haciendo acopio de aire—.
¿Eres Hari?

El centauro me miró, asustado. Vio la pistola, pero ya no estaba en condiciones de correr. No por segunda vez.

—¡No! ¡No tienes por qué matarme! ¡Estáis equivocadas!

—¿Estamos? ¿Quiénes?

—¡Las valkirias! Eres una valkiria, ¿no? —gritaba Hari, trastabillando—. ¡No soy griego! ¡Ni siquiera soy un centauro!

Me quedé confusa, aunque seguí apuntándole con la pistola.

—No vengo a matarte, no soy una valkiria —me atreví a decir.

—¿Qué? ¿No? Pensaba que...

Hari miró a su alrededor y empezó a reírse.

—Pues entonces me temo que todo esto no ha sido más que un malentendido —consiguió añadir entre risas.

Me quedé en silencio, mirando el alud provocado en la colina, los arbustos arrancados, mi coche lleno de barro con golpes por toda la carrocería y un par de cristales rotos.

—«Recalculando ruta» —anunció el GPS, orgulloso de haber encontrado por fin una carretera.

7

Momentáneas escenas de sexo

—¿Qué quieres decir? —pregunté al híbrido sin bajar la pistola.

—¿Con qué exactamente?

La pregunta no carecía de lógica. Hari me había soltado demasiada información confusa de repente. Además, él tampoco acababa de entender por qué una kamikaze con gafas le había perseguido colina abajo en coche y ahora le apuntaba con un arma. Me planteé las opciones por partes.

—¿Por qué creías que era una valquiria?

—Porque eres rubia —respondió sin dudar.

Me sentí halagada. Las valquirias son mitos nórdicos: altas, fuertes, esbeltas y rubias. Yo solo compartía con ellas el último atributo, y que me hubiera confundido con una era tan halagador como poco creíble.

—¿Y ya está? Si crees que todas las rubias son valquirias, es que hace tiempo que no visitas la civilización.

—No todas, pero sí las que aparecen en mi casa buscándome a las once de la noche —confesó el centauro mientras se levantaba, casi sonriente. Sentía respeto por mi pistola, pero no miedo. Este había desaparecido en cuanto habíamos aclarado mi naturaleza no nórdica—. Soy bastante precavido con mi dirección, no suelo recibir visitas de... humanas. Y ahora... ¿podrías bajar el arma, cielo?

Había algo en su sonrisa, inspiraba confianza, inspiraba algo más... Tuve

tentaciones de bajar la pistola, pero estaba acostumbrada a los jueguecitos mentales, y este era uno de ellos. Conseguí aferrarme al arma.

—Vuelve a intentar lo que estabas haciendo y empezaré a dispararte en las rodillas una a una. Y te advierto que tienes cuatro.

El centauro torció la sonrisa y dejó de avanzar.

—Está bien —admitió al fin—. Si no eres una valquiria, por lo que he visto... deduzco que eres la famosa Parabellum, ¿verdad?

Mi pecho se llenó de orgullo. Vivo para estos momentos.

—Había oído hablar sobre ti, rumores. —Miró de nuevo al coche y al rastro que había dejado este colina abajo. Tuvo un escalofrío, probablemente al recordar lo cerca que había estado de que aparcara encima de su cabeza—. Lo que yo creía que eran rumores demasiado estúpidos para tratarse de una humana... ahora empiezo a creérmelos.

—Muchas gracias. —Asentí con la cabeza—. Ahora, la siguiente pregunta. ¿Por qué te buscan las valquirias?

—Porque creen que soy de los griegos —confesó el centauro, volviendo a sonreír.

Entrecerré los ojos, pensativa. Los centauros eran mitos griegos, pero este negaba serlo. Aunque también aseguraba que no era ningún centauro. ¿Hari? No sonaba a griego, desde luego... Cuando caí en la cuenta, me sentí estúpida por haber cometido un error de novata.

—¡Oh! Joder, ¿eres un kinnara?

Hari sonrió complacido. Los kinnaras, o al menos cierta subespecie de ellos, son físicamente igual que los centauros, pero pertenecen a la mitología hindú. También, si no recordaba mal mis estudios, tenían una habilidad que no poseían sus primos europeos. Hari me sonreía. Volví a levantar el arma y la amartillé.

—Si intentas seducirme te hago la vasectomía a tiros —grité.

El kinnara levantó las manos.

—¡No es algo que haga de manera voluntaria!

Eso era cierto, había algo en su naturaleza que era estúpidamente seductor. No solo sus rasgos o los músculos de su pecho, que se marcaban debajo de la camiseta. Poseía un magnetismo animal, lo que no era nada difícil teniendo en cuenta que de cintura para abajo era un caballo. Fui hasta la puerta de mi coche y saqué mi bolsa de variedades, sin dejar de apuntarle ni de vigilarle. Por mi mente pasaban imágenes confusas en las que prefería no profundizar. Rebusqué en mi bolsa y saqué un trapo con el que me tapé como pude la nariz con una mano, mientras el kinnara me miraba con verdadera curiosidad.

—La mayoría de los mitos que usáis el sexo como arma —respondí a la pregunta que parecía estar haciéndose— os basáis en las feromonas. Esto me permitirá hablar contigo sin que me den ganas de arrancarte esa camiseta y hacerte... —Me quedé callada y me mordí la lengua. La mascarilla improvisada podría funcionar para evitar asimilar más feromonas, pero aún tenía que limpiar algunas de mi sistema—. Voy a bajar el arma. No vengo a por ti, solo quiero hacerte un par de preguntas que ni siquiera te implican del todo. Me conoces. Sé dónde vives, sabes que si echas a correr hoy, te encontraré otro día y te haré... —dejé la frase a medias, antes de que las imágenes mentales de mi cabeza saliesen por mi boca —daño.

El kinnara asintió; me miraba intrigado. Parecía fascinado, quizá no estaba acostumbrado a una humana capaz de resistirse a sus encantos, que supiese la diferencia entre un centauro y un kinnara o que condujese un Seat colina abajo. Parecía que yo estaba a la altura de las expectativas que se había formado respecto a la Parabellum de la que había oído hablar. Con suerte podría utilizar eso en mi favor y conseguir seducirle yo a él, sacarle toda la información y, luego, si se portaba bien...

Tenía que preguntarle rápido y salir de allí antes de que mi mente me

proporcionase imágenes e ideas que solo pudiera borrar con medio litro de agua del Lete o dos de vodka.

—Entonces... —empecé apresurada, bajando la pistola pero sin acabar de guardarla— ¿las valkirias te buscan porque creen que eres un centauro griego? ¿Para qué?

Hari me miró, sorprendido.

—¿Me lo preguntas en serio? ¿No sabes los líos que se traen los mitos griegos y los nórdicos?

Claro que lo sabía: peleas de bandas, territorialidad... Pero hasta ahora solo habían sido riñas de bar, discusiones, insultos, amenazas... Las dos mitologías llevaban siglos conviviendo y siempre estaban al borde de iniciar una guerra por un quítame allá ese templo. Pero ambos bandos tenían suficientes dedos de frente como para quedarse en ese borde y no iniciar algo que no beneficiaría a nadie. En realidad, tras tantos siglos, su enemistad era pura palabrería y nunca había acabado en nada grave. Al menos hasta el cadáver que había tenido que ir a buscar al Rainbow's Arse. Si las pistas con las que no dejaba de encontrarme confirmaban mi intuición, el asesino debía ser de alguien del panteón nórdico, y eso encajaba con el arma usada, que apuntaba a una espada.

Pero, para mi desgracia, dentro del panteón nórdico el uso de la espada era tan habitual como el de la ropa interior, o incluso más. Aquello no acotaba mucho.

—Intento aclararles que soy hindú —seguía explicándome Hari—, pero nadie ha oído hablar de los kinnara, todos creen que soy un centauro. Esos estúpidos olímpicos han sabido vender su mitología. Para colmo, ahora los nórdicos creen que soy el enemigo. No me he atrevido a pisar la ciudad desde hace un mes.

Asentí. Había llegado hasta allí por otro asunto, pero de nuevo acababa

investigando el caso que nadie quería que investigase. Quizá era una señal.

—Intentaré hablar con ellos, les aclararé tu origen y les diré que estás fuera de esto, ¿vale? —Mi afirmación pareció tranquilizarle bastante—. Pero necesito tu ayuda.

—¿Qué necesitas? —preguntó el kinnara, sonriéndome.

Miré para otro lado antes de volver a desnudarlo con la imaginación.

—Primero, que dejes de sonreírme. —Hari cambió la cara—. Segundo, necesito saber si hay más centauros... o kinnaras por la zona.

Hari dejó escapar una carcajada triste.

—¿Ves a lo que me refiero? Tengo medio cuerpo de caballo y la gente ya cree que conozco a todos los centauros de la zona. ¿Sabes que todo el mundo da por sentado que soy sagitario? ¡Soy virgo, por el amor de Shiva! ¡Eso es racismo!

—Entonces...

—No —respondió con un gesto amargo—, no hay ningún centauro, y mucho menos un kinnara, por la zona de Barcelona, y créeme que los he buscado. No somos una especie muy viajera. ¿Has intentado meter este cuerpo en un avión o en un tren? —Parecía sincero, y no tenía motivos para mentirme—. Es más. Si encuentras a una kinnari a menos de mil kilómetros, te pagaré doscientos euros por su teléfono. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no tengo relaciones sexuales con alguien de mi especie?

Suficiente. No quería oírle hablar de sexo con las feromonas aún circulando por mi sistema, y me dispuse a volver al coche. Además, mi pista se había ido al garete, había destrozado el coche para nada, y encima el tema del dios griego volvía a pasar por delante de mi cara. No estaba contenta.

—De acuerdo, si encuentro a alguna te lo haré saber, pero tú haz lo mismo si ves a alguien o algo con patas de caballo —dije mientras le daba mi tarjeta.

Me senté frente al volante y giré la llave del motor. El hecho de que,

después del accidentado descenso, este fuese capaz de arrancar me pareció lo más sorprendente en un día en el que un adolescente me había tirado una moto a la cara y un híbrido entre caballo y humano me había intentado seducir.

Metí la primera, pero una idea tonta me pasó por la mente. Bajé la ventanilla del coche, que se quedó atascada a la mitad. Asomé la cabeza por el hueco y llamé la atención del kinnara, que empezaba a subir cojeando por la colina erosionada por mi coche.

—¿Y si encuentro una centaura?

Hari pareció sentirse ofendido durante unos segundos, pero concedió al fin:

—Te pagaré cien euros.

Algo sabía con certeza tras esa noche. Mi coche no pasaría la ITV a no ser que drogase a los mecánicos. Y nada de sustancias blandas. Necesitaría alguna droga de diseño muy fuerte si quería que pasasen por alto todos los detalles que yo misma notaba mientras lo conducía.

El más obvio era que el pobre había quedado tuerto; recé por no cruzarme con ningún policía que me inmovilizase el vehículo antes de llegar a Barcelona. El parabrisas estaba rajado por la mitad y la chapa tenía casi tantos trozos con pintura como sin ella. Además, la dirección temblaba cada vez que superaba los treinta kilómetros por hora y la puerta del copiloto no se abría. Puse la radio para ignorar todos los ruidos extraños que hacía el motor, y por fin llegué al parking de mi edificio. Miré la columna donde apenas el día anterior había rayado el coche y recordé los buenos tiempos en los que un roce en la pintura me parecía una mala noticia.

Antes siquiera de levantarme del asiento, encendí el móvil. Era la una de la mañana; confié en que Roberto fuese fiel a su palabra y siguiese despierto.

Es demasiado tarde para aceptar esa invitación a la cama?

Bajé del coche y subí por las escaleras hasta la entrada del parking, donde el móvil pareció recuperar cobertura. A los pocos segundos, un mensaje me indicó que Roberto estaba despierto.

Nunca es tarde para ti

Tras varios segundos, añadió:

Salvo a partir de las tres de la mañana. Ahí sí es tarde

Sonreí. Necesitaba abrazarlo, más que de costumbre. Supuse que serían las feromonas que aún pululaban por mi sistema circulatorio y se centraban en partes concretas de mi anatomía.

Estaré ahí en diez minutos

le respondí mientras salía del garaje en dirección a casa. La brisa fresca de la noche me recibió, y el paseo resultó agradable. A esas horas solo iban por la calle algunos despistados que volvían a su casa. Yo era una de ellos. Algún coche pasaba no muy lejos haciendo un fugaz ruido, pero la calle por la que yo caminaba era estrecha y de un solo sentido, y a esas horas no tenía ninguno circular por ella.

La temperatura había bajado gracias al chaparrón de hacía un par de horas, pero la humedad y agosto se cogían de la mano para hacer que la ropa se me pegara a la piel. Me saludó un cierto aroma a curry que me recordó que aún no había cenado e, instintivamente, miré a mi alrededor buscando la fuente. Mala suerte, no había ningún restaurante abierto cerca y, para ser exactos, ni siquiera alguno cerrado. Lo único comestible eran los árboles que adornaban el paseo. La nube de curry se alejó y me dejó con la duda y el hambre para

siempre. Tendría que esperar a llegar a casa y saquear de nuevo la nevera. Con suerte Roberto habría comprado más chocolate que poder devorar. Eso era amor.

Y hambre. Sobre todo era hambre.

Entré en el ascensor del portal y pulsé el botón que me llevaría a mi añorada casa. El elefante de la habitación me miró, sentado en el imaginario sofá que había encontrado en algún lugar de mi cabeza.

No era mi casa. Era la casa de Roberto. Por mucho que lo obviase, por mucho que mi novio hiciese todo lo posible por hacerme sentir que la casa era de los dos, era mentira. La sensación de hogar no era completa, por mucho que compartiésemos los gastos. No solo había sido la casa de Roberto antes de que yo me mudase del cuartucho que ahora hacía las veces de almacén en mi despacho al enorme piso donde vivía él, sino que, además, su madre no dejaba de recordarme que yo era una extraña y que no tenía derecho a vivir en un moderno apartamento en El Born que estaba tan por encima de mis posibilidades económicas y tan por debajo de las de Roberto.

Por mucho que lo había intentado, no había sido siquiera capaz de acabar la mudanza, y algunas de mis cosas aún seguían en el despacho. Y hablo de las cosas de Verónica. Parabellum ni siquiera dejaba entrar a Roberto en él.

Y ese era otro problema, quizá más grande que el hecho de que la casa excedía mi presupuesto o que mi potencial suegra me odiase. Nunca me sentiría en casa porque Parabellum no vivía ahí. No podía vivir ahí, Roberto ni siquiera sabía que existía. Por lo que él sabía, solo existía Verónica, y la parte de mi vida en la que perseguía centauros cuesta abajo no tenía cabida en esa imagen.

Pero no podía contárselo. O al menos no dejaba de repetirme eso. Lo que tenía claro es que no quería contárselo. Si algo me gustaba, si algo necesitaba de mi relación con Roberto, era que me ayudaba a sentirme normal, me

recordaba que no era más que una chiquilla cuyo padre le enseñó a distinguir un fantasma de un espectro, y cuya madre le enseñó a disparar un arma. Me recordaba que era humana y eso, en mi campo de trabajo, era necesario. Pasaba tanto tiempo rodeada de criaturas de leyenda que empezaba a creerme que Parabellum pertenecía a ellas.

No, yo no era inmortal, y hablar de fútbol con Roberto o hacer la compra para los dos me ayudaba a recordármelo. Por eso Roberto y Parabellum no podían conocerse, por el bien de ambos.

Al abrir la puerta de casa, Roberto me esperaba en el sofá. Me dedicó una sonrisa que me ayudó a recordar que no solo salía con él porque me ayudase a sentirme normal.

—Hola, preciosa —me dijo con un tono que consiguió que el humo que empezaba a salirme de la cabeza se disipase.

Me miró sonriendo. Yo lo miré, agotada, con la espalda magullada y un dolor punzante en las costillas, justo donde se me había clavado la culata de la pistola.

Me abalancé sobre él, lo tiré del sofá y empecé a quitarle la ropa con tanta rapidez que la mitad estaba en el suelo antes de que pudiese reaccionar.

Roberto me acariciaba de manera casi inconsciente, mientras yo notaba cómo mi cuerpo se relajaba por primera vez en todo el día. Estábamos desnudos, en la cama, tras una sesión maratónica de sexo nocturno. Al menos había podido usar las feromonas que me había lanzado el kinnara para el bien. El sudor, agosto, Barcelona y el extenuante ejercicio impedían que ni siquiera se nos pasase por la cabeza abrazarnos. Cada uno estaba en un extremo de la enorme cama, evitando todo tipo de contacto físico, ya fuese con el otro o con uno mismo. Una brisa decidió entrar por la ventana, seguramente atraída por los

gritos, y, a pesar de encontrarnos demasiado tarde, no dudó en acariciarnos suavemente, logrando que mi piel sudada pasase de sentir calor a ponerse de gallina.

Roberto llevaba un rato callado y, si no hubiera sido porque había empezado a jugar con mi pelo, habría pensado que se había quedado dormido. Si no me equivocaba, algo rondaba por su cabeza.

—¿Estás bien? —me preguntó al fin. Había acertado.

—¿Bien? Estoy genial... Tan solo dame otros cinco minutos para recuperar el aliento.

Pero no me dejó escapar con tanta facilidad.

—Vero... ¿Qué es lo que te ha pasado hoy?

Noté el tono. Solía jactarse de que me conocía mejor que yo misma. Yo me reía por dentro cada vez que lo hacía.

—No sé a qué te refieres... —respondí, evasiva.

—Tienes un corte en la cara, un chichón en la cabeza y un moratón en las costillas. Sabes perfectamente de lo que te estoy hablando. —Acepté la regañina—. ¿No quieres contarme nada de tus casos? Vale, lo entiendo. Sé que eres más feliz si no me meto en tu trabajo, pero me gustaría saber cuándo te ha pasado algo grave.

—Un pequeño golpe con el coche, nada más... —mintió Verónica, torpe.

Me gustaría haber mentido como Parabellum, ella sí que sabe mentir, pero estaba en la cama con Roberto y este no era su territorio. Nunca lo sería. Esta era la vida de Verónica, y ella tendría que arreglárselas.

—¿Pequeño?

—Bueno... El coche está destrozado, pero yo estoy bien. No ha sido más que un choque tonto, no te preocupes, de todas maneras tenía que llevar el coche al taller.

—Me da igual el coche, Verónica —me respondió, serio—. Y no ha sido un

simple golpe. Sé que ha sido grave.

—¿Cómo... cómo lo sabes?

En otra situación, si en vez de a las caricias de Roberto solo tuviese que enfrentarme a la mirada de un basilisco, hubiese seguido mintiendo. Pero no ahora. No pude. Quizá en el fondo deseaba que Roberto descubriese mi secreto para no tener que seguir mintiéndole. Estúpida Verónica.

—Se te nota.

¿Mi mirada? ¿Mi manera de hablar? Si no era capaz de mentir en una conversación, estaba jodida en mi trabajo.

—Tu forma de hacer el amor. Normalmente disfrutas, te relajas, te ríes... Hoy no. Hoy ha sido diferente.

Durante un segundo imaginé que la culpa era de las feromonas. Había sido un poco más brusca y más ansiosa de lo habitual, y quizá había gritado más de la cuenta... Pero no, parecía que hablaba de otra cosa.

—Me abrazabas como si no quisieses soltarme nunca, me besabas como si fuese la primera vez... Vero, casi has llorado al llegar al final...

Me quedé clavada en el sitio. Creía que mentía bien, creía que podía engañarle, pero Roberto me conocía muchísimo mejor de lo que pensaba.

—Y no es la primera vez que lo haces. Siempre que tienes pesadillas y te despiertas, te comportas igual. Haces el amor como si fuese la primera vez, como si quisieses volver a sentirte viva...

Las pesadillas. Azufre, fuego, mi compañero carbonizado. Esas pesadillas.

—Como si quisieras recordarte que sigues viva...

Seguía sin ser capaz de moverme. Roberto me estaba leyendo como un libro abierto, un libro que ni yo misma había leído. Claro que había algo en mi cabeza, y no eran las feromonas. Acababa de caerme precipicio abajo con el coche y seguía viva. Me había librado de que una moto me arrancase la cabeza por un par de palmos. Si el coche de Carlos hubiera sido un utilitario y no un

monovolumen, ahora mismo estaría muerta.

Y aunque Parabellum era una dura detective a la que no le importaban una mierda esos detalles con tal de que la gente conociese su nombre, a Verónica la aterraban. Tenía que mantener mi fachada; no podías amilanarte delante de monstruos si no querías que descubriesen que en el fondo solo eras una humana más. Parabellum era dura, no era Verónica. Lo malo era que lo disimulaba tan bien que yo misma me lo acababa de creer y llegaba a pensar que el hecho de haber estado a punto de morir no era importante. Había llegado a creer que estaba preparada para ello.

Pero no lo estaba; por mucho que me lo repitiese, por muchas pesadillas que tuviese, por mucho que creyese que la muerte sería bienvenida, era mentira. No estaba preparada para morir. Y Roberto lo sabía mejor que yo. Me abrazó, intentando consolarme. Yo le abracé y comprobé que decía la verdad. Me aferraba a él como si quisiera que nunca se me volviese a escapar. Como si deseara que nunca más me dejase a solas con la chica que creía querer morir. Que me ayudase a ser normal.

—Podría haber muerto —confesé bajando la mirada—. Con el coche. Me precipité colina abajo. Tuve suerte, pero podría no haber sido así.

Roberto no supo qué decir en ese momento, así que optó por abrazarme más fuerte.

—Tranquila, mi amor... —dijo al fin—. Lloro tranquila...

Nos quedamos abrazados, desnudos, en silencio.

—No voy a llorar... —le corregí.

Roberto hizo un ruidito casi paternal y me acarició el pelo de nuevo. Noté cómo una lágrima en mi mejilla acariciaba la herida reciente.

El muy cabrón me conocía mejor que yo.

8

Huellas de pisadas, muertos vivientes y otros clichés

El sonido del móvil me despertó. Era Carlos, mi nuevo y flamante cliente. Intenté situarme. Por lo que podía deducir era de día, aunque no llegaba a tanto como para averiguar qué hora era. Los rayos de sol que entraban por la habitación que compartía con Roberto indicaban que por lo menos la jornada laboral había osado empezar sin mí. Mi aguerrido bloguero no estaba en la cama y yo me había apoderado de todo el espacio, así como pertrechado con todas las sábanas y cojines posibles mientras dormía. Intenté aclararme la voz para que pareciese que estaba trabajando en mi despacho.

—Buenos días, señor Armesto —contesté con una voz tan despierta que me sorprendió a mí misma.

—Llámame Carlos, querida —contestó mi cliente con su melosa voz habitual—. ¿Alguna novedad?

—He seguido la pista de las huellas, aunque no me ha llevado a ninguna parte. Pero no te preocupes, encontraré al... —Roberto entró en la habitación al oírme hablar— caballo.

—Entiendo, mantenme informado de todo lo que averigües. ¿De acuerdo? Quiero descubrir quién se ha atrevido a entrar en mi casa, estoy empezando a cansarme de estar escondido.

Asentí con la cabeza mientras miraba embobada a Roberto; luego me di

cuenta de que estaba hablando a través del móvil y añadí un escueto «Sí» antes de colgar. Seguí mirándole mientras él me observaba con el ceño fruncido.

—¿Caballo? —preguntó una vez que se aseguró de que ya había colgado. Parecía preocupado.

—Sí... ¿Te acuerdas del accidente que te comentaba ayer? ¿El de la moto? —improvisé—. La culpa fue del caballo...

Roberto me miraba asustado, con la misma expresión que tenía el día anterior cuando me preguntaba por mi accidente.

—¿Es eso? ¿Me estás ocultando algo así? —No tenía muy claro a qué se refería—. ¿Caballo? Vero... ¿estás metida en un lío de drogas?

—¿Qué? ¡No! Hablo de un caballo que se cruzó en la carretera. Mi cliente quiere que busque al dueño para poder denunciarlo. Pero seguir el rastro de un caballo no es tan fácil como parece...

Su afirmación me había descolocado, pero Roberto estaba dispuesto a intentar adivinar en qué asuntos estaba metida, aunque hubiese fallado por dos campos de fútbol.

—Por Dios, Vero. Dime que no estás involucrada en ese tipo de asuntos. De verdad. No merece la pena el dinero. —Roberto me puso la mano en el hombro con cara de preocupación—. Lo de tus costillas... ¿Fue de verdad un accidente de coche? ¿Te lo ha hecho alguien? Oh, joder, no me digas que te echaron de la carretera...

—Vamos, cariño, no seas tonto... —le dije mientras rebuscaba en mi móvil antes de que mi novio trajese a la brigada antivicio a nuestro dormitorio—. ¿Has vuelto a ver *Scarface* sin avisarme?

—Verónica —siguió, empecinado—, ¿por eso no me cuentas nada de tus casos? ¿Estás metida en...?

Se calló en cuanto puse la pantalla del teléfono delante de sus ojos. En ella se veía claramente una fotografía de las huellas de caballo que había hecho en

el jardín de Carlos. Tomé la precaución de no soltar el móvil, no quería que mirase el resto de las fotos y mi farol se viniese abajo.

—Caballo, de los que galopan —afirmé—. Togoplop, togoplop. Recuérdame que si algún día tenemos hijos y quieres comprarles un caballo, lo consultes antes conmigo, no vayas a engancharlos a la heroína sin querer.

Se echó a reír. En parte por el alivio, en parte por la estúpida confusión, digna de un vodevil barato. Yo aproveché para saltar encima de sus hombros.

—¡Arre! —le grité mientras me levantaba casi sin esfuerzo—. ¡Llévame hasta la cocina, Jolly Jumper!

Eran las once y media. Se había hecho un poco tarde para desayunar y habría tenido que estar en la oficina. Pero tras un día como el anterior todo me daba igual, así que me puse a devorar medio paquete de magdalenas con café en el sofá mientras Roberto trabajaba en su ordenador escribiendo un artículo para alguno de sus infinitos blogs.

—¿Y tanto dinero tiene tu cliente que contrata a un detective privado para seguir el rastro de un caballo? —dijo desde su sitio.

—¿A quién quieres que contrate? ¿Sabes lo que cobran los rastreadores comanches? —pregunté encogiéndome de hombros—. Además, no me he dedicado a seguir sus huellas, no soy Sherlock Holmes, esas son solo del lugar del accidente. Mi trabajo es preguntar a los vecinos, y en los establos de la zona.

—Pues no vas a encontrar nada, pequeña rata de ciudad. —Media magdalena se quedó a mitad del camino mientras le miraba desde el sofá, intrigada por su afirmación—. ¿Me dejas tu móvil?

Antes de que Roberto se levantase a por él, yo ya me había metido el resto de la magdalena en la boca y lo había cogido. Suficientemente rápido como

para adelantarme, suficientemente lento como para que no pareciese que ocultaba algo.

—¿Qué quieres mirar? —pregunté con la boca llena mientras lo desbloqueaba. Tragué—. ¿Y a quién llamas rata de ciudad? Solo porque tus padres tuvieran una casa en los Pirineos no te conviertes en alguien de pueblo.

—Enséñame la foto de la huella y ven aquí —me indicó con un gesto, ignorando mi comentario—. ¿Tu cliente llegó a ver al caballo?

—No... —respondí con poca seguridad, esperando que esa fuese la respuesta correcta.

Volví a ampliar la foto de la huella.

—Y tanto que no. Vero, tú no estás buscando un caballo. —Me señaló un par de fotos de huellas que había encontrado en internet. Una, por lo que pude comprobar al mirarla un par de veces y contrastarla, se parecía a la mía. Como dos paréntesis muy gruesos. La otra, en forma de círculo mordido, no tanto. Amplió la foto de la segunda—. Esta es una huella de caballo.

—Entonces... —dije mientras ponía mi móvil al lado de la pantalla y él ampliaba la primera foto— ¿esta huella de qué es?

—De una vaca...

Me quedé varios segundos asimilando lo que decía. No tenía sentido. ¿Me había atacado una vaca?

—Oh, joder... ¿Y un toro?

Volvió a mirar la foto y se encogió de hombros.

—Supongo que sí —concedió.

Le abracé y le besé en los labios.

—No sabes lo mucho que te quiero ahora mismo, mi ratón de campo.

—Pase, señorita Guerra, el señor Armesto nos ha avisado de su visita.

Me recibió en la puerta del chalet la única persona con traje que había por allí. Deduje que sería el jefe de los obreros que reparaban la cerradura metálica, cambiaban las cristalerías y puertas y, en general, trabajaban como hormiguitas para que la casa de mi cliente volviera a estar como nueva cuanto antes. Yo me había opuesto a la idea, no quería que si nuestro enorme y violento intruso decidía visitarnos de nuevo, se encontrara gente allí. Pero descubrí que, dentro de su extrema amabilidad y buenas maneras, Carlos Armesto era una persona realmente pertinaz. Además, las reparaciones habían empezado antes incluso de que yo me hubiera levantado de la cama.

El jefe de los obreros me acompañó hasta el garaje, donde un carpintero cortaba planchas de madera para el agujero del portón. No estaban ni la moto ni el monovolumen, que imaginé en un taller donde los estarían tratando mejor de lo que me tratarían a mí en un spa.

—De locos, ¿eh? —afirmó mi acompañante—. No puedo ni imaginarme cuánto le habrán robado al señor Armesto, pero los ladrones no se anduvieron con sutilezas.

La imagen de una moto dirigiéndose hacia mi cara pasó de manera fugaz por mi cabeza.

—No, ninguna —respondí.

Examiné el césped mientras el jefe iba a hablar con el carpintero sobre el color apropiado de la madera. Busqué la primera huella y eché un vistazo a mi espalda para asegurarme de que nadie me observaba. No quería suscitar demasiadas preguntas ante un grupo de obreros que probablemente ya tendría demasiadas.

Puse mi pie en la primera huella, que estaba casi borrada por la lluvia, y busqué la segunda. Tuve que dar un salto para poner mi otro pie en ella y aproveché la inercia para continuar saltando, corriendo de huella en huella, siguiendo exactamente los mismos pasos que el intruso. Los últimos me

exigieron más esfuerzo debido a la distancia entre ellos, pero aun así seguían el mismo patrón. Me sentí un tanto ridícula por andar dando saltos por el jardín, pero me sentí más estúpida por no haberlo hecho ayer antes de ponerme a buscar centauros. Había completado el recorrido sin problemas hasta llegar a las últimas huellas, al punto donde escapó saltando por encima de la verja, lo cual confirmó mis sospechas.

Mi intruso era bípedo.

Minotauros. La mitología estaba llena de ellos pero, por mucho que lo negase, el caso volvía a señalar al cadáver del dios. El mito del minotauro era típico de Grecia. Todo estaba tan relacionado con los griegos que mi despacho empezaba a oler a salsa de yogur.

No tenía fotos de minotauros y, hasta donde yo sabía, ninguno había pisado Barcelona. Hasta ahora.

Su fuerza, su olfato capaz de encontrar a cualquiera de sus víctimas en un laberinto, su altura, sus huellas, su extraña manera de caminar. El adolescente era un minotauro, lo tenía muy claro. Por si acaso había pasado la tarde revisando todo tipo de híbridos dentro de la mitología y mi surtido catálogo de monstruos, y todo seguía apuntando a la misma criatura. Aunque pareciese increíble, debajo de la imagen de aquel adolescente escuálido y desaliñado vestido con una camiseta de baloncesto, se escondía un monstruo de más de dos metros de alto y casi lo mismo de ancho.

Me empecé a reír sola en el despacho. La camiseta del chico, ahora lo recordaba, era de los Chicago Bulls. El que le había lanzado el hechizo de glamour tenía sentido del humor.

Pero eso no me decía nada. Conocía demasiados brujos, hechiceros, chamanes y demás que podían haber lanzado un conjuro similar, y eso solo

dentro de Barcelona. No, el conjuro era una pista demasiado vaga; tenía que centrarme en el hecho de que fuese un minotauro, eso acotaba bastante más.

Pero por mucho que quisiese ver la conexión con los griegos, quizá para justificarme a mí misma el seguir investigando aquello, era de mente cerrada presuponer que el minotauro estaba relacionado con ellos. No quería caer en otro error como el del kinnara. Tenía que mantener la mente abierta a cualquier opción. Y si quería resolver el caso que más dinero me iba a dar en todos mis años como detective, tenía que olvidarme del cadáver del dios.

El teléfono móvil me sacó de mis pensamientos. Era un número fijo, y aunque no lo tenía en mi agenda, reconocí el número del Rainbow's Arse. Killian volvía a llamarme.

—Levanta tu puto culo del montón de mierda en el que sea que estés tirada y ven al bar cagando hostias —gritó en susurros el clurichaun.

—¿Killian? ¿Qué pasa?

—El dios muerto. Está aquí.

Caminé a toda prisa desde la estación de metro al pub de Killian, mientras la cálida brisa me acariciaba la cara y el sol que había aparecido tras la tormenta del día anterior brillaba en mis gafas.

—¿Antón? —grité cuando, tras varias llamadas, finalmente descolgó el teléfono.

—¿Verónica? —respondió el vampiro con voz ronca—. ¿Qué horas de llamar son estas?

—Lo siento mucho, de verdad —respondí con más sinceridad de la que era habitual en mí. No eran horas para un vampiro; con el sol tan alto estaría en su ataúd durmiendo. Lamentaba muchísimo haber tenido que sacarlo de su descanso y agaché la cabeza, preparada para la regañina—. Pero ¿podrías

hacerme un grandísimo favor? ¿Puedes comprobar si el cadáver que te dejé sigue en su sitio?

Antón rezongó algo en su idioma natal. Pude oír cómo se levantaba y caminaba. Al rato me respondió:

—Sí, sigue aquí, ¿por qué?

—¿Le has hecho alguna prueba? —pregunté, forzando al límite su buen humor.

—Sí... más o menos. Te confirmo que es... o que era un inmortal. Aunque lo he determinado por la edad del cuerpo, tiene más de dos mil años. Pero no he notado nada que indicase que fuese divino.

—¿Cómo lo has averiguado? —pregunté con curiosidad.

—Por el bouquet, mi querida niña.

Yo ya tenía muchas cosas en la cabeza, así que no me molestó el tono condescendiente de Antón.

—Ya que me has despertado... ¿Has podido hacer lo que te pedí?

—No, todavía no —respondí, antes de averiguar de qué hablaba. Acababa de llegar al pub—. Luego te llamo, muchísimas gracias por tu tiempo.

Colgué el teléfono con algo rondándome la cabeza pero poco a poco pasó a segundo plano, ya que Killian me miraba con cara de haber visto un fantasma.

Puede que, si lo que decía era verdad, técnicamente lo hubiese visto, pero si Killian se asustase de cada fantasma que viese, perdería a la mitad de su clientela. El pánico que se reflejaba en su rostro provenía más bien de la idea de que el cadáver que acababa de ver señalase ese bar como el lugar de su asesinato y, por ello, los clientes dejasen de venir.

—¿Qué ha pasado? —pregunté corriendo hacia la barra—. ¿Dónde está?

—Se ha ido —respondió el barman.

—¿Estás seguro de que era él?

—¿Eres tan imbécil como da que pensar la cara de imbécil que tienes? —

No era su mejor insulto. Killian estaba nervioso—. Claro que era él, lo recuerdo perfectamente, joder.

—¿Y qué hacía aquí? ¿Te ha dicho algo?

—Claro, coño, nunca podré olvidar sus palabras. —Killian irguió la espalda, lo cual hizo que ganase unos centímetros de altura—: «Una pinta de Guinness, por favor».

—Curiosas palabras para un muerto, ¿no?

—Luego se sentó en esa mesa, a hablar con ese, con el crío de Sofía

Álex estaba en la misma mesa de la última vez, bebiendo lo mismo que la última vez. No me había visto, eso era bueno.

—He hablado con Antón. El cadáver sigue en su sitio, es decir que, fuera lo que fuese lo que has visto, no era él.

Killian me miró, frunciendo el ceño.

—Quieres decir que... ¿el que me acaba de pedir una cerveza era un *doppelgänger*? —Killian hablaba de los metamorfos, seres capaces de adquirir la forma de quien sea.

—O él, o el cadáver que nos llevamos... Antón me ha dicho que no parecía el cuerpo de un dios.

—Bueno, ¿y qué cojones pretendes hacer?

—Es obvio, ¿no? —Señalé a Álex—. Preguntarle.

—¿Qué te he dicho de hablar con él? —preguntó Sofía con un tono de voz helador, no sé si debido a su naturaleza de gorgona o a su naturaleza de madre.

Por suerte para mí había entrado dos segundos después de que yo empezase a acercarme a la mesa de Álex y seguí caminando hasta otra mesa cercana, con mi cerveza en la mano, como si ese hubiese sido mi plan desde un principio. Sofía aún no me había visto, y la pregunta iba dirigida a su hijo. Me puse de

espaldas a ellos y comencé a escuchar la conversación, mientras lanzaba fugaces vistazos a la gorgona.

Llevaba activo un hechizo de glamour, como solía ser normal en ella. La magia la mostraba como una mujer altiva, madura y con un aspecto tan peligroso como atractivo. A decir verdad, la diferencia con su forma real no era tan grande: la ilusión se limitaba a modificar el tono de piel, cambiarle la cola por dos piernas embutidas en una falda de tubo a juego con su traje y disimular las serpientes de su cabeza en un cardado muy voluminoso. Podía apreciarse la diferencia de precio entre su hechizo y el del minotauro. La única manera de darte cuenta de que no era humana era al tacto, y Sofia se encargaba con su actitud de que a nadie se le pasara por la cabeza ponerle un dedo encima.

Seguí atenta la conversación; por suerte hacía años que Sofia había dejado de usar el griego antiguo y no tuve que traducir nada.

—No soy un crío, madre, no puedes seguir controlándome.

—¿Que no eres un crío? No tienes ni cien años —respondió condescendiente Sofia—. ¡No tienes ni idea de con quién te estás metiendo!

—Es un buen tío, y creo que tiene razón.

—¡Un buen tío! —respondió indignada la madre—. Es un dios, y los dioses no quieren a las otras criaturas más que para usarlas a su servicio, ¡inmortales o mortales por igual!

—¡Quieren defendernos! Los dioses nos protegen ahora que los necesitamos más que nunca. Incluso nos han mandado refuerzos desde Grecia.

—¡Como si ha venido el mismísimo Zeus! —le interrumpió su madre—. No puedes creerte lo que te cuenta. ¿No ves que solo piensa en utilizaros para vengar a su hermano?

Y ahí estaba la respuesta al caso del misterioso cadáver del dios. Gritada en voz alta en un bar. No mentía a Roberto cuando le hacía creer que el trabajo

de detective era en su mayoría aburrido y anticlimático. Vengar a su hermano. El cadáver que estaba en la morgue particular de Antón, y que era igual que la persona que había hablado con Álex minutos antes. Gemelos.

No hay muchos gemelos en la mitología griega. Pueden parecer bastantes por comparación estadística, pero realmente no son tantos como cabría esperar. El panteón olímpico era el árbol genealógico más enrevesado que había estudiado en mi vida, por culpa en parte de la afición a los escarceos de los dioses, quienes creían que la monogamia era una enfermedad mortal. Es difícil seguir el rastro de todos los hijos bastardos de tu marido cuando se dedica a ir por ahí acostándose con humanas, animales y algún que otro árbol. Pero, pese a la surtida variedad de prole, había pocos gemelos. Y, para ser exactos, en Barcelona solo un par de ellos, según los rumores que había oído: los Palicos.

Tenía muy poca información sobre ellos, ni siquiera disponía de sus fotos o de una descripción de su aspecto. Dioses de algún géiser o lago pequeño. Muy poco poderosos, pero dioses al fin y al cabo. Nunca me los había cruzado; no solían mezclarse mucho con los mortales, como la mayoría de los seres divinos.

Pero ahora uno de los hermanos había roto esa norma y acababa de salir del bar para perderse en el centro de Barcelona. Su gemelo había roto la otra norma de los dioses, la de no morir, y ahora reposaba en la mesa de un forense.

Madre e hijo seguían discutiendo, y yo había desconectado de lo que decían. Aún quedaban muchas dudas en el aire. ¿Cómo podías matar a un inmortal? ¿Qué quería el Palico restante de Álex? Tenía que preguntárselo, pero no era una buena idea interrumpir a Sofía en plena discusión, me parecía demasiado arriesgado.

Además, por mucha curiosidad que me suscitase el caso del dios muerto, yo

ya tenía un negocio más importante entre manos, y mucho mejor pagado. No podía seguir dejando que los tejemanejes internos de los griegos me desviasen de encontrar al minotauro.

—¿Al minotauro?! —gritó Sofía detrás de mí, haciendo que mi oído se reenganchase a la conversación—. ¿Y tú crees que un minotauro suelto por Barcelona va a ayudarnos?

Me giré por instinto: mis dos casos acaban de encontrarse y se habían convertido en uno muy gordo. Miré a Sofía, que estaba roja de furia.

—¿El puto minotauro es vuestro?! —le grité.

Sofía me miró con gesto de pura rabia por haberla interrumpido, su glamour se deshizo y estalló en un chillido reptiliano capaz de poner la piel de gallina a un pollo, mientras me mostraba su verdadero rostro.

9

Digno de dioses

Parpadeé. Puede parecer un gesto sin importancia, pero llevaba sin hacerlo casi una hora y era el primer movimiento completo que lograba realizar tras recuperar mi composición habitual de carne y hueso. Con gran esfuerzo volví a parpadear; tal vez estuviese recompuesta, pero aún me llevaría un buen rato poder volver a moverme del todo. Era igual a un mal despertar: incapaz de moverme, intentaba averiguar confusa dónde estaba y tenía la boca seca. Era un mal despertar con resaca.

Tras un tercer parpadeo, mis ojos comenzaron a distinguir luces borrosas mientras el oído derecho comenzaba a pitarme. Poco a poco comencé a mover los dedos de los pies: aún tenía para rato.

—...ardando más de lo normal. —Oí la voz de Sofía—. ¿Estás seguro de que Killian te ha dado los ingredientes correctos?

—Sí... pero ha tenido que improvisar —respondió Álex—. No me lo ha querido decir directamente, pero creo que en el tema de la sangre nos ha dado liebre por gato.

Empecé a centrarme. A medida que mis ojos se acostumbraban a funcionar de nuevo, conseguí situarme. Estaba en el almacén del Rainbow's Arse, acompañado por los dos miembros de la familia Cantero. Por lo que podía adivinar, Álex y Sofía estaban liberándome del hechizo de piedra de la gorgona. Comencé a sentir los dedos de la mano y noté algo frío en mi mano

derecha.

—Tienes buenos reflejos, humana —comenzó la griega—. Casi te ha dado tiempo a sacar el arma.

A un ritmo dolorosamente lento, empecé a sacar el brazo del interior de mi chaqueta. Mi mano seguía aferrada a la pistola.

—Ahora será mejor que la sueltes, o la próxima vez que te convierta en piedra nadie me convencerá de no dejarte así.

Intenté asentir, pero mover el cuello era todavía una asignatura pendiente, así que decidí responder de viva voz. Solo logré toser.

—Será mejor que esperes un poco antes de hablar, Parabellum. El contrahechizo no ha sido muy potente —dijo Álex.

Conseguí girar la cabeza poco a poco hasta mirarlo. Con la misma velocidad la orienté de nuevo en dirección a Sofía.

—El minotauro... —dije.

—Eso era una conversación privada —respondió con frialdad, la gorgona.

—No era tan... —tosí un poco más fuerte, esta vez ayudada por la recién recuperada movilidad de mi caja torácica— privada si lo gritabais en un bar. ¿Trabaja para vosotros?

Álex se dio por aludido e intentó reafirmar su presencia interviniendo en la conversación.

—¿Qué sabes del minotauro?

—Sé que ha atacado a un cliente mío, y que eso es de mi incumbencia. — Logré mover las piernas y comencé a caminar lentamente para estirarlas—. De modo que, si sabéis algo de él, también sois de mi incumbencia.

—¿A quién ha atacado? —preguntó Álex.

—A un humano.

—¿Un mortal se atreve a inmiscuirse en los asuntos de los inmortales? ¿Quién es? —preguntó Sofía con un tono de voz amenazante.

Estiré la espalda y los hombros y acabé de recuperar la movilidad casi por completo. Mi pierna derecha aún cojeaba un poco y mi oído izquierdo todavía seguía sordo. Intenté destaponarlo haciendo ventosa con la mano y aproveché para hacerme la interesante y sacar aún más de quicio a la gorgona.

—Ese mortal es mi cliente y su identidad es confidencial —apunté—. Además, no se ha inmiscuido en nada, vuestro minotauro ha irrumpido en su casa sin motivo alguno, destrozándola, y él ahora quiere averiguar por qué. Y si alguien que me paga desea saberlo, yo también.

—¿Ves lo que te he dicho? —le gritó Sofía a Álex, vertiendo sobre él toda la rabia que había conseguido acumular. Me apiadé del chico—. ¡Sueltan un minotauro por la ciudad y piensan que así nos han ayudado! ¡Esas bestias son incontrolables! —Me miró—. Dime al menos que no iba desnudo.

—Llevaba un hechizo de glamour que le hacía parecer más o menos humano. —Recordé al adolescente que caminaba con torpeza—. Pero es de los baratos, más os vale que no salga por la tele, o estáis jodidos.

—¡Oh! ¡Perfecto! ¡Qué manera de gestionar las cosas tienen estos dioses! ¡No sé qué haríamos sin ellos! —Volvió a mirar a su hijo. Y de nuevo me apiadé de él—. ¡Esto es lo que hacen! ¡Quieren provocar un conflicto! ¡Les da igual que nos matemos mientras ellos están cómodamente sentados en el Olimpo!

—No son ellos los que quieren matarnos, madre. ¡Son los nórdicos!

Yo me limité a quedarme callada; parecía que en este caso era la mejor manera de obtener información.

—¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza? Ha sido ese dios amigo tuyo, ¿eh? Claro, como las valkirias han matado a su hermano, ahora todos los griegos tenemos que ir a la guerra y vengar su nombre.

—¡No lo entiendes! —gritó Álex, mientras el áspid de su trenza se agitaba—. ¡Ya estamos en guerra! Y los nórdicos están ganando. ¡Ellos son los que

nos han robado la ambrosía!

Se hizo el silencio en el almacén. Sofía se quedó clavada en el sitio y, poco a poco, giró la cabeza hasta mirarme, para comprobar que seguía ahí. La saludé con una sonrisa.

—Por favor, no os cortéis —añadí, socarrona.

Por fin Álex había acabado la frase que había comenzado el día anterior. ¿Los griegos podían sobrevivir sin... qué? ¿Sin ambrosía...?

Lo dudo.

La ambrosía es el alimento de los dioses del Olimpo. Según la leyenda, quien la toma puede convertirse en un ser inmortal, incluso en un dios. Y las leyendas rara vez mentían en mi profesión. Durante mi conversación con Álex, había encontrado que el botón donde apretarle, el tema que le preocupaba, era la mortalidad. Si lo que acababa de decir era cierto, y a los griegos les acababan de robar la ambrosía, podía entender por qué un inmortal tenía de repente miedo a la muerte. Porque había dejado de serlo.

También acababa de comprender uno de los interrogantes más grandes que rodeaban la muerte del dios. ¿Cómo matas a alguien inmortal? Lo vuelves mortal y luego lo matas. En este caso, le cortas el suministro de ambrosía y luego le asestas un par de estocadas en el abdomen.

Pero seguía habiendo muchas dudas en el ambiente, y ahora que Álex había tirado de la manta iba a ser más fácil encontrarles respuesta.

Sofía me miraba con rabia contenida. Llegué a tener miedo de que su mirada de odio, incluso en su aspecto humano, resultase tan fuerte como para volver a convertirme en piedra.

—No tienes de qué preocuparte, Sofía —intenté tranquilizarla, pero manteniendo el tono frío—. No me conviene lo más mínimo que esto se sepa.

Sabes que soy la primera interesada en mantener todos vuestros secretos; si no, me quedaría sin trabajo.

—Si el resto de los mitos se enteran de que pueden matar a nuestros dioses...

No tuvo que acabar la frase, me lo podía imaginar. Las rencillas de una pequeña comunidad tan heterogénea como el submundo inmortal de Barcelona, multiplicadas por cientos de años y por el hecho de que no podías vengarte de tu vecino con un sano y catártico asesinato múltiple. Sería una masacre. Y no solo entre los dioses. Todas las criaturas de la mitología se verían obligadas a pelear en nombre de estos.

—No se enterarán —le aseguré—. Es más, pienso ayudarlos.

—Oh, genial. ¿Efectivo o tarjeta? —preguntó Álex, ácido.

—Gratis —afirmé. Tosí, me había costado decir la palabra en voz alta—. Lo último que quiero para el negocio son muertes sin sentido. Pero tenéis que ayudarme a encontrar a ese minotauro.

—¡Perfecto! ¡Genial! Primero los dioses, y ahora la gran y poderosa Parabellum —estalló Sofía. Disfruté de los adjetivos con que adornó mi nombre, aunque fuesen sarcásticos—. ¿No entiendes que podemos arreglárnoslas nosotros solos? Los griegos no necesitamos ayuda de una humana.

Paladeé el desprecio con el que pronunció la palabra «humana».

—¿Para qué? ¿Para entrar en guerra con otro panteón? Porque tu hijo tiene razón, Sofía, el conflicto ya ha empezado y tú ni siquiera te has enterado — dije señalando a Álex, que no supo qué cara poner.

El pelo de Sofía siseó. Parecía que había conseguido acertar donde duele.

Habíamos vuelto a la mesa del bar y los tres estábamos sentados tomando una

cerveza. Killian se aseguró de que me encontraba bien. El irlandés se interesó por mi salud, ya fuera porque esperaba que averiguase quiénes eran los dioses muertos que le visitaban, ya fuera porque lo último que quería en su bar era una gorgona convirtiendo a los clientes habituales en piedra. Aunque fuese por interés, le agradecía que hubiese intercedido por mí ante la griega.

—Seguro que estás bien, ¿no?

Asentí. Mi pierna aún cojeaba y no había recuperado la audición en el oído izquierdo. Por lo que me contó Álex, era algo normal cuando se usaban ingredientes de baja calidad, pero tras haber convencido a Sofía de devolverme a la vida, no iba a quejarme de Killian. Además, era algo temporal. Tarde o temprano volvería a oír en estéreo.

En la mesa donde estábamos sentados Sofía, Álex y yo, los ánimos se habían relajado un poco, pero la tensión aún podía cortarse con un cuchillo, o al menos con una espada de dos manos.

—Entonces, por lo que he entendido... el minotauro está rastreando la... — Sofía me dedicó una mirada cargada con postas—. La mercancía robada.

Álex afirmó.

—Al menos eso nos han comunicado desde el Olimpo. Por eso queremos saber quién es tu cliente.

—Sigue soñando, mocososo. Mi cliente no creía en los fantasmas hasta hace un par de días y, por lo que me habéis contado, el robo se produjo hace casi medio año.

—Hace al menos medio año que tendría que haber llegado —informó Sofía—. Nos la traen desde el Olimpo, y desde allí nos han asegurado que se envió. Pero no hemos recibido nada.

—¿Quién la traía desde Atenas? ¿Alguien de fiar?

—Palomas. Palomas del Olimpo. Hay que respetar las tradiciones — contestó orgullosa la gorgona.

—Genial —respondí—. Entonces ¿entiendo que podemos considerar como sospechoso a cualquier labriego con licencia de caza menor?

—No hace falta que busques sospechosos, Parabellum —me interrumpió Álex—. Son los nórdicos. Las valquirias. Quieren entrar en guerra y saben que esta es la mejor manera de conseguirlo.

No le faltaba razón. La guerra era el mayor aliciente para una valquiria. Su teoría era buena pero, aun así, estaba un poco cogida por los pelos. Aunque por lo que me habían contado no teníamos muchas pistas más y, para ser sinceros, me había tirado precipicio abajo por indicios más insignificantes.

Ayer, para ser exactos.

—Bien... Pues lo mejor será que vaya a hacerles una visita, ¿no?

Hice además de levantarme de la mesa y apuré mi cerveza. Álex me agarró del brazo.

—¿Estás loca? —saltó el joven—. ¿Vas a ir a hablar con los nórdicos? ¡Ya es tarde para dialogar!

—¿Qué quieres que haga? —Le miré—. ¿Que coja el coche y cargue contra ellos?

—Tengo... Conozco a alguien que puede venderte algo que puede pararle los pies a cualquier valquiria.

Sofía le miró con gesto de reprimenda. Yo le miré con gesto de sorpresa.

—¿Y de dónde se supone que lo has sacado? —Álex se quedó congelado en el acto, maldiciendo su boca—. ¿Has vuelto a hacer negocios con ese humano?

—¿Qué humano? —pregunté con curiosidad.

Craso error: Sofía cambió su cara de reproche por una mueca de satisfacción, y a su actual objetivo por mí.

—Vaya, vaya... La célebre detective que se jacta de conocer todo el inframundo de Barcelona no ha oído hablar de su competencia...

Tuve la sensación de que alguien me quitaba la silla en la que estaba sentada. ¿Competencia? ¿Yo? Eso era algo nuevo.

—¿Hay otro detective?

—¿Detective? ¡Ja! —dijo Sofia mientras buscaba algo en su bolso—. Es solo un humano charlatán que se aprovecha de inhumanos demasiado tontos para sacarles el dinero. Eso es tu competencia, ¿no?

Antes de que me diese tiempo a responder, o incluso a procesar la nueva información que acababa de darme, sacó una tarjeta de su bolsillo y me la tendió con un gesto rápido, a la vez que cambiaba de tema de inmediato y me dejaba con la palabra en la boca.

—Olvídate de eso, ya hablaré yo con mi hijo. Tú haz como has dicho y ve a dialogar con los nórdicos. Habla con esta persona, dile que vas de mi parte. He hecho negocios con él alguna vez y es bastante razonable para ser un nórdico, te escuchará. Intenta averiguar si efectivamente ha sido alguno de los suyos quien nos ha robado. Pero, por favor y por el bien de todos, sé sutil.

Miré la tarjeta, sorprendida, mientras Álex me soltaba para mirar a su madre, sintiéndose traicionado.

—Tranquila, no será difícil ser más sutil que vuestro minotauro...

El volante me temblaba, recordándome que había superado los treinta kilómetros por hora. Solo esperaba no encontrarme con ningún policía que decidiese inspeccionar mi coche. No quería gastar el agua de Lete que me quedaba por un par de fallos mecánicos.

El tubo de escape volvió a emitir un fuerte ruido metálico al rebotar contra el suelo.

—¿Carlos? —pregunté al manos libres cuando mi cliente respondió—. Tengo novedades. Novedades importantes.

—¿Ya? —preguntó entusiasmado mi cliente—. Excelente. ¿Qué me puedes contar?

—El minotauro entró en tu casa siguiendo un rastro. Ya sé lo que busca, Carlos, pero no entiendo por qué ese rastro le llevó hasta tu chalet. —Me estaba costando contárselo en voz alta, pero a esas alturas él ya sabía bastante, y además pagaba por conocer más—. ¿Sabes lo que es la ambrosía?

—Son unas chocolatinas, ¿no? Están riquísimas.

No supe qué contestar.

—Es broma, Verónica, he oído hablar de ella —intentó compensar Carlos—. Un manjar de dioses, ¿no? De los dioses romanos, si no me equivoco.

—De los griegos, puestos a especificar —le corregí, aunque la distinción entre ambos no estaba muy clara.

—¿Por qué? —preguntó fascinado mi cliente—. ¿Existe de verdad?

—¿Tu motocicleta ha sido destrozada por un minotauro y te sorprendes de que exista la ambrosía? —respondí, contagiada por el tono distendido.

—No hay que dejar de sorprenderse nunca, mi querida Verónica. Si no, el mundo sería muy aburrido.

Me apunté esa lección vital para analizarla más tarde. Yo había dejado de sorprenderme a los veinte años y quizá tenía que aprender de él si quería disfrutar de la vida.

—Bueno —proseguí—, por lo que he averiguado, eso es lo que busca la criatura. ¿Alguna idea de cómo pudo acabar siguiendo el rastro hasta tu casa?

Se hizo el silencio al otro lado del teléfono.

—No tengo ni idea, Verónica —respondió con lo que parecía verdadera sinceridad—. Pero me gustaría mucho saberlo.

Suspiré. Había una teoría que empezaba a formarse en mi cabeza, pero no quería contársela, por lo que implicaba.

—Vale, hay muchas maneras de que pudiera acabar allí. La ambrosía es un

manjar de dioses, ¿no? ¿Cuándo fue la última vez que cocinaste algo?

—No te sigo —respondió confuso Carlos.

—Imagino que si has organizado alguna fiesta o alguna cena privada habrás encargado la comida al mejor sitio posible, ¿verdad? A lo mejor la ambrosía robada que busca el minotauro la está usando algún restaurante de alto standing para preparar platos de ensueño que cualquiera con dinero pagaría una fortuna por degustar...

Parecía una conclusión demasiado tonta y sencilla, pero a veces las conclusiones tontas y sencillas tenían más oportunidades de acertar que las inteligentes y rebuscadas.

—Suena bastante extraño —confesó Carlos. Imagino que se contuvo para no decir «estúpido».

—Lo único seguro que sabemos ahora mismo es que alguien ha robado un cargamento de ambrosía y un poco de ella ha acabado en tu casa. El olfato de un minotauro es difícil de engañar —aseguré—. ¿Imaginas qué puede haber sido?

—Te seré sincero, Verónica, no tengo ni idea. Pero puedo pasarte una lista de los sitios donde hemos comido o hemos encargado comida. Hace menos de un mes organicé una fiesta en esa casa. ¿Puede haber sido eso?

—No lo descarto. También podría serme útil una lista de los invitados, familiares, amigos, tu novio, gente que haya pasado por tu casa...

—Eso... —Carlos se quedó en silencio. Cuando volvió, su tono de voz había bajado una octava—. Eso puede ser más complicado. Veré qué puedo hacer.

—De acuerdo. Tengo otra posible pista y voy a seguirla, pero me llevará tiempo. Creo que aún queda mucho que descubrir en este asunto.

—Mantenme informado. —El Carlos informal había desaparecido, había tocado algún tema sensible.

La llamada se cortó y me quedé en un silencio interrumpido solo por el ruido metálico de mi tubo de escape intentando huir.

Había otra teoría, no tan estúpida como la de la comida, pero no me atreví a insinuársela a Carlos. Si yo hubiese robado ambrosía, un manjar de dioses con propiedades mágicas, podría venderla como alimento, claro, pero el verdadero negocio estaría en traficarla como una droga. Podía imaginar cuánto pagaría la gente del círculo social de Carlos por probar una pastilla que proporcionase poderes casi divinos. Y cuánto pagarían por no dejar de probarla.

Roberto podría haber acertado. Al final quizá fuese un asunto de drogas.

Llevaba unos veinte minutos siguiendo las indicaciones del GPS para llegar a la dirección que ponía en la tarjeta que me había pasado Sofia. Nunca había hecho negocios con los mitos nórdicos. Me constaba que había unos cuantos en Barcelona y tenía fichas de algunos, pero nuestros caminos nunca se habían cruzado directamente. Por eso agradecí el contacto que me había pasado la gorgona; si no, no hubiera tenido muy claro por dónde empezar.

Aunque, al ver el nombre de la empresa que aparecía en la tarjeta, tampoco me hubiera costado mucho encontrarlo.

El Balneario-Spa Valhalla estaba fuera de Barcelona, en una privilegiada primera línea de playa. Cuando el GPS me indicó que había llegado y levanté la mirada de la carretera, me quedé impresionada. Por el nombre tengo que reconocer que esperaba algo más parecido a un motel de carretera, pero el spa era un edificio enorme y moderno, blanco y diáfano, diseñado casi seguro por un arquitecto con un apellido tan largo como su nómina. Olía a caro.

Guardé el coche en el aparcamiento subterráneo del spa y me congratulé. Mis trabajitos como detective siempre me acababan empujando a tugurios,

bares y callejones oscuros. Un moderno centro de relax con circuito termal era toda una mejora respecto a lo que estaba acostumbrada.

Con suerte podía aprovechar para hacerme mirar la espalda.

10

Muerto en combate

HERR INGVAR FRITJOFSON. GERENTE. Eso es lo que ponía en la tarjeta que me había pasado la gorgona. La puerta del ascensor que subía desde el aparcamiento se abrió con una campanita y un aroma embriagador me recibió nada más entrar en el vestíbulo del complejo. Si por fuera parecía caro, por dentro la sensación de lujo era aún mayor. No podía evitar sentir el creciente temor de que si Hacienda descubría tan siquiera que había pisado este spa, me iba a meter un puro al final del trimestre.

Me acerqué al mostrador de recepción, donde una joven alta y rubia me esperaba con expresión amable. Tenía un par de coletas y una sonrisa tan amplia que podría haber pasado por una niña pequeña de no ser por su altura y por dos o tres detalles más bastante notorios.

—¿Viene al circuito termal? —me preguntó cuando estaba a menos de dos metros de ella, con cara de fingida consternación y un ligero acento nórdico—. Lo sentimos, cerramos en menos de una hora y no aceptamos nuevos clientes después de las seis y media...

—En realidad... —le contesté mientras miraba hacia arriba para poder leer el nombre de la tarjeta que colgaba de su camisa—, Marta, quería hablar con herr Fritjofson.

—¿Tiene cita previa con él?

Negué con la cabeza.

—Pero dígale que vengo de parte de Sofía Cantero.

Vislumbré cómo por su rostro de pura amabilidad cruzaba un sutil mohín de desagrado. Tardó solo un instante en recuperar su máscara profesional. No resultaba difícil imaginar que la chica era en realidad una valquiria: la sola mención de un mito griego había sido suficiente para que torciese el gesto. El odio entre mitologías estaba en un punto álgido, me había quedado claro.

Marta me acompañó por un pasillo enmoquetado y me hizo subir unas escaleras. El nombre de Sofía podía haber disgustado a la valquiria, pero me había abierto las puertas del despacho de Fritjofson de manera más efectiva que si hubiese aplicado cargas de dinamita en el marco.

Por el camino nos encontramos con media docena más de chicas altas, rubias y perfectas, todas con el mismo uniforme blanco, y recé por llegar al despacho antes de que me atacase un fuerte complejo de inferioridad.

Cuando crucé la puerta, me encontré en una enorme sala decorada con madera noble y motivos nórdicos. Parecía que al atravesar el umbral había viajado en el espacio-tiempo, en concreto al interior de una cabaña en mitad de un lago helado, decorada con calidez y con tantas armas a modo de adorno que invitaba a pensar que quien la habitaba se había asegurado de tener algo a mano con lo que repeler el repentino ataque de un oso desde cualquier punto del despacho.

No parecía la oficina de un simple gerente y, desde luego, su estilo tradicional rompía la armonía del estilo moderno y minimalista del spa.

—Gracias, Marta, vuelve a recepción y ve cerrando la caja.

El que imaginé que debía de ser el señor Fritjofson me miraba desde su asiento de cuero.

Fritjofson era un tipo de barba rubia manchada con alguna cana y un fuerte

acento que supuse noruego. Vestía como un profesor universitario sacado de alguna película británica, con jersey, camisa y chaqueta de pana, lo que contrastaba con mi manga corta, más apropiada para el mes de agosto. Por lo visto, la cantidad de armas que poseía era tal que le defendía incluso del bochorno de Barcelona en verano. No era demasiado alto, pero sí de constitución fuerte, y no costaba imaginarlo enarbolando cualquier elemento de decoración de su despacho a modo de arma, incluidas la lámpara de pie o la mesa de caoba. Al igual que sus empleadas, tenía la palabra «nórdico» escrita en la frente.

—¿Dice usted que viene de parte de Sofía? ¿Trae algún mensaje de ella?

Parecía ansioso por escucharme y empecé a tener ligeras sospechas de por qué las puertas de su despacho se me habían abierto con tanta rapidez.

—Sofía me ha dado su contacto, herr Fritjofson, sí, pero no vengo por petición de ella.

Noté un gesto contenido de decepción.

—Entonces ¿qué desea de nuestro servicio... —dudó—. Perdone, aún no me ha dicho su nombre.

—Parabellum. Detective —le dije mientras le estrechaba la mano intentando compensar la fuerza de su saludo.

Le entregué mi tarjeta de visita. Su expresión pareció volver a cambiar mientras la leía. No me quedó muy claro si para bien o para mal, y pude adivinar que él tampoco.

—Sí... fru Guerra, creo que he oído hablar de usted... Todos en este mundillo han oído hablar de usted alguna vez. —Mi pecho se hinchó de orgullo, lo que hizo que mis magulladas costillas se resintiesen—. Entonces... adivino que no viene a hablar de negocios mortales, ¿verdad?

—Nunca mejor dicho... —asentí con la cabeza—. Necesito hablar con usted sobre sus valkirias.

Fritjofson suspiró mientras agachaba la cabeza.

—¿Qué han hecho ahora?

Su tono de voz indicaba una ligera impaciencia; no parecía ser la primera vez que se encontraba con algo así. De todas maneras, yo no podía revelar todas mis cartas, así que decidí contarle una pequeña historia que había preparado por el camino.

—Han amenazado a un amigo mío, un inocente kinnara.

—¿Un qué? —El noruego frunció su rubio entrecejo.

—Pertenece a la mitología hindú, pero se parece peligrosamente a un centauro.

—Oh, joder, ¿han vuelto a ir a por los griegos otra vez? ¿Y sabe quién ha sido?

—Mi amigo la describió como una chica alta, rubia... —Se hizo el silencio mientras me miraba incrédulo—. Comprendo que se trata de una descripción vaga para usted, pero ¿sabe si alguna de sus chicas tiene algo en contra de los griegos?

—¿Alguna? ¡Demasiadas! —gritó al aire Fritjofson—. Tengo más de cincuenta valquirias trabajando en este establecimiento, fru Guerra, y en los últimos seis meses he tenido que enviar de vuelta a la central de Oslo a más de siete por algún caso aislado de comportamiento inapropiado.

—¿Un asesinato es un comportamiento inapropiado?

El nórdico me miró, sorprendido.

—Habla de... —se interrumpió antes de darme la información, pero yo acabé su frase.

—Uno de los Palicos.

Asintió suspicaz: hablábamos del mismo asesinato. Por suerte las valquirias no habían llegado mucho más lejos y él no se refería a otra muerte más. Mi agenda no me lo permitiría.

—Es nuestra ley —afirmó serio, recuperando la compostura—. No era un mortal y se trataba de asuntos de inmortales, así que las culpables han sido sometidas a nuestra ley, no a la de los mortales.

Asentí. No era mi trabajo discutir sobre jurisdicciones con la mitología nórdica, y tampoco estaba interesada en que el asesinato de un dios griego pasase por el juzgado, y mucho menos teniendo en cuenta que yo había comerciado con su cadáver. Al menos estaba segura de algo, y era de que su asesinato no había quedado impune. Sus culpables habían sido juzgadas por el implacable Odín. Estaban más que jodidas.

—Pues no parece ser suficiente para detenerlas, herr Fritjofson. Siguen produciéndose ataques contra los griegos.

—¿Cree que no lo sé? Pero son un grupo pequeño dentro de las valkirias; no puede juzgarlas a todas por las acciones de unas pocas.

—¿Y por qué no les pregunta a ellas?

—¡Ya lo he hecho! Pero se protegen, se defienden entre sí. Prefieren caer todas antes que señalar a las culpables. —No le pillaba de nuevas; por lo que veía, Fritjofson ya le había dado vueltas al asunto, tal vez demasiadas—. Piense que son todas hermanas, pueden odiarse a muerte entre sí, pero no se traicionarán. Es... imposible. Sé lo que hacen, pero no quiénes son en concreto. Siempre me acaban llegando noticias... así pude encontrar a las culpables del asesinato, las peleas, las amenazas...

—Los robos... —apunté.

—Los robos, sí... —Fritjofson levantó la cabeza y me miró, entrecerrando los ojos, mientras me mostraba su odio por haberle empujado a cometer aquel desliz—. ¿Qué ha oído de los robos?

—¿Y usted? —pregunté, poniendo mi mejor cara de póquer.

El nórdico emitió un gruñido y miró a su alrededor.

—No ha venido solo por el kinnara, ¿verdad? —Negué con la cabeza y él

suspiró—. Está bien. Acompáñeme, quiero que vea algo.

—¿Sabe cuántos siglos puede estar bebiendo alguien hidromiel antes de acabar harto de su sabor? —preguntó el noruego. Caminábamos por los diáfanos pasillos del spa y, de vez en cuando, nos cruzábamos con alguna valquiria o algún cliente en bata, aunque estos últimos empezaban a escasear, con la hora de cierre tan cercana. Mientras, iba relatándome la historia del spa —. Las valkirias llevan a los guerreros muertos en combate al paraíso del Valhalla, donde beberán hidromiel y comerán manjares hasta que llegue el Ragnarok. Suena bien, ¿no?

—Estoy familiarizada con la mitología nórdica —respondí, neutra.

—Claro que lo está... —masculló—. Pero ¿se imagina lo que es beber lo mismo todos los días durante siglos? Aunque sea hidromiel extraída de las ubres de la mismísima Heidrún... Nos volvíamos locos. Por eso se decidió crear esta cadena de spas, así los einherjer podíamos escoger dónde pasar nuestro más allá. Tenemos sedes en Italia, Tailandia, Cancún, Hawái...

Miré a Fritjofson con otros ojos. ¿Podíamos? Acababa de admitir su naturaleza y, haciendo caso a los consejos de Carlos, me dejé sorprender un poco. Los einherjer eran los guerreros nórdicos caídos en el campo de batalla. Y el gerente del spa era uno de ellos.

—¿No se había dado cuenta de mi naturaleza? —preguntó al ver mi sorpresa—. ¿Qué creía que era? ¿Un gigante de hielo?

—No... tan solo creía que los guerreros muertos dedicaban el resto de su tiempo a beber y a comer.

—Es lo que estoy tratando de decirle, fru Guerra, uno se cansa de todo. Puede que esté harto de intentar controlar a las valkirias, pero gestionar este negocio es mejor que pasarse la eternidad tirado en una tumbona mientras te

traen comida. ¿No le parece?

No, no me lo parecía. Mataría por una jubilación la mitad de buena. Pero podía llegar a entenderlo.

No, tampoco podía entenderlo. Pero, aun así, opté por asentir para continuar la conversación.

El guerrero muerto me abrió una puerta que llevaba al jardín. La tarde nos acogió con una agradable brisa costera.

—¿Ve? A esto me refiero. Son casi las ocho y el sol aún calienta, la ciudad sigue viva... Esto, el Valhalla no lo tiene...

Herr Fritjofson se sentó en un banco frente a un árbol y me invitó a acomodarme a su lado. Acepté y tomé asiento. Desde allí pude admirar los jardines, que a esas horas estaban ya vacíos.

—¿Lo reconoce? —preguntó, rompiendo el silencio, mientras señalaba el árbol que estaba delante de nosotros.

Tardé en darme cuenta de a qué se refería.

—El manzano de iddun... —dije en voz alta.

—Excelente, fru Guerra, veo que no me engañaba cuando me decía que está familiarizada con nuestra cultura. Aunque he de precisarle que no es EL manzano, sino más bien UN manzano de iddun. No tendría sentido tener el original aquí, en Barcelona, tan lejos de Asgard, ¿no cree?

Asentí, observando primero el manzano y luego al hombre muerto que me lo señalaba.

—Los griegos obtienen su inmortalidad de la ambrosía; los nórdicos, del fruto del iddun —continuó el noruego—. No somos tan distintos. Los mitos tenemos nuestras rencillas, podemos tener nuestras peleas internas, pero después de tantos años sabemos que lo mejor es colaborar entre nosotros. Hay cosas que nos superan. De hecho, que ya nos han superado, y si no trabajásemos juntos no tendríamos nada que hacer contra ellas.

Sabía a qué se refería. Esas «cosas» éramos nosotros: los mortales. No era la primera vez que oía algo similar, aunque era difícil que alguien lo admitiese en voz alta.

Los humanos estamos por todas partes. Eran ellos los que se escondían. Dependían de nosotros, de nuestras creencias, y cuando no los necesitábamos y nos olvidábamos de ellos los hacíamos desaparecer. Les recordábamos que en el fondo éramos los humanos quienes habíamos creado a los dioses, y no al revés, por mucho que dijese las leyendas. Era un tema que los inmortales, las criaturas que venían de mitologías antiguas, odiaban; la mayoría incluso lo negaban. Resultaba imposible que una especie tan frágil como los humanos hubiese creado algo tan superior como ellos. Pero en el fondo sabían que era verdad: nosotros los habíamos creado, nosotros los alimentábamos. Nosotros éramos sus dioses. Habíamos ganado.

—He hablado con Sofía —continuó Fritjofson, sacándome de mis pensamientos—. E incluso lo he dejado caer en la central de Oslo. Creo que podríamos proporcionarles manzanas a la mayoría de los griegos y ayudarles a sobrevivir hasta que les llegue el siguiente pedido de ambrosía. El problema es que en el Olimpo no les hace ninguna gracia sentirse en deuda con nosotros y mostrarse débiles ante las otras mitologías. Creo que preferirían dejar morir a la mayoría de sus criaturas en Barcelona antes que aceptar el favor.

Me cuadraba; para los dioses del Olimpo, ver caer a algunas criaturas, e incluso a algún dios menor, era un pequeño precio que pagar con tal de no tener que tragarse un ego tan grande que supondría todo un banquete.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—No soy inmortal, fru Guerra. Soy, de hecho, todo lo contrario. Estoy muerto. He ido al Cielo y me he aburrido de él. He vuelto a la Tierra y ahora vivo en un spa, desde el que controlo a un ejército de mujeres. —Conocía a más de una persona que diría que la actual vida del noruego era la definición

exacta de Cielo—. No puedo morir porque ya estoy muerto, pero puedo desaparecer, dejar de existir.

Fruncí el ceño, intentando comprender sus palabras. La inmortalidad era algo complicado, y pocas veces tenías la oportunidad de que alguien te la explicase de primera mano.

—Las manzanas de iddun evitan que desaparezca, logran que siga existiendo —continuó Fritjofson—. Al igual que la ambrosía evita que los inmortales griegos envejezcan y mueran. Incluso si alguno tiene suerte y logra ser adorado por un número suficiente de mortales, será elevado a la categoría de dios y ya nada podrá matarle. ¿Sabe lo que es para alguien así enfrentarse a la perspectiva de morir? ¿De dejar de existir?

—¿Qué intenta decirme?

—Quiero ayudarles, fru Guerra. Queremos ayudarles, al menos la mayoría de nosotros. Entendemos su situación perfectamente, podríamos ser nosotros los que estuviésemos en ella, y eso nos aterra. Hay pactos tácitos, y la inmortalidad es uno de ellos. Podemos matarnos entre nosotros, sí, pero ¿privarnos de nuestra inmortalidad? ¿De nuestro derecho a existir? No. —Para mí no había mayor diferencia entre los dos términos, pero para el rubio parecía que sí, y una muy importante—. No, si alguien les ha robado la ambrosía, no ha sido otro mito.

Fritjofson dejó un par de segundos de silencio para que yo sola llegase a la conclusión.

—Ha sido un mortal... —dejé escapar en voz alta.

Puede que el noruego me estuviese mintiendo. Me parecía demasiado colaborador, demasiado amable. Mitos que se ayudaban entre sí y se ofrecían la fuente misma de su poder... Pero no era descabellado.

¿Para qué querrían los noruegos la ambrosía? Ellos ya tenían su propia fuente de inmortalidad, no la necesitaban. Y provocar una guerra sin un claro

ganador no beneficiaba a nadie. Después de ver la cadena de spas que poseían y el despacho de Fritjofson, podía adivinar que las cosas les iban bien a los nórdicos, no tenían ningún motivo para cambiarlo. Y podía decir lo mismo de los griegos.

Pero un humano con acceso a la ambrosía, para venderla, o para consumirla él mismo y convertirse en un inmortal... Eso tenía más sentido. Un humano... Era la segunda vez que alguien mencionaba a un humano, y en mi trabajo eso era algo muy raro. No podía ser casualidad.

Tenía que hablar con Álex. Tenía que estudiar a mi competencia.

He quedado con Pau e Isaac. Vienes a ver el partido?

Leí el mensaje de Roberto tras despedirme del noruego, mientras me dirigía al ascensor del parking.

Pregunté:

Hay otro partido??

Siempre hay un partido

Entré en el ascensor. No me volvía loca el plan, pero sonaba mejor que encerrarme en casa. Tenía mucho en lo que pensar, pero mi cabeza ya estaba bastante saturada. Gritar a la tele tomando unas cervezas era lo que necesitaba para despejarme y verlo todo con perspectiva.

De acuerdo, me paso luego

le escribí, pero estaba bajando en el ascensor hacia el aparcamiento y dentro

no había cobertura. Guardé el móvil en el interior de la chaqueta y confié en que el mensaje le llegase tarde o temprano. Tenía mucha información que procesar de camino a casa.

Sí, me vendría bien el partido y poder desahogarme. Sonreí ante aquella perspectiva y, justo en ese momento, la campanilla del ascensor me avisó de que las puertas se abrían.

La recepcionista apareció tras ellas, me agarró de la camiseta y me levantó hasta la altura de su cara. Intenté sacar la pistola, pero la apartó de un manotazo y el arma salió volando.

Con un simple gesto de su brazo me lanzó por los aires varios metros y me incrustó contra el capó de mi propio coche, lo que consiguió reventar de una vez por todas la luna delantera.

El objetivo de la valquiria estaba claro. No quería sacarme información ni tampoco asustarme. Ni siquiera se dignaba a exclamar nada o a llamarme metomentodo, como solían hacer aquellos que me propinaban palizas. La fuerza con la que me había arrojado dejaba claro que no estaba para sutilezas, y si mi coche no hubiera amortiguado el golpe, dudo mucho que hubiera seguido consciente. Quería matarme.

Me levanté ignorando el dolor y busqué por instinto mi arma antes de recordar que había volado hasta la otra punta del aparcamiento. La valquiria se acercaba veloz, directa, decidida. Abrí la puerta del coche y entré. Giré la llave rezando a todos los dioses que conocía para que el motor funcionase a la primera. Alguno debió de oírme, y mi Seat rugió. Arranqué el coche y empecé a acelerar dando un volantazo en dirección a la salida del garaje. La valquiria reaccionó y se lanzó a correr detrás de mí. La pude ver por el retrovisor acercándose, mientras yo me dirigía a la rampa que salía del subterráneo. De repente, desplegó sus alas de valquiria, que aparecieron detrás de ella con un halo de luz mágica, dio un salto y desapareció del espejo. Maldije para mis

adentros a las valkirias y a su poder de vuelo, y también a mí por haberlo olvidado.

Oí el golpe de sus pies aterrizando en el techo de mi coche y, en un acto reflejo, frené en seco. Entre su inercia y la mía, salió lanzada varios metros por delante del coche, mientras intentaba usar sus alas para frenar sin conseguirlo, y aterrizó de cabeza contra la pared del aparcamiento.

Se levantó del suelo. El golpe, que hubiera bastado para romperme varios huesos a mí, a ella no pareció causarle más que un par de magulladuras. Sin arma, y con mi adversaria recuperándose por momentos, solo tuve tiempo para una estúpida idea. A Verónica no le gustaba, a Parabellum le encantaba. Di marcha atrás unos metros. Después pisé a fondo el acelerador.

Lancé el vehículo contra la pared, arrollé a la valkiria, que no tuvo tiempo de reaccionar, y lo estrellé atrapándola contra el muro de hormigón. El impacto fue el punto final para mi coche. El airbag saltó, golpeándome la cara, y creí perder la conciencia durante un par de segundos.

Se hizo el silencio en el garaje. Noté quejarse al unísono a todos los huesos y músculos de mi cuerpo, que se negaban a mover un solo dedo y protestaban con dolorosas punzadas cada vez que trataba de hacer un gesto. Abrí la puerta del Seat e intenté salir con movimientos torpes. Mis gafas habían salido volando, pero aun así podía ver a la valkiria, atrapada entre el amasijo de hierros que era la parte delantera. Estaba consciente, aunque parecía tan magullada como yo, lo cual, a juzgar por el dolor de mis costillas, era muchísimo. Tenía un brazo libre y el otro apresado en los hierros, y una de sus alas parecía rota. Me miraba con rabia y dolor.

Conseguí salir del coche y me dejé caer en el suelo. Tras varios intentos, logré ponerme de pie y me acerqué poco a poco hacia la valkiria.

—Ahora que estás más quietecita, voy a aprovechar para hacerte unas preguntas, si no te importa —intenté decir. En vez de eso, empecé a toser y

noté un regusto salado en la boca. No era difícil adivinar que sería sangre.

La valquiria me miró roja de ira y empezó a empujar el coche mientras gritaba enfurecida. Para mi sorpresa, el vehículo empezó a moverse hacia atrás. La había infravalorado, no pensaba que fuera tan fuerte. Al menos tendría que haber puesto el freno de mano antes de salir; si la rubia salía de ahí, estaba más que jodida. Busqué asustada mi pistola, aunque sabía que debía de encontrarse demasiado lejos, en algún lugar del parking, y justo entonces lo vi.

El minotauro.

El adolescente me miró durante un segundo, pero pareció ignorarme. Dirigía toda su atención a la valquiria, que empujaba el coche con todas sus fuerzas. El joven de la camiseta se acercó a la parte de atrás del vehículo y lo agarró con las dos manos. Su hechizo de glamour no sabía cómo ocultar el hecho de que la criatura abarcase el maletero con los brazos y empezó a fallar, mostrando imágenes parpadeantes de un adolescente con las extremidades dos veces más grandes de lo normal y algún destello en el que podía verse al verdadero minotauro.

La criatura estaba levantando a pulso mi coche, retirándolo de encima del cuerpo atrapado de la valquiria, que se mostraba sorprendida de verlo allí, pero a la vez respiraba aliviada al liberarse del peso del vehículo. Eché a correr, haciendo caso omiso a los gritos de mi cuerpo. Ahora sí que estaba jodida: si el minotauro ayudaba a la valquiria, yo no tenía nada que hacer.

Por fortuna, en ese momento el minotauro bajó el coche de un golpe, aplastando a la rubia bajo él. Volvió a levantarlo, dejando al descubierto a la valquiria tirada en el suelo, retorciéndose de dolor, cuando un humano estaría convertido en poco más que una desagradable papilla. El minotauro volvió a levantar y bajar el coche un par de veces más, causando un estruendo que resonó por todo el parking, hasta que la valquiria finalmente dejó de moverse.

Luego lanzó lo que quedaba de mi Seat por los aires, como si arrojara un periódico que hubiese usado para matar a una araña.

El adolescente se acercó a la nórdica y la olisqueó. Luego se incorporó y me miró.

—*Ευχαριστίες...* —agradecí, usando mis escasos conocimientos de griego.

—*Σκατά στα μουτρα σου*—me respondió justo antes de salir corriendo del aparcamiento.

No tenía claro qué había dicho, pero por el tono no sonaba bien.

En ese momento me desplomé en el suelo del aparcamiento.

11

Vida normal

¿Qué es un guerrero? Es alguien que lucha, que va a la batalla por defender algo en lo que cree, ya sean los principios de un mundo mejor, los preceptos de su propia religión o la idea de que debería comer al menos una vez al día.

Visto así, yo era técnicamente una guerrera. Había ido a la batalla para defender aquello en lo que creía. Creía en el dinero que me pagaba Carlos por hacer mi trabajo. Y técnicamente había caído en combate, así que cuando vi a dos valkirias cuidando de mí en el interior del Valhalla llegué a barajar la opción de que yo misma me había convertido en una einherjer y había llegado al banquete eterno que me esperaba tras la muerte.

—¿Estoy muerta? —pregunté, y sentí mucho menos dolor del que esperaba al hablar.

Sentado en una silla a mi lado, herr Fritjofson respondió con una sonrisa:

—No estaría aquí en ese caso, fru Guerra. Estas no son sus creencias.

Asentí. Si hubiera estado muerta no me habría encontrado allí, sino en otro lugar muy diferente. No tenía muy claro cuál, pero esperaba que no hiciese mucho calor.

—No —continuó el noruego—. La hemos traído de vuelta al spa. Hemos visto lo que ha pasado en el parking en las cámaras de seguridad. Es usted una chica muy dura para ser una mortal...

—Si soy tan dura, ¿por qué me duele tanto el cuerpo? —me atreví a

contestar.

—¿Le duele, fru Guerra?

Era una pregunta tonta. Me habían arrojado desde más de diez metros contra mi coche y, acto seguido, yo misma lo había estrellado conmigo dentro. Acababa de recibir la paliza de mi vida. ¡Claro que me dolía!

¿No?

Probé a mover un brazo. Dolía, sí. Pero como lo hacían unas agujetas, no como esperaba. Me levanté de la butaca donde estaba; me dolían los músculos, pero no tanto como deberían, solo los notaba muy cansados.

—Es una maravilla cómo trabajan nuestras chicas con el cuerpo humano, ¿verdad?

Asentí, maravillada. Las dos valkirias se retiraron.

—¿Qué me habéis dado?

—Oh... no, no... secreto profesional. Es lo menos que podíamos hacer, tras el trato que le ha dado nuestra pequeña rebelde.

Me acordé de la recepcionista, a la que habían golpeado con un coche repetidas veces.

—¿Pequeña rebelde? ¡Enorme hija de puta! ¿Está...?

—Está viva. Inconsciente, pero viva. —Señaló una butaca contigua a la mía. En ella estaba el cuerpo de la valkiria que me había atacado, inmóvil. Respiraba profundamente. Había dos mujeres a su lado que no vestían el mismo uniforme blanco que las demás, sino uno negro y amarillo, casi militar. Imaginé que serían sus cuerpos de seguridad—. Será interrogada y enviada a Asgard para ser juzgada. Y le prometo que compartiré toda la información que pueda con usted, si eso la ayuda en su investigación.

Me acerqué al cuerpo de la chica y lo examiné con cuidado, con cierto temor a que se levantase y me volviese a lanzar por los aires. Pude comprobar que estaba esposada con una cadena de un acero extraño.

—Hierro del Valhalla. Si quieres detener a alguien que ha nacido en el Valhalla, necesitarás hierro que tenga su mismo origen, es la única manera —respondió Fritjofson a la pregunta que no me había dado tiempo a formular—. Siento mucho que esto haya ocurrido, y lamentamos no poder compensarla más. Por desgracia, no podemos hacer con su coche lo que hemos hecho con su cuerpo tras los golpes recibidos... Lo que me lleva a la siguiente pregunta...

Algo en la cadena llamó mi atención. No. Era en su mano: había algo en el dorso.

—¿Qué criatura fue la que atacó a nuestra valkiria rebelde? Llevaba un hechizo barato de glamour, pero nuestras cámaras no han podido captarlo bien.

—Es... algo que está tras la misma pista que yo... —contesté, cuidándome de no revelar más de la cuenta. No quería que los nórdicos tomaran la actitud del minotauro como un ataque por parte de los griegos—. Y me lleva ventaja.

Levanté la mano de la recepcionista inconsciente y descubrí el dibujo de un extraño símbolo, una especie de runa medio borrada.

—O al menos me la llevaba...

Llegué a casa en taxi y, en cuanto entré en mi apartamento, tiré sobre el sofá las bolsas con lo que había podido salvar de mi coche. Herr Fritjofson se encargaría de deshacerse del resto del vehículo, que no serviría ni para venderlo por piezas. El minotauro se había ocupado bien de eso. Me quité las gafas rotas y las puse en la mesita. Al menos había podido recuperar mi pistola y la mayoría del arsenal que solía llevar en mi recientemente fallecido Seat. Miré la hora en mi móvil, que ahora tenía una brecha en la pantalla pero que, gracias a algún milagro, seguía funcionando. Quedaba poco para las diez, la hora a la que empezaba el partido, y ya había avisado a Roberto de que llegaría un poco tarde.

Lo primero era lo primero. Necesitaba una ducha caliente.

Me quité la ropa. La cazadora tejana se había descosido por el hombro y mi camiseta tenía manchas de sangre. Los pantalones estaban rotos por la rodilla derecha. Estaba claro que no podía ir así al bar. Me miré en el espejo y observé cómo el moratón de las costillas había desaparecido. Incluso mi oído izquierdo emitía intermitentes pitidos, señal de que se esforzaba por recuperarse del hechizo petrificante de Sofía. No sé lo que me habían dado las valkirias pero, en cuanto cobrara este caso, iba a comprarles un par de litros.

Aproveché el relajante chorro de agua para aclararme las ideas. El minotauro iba en busca de la ambrosía y, en su camino, había pasado por casa de Carlos y por el spa de los noruegos. Además, había olisqueado a la valquiria que me atacó, lo que hacía pensar que ella también había estado en contacto con su objetivo. Pero por la reacción que había observado en ellos, la rubia no trabajaba para los nórdicos. Les hubiese sido más sencillo matarme y lanzarme al mar que curarme y fingir la detención de la recepcionista. Además, había algo en el noruego que inspiraba confianza. Él mismo parecía cansado de tanta batalla.

En definitiva, si quería encontrar la ambrosía, tenía que seguir la pista que me acababa de proporcionar la recepcionista: la runa de su mano. No me sonaba, y Fritjofson tampoco había sido capaz de identificarla. Tendría que investigar. Por norma eso implicaba un tedioso y aburrido trabajo de oficina pero, después de los días que llevaba, lo recibiría con los brazos abiertos.

Otra de mis tareas pendientes era poner al día a Carlos. Podía respirar tranquilo: por lo que sabía, el minotauro no tenía planes de volver a pasar por su casa. Sin embargo, me habría gustado poder responder a su pregunta de por qué había ido a su chalet. Esperaría a ver a Carlos en persona para que me contase más sobre esa fiesta. Por el momento, lo mejor sería descansar.

Salí de la ducha y me vestí. Hacía una noche agradable y no pensaba

trabajar más, así que opté por una falda y una blusa.

Mis gafas estaban rotas y no pensaba llevar las de sol por la noche, de modo que opté por ponerme lentillas.

Me miré en el espejo. Tras ver a un ejército de nórdicas altas, rubias y voluptuosas, cualquiera podría venirse abajo, pero yo no. No tenía nada que envidiar a una valquiria, y mucho menos tras haber vencido a una en combate.

Con ayuda de un minotauro y un coche, vale, pero no era momento de perderse en detalles.

—No me lo puedo creer —dije, sorprendida.

—¿Lo bien que juega Gambeta? —me preguntó Roberto.

—No. Que me hayas convencido de venir a ver un partido con tus amigos, ¡y que sea un puto amistoso!

Los dos amigos de Roberto se rieron. Estábamos en un bar cercano a su casa y la primera parte había acabado. La gente había dejado de concentrarse alrededor de la tele y aprovechaba el descanso para atacar la barra, donde los camareros despachaban cerveza a la muchedumbre como si se tratase de cal hirviendo durante el asedio a un castillo. El murmullo y los ruidos del bar habían vuelto tras el sepulcral silencio del partido, y los acompañaban los esporádicos gritos de los camareros que intentaban satisfacer sus demandas.

—Puedes quejarte todo lo que quieras, cariño —respondió, sin perder la sonrisa de la cara—, pero te he visto gritarle a la pantalla como la que más.

Era cierto; había llegado cuando quedaban aún veinte minutos de la primera parte, pero había sido más que suficiente para quedarme enganchada al partido. Todo lo que habían dicho de aquel jugador era cierto, e incluso se quedaba corto. No me consideraba una fanática del fútbol, pero sí que podía disfrutar de un buen partido, y Gambeta era capaz de convertir un amistoso

entre dos equipos de segunda en una final de Mundial. Quizá ayudaba el hecho de que necesitaba gritar y sacar la tensión acumulada estos días, y de que podía gritar a la pantalla todo lo que no les había dicho a la valkiria, la gorgona o el minotauro. Entendía lo catártico que resultaba chillarle a la televisión y dejarte llevar por las voces de todo el bar. Que estuviesen dando un partido de fútbol era accesorio; después de los días que llevaba podría gritarle a un anuncio de champú anticaspa.

Uno de los amigos de Roberto acababa de sacar el móvil y leía algo con el ceño fruncido; podía ver en su cara que era algo relacionado con su trabajo. Mientras, el otro miraba absorto la pantalla de televisión. Por lo que recordaba, los tres habían estudiado juntos la carrera de periodismo y seguían siendo amigos, aunque sus vidas habían tomado caminos muy diferentes. Mientras mi novio intentaba ganarse la vida escribiendo para blogs, Pau, el del móvil, había dejado la carrera para centrarse en la fotografía.

Me resultó interesante hasta que descubrí que su mejor obra era *Jugadora de tenis haciendo top-less en la playa*. Pau era paparazzi, y lo que más me sacaba de quicio de él era que se trataba de un tipo majo y agradable, lo que no me permitía odiarle por mucho que aborreciese su profesión. Isaac era todo lo contrario y trabajaba como corrector de textos en un periódico. De los cuatro de la mesa era el único con trabajo fijo e ingresos mensuales, y, sin embargo, ninguno de los otros tres le envidiábamos.

—Isaac —empezó mi novio—, están en el descanso. ¿Eres consciente de que no hay nadie jugando ahora mismo?

—Calla, joder, estoy intentando oír qué dicen. —Hizo un gesto con la mano para que guardásemos silencio. Miré a la pantalla, a ver qué podía resultar tan interesante. Solo vi un reportero hablando con una mujer bien vestida—. Es la representante de Gambeta. A ver si dice algo.

Miré a Roberto, que entendió mi cara de incompreensión y se dispuso a

explicarme la razón, pero sin quitar sus ojos de la pantalla.

—Aún tienen que decidir qué oferta aceptará y qué camiseta vestirá la temporada que viene. Pero ya hay rumores que empiezan a apuntar a Barcelona. Creo que tendremos un nuevo y flamante jugador para estrenar nuestro nuevo y flamante estadio.

—¡Ja! Llevan tres años con las obras y aún no lo han acabado. Ya verás, no tendréis ni jugador ni sitio donde jugar... —respondí con sorna.

Mi comentario cayó en mitad del océano sin llegar a salpicar a nadie. Roberto e Isaac seguían pendientes de la pantalla e intentaban confirmar dónde jugaría su nuevo ídolo el año siguiente. Miré a Pau, que continuaba muy concentrado en su móvil.

—Rober, me ha llegado un correo del archivo. Han encontrado las fotos que decías —dijo sin dejar de observar su teléfono.

—¿Qué fotos? —respondió mi novio, aún absorto en la entrevista mientras trataba de leerle los labios a la representante.

—Las de la moto. Es la misma, coinciden la matrícula y el modelo, y el que está montado encima es su dueño, Carlos Armesto. Tenías razón, mira tú.

Noté la punzada en mi interior y cómo estallaba por dentro. Miré primero a Pau y luego a Roberto, que se había quedado clavado en el sitio y no se atrevía a devolverme la mirada.

Hacía bien.

—¡Estás investigando a uno de mis clientes! —grité—. ¡¿Cómo coño quieres que me tranquilice?!

Me miraba asustado, nervioso, y por su cara adiviné que aún no había preparado su defensa. Estábamos en la calle. Habíamos salido fuera para poder hablar, pero la conversación se limitaba a mis gritos y los balbuceos de

Roberto. Por lo visto, no me había desahogado lo suficiente viendo el partido.

—No es... —intentó decir—. No iba a publicarlo ni nada...

—¡Claro que no! ¿No te jode? —seguí gritando, sintiéndome traicionada—. ¿Qué querías hacer entonces?

—No... no lo sé... Quería ver adónde me llevaba. Me sonaba la moto e hice un par de preguntas...

—¿Ni siquiera pensabas contármelo? ¿Iba a enterarme de que usas información de mis casos en uno de tus putos blogs?

—No, no... —se excusó de inmediato—. Te lo iba a preguntar antes de publicar nada.

—O sea que sí ibas a publicarlo...

Le había pillado. Roberto no estaba acostumbrado. Él solía tratar con Verónica y ahora estaba discutiendo con Parabellum.

—No... —El chico no sabía qué responder—. No sé qué iba a hacer... ¿vale? Nunca me cuentas nada, estaba preocupado y quería ver en qué estabas metida.

—¿Que no te cuento nada? Te enseño una foto y, cuando me quiero dar cuenta, has metido la nariz en uno de los casos más gordos que he tenido en mucho tiempo. ¿Sabes lo que pasará si Armesto se entera?

—No... no tiene por qué enterarse...

—Me da igual, Roberto. ¡Creía que podía confiar en ti!

—¿Lo creías de verdad, Vero? —Su tono era asertivo por primera vez en la discusión y noté la punzada—. Nunca me cuentas nada. ¡Nunca! Y no hablo del trabajo. Ni siquiera me dijiste que habías tenido un accidente con el coche... Nunca has confiado en mí, Verónica. Tengo continuamente la sensación de que me estás ocultando algo, de que quieres mantenerme al margen de tu vida. Quieres tenerme al margen de ti.

Ahora fui yo la que no supe qué responder. Me limité a mirarlo con gesto de

rabia, apretando los dientes. No se me ocurría qué decir para rebatir su argumento. Quizá no había nada que rebatir. Era verdad.

Me di media vuelta y empecé a caminar en dirección a mi casa.

12

Espiritismo 2.0

El portero automático de mi despacho me despertó al día siguiente. Entré en pánico como acto reflejo, intentando recordar dónde estaba. Me levanté de la silla de mi escritorio y tiré al suelo la manta que debía de haber agarrado en algún momento de la noche. Era el caos: tenía papeles y libros tirados por la mesa, el sofá y la alfombra. Moví el ratón del ordenador, que mostraba el salvapantallas, y vi que tenía varias webs y archivos abiertos. También vi la hora: las diez y media. No era temprano, pero tampoco muy tarde, teniendo en cuenta que me había pasado la noche en vela estudiando cientos de viejas runas.

Miré la cámara del telefonillo y descubrí a Arancha devolviéndome la mirada. Respiré aliviada, no era un cliente, así que no tenía por qué adecentar el despacho. Pulsé el botón de apertura y fui al baño a lavarme la cara mientras ella subía.

—¡Joder, Vero, menudo careto me llevas! —exclamó mi amiga cuando le abrí la puerta—. ¿Te has ido de fiesta sin mí?

—Se me ha olvidado quitarme las lentillas antes de dormir... —respondí, despertando a mi garganta con las primeras frases del día.

—Te has quedado dormida trabajando, quieres decir —me corrigió, mientras admiraba el culto al desorden en que se había convertido mi oficina.

—Sí... Creo que tengo una pista sobre el caso de Armesto, una runa, pero

no soy capaz de identificarla.

Arancha asentía mientras miraba los papeles de mi mesa.

—¿Es esta? —preguntó levantando un dibujo que había en mi mesa. Asentí—. Me suena de algo... ¿Seguro que es una runa?

Su comentario me llamó la atención y consiguió acabar de despertarme. Había dado por hecho que era una runa al verla en la mano de la valquiria y me había pasado las últimas horas revisando diferentes caligrafías nórdicas, en parte porque eso me evitaba pensar en otra cosa. Pero cabía la posibilidad de que no fuese una runa, sobre todo si Arancha decía haberla visto antes. Tenía un vasto conocimiento sobre el mundo de los fantasmas, pero otros campos se le escapaban por completo. ¿Una marca espiritual? ¿Una secta? Podían ser mil cosas, pero tenía la cabeza saturada, no podía pensar con claridad.

—¿A qué has venido? —le pregunté, cambiando de tema.

—¡Oh! ¡Quiero enseñarte una cosa! —Mi amiga fue hacia el ordenador, recordando el motivo de su visita. Parecía ilusionada. Abrió Facebook y se conectó—. No sabes a quién he encontrado en internet.

—¿En serio? ¿Y para eso has venido hasta mi despacho? ¿No podías haberme llamado?

—Lo he hecho, pero tenías el móvil apagado.

Oh. Claro que lo tenía apagado. Tras varias llamadas perdidas y mensajes de Roberto, aderezados con los siempre amables mensajes de su madre, decidí apagarlo. Recordé la discusión de la noche anterior. Me tragué un mal gesto e intenté olvidar lo que había sucedido.

—¿Qué te pasa? —Arancha me miraba—. ¿Estás bien?

—¿Qué? —pregunté, poniendo mi mejor cara de póquer. No quería hablar ahora de eso, aún no—. No, sí, estoy bien...

—Ya claro, sí... Eso es lo que dices tú, pero no tu aura. —Recordé entonces por qué había dejado de jugar al póquer con Arancha—. ¿Ha pasado

algo? ¿Es... es Roberto?

Eso no estaba en mi aura, pero Arancha me conocía bien.

—Hemos discutido —confesé—. Estaba investigando a Carlos.

—¿Qué? —Arancha pareció asustarse—. ¡Te lo dije! ¡Te dije que lo mantuvieras al margen! ¿Sabes lo que pasaría si Carlos se entera de que hemos filtrado información a la prensa? ¡Aunque sea un blog de mierda! ¿Qué sabe? ¿Qué le has dicho?

—¡Nada! —me defendí—. Vio la foto de la moto de Carlos y estuvo investigando hasta llegar a él. Pero no sabe nada más.

—Verónica, tienes que evitar que salga nada. Si rompemos la confidencialidad con Carlos, ya no te estoy hablando de perder un cliente. Quizá él decida dejarse de secretos y empezar a filtrar información también. ¿Eso es lo que quieres? ¿A la prensa investigando el inframundo?

Agaché la cabeza y aguanté la reprimenda de mi amiga. Tenía toda la razón. Había cometido un error de novata y podía salirme muy caro. Arancha estaba enfadada, pero lo que decía era cierto.

Mi amiga vio la expresión de mi cara y corrigió su tono. Luego se sentó a mi lado en el sofá.

—Vero... —Me puso una mano en el hombro—. Lo siento, es solo... Arréglalo, ¿vale? Sé que puedes, si alguien puede, eres tú. —Levanté la cabeza y la miré—. Y Roberto... ¿habéis roto?

—No... No lo sé —admití en voz alta—. Hemos discutido, pero... No sé.

—Eres una detective con grandes secretos, y él un intento de periodista... Puede ser lo mejor. ¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres arreglarlo? ¿Podrás perdonarle?

Nos quedamos en silencio varios segundos, mirándonos.

—No lo sé... —respondí—. No sé si puedo perdonarle que me ocultase algo así...

—Vero...

—Lo sé, yo le oculto mucho más. ¿Te crees que no soy consciente de ello?

El silencio volvió a mi despacho, y esta vez decidió quedarse más tiempo. Arancha pareció entender que yo no estaba muy habladora, así que, al cabo de un rato, volvió a levantarse del sofá.

—Vale, ven. Tengo buenas noticias. —Se dirigió de nuevo al ordenador—. Mira a quién he encontrado.

Me levanté del sofá y miré la pantalla: había una foto. Dejé escapar media sonrisa, no era ninguna sorpresa.

—¿Has agregado a Mateo en Facebook? —Recordé las miradas que se dedicaron mi cliente de la casa encantada y mi amiga. Al menos eso explicaba por qué no había recibido ninguna queja de este a pesar de no haber avanzado lo más mínimo en su caso—. ¿Puedes esperar a que cerremos el caso para ligártelo?

—No te has dado cuenta, ¿verdad? ¡Ya lo hemos resuelto! —respondió mi amiga, sonriente. Sacó su móvil, buscó una foto y la puso al lado de la pantalla. Entonces la vi. La chica de la pared, la imagen borrosa de una silueta que Arancha tenía en su móvil, estaba en la foto que aparecía en la pantalla de mi ordenador—. Estábamos obcecadas con la idea de que era un fantasma antiguo, ligado a su casa, pero es uno reciente. ¡Esta foto es de hace dos años! La chica está aquí al fondo, en el bar, mirando a Mateo. Y he encontrado un par de fotos más donde también aparece ella y que se remontan a varios años atrás. El fantasma ya acosaba a nuestro cliente en vida.

Miré a Arancha, sorprendida por lo que implicaba su revelación.

—¿Has estado mirando años de fotos en el perfil de Mateo?

Mi amiga se puso tan colorada que el rubor se dejaba ver a través de su piel morena.

—No nos centremos en los detalles. ¡Hemos encontrado a nuestro fantasma!

—Ya... ¿Y quién es? —pregunté.

Teníamos una foto, pero no estaba etiquetada, así que no sabíamos nada más.

—Habrá que ir a preguntárselo a Mateo... —confesó Arancha.

Eso explicaba su sonrisa.

Me sentía más o menos nueva. Me había duchado en el baño de mi despacho, y ahora llevaba una camiseta vieja de un grupo de música que hacía años que no oía y unos pantalones holgados que había en una de las cajas que aún no habían hecho el traslado definitivo de mi despacho a casa de Roberto. No era mi mejor conjunto, pero no tenía pensado enfrentarme a posibles espectros y minotauros en falda. Tras una parada en la óptica para comprar un nuevo par de gafas, volvimos al coche de Arancha. Habíamos llamado a Mateo, que se alegró de oír que había novedades sobre su caso, y más aún cuando le confirmé que Arancha venía también. Nos esperaba en su casa.

—O sea... —recapituló Arancha mientras conducía—, ¿que destrozaste tu coche contra la pared?

—El minotauro ayudó bastante, la verdad.

—¡Qué putada! ¿No?

—Bueno, la verdad es que el coche necesitaba una visita urgente al taller... Sobre todo desde que lo lancé colina abajo. —Arancha intentó interrumpirme para preguntar más detalles sobre esto último, pero no le di pie—. No es un mal momento para comprarme otro y, menos aún, tras ver el dinero que me paga Carlos.

—¿Qué tal uno como el mío?

Arancha hablaba de su Smart, pequeño y compacto. Era una buena opción si no tenía pensado salir de la ciudad, pero en mi trabajo necesitaba algo más

grande.

—No... el maletero no tiene espacio para guardar un cadáver.

Arancha se rio, sin tener claro hasta qué punto hablaba en serio.

—Es aquí, ¿no? —preguntó al cabo de un par de minutos.

Habíamos llegado, y Arancha aparcó el coche. Mateo nos esperaba en la puerta con una sonrisa. En ese momento me di cuenta de que mis pantalones y la camiseta contrastaban con la elegancia con la que vestían tanto mi amiga como Mateo, demasiada para las doce y media del mediodía.

—Buenos días, señor Prado —saludé, estrechándole la mano.

—Buenos días, Mateo —saludó Arancha, dándole un par de besos en la mejilla.

Parecía que habían intercambiado algo más que sus contactos de Facebook; mi amiga no perdía el tiempo.

—¿Me decías por teléfono que ya sabéis quién es el espíritu? —preguntó mientras cruzábamos su jardín.

No era el equivalente a la superficie de un país mediano, como el de Carlos, pero tampoco era pequeño.

—Más o menos. Hemos acotado la búsqueda y es posible que usted la llegase a conocer en vida —respondí—. Estábamos equivocados. El espíritu no está ligado a la casa, sino a usted...

—¿A mí? —se sorprendió mientras le seguíamos hasta su salón—. No entiendo...

Arancha sacó su móvil; en él tenía la foto que me había mostrado en mi despacho. Lo dejó sobre la mesita de madera.

—Estamos convencidas de que es esta chica. ¿Te suena?

Mateo examinó la foto durante varios segundos, mientras posaba dos copas en la barra. Dos. Yo también empezaba a sentirme como un espectro.

—Se parece a la chica de la pared, desde luego, pero no... —Mateo cogió

el móvil y lo examinó entrecerrando los ojos—. Espera, conozco a la chica que está hablando a su lado. Es... Era mi novia por aquel entonces. Pero a la otra no la recuerdo, no... Aunque...

Mateo salió de la habitación. Al poco rato volvió con un pequeño ordenador portátil abierto en el que parecía buscar algo.

—Son más fotos de la boda donde fue tomada esa que me habéis enseñado —dijo mientras se sentaba entre las dos en el sofá, mostrándonos la pantalla—. Ahora que la miro mejor, me suena que... ¡Ah! Sí, aquí está.

Señaló una foto en la que aparecía la que Mateo decía que era su ex, junto con nuestro espíritu y una pareja de señores mayores. Parecía una foto familiar, tomada el mismo día de la boda.

—Sí, ahora que los veo juntos, la recuerdo. Es la hermana de mi exnovia. Creo que más adelante oí rumores de que estaba enferma, pero para entonces ya no mantenía ningún contacto con mi ex o su familia, no sabía que la hermana había... fallecido —dijo con un tono demasiado frío.

El cristal de un portafotos en una mesita cercana se agrietó, haciendo un ruido seco que consiguió que todos diésemos un pequeño respingo. El espíritu estaba allí.

—Muy bien, Mateo —respondió Arancha al momento—. Ya que conocías al espíritu, es probable que quiera comunicarse contigo para enviarte algún mensaje, cerrar algún asunto, algo que quería decirte... Eso puede ayudarle a dar el paso al más allá.

Yo sabía qué tocaba a continuación. Busqué en mi bolsillo una bolsita que había cogido para ese preciso momento.

—Estableceré un vínculo con el espíritu —prosiguió Arancha—, y voy a darle voz dejándole entrar en mí. Quizá así podamos averiguar qué le retiene.

—¿No es peligroso? —preguntó Mateo, con una voz que denotaba verdadera preocupación por mi amiga.

No recordaba cuándo había sido la última vez que un cliente me había preguntado a mí algo así, y eso que en mi trabajo hace falta llevar pistola y agua bendita.

—Tranquilo, lo he hecho miles de veces, no pasará nada —le tranquilizó la vidente, poniéndole la mano en el muslo. Acto seguido, mi amiga se levantó y agravó su voz, centrándose en el plano espiritual—. ¡Espíritu! ¡Espíritu que acechas la vida de este hombre! ¡Manifiéstate! ¡Usa mi voz para hablar con él! ¡Déjanos ayudarte a romper las ataduras que te impiden dar el último paso!

El silencio que siguió a continuación empezó siendo tenso y, tras varios segundos sin que ocurriera nada, se convirtió en incómodo.

—Me resultaría útil saber el nombre de la chica, quizá eso ayude a comunicarme mejor con ella y a potenciar la llamada —añadió Arancha, mirando a Mateo.

—¿Eh? —preguntó él, que parecía fascinado por el comportamiento de mi amiga—. Sí, claro. Es... Sandra... ¿Sandra? Alejandra. Mmm... Creo que acababa en «andra», al menos...

—¡Es Raquel, monstruo insensible! —gritó Arancha, provocando que Mateo se subiese de un salto al sofá, confuso. Arancha no hablaba con su acento falso, ni siquiera con su deje vasco natural. Era un acento nuevo, una manera de hablar que nunca le había oído. Raquel había entrado en ella, además de manera brusca—. ¡¿Ni siquiera te acuerdas de mi nombre?!

—¿Qué? ¿Eres...? —intentaba articular Mateo, que empezaba a comprender qué pasaba—. ¿Raquel?

—¡No me llamaste, como me prometiste! ¡Estaba preocupada, de verdad! Pensaba... —Arancha seguía hablando, poseída y entre lágrimas—. Pensaba que te había pasado algo. Por las noches, cuando acababa un día entero más sin saber nada de ti, me imaginaba que algo horrible te había pasado, que algo impedía que pudieses llamarme... No recuerdo la última vez que no me dormí

llorando...

Mateo boqueaba, intentaba recordar y se esforzaba en entender lo que estaba pasando, sin lograrlo.

—Y ahora... ahora veo que ni siquiera te acuerdas de mi nombre. Mateo... ¿recuerdas lo que me prometiste? —preguntó la chica, acercándose a él en el cuerpo de Arancha—. Casi prefiero que no sea así. Prefiero que no lo recuerdes a pensar que sí lo haces, pero rompiste tu promesa...

Mi cliente seguía de pie en el sofá, en la misma postura, sin saber qué hacer ni qué decir. Yo me esforzaba en no dejar entrever que estaba disfrutando con aquello.

—Te esperé, Mateo. Incluso durante las últimas semanas, cuando sabía que no me quedaba tiempo, aguanté por ti. Fantaseaba con que aparecerías en el hospital, que volverías, aunque fuese una última vez... Pero no lo hiciste. Ni siquiera sabías que había muerto.

—En la boda... —empezó a decir—. En la boda tú y yo...

—¡Me hiciste el amor, Mateo! Cuando mi hermana se fue, nos quedamos tú y yo, y allí mismo, tirados en el suelo, me prometiste que dejarías a mi hermana, que tú y yo... que tú y yo nos volveríamos a ver, que repetiríamos ese mágico momento... Que la abandonarías por mí. Pero ¡no lo hiciste! La abandonaste, sí, pero estuve esperando tu llamada durante meses, una llamada que nunca ocurrió. Rompiste tu promesa.

—Yo... yo no... —balbuceó mi cliente—. Te juro que no era mi intención... Estaba borracho, apenas lo recuerdo, no sabía que te había prometido al...

Respuesta incorrecta. Arancha se abalanzó sobre él y lo agarró de la camisa. Yo aproveché que no parecía haberse dado cuenta de mi presencia para cogerla por detrás y acercarle a la nariz la bolsita que tenía preparada en la mano. En el momento en que la olió, Arancha arqueó la espalda hacia atrás,

como si hubiese despertado de una pesadilla, y se quedó allí plantada, confusa durante un segundo. Miró su mano, que aún agarraba amenazante a Mateo, y lo soltó.

—¿Qué...? ¿Cómo ha ido? —preguntó Arancha con su acento falso habitual.

Todos los cristales de la casa escogieron ese momento para estallar, provocando un estruendo seguido por el tintineo de los trozos cayendo al suelo.

—Vaya —comenté, mientras me quitaba las gafas nuevas, con el cristal también rajado—. Este fantasma sabe cómo montar una escena.

—¿Se ha ido? —preguntó Mateo, acompañado del crujir de los cristales al ser barridos.

—Sí, la mancha ha desaparecido, y no encuentro rastro de su espíritu por ningún lado —contestó Arancha, mientras yo preparaba la factura, a la que estaba añadiendo el precio de mis gafas. Por norma lo habría metido dentro de mis propios gastos, pero tras ver que el espíritu tenía motivos para estar enfadado y que Mateo parecía habérselo ganado a pulso, este había perdido mis simpatías—. No sé exactamente lo que te habrá dicho, pero parece que ha servido para dar su último paso. Lo de los cristales ha sido un golpe final, no parece haberse ido muy contenta...

—¿Qué era eso? —preguntó Mateo, señalando mi bolsita e interesándose por primera vez en los aspectos técnicos o incluso en mí, contento de cambiar de tema—. ¿Sándalo? ¿Alguna hierba mágica? ¿Cenizas de algún muerto?

—Sal de frutas —le respondí con sequedad—. Solo necesitaba despertarla de su trance.

Mateo no sabía qué añadir para romper el incómodo silencio que siguió. Yo sí.

Le di la factura.

—No tengo muy claro qué hago aquí —preguntó Arancha en la puerta de la casa de Carlos.

La reforma había acabado y nada indicaba que por allí hubiera pasado un minotauro. Profesionalidad, confidencialidad y rapidez. Los ricos y famosos contrataban a los obreros en un mercado por completo diferente al resto de los mortales.

—También es tu cliente, y estoy segura de que, aunque lo del minotauro caiga lejos de tu jurisdicción, tus clientes premium tienen derecho a ver que estás pendiente del caso —respondí—. Además, yo solo soy tu asesora de seguridad, ¿no?

Arancha dejó escapar media sonrisa. Yo sabía por qué no quería estar allí, o más bien sabía dónde preferiría estar.

—Mateo está a salvo —la tranquilicé.

—Debería haberme quedado con él. Por si vuelve...

—No va a volver, Ari, tú misma lo has dicho. —Apreté el timbre del portero automático—. Y no te aconsejo arrimarte a él. Parece buen tío, pero ya te he contado lo que ha dicho el espíritu.

—Los espíritus rara vez son gente cuerda, Vero. Era una loca que había visto una declaración de amor eterno en un polvo de una noche. ¿Te fías de lo que ha dicho?

—Con saber que se acostó con la hermana de su novia estando borracho me vale.

Arancha asintió con un gruñido y aceptó que no me faltaba razón, a pesar de que no le gustaba. La puerta se abrió sin preguntar con un zumbido eléctrico. Miré a mi alrededor con sorpresa: había una cámara, pero no estaba a la vista,

y ni siquiera me había percatado de ella. Lo más probable era que la hubieran instalado durante la reforma.

Cruzamos el enorme jardín —aquella caminata logró que el de Mateo volviese a parecerme diminuto— y llegamos a la puerta, donde Carlos nos esperaba con una sonrisa.

—Mis dos chicas paranormales favoritas —saludó, afable. De nuevo costaba reconocer al periodista ácido e hiriente tras su amabilidad, pero, para ser sinceros, prefería al verdadero Carlos antes que al personaje esperpéntico que aparecía a veces en mi televisor—. ¿Habéis comido algo? Tengo comida de sobra, si os apetece. Libre de ambrosía, tranquilas, la he cocinado yo.

Tras un amable intercambio de saludos, nos invitó a pasar a la cocina, que era moderna, limpia y, sobre todo, enorme, justo lo contrario de mi piso, además de ser más grande que este. Puso un par de cubiertos más en la mesa y sirvió vino blanco en tres copas. La comida no era gran cosa, lo que rompía un poco la imagen de perfección que proyectaba Carlos, pero el vino lo compensaba. Había cobrado casos por el valor de esa botella. Casos con muertos de por medio.

—Conozco a alguien que puede hacerte un buen precio por un coche nuevo —dijo Carlos, después de que le contara mi aventura en el spa, que escuchó fascinado—. Es lo mínimo que puedo hacer si te niegas a ponerlo en tus gastos.

Asentí y concedí que estaba en lo cierto. Hacía menos de un par de horas había incluido el precio de unas gafas rotas en la factura de un cliente y ahora me negaba a aceptar el dinero para un coche nuevo. No parecía muy coherente, pero Carlos pagaba generosamente y no quería abusar. La diferencia también radicaba en que el presentador me caía bien y, en ese momento, mi anterior cliente no.

—Bueno... —comencé, y saqué un tema que no estaba segura del todo si

debía introducir pese a sentirme en la obligación de hacerlo—. Ya sabes quién envió al minotauro a tu casa. Fueron los dioses del Olimpo, aunque tú solo has sido un desdichado daño colateral en medio de una guerra que no te atañe... Al menos ya sabes que no va a por ti; si así fuese, te habría encontrado cuando pasó por tu casa y tú estabas esperando fuera. Puedes volver a vivir tu vida tranquilo.

Carlos asintió, fascinado por lo que le contaba.

—Entonces... —volví a dudar—, ¿dejo de investigar?

Me miró sorprendido, con la copa de vino blanco a medio camino de su boca. La posó en la mesa.

—¿Dejar de investigar? ¿Estás loca?

—Pero... ¿qué necesitas que averigüe? Ya sabes que estás a salvo.

—¿Me estás diciendo en serio que vas a dejarlo así? Una guerra entre dos mitologías, la ambrosía desaparecida... ¿Y por qué entraron en mi casa? Sobre todo eso: ¿cómo y cuándo pasó la ambrosía por mi casa?

—Ya te lo he dicho, en tu fiesta cualquiera pudo haberla consumido. Viendo la capacidad de rastreo que tiene ese bicho, es posible que ni siquiera hiciese falta que alguien la trajese a tu casa. Pudo haber olido el rastro de cualquiera que haya estado cerca de ella.

—Y eso es lo que quiero averiguar.

—¿Por qué, Carlos? —preguntó Arancha, adoptando un tono serio—. Recuerda lo que te hemos dicho, no puedes andar contando nada por ahí. Te meterías en un buen lío. ¿Quieres otro minotauro en tu cocina?

—Y nosotras no podríamos ayudarte.

—No, no... —Nos miró, casi sorprendido por nuestra hostilidad—. Tenéis ensayado el discursito de meter miedo a los fisgones, ¿eh? No, no quiero hacer un reportaje sobre famosos que roban a los dioses. Nadie me creería, a pesar de que sería el más verídico que haya hecho en los últimos años.

—Espera... ¿Lo de la mujer del cantante de...? —interrumpió Arancha—. Eso... eso era verdad, ¿no?

—¡Ja! —Carlos dejó escapar una carcajada—. Nunca estuvieron casados. O sea, sobre el papel sí, pero solo para vender la exclusiva, y ahora han orquestado todo esto... —Se interrumpió, y su rostro cambió de manera sutil—. ¿Por qué te crees que me gusta oír asuntos de centauros, valkirias...? Llevo años contando mentiras que parecen verdad y ahora oigo verdades que parecen mentira. Es un cambio agradable en mi vida.

Brindé con la copa en el aire. No sabía de qué mujer ni de qué cantante hablaba mi amiga, pero tampoco me sorprendía la noticia.

—Aun así —dije muy seria, mirando al presentador a los ojos. Me caía bien, y era uno de los pocos clientes que había conseguido que fuese del todo sincera con él. Ni siquiera mi novio... ni siquiera Roberto se había ganado tal honor. Así que esperaba lo mismo a cambio—. No me creo que me pagues solo para que te cuente mis historias, Carlos. ¿Por qué quieres investigar esto? Dime la verdad. ¿Qué hay en este asunto que te interesa tanto?

Carlos me devolvió la mirada, sorprendido. Parecía no recordar que trataba con una detective. Había algo más, claro que había algo más. Siempre hay algo más. Y yo no quería seguir sin saberlo. Se reclinó sobre su asiento y apuró la copa.

—Creo que ya sé quién trajo la ambrosía a mi casa y estoy preocupado por... esa persona.

Arancha y yo nos limitamos a quedarnos muy quietas con los ojos abiertos, estupefactas ante tal revelación.

—¿Quién? —pregunté.

—No... —respondió Carlos, sin atreverse a mirarme a los ojos—. No puedo decíroslo.

13

Prepara la guerra

—¿En serio?! —pregunté, casi gritando y poniéndome en pie—. ¿Sabes quién pudo haber traído la ambrosía a tu casa y no nos lo has dicho? ¿Y no piensas hacerlo?!

—No puedo... No quiero ponerle en peligro —se defendió el presentador.

—Pero ¿no ves que ya está en peligro? Si tomó la ambrosía... si los dioses se enteran de que ha sido él...

—Exacto. Si lo ha hecho. Pero no estoy seguro, por eso quiero que sigas investigando. Nada me gustaría más que saber que no tiene nada que ver. Pero quiero saberlo. Quiero quedarme tranquilo.

—¿Y quieres que investigue, aun sabiendo que tú puedes tener la solución al caso? ¿Por qué no nos lo quieres contar?

—¿Porque te pago para eso, Verónica! —estalló. El reportero ácido, el que había conseguido alcanzar su actual estatus a base de pelear con quien se le pusiese enfrente, salió de nuevo a la luz—. Y por lo que te pago, ¡más te vale que averigües lo que te pido sin hacerme más preguntas!

La cocina quedó en silencio. Nunca habíamos oído gritar a Carlos tanto, ni siquiera en su programa. Habíamos tocado una fibra sensible y, por el pronto del presentador, no me costó imaginar cuál era.

—Es tu novio, ¿verdad? —pregunté.

Carlos me miró, de nuevo sorprendido, aunque esta vez el estupor le duró

menos. Había mencionado la existencia de su novio, pero nada más, y, por lo que me constaba de las revistas del corazón, nadie sabía de su existencia.

—Sí...

—Está bien, Carlos —le interrumpí—. No hace falta que sigas si no quieres. Tienes razón, para eso me pagas. Averiguaré quién ha traído la ambrosía a tu casa y te lo diré. Lo que hagas con esa información no es de mi incumbencia.

—Gracias... —respondió Carlos, suavizando su tono una vez más—. Lo siento, chicas, de verdad, es... Es difícil de explicar, le quiero pero...

No era tan difícil de explicar. Yo tenía la misma sensación en mi cabeza. Roberto. Le quiero pero.

El silencio volvió a la cocina y se quedó a comer con nosotros un rato más.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó Carlos, removiendo el café con la cucharilla.

Ya no había tanta tensión en el ambiente y, aunque quedaban resquicios de incomodidad, nuestro anfitrión se esforzaba en hacerlos desaparecer.

Desperté de mis pensamientos. Parecía que ese día todos estábamos absortos mirando nuestras tazas de café. En especial Arancha, quien fruncía el ceño mirando la suya, vacía desde hacía un rato. Volví a preguntarme si era capaz de leer el futuro en ellas o solo quería evitar la tensión de la conversación anterior. Pero mi cerebro me recordó que Carlos me había preguntado algo.

—Las valkirias trabajan para alguien —respondí casi en automático—. Estoy convencida de que son ellas las que han robado la ambrosía e incluso el minotauro parece coincidir conmigo en eso. Pero dudo mucho que lo hayan hecho siguiendo órdenes de los mitos nórdicos. Una guerra les interesa tan

poco como a los griegos.

—Entonces ¿crees que lo han hecho por su cuenta? —preguntó Arancha.

—No sería descabellado pensarlo. Tienen un motivo: si fuesen a la guerra, las valkirias volverían a jugar su papel de conducir a los caídos en batalla al Valhalla. No es la primera vez que veo algo parecido. Los seres sobrenaturales se adaptan, intentan convivir entre nosotros, pero su naturaleza les puede, les llama. Necesitan hacer su trabajo.

—¿Crees que ha sido un grupo de valkirias las que han robado la ambrosía?

—Esta vez fue Carlos quien hizo la pregunta.

—Sí, y no. Creo que la han robado ellas, pero no que haya sido idea suya —seguí—. Su método sería menos sutil: consistiría en derribar la puerta del Olimpo de una patada. No... Creo que hay alguien más, alguien que está beneficiándose de la ambrosía para su uso personal.

—¿Quién?

Suspiré. Esa era la gran pregunta. Podía ser cualquiera, y eso implicaba a humanos e inhumanos por igual. Cualquiera que supiese moverse por el mercado negro podría sacar muchísimo beneficio de la ambrosía. Podía haberla vendido toda junta o haberla dividido para ofrecérsela a muchos clientes distintos dispuestos a probar la inmortalidad. Estaba segura de que mucha gente pagaría una fortuna por ella y, en el círculo en el que se movía Carlos, bastantes podrían permitirse hacerlo.

—No lo sé, la verdad. Tengo una pista, un humano del que me han hablado los griegos, y supongo que intentaré averiguar quién es. O igual seguir el rastro de la runa...

—¿La marca en la mano de la valkiria? —preguntó Arancha—. Es muy de película. Igual pertenece a alguna secta o célula dentro de los mitos que trabaja por su cuenta. Si preguntas entre tus contactos, igual puedes averiguar algo.

—¿Qué marca? —indagó, curioso, Carlos.

Saqué el móvil. Carlos pagaba bien y escuchaba nuestras historias como un niño fascinado. No había motivos para no saciar su curiosidad.

—Una especie de runa, la valkiria que me atacó la llevaba en el dorso de su mano. Es lo único que tengo hasta que se recupere.

Carlos dejó escapar una carcajada que me sorprendió.

—¿Runa? ¿Sectas? —Sacó su cartera—. Pasáis demasiado tiempo rodeadas de fantasmas y monstruos, queridas. Esa marca no tiene nada de sobrenatural.

Nos enseñó una tarjeta negra. Dibujado en blanco, mostraba el mismo símbolo, un triángulo tachado al lado de un nombre: Disbelief. Carlos continuó:

—Es el sello de una discoteca.

Cuando les hablo a otras personas de mi trabajo y digo que soy detective, noto un cambio en su manera de percibirme. Lo que más les llama la atención es mi aspecto. La imagen que la gente tiene de los detectives entra en conflicto con la mía. La única manera de confundirme con Humphrey Bogart sería en una habitación a oscuras. Aun así, podrías distinguirnos por el tacto, en cuyo caso notarías un par de pistas definitorias y, acto seguido, una bofetada en la cara.

Quizá por eso le había cogido el gusto a romper estereotipos y a enfrentarme a mi trabajo evitando tópicos sacados de películas en blanco y negro. La idea de descubrir el logo de una discoteca me recordaba tanto a encontrar una caja de cerillas con el nombre de un club de jazz, que mi mano buscó un cigarrillo sin preguntarme para acabar de completar la imagen de detective *noir*.

Incluso así, tenía que ceder: era una pista, y si mi investigación empezaba por un cadáver y seguía examinando huellas de pisadas, el siguiente paso

lógico era este. Todavía me quedaba averiguar quién estaba jugando el papel de *femme fatale*: ¿Carlos o yo?

La *femme fatale* que aún olía a *after shave* nos habló a Arancha y a mí de la discoteca. No era nada descabellado que ninguna de las dos hubiésemos reconocido el logotipo. Era uno de esos sitios exclusivos y vetados para el común de los mortales donde te cobran una barbaridad y en los que, si intentas entrar con zapatillas de deporte, es posible que te disparen a las rodillas y luego te prohíban el paso alegando que tienes agujeros de bala en la ropa.

Pero no todo eran malas noticias. El famoso rostro de Carlos podía abrirnos las puertas y él no dudó en ofrecerse a acompañarnos a su interior. Por un momento pensé que a Carlos le gustaba la idea de sentirse útil pero, tras recordar lo que me pagaba, imaginé que en realidad le atraía tontear con el trabajo de detective. Estaba convencida de que, si el caso se alargaba mucho más, el presentador me acabaría comprando una gabardina.

Además, conocía la discoteca y a la gente, y podía serme de mucha utilidad si el rastro de la ambrosía estaba en esa dirección, tal y como sospechábamos. Arancha tampoco dudó en ofrecerse a ayudarme y, aunque ella lo negase, tenía bastante claro que lo hacía porque quería ver el interior del local, con suerte conocer a algún famoso y, de paso, repartir su tarjeta de visita con intención de aumentar su cartera de clientes premium.

Y si yo cumplía un cliché dentro de la imagen de detective, era mi aspecto descuidado, lo cual explicaba que en menos de una hora estuviésemos en el centro comercial, escogiendo la ropa adecuada para una misión de infiltración en las altas esferas de la noche barcelonesa. Ropa que, dicho sea de paso, solo podría permitirme si atracaba cinco bancos o si fuera dueña de uno.

Por suerte Carlos cubría los gastos, aunque únicamente fuese porque él y Arancha disfrutaban probándome vestidos como si fuese una muñeca casi tanto como yo lo odiaba.

—¿Seguro que no quieres probarte el rojo? —preguntaba sonriendo Arancha, quien llevaba años intentando hacer esto mismo conmigo sin conseguirlo.

—No pienso ni tocarlo —respondí, seria, mientras examinaba un vestido verde más discreto—. Tiene agujeros en sitios donde no debería tener agujeros. ¿Qué tal este?

—Depende. ¿Quieres ir a una discoteca o a una boda? —rio Carlos, mientras mi amiga le seguía la broma.

Yo me limité a enseñar los dientes en una mueca de incompreensión, no tenía claro cuál era la diferencia. Mi gusto en moda era bastante limitado y solía ir a lo práctico. En mi casa tenía solo un vestido y Arancha me había asegurado que no iría con él, aunque para ello tuviese que invocar a mi propia abuela con una ouija para que ella me quitase la idea de la cabeza.

Por mi parte, yo empezaba a plantearme que sería más fácil que entrase por la ventana del cuarto de baño de la discoteca antes que en el ceñido vestido blanco que llevaba Carlos en la mano.

—¿Tiene que ser un vestido?

—Ay, cariño... —respondió Carlos—. Ni siquiera mi influencia puede conseguir que entres en la discoteca si tienes pensado llevar... eso.

No tuve claro a cuál de mis prendas se refería, si hablaba de todas a la vez, o de mi cara.

—Como tenga que perseguir a alguien o huir por una ventana con un vestido, voy a tener más de un problema.

—Tranquila, Vero —respondió mi amiga con una sonrisa—. No hará falta, tú pruébate un par de ellos nada más y, si no encuentras ninguno que te convenza, ya miraremos algún otro tipo de conjunto.

Dos horas, dieciséis vestidos y cuatro tiendas más tarde pude al fin librarme de la pareja, que siguió con sus compras a pesar de tener ya lo necesario para ir a la fiesta de esa noche y, por lo que había podido ver en sus armarios, para el resto de sus vidas.

Yo me había hecho con un sencillo vestido de color azul que satisfacía sus exigencias, pero a la vez me permitiría no morir de vergüenza ni tampoco de hipotermia. Solo esperaba no tener que pelear con ninguna criatura mitológica de más de dos metros con él, ya que el sádico modisto que lo había diseñado no tenía en mente la palabra «combate» cuando lo hizo, y, a decir verdad, tampoco las palabras «comodidad» o «respiración».

En la óptica se sorprendieron al verme regresar y, tras recoger otras gafas nuevas, me ofrecieron primero un carnet de socio y, más tarde, un seguro de rotura. Me llevé el folleto de este último; con mi suerte no tardaría en necesitarlo.

También había comprado unos zapatos. Ni siquiera lo recordaba, pero por lo visto en algún momento, para quitarme de encima a la agobiante pareja, había aceptado llevar unas sandalias de tacón alto, de estilo retro y suela de madera. La única explicación posible que se me ocurría en ese momento era que las hubiese comprado con el ánimo de clavarme su finísimo tacón en la yugular y acabar así con la tortura que era ir de compras con Carlos y Arancha.

Pero ya había pasado. La vorágine consumista había acabado, y ahora la idea de una cerveza en la terraza de una calle tranquila me parecía lo más relajante del mundo. Aunque, en comparación, creo que luchar contra un kraken usando una navaja suiza y un cazamariposas también hubiera sido una opción más relajante que seguir mirando vestidos con ellos.

El sol era agradable, el calor empezaba a disiparse y una brisa refrescante complementaba la caña fresquita que estaba saboreando. El ruido de los coches estaba demasiado alejado de la calle peatonal desde donde veía pasar a la gente como para molestarme, las vistas eran lo suficientemente bonitas para alegrarme el día y lo suficientemente monótonas para no atraer riadas de turistas. Pero yo no podía disfrutar del relax, estaba ahí por un motivo, y justo en ese momento, apareció detrás de mí.

—Hola, Verónica —me saludó Roberto.

Durante un segundo recé para que apareciese un dios olímpico con un cinturón de explosivos o un gigante de hielo enviado por las valkirias, pero el destino no fue tan misericordioso y nada iba a librarme de la desagradable conversación que aún tenía pendiente con él.

—Hola, Roberto —le respondí, señalándole con la cabeza la silla que había guardado para él.

—¿Gafas nuevas?

—Sí, he tenido un par de problemillas con las otras.

Me miró en silencio, sopesando qué decir.

—¿Algo grave? —preguntó con sincera curiosidad.

La imagen del impacto del coche contra la pared y el airbag saltando contra mi cara pasó fugazmente delante de mis ojos.

—No —mentí. Lo hice de nuevo en modo automático. Mentí como siempre le mentía. Roberto tenía razón, así que intenté corregirme—. Sí... el coche, otra vez.

—¿Otra vez? —Se revolvió en el sitio—. ¿Qué ha pasado?

—Estoy bien, estoy bien, tranquilo. —Ahí no mentí. El tratamiento del spa había dejado mi cuerpo como nuevo—. No es... no quiero hablar de eso ahora.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó.

La idea de quedar había sido mía; yo le había llamado y él no había dudado en presentarse. ¿De qué quería hablar con él?

—No sé... —confesé—. Tan solo pensé que nuestra conversación no podía acabar tal como lo hizo.

—No —coincidió.

Luego volvimos a quedarnos en silencio otro rato, mientras Roberto pedía al camarero con un gesto una cerveza para él.

—Lo siento —añadió—. Te digo en serio que no tenía pensado publicar nada de tu cliente... Quería hablarlo contigo, descubrir en lo que andabas metida y, si cuadraba, hacer un artículo con lo que me dejases. No haría nada que pudiese joderte el trabajo, Vero, pero...

—Pero... —le invité a continuar, sabiendo que era un pero que no había pensado.

Roberto no sabía muy bien cómo acabar la frase.

—Pero estoy harto de hacer lo mismo, necesito algo más. Escribir blogs... está bien, pero no acabo de encontrar a qué dedicarme, qué es lo que realmente me gusta. Necesito plantearme algo más para mi futuro, no puedo estar escribiendo sobre un tema cada semana, tengo que centrarme. Pensé que si estabas detrás de algo gordo, podría... no sé, podría incluso ayudarte: tú resuelves el caso, yo destapo la trama y nos hacemos famosos por internet... Yo tendría un artículo y tú, publicidad y buena prensa. Podríamos ser un buen equipo.

Podríamos serlo, y sonaba bien, al menos hasta que recordaba que en mi trabajo, si destapabas una trama, demonios y elfos saldrían de debajo escupiéndote fuego a la cara. No, en mi caso, no formábamos un buen equipo.

—Lo siento —respondí tras varios segundos de silencio—. Siento mucho, muchísimo, no haberte contado tantas cosas. Tenías razón el otro día. Nunca te cuento nada, pero tengo mis motivos, debes confiar en mí.

—¿Confiar en ti, Vero? —preguntó, un tanto molesto—. ¿Cómo quieres que confíe en ti, si tú no confías en mí?

—Roberto, trabajo en cosas que no deben salir a la luz. Tengo demasiados secretos y mucha gente confía en que no los revele. No sería bueno para nadie...

—Se supone que tu trabajo es aburrido. ¡Eso es lo que siempre me dices! ¿En qué estás metida, Verónica? ¿Es un asunto de drogas? ¿Trata de blancas? ¿En qué cojones estás metida que ni siquiera tengo derecho a saber si vas a volver a casa viva o no?

El silencio regresó a la mesa. La conversación no iba a ningún lado, por culpa, en parte, de que yo no sabía adónde quería llevarla.

Quería a Roberto. Estaba segura ¿Estaba segura? Quería la relación y volver a recuperar lo que teníamos. ¿Lo quería? Volver a pasarme el día mintiendo a quien supuestamente amaba solo por sentirme normal durante unos minutos, por sentirme humana. Lo necesitaba.

¿Lo necesitaba?

—No... no puedo contártelo, Roberto —resolví—. Prefiero que no lo sepas, estás más seguro así.

—¿En serio me vienes con esas? No me puedo creer que te pongas en plan Peter Parker conmigo. ¿Te enfundas unas mallas y sales por la noche a salvar el mundo? ¿Es eso?

No pude evitar recordar el vestido que había comprado para esa noche. Algo de verdad había en sus palabras.

—No puedo contarte nada si existe el más mínimo riesgo de que acabe colgado en internet —intenté volver a la ofensiva—. No puedo contarte mis secretos si tú no eres capaz de decidir qué es más importante: tu trabajo o nuestra relación.

—¿Y tú, Vero? ¿Qué es más importante para ti? ¿Nuestra relación o tu

trabajo?

Era una buena pregunta, una pregunta que no dejaba de hacerme en mi cabeza. ¿Qué pasaría el día de mañana? ¿Podría seguir con mi trabajo sin contarle nada a Roberto? ¿Estaría dispuesta a arriesgarme y decírselo? ¿O incluso a dejar el trabajo? Esas preguntas rondaban por mi cabeza desde que nos habíamos conocido y, siempre que me las hacía, me esforzaba por acabar pensando en otra cosa.

Pero esta vez me obligué a enfrentarme a ellas. ¿Mi trabajo o Roberto? La decisión era difícil...

A quién pretendía engañar. No lo era.

Decisiones: ¿llevo gafas o lentillas?

Me miré en el espejo; esta era fácil. Seguía teniendo los ojos rojos e irritados. Roberto me conocía mejor de lo que yo quería admitir, y yo lloraba con más facilidad de la que me concedía a mí misma. Gafas.

¿Llevo accesorios?

No contaba con nada específico contra las valquirias, y hoy no tenía pensado cruzarme con ningún vampiro, así que opté por un simple colgante y unos pendientes. Llené mi bolso con un par de amuletos sueltos y me coloqué alguna runa en una pulsera de piezas intercambiables que solía llevar. La mayoría eran piedras demasiado genéricas o demasiado especializadas para sacarme de un verdadero aprieto, pero no dejaba de ser útil llevar una runa solar en la palma de tu mano para iluminar un callejón oscuro. Aunque ahora ya tenía una aplicación en mi móvil que hacía lo mismo.

¿Llevo maquillaje?

Ligero, no quería llamar la atención. Debía evitar sobre todo el rímel, si no quería ponerme a recordar mi reciente ruptura y acabar como un mapache con

antifaz.

¿Llevo la pistola?

Tenía un bolso que combinaba bien con el vestido y en el que cabía el arma, aunque se veía un bulto extraño. Habría que confiar en que no me registrasen al entrar. Pero no pensaba ir sin protección.

Eché un último vistazo al espejo.

Ya estaba, lista para conquistar, vestida para engatusar y con una pistola en el bolso que podría atravesar al hijo del monstruo de Frankenstein y la Cosa del Pantano.

Estaba preparada para ir de fiesta.

La peor bailarina del lugar

Lo vi, lo leí en sus caras. Cuando llegué, Carlos y Arancha me esperaban al lado del pequeño coche de mi amiga. Desprendían un aire elegante y con clase. Pude reconocer alguna prenda o accesorio que habían comprado durante la tarde y estaba convencida de que el vestido de Arancha era nuevo. Pero no me fijé en eso, sino en sus gestos. El rostro de Arancha mientras le susurraba algo entre dientes a Carlos sin dejar de vigilarme; la sorpresa contenida y la mueca casi lastimera de este. Las dos sonrisas cuando creyeron que estaba a una distancia suficiente para dedicármelas. Los abrazos más largos que de costumbre.

—Se lo has contado, ¿verdad? Le has dicho que he cortado con mi novio — le pregunté a Arancha, mientras Carlos caminaba unos metros por delante de nosotras.

—Un poco...

—Hemos venido a trabajar, Arancha.

Mi amiga asintió y puso un gesto serio.

—Pero no te olvides de disfrutar de tu trabajo, ¿vale? —Me miró a los ojos —. Trabaja para vivir, y esas cosas que dicen. Aprovecha esta noche.

No quería ponerme a discutir con Arancha acerca de que ir a una discoteca en la que la consumición valía lo mismo que mi vestido no entraba dentro de mi concepto de disfrutar, pero agradecí su compasión. Hoy más que nunca

Verónica debía disfrutar de una noche de desmelene, pero Verónica no estaba aquí ahora mismo. No podía permitírmelo. Hoy era Parabellum, la detective especialista en casos paranormales. Verónica tenía otras cosas en la cabeza.

Nos encaminamos hacia la puerta del local y todo empezó a ser demasiado extraño para mí, así que me limité a poner mi mejor sonrisa, me aferré al brazo de Carlos como si fuese un flotador en medio del océano y me dejé llevar.

El pasillo de periodistas y fotógrafos que custodiaban la entrada del edificio parecía interminable. No contaba con que hubiese tantos periodistas en la discoteca. Joder, no contaba con que hubiese tantos en Barcelona. Carlos estaba encantado y saludaba satisfecho, se encontraba en su salsa. De vez en cuando se paraba a hablar con algún conocido, algún compañero de profesión. Sonreía, se ponía su máscara de reportero ácido si hacía falta y, poco a poco, nos fue conduciendo hacia la puerta, donde había una cola de gente esperando que él ignoró deliberadamente. El portero le saludó con una sonrisa y apartó el cordón para que pasáramos al interior, sin preguntarnos nada, ni mucho menos registrarme el bolso. La sonrisa de Carlos parecía abrir más puertas que mi juego de ganzúas.

La discoteca por dentro era atronadora y calurosa como cualquier otra. Pero también más amplia, mejor iluminada y menos agobiante que el resto de los sitios en los que había estado a esas horas de la noche. Aunque parecía albergar un centenar de personas, se podía caminar por ella sin tropezarse con nadie. El gorila de la puerta no solo sabía a quiénes dejaba entrar, sino también a cuántos, y había conseguido acertar con la cantidad justa, algo que requería experiencia y, casi seguro, conocimientos de estadística y cálculo avanzado. Ayudaba que aún era un poco temprano y, además, que el precio de

la entrada llegaba a las tres cifras, al menos para la gente de la cola.

Arancha estaba feliz y radiante. Se la notaba un poco nerviosa al principio, pero enseguida se sintió en su ambiente. No dudó en volver a adoptar su exótico acento para empezar a saludar a quienes la rodeaban. Conocía su táctica. Conectaba con algún espíritu cercano, alguno que estuviese rondando a un potencial cliente, y usaba la información que este le daba para romper el hielo. Sabía cómo actuar; conmigo había hecho lo mismo cuando nos conocimos, aunque, considerando que yo tenía dieciséis años y mi abuela acababa de morir, el puñetazo con el que le respondí era la prueba palpable de que su táctica no siempre funcionaba. Al ver el rostro de sorpresa, vergüenza e incluso un poco de terror con el cual la estaban recibiendo, parecía que esta vez sí era efectivo.

Yo seguía apretando el brazo de Carlos, con la misma sonrisa idiota que ponía cuando esperaba que la gente acabase de cantarme «Cumpleaños feliz». Sin dejar de sonreír al respetable, Carlos me cogió de la mano y aflojó la presión a la que estaba sometiendo a su brazo. Dijo algo en mi oído sordo que no pude escuchar; le ofrecí el otro y le pedí que me lo repitiese.

—Que me gustaría poder conservar el brazo derecho, Verónica —me dijo.

—¿Por qué hay tanto periodista? ¿Es normal? —pregunté, un poco nerviosa.

—No, no es lo habitual —respondió el presentador—, pero es normal, si tienes en cuenta quién ha venido...

Carlos señaló con un gesto de la cabeza a una sala vip rodeada de cristal. Me costó verlo, y sobre todo reconocerlo vestido de calle, pero dentro estaba Emilio Gambeta, el futbolista de moda. Alrededor de él, tenía todo un séquito de gente bien vestida, en un alto porcentaje mujeres que se lanzaban miradas cargadas de veneno cada vez que una le rozaba sin el consentimiento explícito y consensuado de las otras.

Eso explicaba que hubiese tanto periodista en la puerta. Gambeta aún tenía

que decidir qué equipo podría pagar la disparatada cifra de su fichaje, y el hecho de verlo en Barcelona inclinaba la balanza hacia un lado. Era posible que si a dos manzanas de allí un dinosaurio cometiese un atentado terrorista ninguno de los reporteros de la puerta abandonase su puesto.

No era la situación ideal para investigar, con decenas de cámaras en el exterior de la discoteca, pero, por suerte para mí, dentro no había ningún periodista trabajando. Los que se veían estaban fuera de servicio, y se tomaban relajadamente alguna copa con cantantes, deportistas y una manada de famosos genéricos.

Tras hacer un enorme esfuerzo mental, me atreví a soltarme del brazo de Carlos.

—¿Por dónde empezamos? —me preguntó, con un tono de voz más alto, pero sin llegar a gritar.

—No lo sé —respondí—. Si te soy sincera, no es mi tipo de ambiente. Los monstruos de los que me suelo rodear no visten tan bien. Lo mejor sería intentar averiguar si alguien está traficando con la ambrosía. Es un buen sitio para hacerlo y la valquiria que me atacó ha estado aquí. No sería algo descabellado.

Carlos asintió. Le miré a los ojos, incómoda ante la siguiente pregunta que tenía que hacerle.

—Conoces bien este sitio, Carlos. ¿Sabes dónde se puede conseguir droga? Alguien que conozca a alguien, algún tipejo que venga a estos sitios a hacer negocios...

Me observó, medio sorprendido. No entendí bien su gesto, pero esperaba que no se sintiera ofendido.

—¡Ja, ja! —Rio al final—. Eres nueva en este ambiente, está claro. Para ser detective eres muy inocente, cariño...

Carlos empezó a caminar; yo no tenía muy claro hacia dónde ni qué había

querido decir, pero me sorprendió cuando se paró en una barra y apoyó el codo en ella. Con presteza, un camarero que esperaba casi en posición militar se acercó a él, preparado para servir lo que pidiese. Su actitud me desconcertó, tan diferente era a la que mostraban los camareros del área de servicio del otro día o a la de Killian. Aunque en su defensa habría que añadir que los precios también eran muy diferentes. Al menos los de Killian.

—¿Qué desea? —preguntó el camarero.

—Droga —respondió el presentador con tanta soltura que me hizo palidecer.

El camarero me miró, con el ceño fruncido.

—No sé de qué habla, señor Armesto... —respondió nervioso el camarero.

Carlos lo contempló extrañado, como si su técnica no le hubiese fallado nunca. Luego me señaló con un gesto de la cabeza.

—Tranquilo, chico, viene conmigo —añadió.

El camarero volvió a examinarme, y yo me di cuenta de que aún tenía puesta mi sonrisa idiota. Esa sonrisa había logrado una vez que un policía creyese que había consumido estupefacientes, así que quizá ahora podría serme útil.

—En la barra dos, la del fondo —señaló el camarero—. Aquí solo alcohol.

Carlos asintió y yo intenté contener mi asombro. Sabía que el dinero daba facilidades, pero ¿hasta tal punto? No me hubiera sorprendido llegar a la barra que había señalado el camarero y encontrar una máquina expendedora de drogas, con oferta especial en pastillas de colores y dos por uno en cocaína.

—Ya que estamos... —Carlos me miró y pidió un gin-tonic para él—. ¿Qué bebes? ¿Whisky?

No me gustaba el whisky, era un tópico más de los detectives que no soportaba, y en este caso de manera literal.

—Una cerveza.

El presentador me observó con una mezcla de estupor y decepción. Había

roto su cliché, pero esa noche yo había venido a trabajar. El camarero me dijo el nombre de una marca que no sería capaz de repetir y, tras asentir sin atreverme a confesar mi ignorancia, me trajo una botella con algo escrito en la etiqueta que era incapaz de pronunciar, pero que no se parecía fonéticamente en nada a lo que había dicho antes el camarero.

—Será mejor que vaya yo a preguntar solo, ¿vale? —me dijo Carlos cuando nos alejamos de la barra—. Parece que no les gusta hablar de drogas delante de extraños.

Carlos parecía sorprendido de que el personal mostrase reticencia a compartir el menú de drogas de diseño del que disponían, por lo que deduje que estaba acostumbrado a pedir las y que nunca nadie le pusiese pega. No sería mala idea que él investigase por su cuenta; era más probable que su sonrisa obtuviese más información que la mía.

—Vale, pero recuerda: no uses la palabra «ambrosía», no creo que la vendan por ese nombre y llamarías la atención. Pregunta solo por alguna droga nueva. ¿De acuerdo?

Carlos asintió y se dirigió a la barra. Yo me quedé sola, cerveza en mano, y pensé que para ser la única que había venido a trabajar era la única que no lo estaba haciendo.

Cometí el fallo de dejar salir a Verónica al exterior durante unos pocos segundos. Había un chico, con el pelo castaño y los ojos claros, cuya mirada intercepté. La conocía. Era esa mirada fugaz que intenta comprobar si tú también le estás observando. Una mirada que, pese a durar tan poco, decía mucho. Me sonrió con una mueca breve pero suficiente para que Verónica tomase el control y dejase a la detective a un lado durante unos segundos. Le devolví la sonrisa y algo en mi interior se removió.

No era el momento. No solo porque estaba trabajando, sino porque mi ruptura con Roberto era muy reciente y yo no podía permitirme pensar en esas cosas. Tenía que centrarme en mi investigación, aunque aún no tuviese claro dónde encontrar siquiera la siguiente pista. La detective volvió a tomar el control y di media vuelta. Empecé a caminar, cabizbaja, alejándome, apretando los dientes concentrada en cada paso para impedir que Verónica volviese a salir. No tardé en chocarme con alguien, y le tiré la cerveza encima.

Levanté la mirada dispuesta a pedir disculpas. Había tropezado con una chica alta y rubia, con aspecto de nórdica. No llegué a reconocerla del spa, pero adiviné que se trataba de una valquiria. Me devolvió la mirada enfadada; no tenía claro si por la cerveza que acababa de derramar sobre su top blanco o porque me había reconocido como la detective metomentodo, pero volví a darme media vuelta rápidamente y eché a andar en dirección contraria, hacia donde estaba el chico que me sonreía. La nórdica me gritó algo en su idioma natal y empezó a perseguirme, así que aceleré el paso, apartando apresurada pero discretamente a la gente que se interponía en mi camino. Detrás de mí notaba cómo la rubia se abría paso a empujones.

Mis increíbles poderes de detective ya habían encontrado una pista. Aunque cabía destacar que, en vez de ser yo quien la seguía, era ella la que me seguía a mí, con la clara intención de partirme la cara, además. Entreabrí mi bolso mientras apretaba el paso y rebusqué en él con disimulo. No quería que la gente viese la pistola y se asustase. Más descartada aún estaba la idea de liarme a tiros en una discoteca, pero dentro del bolso guardaba algo que me sería útil para esta situación: una pata de gato negro tuerto, envuelta en tréboles de cuatro hojas secos.

Era una pieza de ingeniería supersticiosa que me había costado adquirir, pero que funcionaba a las mil maravillas. La pata de gato negro tuerto era un talismán como la pata de liebre, solo que de efecto contrario y más potente:

gafaba a su portador. Únicamente necesitabas meterla en el bolsillo de tu víctima o colocársela en otro sitio sin que se diese cuenta, y un aura de mala suerte la rodearía hasta que lograra librarse de ella, algo bastante difícil, ya que la propia mala suerte generada evitaba que se la pudiese quitar de encima con facilidad.

Lo complicado llegaba a la hora de colocarla. La pata te afectaba también a ti y hacía muy difícil que lograras acercarte a tu enemigo sin caer en una zanja o algo parecido. Ahí entraban en juego los tréboles de cuatro hojas que la envolvían: contrarrestaban su mala suerte con buena suerte y permitían que yo pudiese llevarla en mi bolso sin verme afectada.

Ahora solo tenía que encasquetarle el amuleto a la rubia semiinmortal y de fuerza sobrehumana que se acercaba a mí. Pan comido. Necesitaba una distracción y sabía dónde encontrarla. El chico de ojos claros, al ver que me dirigía decidida hacia él, se acercó y me saludó.

—Hola —me dijo con una sonrisa.

Sentí lástima por él y lamenté lo que iba a hacer.

—A mi amiga le gustas —le dije, señalando a la locomotora rubia que se acercaba imparable hacia nosotros.

El chico la vio y arqueó las cejas. No supe leer si en sus ojos se había dibujado miedo, sorpresa o lascivia, pero no me dio tiempo a más. Mi expretendiente se dispuso a decirle algo interceptándola al paso, pero la valquiria lo agarró de la camisa y lo levantó con una sola mano. Mi plan no incluía que la rubia le arrancase el brazo al único chico de la discoteca que me había sonreído, así que aproveché la distracción, salté sobre ella y la agarré por detrás. La diferencia de altura entre nosotras era más que notable y me levantó del suelo con un solo giro de cadera.

La valquiria perdió interés en el chico castaño, lo dejó ir y usó su otra mano para agarrarme del hombro. Forcejeé para no soltarme, pero con su fuerza le

costó más bien poco librarse de mi abrazo y lanzarme por los aires contra la barra.

Aterricé derribando cubatas por valor de miles de euros. La gente a nuestro alrededor comenzó a darse cuenta de que había una pelea y se apartó a los lados, lo suficientemente lejos para que no les salpicase una patada, pero no tanto como para perderse detalle de la pelea entre dos rubias con vestidos ceñidos.

Me levanté de la barra, pasé de un salto a su interior, y en mi trinchera intenté parapetarme de la carga del tanque nórdico que se dirigía hacia mí, decidida a partirme el cráneo en dos.

En ese preciso momento la rubia resbaló con una botella de tónica y el baile comenzó. Tras intentar mantener el equilibrio a un ritmo que coincidía por casualidad con el de la música, la gravedad ganó y la valquiria se golpeó la cabeza contra la barra de metal del bar, doblándola. Al levantarse, casi de rebote, cayó sobre un taburete cuyo asiento giró e hizo que perdiese el equilibrio de nuevo. En su esfuerzo por no volver a caerse se agarró a un surtidor de cerveza que arrancó de cuajo: el líquido salió a presión, la golpeó en la cara y la hizo caer de una vez por todas por las escaleras del baño, donde aterrizó en un charco de algo que parecía salir de una cañería que perdía agua. La pata de gato negro tuerto que había metido en el bolsillo de su vestido cuando me agarré a ella había funcionado a las mil maravillas y me había regalado un momento digno de la mejor película del Gordo y el Flaco.

Esto era justo lo que Arancha me había dicho: disfruta de tu trabajo. Y yo lo estaba haciendo, incapaz de contener la risa. La valquiria seguía en el suelo; luchaba por levantarse y resbalaba al intentarlo, con lo que cada vez se rebozaba aún más en aquel charco que por momentos tenía más claro que no era de agua. Y yo no era la única en disfrutar; el público del local se arremolinaba para ver el espectáculo, así que decidí aprovechar ese momento

exacto para huir de allí.

Pero ese momento exacto fue también el que decidió aprovechar uno de los miembros de seguridad del bar para agarrarme del brazo. Malas noticias.

—Parabellum, venga con nosotros.

Sabía mi nombre, el apodo que usaba en el inframundo. Peores noticias. Eso y el encontronazo con la valkiria me daban mala espina; alguien sabía que estaba allí y, por la actitud de la rubia, no era bien recibida, así que opté por defenderme de la garra del gorila con una técnica que se había mostrado infalible con casi cualquier enemigo al que me había enfrentado, fuese este humano o no.

Le asesté una patada en la entrepierna con tal fuerza que el dolor resultó insufrible.

Por desgracia, la fuente de dolor se produjo en mi pie, que se encontró con algo más sólido de lo que esperaba entre las piernas de mi atacante. La patada solo tuvo efecto sobre los testigos que me observaban, y que se cubrieron instintivamente con las manos la zona de impacto mientras el gorila permanecía impasible.

—Parabellum, venga con nosotros —repitió con un tono casi mecánico.

Me arrastró del brazo y yo le seguí cojeando. Al notar la textura de su piel, me di cuenta de que el gorila no era humano, y la repetición obsesiva de su mensaje me indicó la clase de ser al que me enfrentaba. Apunté los golems en mi pequeña lista mental de criaturas que son inmunes a una patada en los cojones.

El golem me arrastró agarrándome del brazo y de la cabeza hasta cruzar una puerta. Ni siquiera pude intentar soltarme; el gorila tenía tanta fuerza que era como tratar de escapar de una avalancha de rocas, así que me limité a seguirle,

cojeando y trastabillando sobre mis tacones. Eché de menos mis cómodas zapatillas. Aún eché más en falta mi bolso, que se había quedado en la barra del bar. Mi pistola y mis amuletos, que no debían caer en malas manos, estaban en él, y si quería salir de allí tenía que recuperarlo. Pero las crisis había que resolverlas de una en una.

Los golems eran, en el mundo de la mitología judía, el equivalente a los robots en la ciencia ficción. Más que criaturas vivas, eran muñecos de arcilla capaces de seguir órdenes básicas, escritas en una nota dentro de su cabeza.

El gorila de seguridad parecía por fuera completamente humano; la estatua estaba bien lograda y, si no te fijabas demasiado, no notabas nada raro salvo, siendo quisquillosos, la textura arcillosa de su piel o sus brillantes ojos. Pero estaba diseñado solo para parecer humano; no lo era, y el hecho de que mi patada no hubiese encontrado nada entre sus piernas lo confirmaba.

No era el primero que había visto, aunque tenía que reconocer que este era uno de los más logrados a nivel estético. Del mensaje que no dejaba de repetir deduje que las órdenes que habían escrito en su interior eran demasiado básicas. Pero incluían mi nombre. Me esperaban, aunque no desde hacía mucho tiempo; con probabilidad me habían visto entrar y habían enviado a la valquiria a por mí. Con lo que yo no contaba era con que los miembros de seguridad estuviesen hechos de arcilla.

Seguimos caminando por un pasillo del interior de la discoteca donde la música se oía lejana y no nos encontramos con nadie. Debido a la presión que el golem aplicaba sobre mi cuello no podía ver nada más que el suelo, pero supuse que estábamos en la zona de oficinas y almacén. El gorila abrió otra puerta y me llevó hasta la entrada de un despacho, donde se detuvo. Llamó un par de veces y se quedó allí, congelado. No había recibido más órdenes.

Tras un par de minutos, durante los cuales intenté liberarme sin resultado, la puerta se abrió. Unos zapatos de caballero de aspecto elegante y sobre todo

caro, acompañados por unos de tacón más alto que el mío, con un lazo rosa y otro verde, salieron de su interior.

—¿Y esto? —preguntaron los zapatos de tacón.

—Un pequeño inconveniente, no te preocupes. Yo me encargo —respondieron los mocasines.

—No quiero inconvenientes en la entrega.

—No los habrá. Las obras llevan paradas una semana, el sitio estará vacío; quédate tranquila.

Los zapatos de caballero se despidieron de los de tacón y luego se pararon delante de mí. Cuando las pisadas de los tacones dejaron de oírse, los zapatos de caballero me hablaron.

—Señorita Parabellum —dijo una voz, mientras la cara de su dueño, que se había agachado, aparecía dentro de mi campo de visión. Un tipo elegante y serio con traje de ejecutivo y cara de ejecutivo—. He oído hablar mucho de usted...

No lo reconocí. Al menos no en persona. Era la primera vez que veía a este tipo en mi vida, pero no la primera vez que oía hablar de él. Álex lo había mencionado. Sofía lo conocía. Era mi competencia.

—Por favor, muchachas —dijo a dos pares de sandalias que se acercaron. Pedicura perfecta, piel inmaculada y blanca, y un cuarenta y tres largo: valquirias—. Maniatadla y metedla en mi despacho; tengo que hacer negocios con ella.

—Lo llevas claro si crees que voy a negociar contigo —le solté con tono de pocos amigos.

—¿Qué? No, perdone la confusión, señorita Parabellum —respondió con una sonrisa amable—. No, no. No voy a negociar con usted. Usted es la mercancía.

La doncella del marqués

—Llevo poco tiempo en esta ciudad, señorita Parabellum —comenzó el tipo trajeado—, pero ya he oído hablar de usted en varias ocasiones. Incluso antes de que se deshiciese de mi querida Marta.

Me dedicó una sonrisa que hasta parecía sincera. Era un hombre alto, de constitución que solo podría definirse como afilada. Llevaba un traje sobrio y elegante de un color tan negro que la túnica de la propia Muerte se habría sentido avergonzada, y una corbata estrecha pero que no llegaba a darle el aspecto de mafioso que merecería por la situación. Era moreno de piel y tenía el pelo negro. La única nota discordante en su elegante y casi monocromo aspecto era el teléfono Bluetooth que llevaba enganchado a la oreja y que parpadeaba con su luz de color azul eléctrico. Sus amables palabras pronunciadas con un tono melifluido sirvieron para que mi ego se hinchase un poco, pero, a no ser que este se convirtiese en un globo y saliese volando de allí, eso no iba a servirme de mucho. Lo que sí pude apreciar fue que, a pesar de lo educado de sus formas, no usaba mi nombre verdadero, sino mi apodo. Por suerte no había oído hablar tanto de mí, y toda la información que tenía le había llegado a través de las bocas y hocicos del inframundo de Barcelona.

El tipo elegante se sirvió una copa de una botella de aspecto estúpidamente caro y la colocó en su enorme mesa de caoba. El despacho, a pesar de ser sobrio y sencillo, con unos cuantos archivadores, papeles y un ordenador,

rezumaba dinero. El tipo que me hablaba era alguien con una envidiable posición. Sobre todo, si se tenía en cuenta el detalle de que mi posición actual era maniatada a una silla en el centro de su despacho. Detrás de mí, un par de valquirias me vigilaban. Ninguna de las dos era la que me había atacado en la discoteca, a quien imaginé intentando levantarse aún del suelo del baño. Solo pensarlo hizo que se me escapara una sonrisita, que se derritió rápidamente al recordar que ahora mismo acababa de encontrar al verdadero malo de la peli y que no veía ninguna posibilidad de salir de allí.

—Me gusta el nombre de Parabellum, tiene fuerza. Espero que no le importe, pero le he copiado la idea de usar un sobrenombre. Puede llamarme el Negociante. Sé que esto de los nombres en clave es un poco... infantil. —Dejó asomar una sonrisilla condescendiente—. Pero ¿qué nos diferencia de los golems si no sabemos disfrutar de nuestro trabajo?

—¿Qué ha hecho con la ambrosía?

El Negociante me miró con un gesto de sobria sorpresa, mientras sacaba otro vaso.

—¿Quiere un whisky? Es lo que beben los detectives, ¿no? —Aunque la botella tenía pinta de sumar más años que algún antepasado mío ni siquiera le presté atención e ignoré la invitación—. Ahora, señorita detective, ¿de verdad le funciona eso? ¿Como en las películas? ¿La gente le cuenta sus planes tan solo con preguntárselos? —Volvió a dejar escapar otra risita condescendiente—. ¿Qué cree que he hecho con la ambrosía? ¡Dinero! ¿Qué más se puede hacer con ella?

—O sea que la robó usted.

Claro que funcionaba. Siempre contaban algo, aunque fuese un poco.

—Robar... robar es una palabra muy fuerte. La he recuperado, señorita Parabellum. Nosotros creamos a los dioses; la humanidad creó a los dioses. Sin nosotros, sin nuestra adoración, sin nuestra fe, los dioses no existirían. ¿Y

qué hacen ellos? No interferir, no ayudar, nada... Pero ¡nos lo deben! — Brindó en honor de alguno de los dioses de los que hablaba o quizá se limitó a enseñarles la copa antes de beberla—. Por eso lo he hecho. Nosotros los hemos creado a ellos, y no al revés, como afirman. Y junto con ellos hemos creado la ambrosía, que solo ellos disfrutaban. He logrado algo que deberíamos haber hecho hace siglos: se la he devuelto a la humanidad.

—No me diga, es un Prometeo que roba a los dioses para dárselo a los hombres, ¿verdad?

—Me decepciona —me respondió con un gesto de fingida lástima—. Prometeo solo robó el fuego. Fue Tántalo el que robó la ambrosía a los dioses para ofrecérsela a sus invitados.

Noté un pequeño vacío, el mismo que se siente al pisar un escalón que no está ahí. Mis dos mayores ventajas, las que me permitían mirar por encima del hombro a criaturas más altas que yo, eran mi pistola y un conocimiento de la mitología mayor que el de mis enemigos. Y en este momento no tenía ninguno de los dos.

—Entonces, si no quiere charlar, ¿por qué sigo viva? ¿No va a matarme?

—¿Qué? No, claro que no. ¿Se cree que me he hecho rico matando gente? —Le miré, respondiéndole con el gesto—. Me he hecho rico negociando, señorita Parabellum. Que haya tenido que matar gente por el camino es un aspecto secundario.

—Entonces...

—Su vida vale mucho, y no solo para usted. Conozco a mucha gente dispuesta a pagar cantidades ingentes de dinero por tener el placer de matarla ellos mismos. O comérsela, o robar su alma... Tiene usted una lista grande y muy variada de enemigos. —Una lista en la cual el Negociante seguía subiendo puestos—. Ahora bien, me gustaría poder hacer las cosas correctamente: organizar una subasta, llamar a todas las criaturas en cuyo

camino se ha interpuesto y venderla al mejor postor... —Le dio otro sorbo a su copa mientras chasqueaba la lengua, ya fuera por un sentimiento sincero de lástima o para paladear mejor la bebida—. Pero me temo que asuntos más urgentes y fructíferos que usted requieren mi atención, así que he optado por aceptar la primera oferta que me han hecho. Los rumores vuelan, señorita, y me han ofrecido un precio por su cabeza antes incluso de tenerla en mis manos.

El tipo me levantó el mentón y me obligó a mirarle a los ojos.

—Es una lástima; usted y yo podríamos haber hecho muchos negocios. Los dos tenemos el mismo interés, ¿verdad? Sacarles dinero a los mitos. Solo nos diferencia la falta de escrúpulos: usted tiene alguno más que yo. Pocos más, en realidad. También es diferente la cantidad de dinero que yo les saco. Quizá si me hubiese encontrado en otras circunstancias...

La valquiria que me había lanzado contra la barra minutos antes entró por la puerta. Delante de su actual jefe parecía comportarse y moverse casi con porte militar, a pesar de llevar aún la ropa mojada y maloliente. Pero, pese a su rectitud, me dedicó una mirada tan cargada de odio que la esquivé agachándome por instinto.

—El señor marqués ha llegado, le espera en la sala de juntas —anunció.

El Negociante asintió e hizo una seña a las otras dos valquirias, que me levantaron de la silla.

—Llévosla a la habitación, tengo mucho trabajo. —Me miró—. Un saludo, señorita, no sé qué planes tiene para usted el marqués, pero si es cierto lo que se cuenta de la famosa Parabellum tarde o temprano volveremos a vernos. Solo espero poder sacar más dinero la próxima vez.

Las valquirias me sacaron a rastras del despacho, mientras el Negociante volvía a sus negocios, los cuales parecían muchos y muy importantes. Yo solo era uno más de ellos.

La habitación estaba oscura y me costó adaptar los ojos hasta poder empezar a vislumbrar algo. Era un despacho preparado para albergar reuniones, con varias sillas, un par de ordenadores conectados a un proyector y una mesa enorme de madera noble. Parecía que el Negociante usaba la discoteca para algo más que vender drogas y alguna que otra eventual cerveza.

Había alguien más en la sala, y su silueta hizo una seña a mis guardianas rubias para que nos dejaran a solas. No llegaba a distinguirlo bien y tenía curiosidad por averiguar quién era la persona dispuesta a pagar dinero por mí: cualquier monstruo al que le hubiese jodido la vida. O mi madre. No tenía claro qué sería peor.

—Ah... la legendaria Parabellum —dijo con un acento extraño aquella figura. El plan de salir flotando con mi ego inflado empezaba a cobrar fuerza—. Tenía ganas de encontrarme con usted.

Al cabo de unos segundos mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y pude ver quién me hablaba. Era un tipo de aspecto seco y bien vestido. No seguía el mismo estilo que el Negociante, cuya elegancia se basaba en la sobriedad. Este llevaba ropas más recargadas y antiguas; lo más probable era que invirtiese más tiempo en vestirse que yo en dormir. Era pálido y me miraba con sus ojos rojos. Le faltaba tan solo llevar una capa negra y roja para ser menos discreto. No le bastaba con ser un vampiro, sino que sentía la necesidad de gritarlo a los cuatro vientos con su manera de vestir. Noté que intentaba compensar de algún modo un pequeño complejo y sabía que podía explotarlo.

—¿Quién se supone que eres tú? —le pregunté.

Tenía en mi despacho fichas de todos los vampiros de Barcelona, y el marqués Du Daurade era famoso por necesitar más el reconocimiento de sus

congéneres que beber sangre.

—¿Que quién...? —bufó, indignado—. Soy el líder del clan vampírico de Barcelona, mademoiselle...

—¡Oh! ¿Eres Héctor el Sanguijuela?

Dejó escapar un gritito que casi parecía de pavor. Que le confundiesen con el vampiro más rastrero de todo el norte de la península debía de ser como una estaca en el corazón para él. Se giró con el rostro enfurecido y me miró.

—¡Soy el marqués Du Daurade! ¡Y aprenderás a respetarme, mortal estúpida!

Agaché la cabeza, avergonzada.

—Perdone por haberle confundido, señor Durango.

El hecho de que mis palabras fuesen calculadas no evitó que se me escapara una leve sonrisilla, y el marqués escogió ese momento para estallar y levantarme del suelo agarrándome del cuello. Con un grito me estampó contra la mesa y comenzó a estrangularme con una sola mano.

Perfecto, ya lo había sacado de quicio. Ahora tan solo tenía que pensar la siguiente parte de mi plan.

—No voy a matarla, mademoiselle Parabellum. He tenido suerte de encontrarla antes que sus otros múltiples enemigos, pero alguien la odia tanto como para avisarme de dónde podía encontrarla —dijo acercando su rostro al mío. Yo aún tenía las manos atadas a la espalda y su fuerza sobrehumana no me permitía levantarme—. Tengo planes para usted.

Me faltaba el oxígeno. Puede que no quisiese matarme, pero confiaba demasiado en mi capacidad para aguantar la respiración. Incluso más que yo. Busqué en mi muñeca, palpando a la desesperada, la runa solar de mi pulsera. Era difícil llegar a ella con las manos a la espalda y, una vez que la alcanzase, también resultaría difícil activarla sin mirarla, pero era mi única salida y el aire empezaba a faltarme.

—No... Usted conoce a cierto vampiro y sabe en qué agujero se esconde esa sabandija —continuó hablando, mientras yo pataleaba sobre la mesa—. Voy a hipnotizarla y a convertirla en mi esclava, y usted va a traérmelo vivo. Pagaré por lo que ha hecho.

Llegué a rozar la runa y, cuando logré agarrarla, el marqués se percató.

—¿Qué tienes ahí, niñata?

El marqués se agachó. Quizá la runa no tuviese la suficiente energía para acabar con él, pero si la miraba directamente podía noquearle el tiempo suficiente para permitirme reaccionar. La activé con una sonrisa.

Sonrisa que se quedó congelada en cuanto descubrí aterrada que la runa no funcionaba. El tipo del mercadillo se iba a arrepentir de haberme vendido mercancía defectuosa; si salía de esta, le iba a hacer tragar el libro de reclamaciones. El marqués me arrancó la pulsera de un tirón.

—¿Una runa solar? —La miró, sorprendido—. Es usted una chica con recursos, mademoiselle Parabellum. Será mejor que la guarde por el momento; no querrá hacer daño a su nuevo amo... Pero le será útil cuando trabaje para mí y tenga que capturar a mi objetivo.

—No pienso trabajar para ti —dije, intentando librarme de la mano que me apretaba contra la mesa.

El marqués se guardó la runa en el bolsillo y volvió a acercarse a mí.

—Lo harás, no tendrás opción cuando seas mi esclava. Trabajarás para mí y me ayudarás a encontrar a ese bastardo de Antón y a destruirlo.

Sus ojos rojos se encendieron y caí de inmediato en un trance profundo. Todo se volvió rojo.

—Escucha mis palabras —dijo la voz grave e hipnótica del marqués dentro de mi cabeza—. Quiero que mi voz sea lo único que escuches. Quiero que mi

voz sea lo único que obedezcas. Yo soy tu amo; tú, mi esclava.

—No —le respondí.

—¿Qué? —dijo, sorprendido y escandalizado—. ¡No funciona así! No puedes negarte. Se supone que no tienes voluntad. ¡No puedes desobedecer mi voz! Mi voz es la única que escuchas. Mi voz es la única que oirás dentro de tu cabeza.

—Ese es el problema —dijo otra voz grave en mi cabeza—. Que no es la única voz que escucha.

—¿Antón? —gritó el marqués, rompiendo su profunda entonación, que adquirió de golpe demasiadas octavas—. ¡No puede ser! ¿Otra vez tú? Es la segunda vez que te encuentro en la cabeza de alguien. ¿No has aprendido a no robarme mis esclavas, maldita rata con alas?

—No es tu esclava, yo me la pedí primero —respondió el otro vampiro. A pesar de no ser más que una voz en mi cabeza, visualicé cómo Antón sonreía—. Verónica, quiero que te despiertes y hagas lo que te he ordenado: mata de una vez a ese vampiro.

—Por supuesto, amo —respondí.

Me levanté de la mesa, aprovechando que el marqués estaba aún confuso por haberse encontrado a un conocido dentro de mi cabeza. Puede que aquella inútil runa solar estuviera fuera de mi alcance, pero acababa de ocurrírseme una alternativa mucho mejor. Alcé bruscamente la cabeza y, con la frente, activé de un golpe el proyector de imagen que reposaba en la mesa, el cual se encendió arrojando una luz cegadora sobre el vampiro. El marqués solo tuvo tiempo de cubrirse con las manos de forma patética y gritar, mientras se retorció y caía al suelo. Como me imaginaba, no era suficiente como para acabar con él, pero sí para derribarlo y darme tiempo a pensar algo.

La piel del marqués echaba humo, y él me miró desde el suelo, mientras yo me ponía de pie encima de la mesa con las manos todavía a la espalda. Le dediqué una sonrisa de desprecio, potenciada por la altura que me confería la mesa.

—No puedes matarme, mortal —respondió desde el suelo—. No eres más que otra humana.

—Y tú no eres más que otro vampiro —dije, saltando de pie sobre él y clavándole el tacón de madera en el corazón.

El vampiro no llegó a acabar su chillido antes de deshacerse en cenizas. Me había librado de él, pero ahora tenía que huir de allí, y rápido. Las valkirias no tardarían en preguntarse por qué los gritos que acababan de salir de la sala de juntas no eran míos. Abrí una ventana como pude, con las manos atadas, y miré hacia la calle. Era poca altura, poco más que un primero, y abajo había un contenedor de basura. Pero tenía las manos a la espalda: aquello iba a doler.

Me preparé para coger impulso mientras oía cómo las valkirias se acercaban a la puerta. Justo antes de saltar, recordé algo y me agaché sobre las ropas del vampiro, que ahora estaban tiradas en el suelo, para recuperar la runa solar. No podía dejarla ahí o no me devolverían el dinero.

Las valkirias entraron justo en ese momento, vieron los restos del vampiro y se quedaron mirándome, medio segundo antes de que saltara por la ventana.

Aterricé en el contenedor de basura, que amortiguó el golpe haciéndome rebotar y lanzándome contra el suelo, donde caí con el hombro por delante. Pude rodar un poco para no hacerme tanto daño, pero aun así noté el golpe y uno de mis zapatos salió volando.

Miré hacia la ventana, donde las dos valkirias ya desplegaban sus alas.

Reconocí a una de ellas como la que había derribado en el bar, y su mirada de odio me traspasó la columna vertebral. Me había alejado de ellas unos cinco metros pero, si echaba a correr ahora, me alcanzarían en pocos segundos; no había planificado muy bien mi fuga. En ese momento oí el motor de un coche.

—¡Vero! ¡Sube! ¡Rápido!

Levanté la mirada y pude ver a Arancha, abriendo la puerta de su Smart a la vez que frenaba.

No dediqué ni un segundo a pensar qué hacía allí. Me limité a correr y a saltar dentro del vehículo; justo después, Arancha arrancó.

—¿Qué haces? ¿Cómo sabías dónde encontrarme? —pregunté.

—Luego te lo cuento, date la vuelta.

Le di la espalda, obedeciendo la orden de mi amiga, quien soltó una mano del volante para coger una navaja que tenía al lado de la palanca de cambios y cortar mis ataduras.

—¿Cómo...?

—¡No hay tiempo, Vero! —gritó, volviendo a agarrar el volante con ambas manos y mirando por el retrovisor—. ¡Coge el bolso de la guantera y saca la pistola! Se están acercando.

Le hice caso: allí estaba mi bolso y, dentro de él, mi fiel Glock 17. Le metí un cargador de tutti-frutti y miré por el retrovisor.

En efecto, detrás de nosotros se acercaban volando bajo las dos valkirias, espada en mano, e iban ganando terreno a nuestro pequeño coche, que chillaba por el esfuerzo. Ahí tenía otra razón para no comprarme un coche urbano: no era fácil huir de criaturas sobrenaturales en él y esta no era la primera vez que me veía en una situación parecida.

—¿Qué haces? ¡Dispáralas! —gritó Arancha, que no estaba acostumbrada a vivir escenas de acción. Su acento vasco sonó más pronunciado que nunca.

—¡No es fácil! ¿Sabes lo jodido que es acertar a un blanco móvil mientras

nosotras también nos movemos?

—¿Y a qué esperas? ¿A que se queden quietas?

—¡Sí!

Abrí el techo solar del coche y me puse de pie en el asiento delantero. Asomé medio cuerpo al exterior y el vestido me dejó claro desde el primer momento que no tenía pensado protegerme lo más mínimo del viento. La calle por la que íbamos estaba vacía y lo único que había a nuestro alrededor era alguna esporádica farola colocada por un Ayuntamiento que no tenía claro si la zona de las afueras por la que huíamos era responsabilidad suya o no. La soledad y la nocturnidad eran una ventaja, ya que si el hecho de ver asomarse a una chica con vestido ceñido por el techo de un coche no era nada sorprendente desde que alguien descubrió las despedidas de soltera, que la susodicha llevase una pistola en la mano en vez de una copa de champán podría resultar al menos sospechoso. Especialmente si la perseguían dos enormes rubias con alas y espadas.

Me coloqué bien el pelo, apartándolo de mis gafas, y vi que una de las valquirias se adelantaba a su compañera y cargaba hacia mí. La buena noticia era que, a pesar de su espíritu guerrero, las valquirias no llevaban armas de fuego, solo una espada. La mala, que únicamente hacía falta un mandoblazo para partir por la mitad el Smart y todo lo que hubiera en su interior. La valquiria ganó altura y alzó la espada en el aire para luego abatirse con furia sobre nosotras.

Levanté el arma, cogí aire, apunté y apreté el gatillo. Entre la postura y el viento no resultaba nada fácil acertar, por lo que empecé a disparar casi al azar en dirección a la valquiria. Ví cómo un par de balas atravesaban sus alas y otra impactaba en su hombro y desestabilizaba su ataque. Tuvo que rectificar el vuelo y acabó golpeándose la cabeza contra el techo del coche, a medio metro de mí, e incluso logró rajar la luna trasera con los dientes.

Pero la guerrera dejó claro que no se iba a rendir. Consiguió no soltarse del Smart y, mientras se agarraba al techo con una mano, volvió a levantar su espada con la otra y amenazó con descargar un temible golpe. Apreté los dientes y vacié el resto del cargador en la mano con la que se aferraba al vehículo; así la obligué a soltarse y cayó dando un par de tumbos en el asfalto. Vi cómo se alejaba aún rodando mientras la dejábamos atrás.

Miré a mi alrededor buscando a su compañera, pero no logré encontrarla. Mala señal. La calle estaba desierta y lo único que alumbraban las pocas farolas que funcionaban era a la rubia que acababa de derribar y se retorció de dolor con la mano ensangrentada en mitad de la calzada.

Tras volver a coger aliento, vi que la otra valquiria estaba varios metros por encima de nosotras. Encontrarla no supuso ningún alivio. La nórdica ya se abalanzaba sobre el coche, con la espada por delante, cargando como lo había hecho su compañera momentos antes. No podía hacer nada contra ella. Para cuando fui capaz de reaccionar, estaba demasiado cerca y yo acababa de vaciar el cargador en la mano de su hermana. Vi sus ojos inyectados en sangre, el brillo de la venganza por lo que le había hecho en la discoteca, la sonrisa de satisfacción que se dibujó en su rostro al descargar su espada contra mí. No tuve tiempo ni de gritar.

Luego todo se volvió negro.

—¡Joder! —gritó Arancha mientras yo volvía a meterme en el interior, aún temblando por la adrenalina—. ¿Es normal que estés así de cerca de que te maten?

—No es mi rutina habitual, pero... —respondí, sincera.

—Tienes mucha suerte, Vero. Si no hubiésemos entrado en el túnel, esa loca de la espada te habría rebanado el pescuezo.

—No es que yo haya tenido suerte —respondí con una sonrisa—, es que ella ha tenido mala suerte.

Ví a través del retrovisor cómo la valquiria se quedaba atrás, peleando por levantarse sin lograrlo. El golpe a toda velocidad contra la entrada del túnel en el que Arancha acababa de meter el coche, además de ser digno del Coyote, la había dejado fuera de combate. Estaba claro que aún no había sido capaz de librarse del talismán que le había colocado.

—¿Cuál es el plan? —preguntó mi amiga.

—Vamos a mi despacho, necesito despejarme la cabeza.

—Claro. ¿Tienes demasiados cabos sueltos en ella?

—No, tengo un jodido vampiro.

Todo el mundo quiere a la detective

—¿Y es permanente? —preguntó Arancha.

—No, no... —tranquilité a mi amiga—. He modificado los ingredientes. Es como la henna, se me irá con el tiempo, aunque es posible que me deje alguna marca.

Nos quedamos en silencio, mientras Arancha acababa de tatuarme en la cara el dibujo que le había mostrado minutos antes. Llevábamos un rato en el despacho, y mi amiga estaba usando una tinta especial para tatuar que yo guardaba entre mis innumerables tesoros y talismanes. El dibujo era complejo, pero las instrucciones eran muy precisas y detalladas. Arancha copiaba de la hoja amarillenta que yo sostenía en mis manos, intentando dibujar el mismo mapa de trazos en mi mejilla.

El tatuaje había sido un buen hallazgo. Los pescadores de espíritus, una tribu polinesia de una isla del Pacífico que poca gente sabría señalar en un mapa, habían desarrollado una extraña mezcla de matemáticas y espiritismo: unos dibujos concretos y precisos, sobre la piel de una persona, que atraían a espíritus ligados a ciertos rasgos humanos. Dichos espíritus se veían atrapados por la red dibujada y, durante ese tiempo, la persona podía usar sus habilidades. El dibujo debía ser muy preciso, ya que el más mínimo error hacía que en vez de a Puark, el espíritu de la fertilidad, atrapases a Puerk, el espíritu de creer que puedes saltar de un acantilado. Tenían un catálogo de

espíritus de lo más completo.

Pero entre sus más de tres mil espíritus, no había ninguno capaz de volverte ignífugo y, cuando el volcán que era su isla decidió que era hora de despertar, arrasó con todo el conocimiento almacenado en sus cabezas, y con las propias cabezas que lo contenían.

Por suerte, algunos de los tatuajes habían llegado a mis manos y, para ser precisos, el que me estaba aplicando Arancha en ese momento me venía de perlas para la situación actual. Friuskeh, el espíritu de la voluntad, la libertad y los frutos demasiado verdes, me ayudaría a deshacerme del vampiro que tenía dentro de mi cabeza.

Antón había aprovechado la incursión al centro de mi mente de hacía dos días para entrar hasta la cocina, donde se sirvió un tentempié. El marqués, por lo que había podido averiguar, era el vampiro por culpa del cual Antón había huido de Barcelona, y el forense me había usado para acabar con él.

Por suerte para mí, Antón había hecho un trabajo chapucero y, aunque cada vez que intentaba decir su nombre en voz alta tenía que acabar la frase añadiendo un «mi señor», entre sus órdenes no había ninguna que me prohibiese borrar la hipnosis de mi mente y liberarme. Un error de novato. Tenía bastante claro que, en cuanto pudiese, iría a por Antón. Mi señor.

Arancha seguía repasando el dibujo y, de paso, lo ocurrido.

—O sea, ¿te ordenó matar a su vampiro rival?

—¿Vampiro rival? Qué más quisiera. No era una lucha de clanes, por lo que he oído solo se trataba de un lío de faldas: le robó una esclava al marqués. Me sorprende que, para no bombear sangre, los vampiros no puedan dejar de pensar con el pene.

—¿Y por qué no me habías dicho nada hasta ahora? Podríamos haberte liberado de él antes.

—Imposible. Una de las órdenes que creo que ha metido en mi cabeza es la

de no darme cuenta de lo que estaba haciendo. Sabía que, si hubiera sospechado lo más mínimo, habría ido a por él —fui diciendo a medida que yo misma llegaba a esas conclusiones—. Por lo que he visto, le he hecho llamadas que no recuerdo. Es muy probable que yo misma le haya avisado de que estaba en la discoteca y que fuera él quien envió al marqués. Pero no puedo recordarlo...

—Qué cabrón... ¿Por eso tampoco recuerdas lo pesada que te pusiste para comprar esos zapatos?

Su afirmación me sorprendió. Mis tacones de madera. No recordaba siquiera haberlos comprado, pero tenía bastante sentido. No pegaban del todo con el vestido ni tampoco con mi estilo, y no eran nada prácticos para hacer de detective. La única razón que se me ocurría era que los hubiera escogido de forma involuntaria como arma secundaria para cumplir las órdenes de mi señor... ¿Mi señor? De Antón. El cabrón de Antón.

—Ya está —dijo Arancha, acabando el tatuaje e incorporándose—. Parece efectivo, le está haciendo algo raro a tu aura. ¿Crees que funcionará?

—Solo hay una manera de averiguarlo —concluí.

Me levanté del sofá y saqué el móvil de mi bolso, mientras notaba cómo se me dibujaba una sonrisa sádica en la cara. Busqué el número de Antón; a esas horas ya estaría despierto. Le llamé.

—Verónica, cielo, ¿qué te cuentas?

—¡Tres mil putos euros, hijo de puta manipulador! —le grité al teléfono. Estaba claro que el tatuaje había surtido efecto y había hecho desaparecer la voz en mi cabeza que me obligaba a rendirle pleitesía al vampiro—. Mil quinientos por el antiguo cadáver; sé que me has hecho olvidar que me los debías con tus truquitos. Y mil quinientos por el nuevo. ¿O te crees que porque sepas algo de hipnosis te vas a librar de que te pase una factura?

—Vero, yo...

—Tres mil euros. Me los ingresas ahora mismo en la cuenta o el próximo cadáver será el tuyo. Y te saldrá más caro intentar esconderte de mí, así que ni lo pienses.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—De acuerdo... —respondió tímidamente el vampiro.

—¿De acuerdo? De acuerdo ¡¿qué?!

—De acuerdo... mi señora...

Le colgué. Había disfrutado de esa llamada más de lo que me atrevería a admitir. No solo por vengarme de Antón, sino porque ahora tenía tres mil euros más. Estaba siendo un mes redondo. A este ritmo podría escoger coche nuevo.

—¿Te has quedado a gusto? —preguntó Arancha, divertida.

—Se lo ha ganado a pulso. Y aún le he hecho precio de amigo.

Me calcé unas zapatillas de repuesto que tenía en el despacho, pero por desgracia no me quedaba más ropa que una chaqueta tejana y deseaba poder quitarme ese estúpido vestido.

Tras acabar de calzarme, y todavía paladeando mi victoria sobre los vampiros, recordé otra cosa y miré a Arancha, que adivinó la siguiente pregunta, como si estuviera esperándola.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme? —le pregunté, recordando la puntual y oportuna aparición de mi amiga cuando salté por la ventana de la discoteca—. ¿Lo has leído en los posos del café?

—Te lo he dicho mil veces, Vero. No sé interpretar el destino en los posos del café.

—Pero has aparecido al lado de la ventana por la que me he escapado con el coche, mi bolso y una navaja para cortarme las ataduras.

Arancha suspiró. Había algo que le costaba contarme, y eso era raro en ella.

—Los griegos te quieren viva, Vero —respondió mi amiga. Sus palabras me

sorprendieron, porque hasta ese momento desconocía que tuviese siquiera ninguna relación con ellos—. Saben que eres importante, que tú puedes ayudarles. Por eso me dijeron dónde y cuándo encontrarte, además de decirme de dónde sacar una navaja para tus ataduras.

—¿Los griegos? ¿Quién?

—No te lo vas a creer... —dudó—. Ni yo misma me lo acabo de creer del todo... Una de las hilanderas, ni siquiera sé cuál, y casi mejor así. Si se corre la voz de que ha usado sus conocimientos del destino para ayudar a una humana...

—¿Por qué a ti? —pregunté, mirando fascinada a mi amiga.

—Yo qué sé, no suelo contactar con espíritus de inmortales, Vero, no sé cómo funcionan. Cuando me habla alguno, por definición es de todo menos un inmortal. Supongo que sería poco discreto si se te apareciera a ti, o quizá le resultara más fácil hablar conmigo desde su plano espiritual que contigo... Solo sé que me dijo dónde encontrarte y qué hacer: unas órdenes precisas a la vez que vagas. Ya sabes cómo son estos espíritus.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—Estaba en el baño de la discoteca cuando se me apareció. Fue muy apropiado si te digo la verdad, porque casi me... —Negó con la cabeza—. Me dijo que tenía que ayudarte, que tenías que seguir viva, para poder evitar algo...

—¿Algo?

—¿Crees que se me apareció y me puso una película con lo que iba a ocurrir? Algo gordo, algo a lo que tienen tanto miedo que hasta una hilandera del destino decidió entrometerse.

—La guerra... —dije al aire—. Quieren que evite la guerra entre dioses nórdicos y griegos. Es lo único que se me ocurre.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—No tengo ni idea, Ari.

Tenía demasiadas cosas en la cabeza mientras me retorcía en el sofá de mi despacho. Tras asegurarle que estaba bien y que solo necesitaba aclararme las ideas, Arancha se había marchado y yo había optado por encender la televisión para no sentirme tan sola.

Había seguido mi única pista hasta la discoteca, de donde había tenido que salir huyendo sin averiguar nada en absoluto y con medio kilo de enemigos nuevos. Llevaba buscando un par de horas en mis fichas alguna referencia al Negociante, sin ningún resultado. Conocía a la mayoría de las criaturas que se movían por Barcelona, pero nunca había oído hablar de él. Quizá el problema radicaba ahí: el Negociante era un simple humano. Como yo.

Esos son los peores...

Al menos ya estaba segura de quién había robado la ambrosía pero, a estas alturas, seguramente ya la habría comprado alguien y habría vuelto a cambiar de manos, y mi única pista era un tipo que me había conseguido capturar y vender al mejor postor. Era imposible que le sacase algo a él, y aún menos sabiendo tan poco sobre quién era ese gángster del inframundo y cómo pillarlo por sorpresa.

Por primera vez volvía a tener la misma sensación que cuando había empezado a enfrentarme a esas criaturas, cuando mi padre me presentó a mi primer demonio, cuando intentamos cazar a nuestro primer troll... Entonces tenía la sensación de que aquello me venía demasiado grande. Por primera vez no me enfrentaba a extrañas criaturas que estaban tan perdidas en este mundo como yo. No, el Negociante conocía bien el terreno que pisaba. No hablábamos de fantasmas, mitos o leyendas, sino de tráfico de drogas, de millones de euros, de un tipo que lo único que había lamentado de venderme al

vampiro era no poder sacar más dinero.

Muy bien, Verónica, céntrate. Puede que ese tipo engominado esté lejos de tu alcance, pero no hace falta ir a por él. Todavía no. Solo necesitas encontrar la ambrosía y, así, evitar que los nórdicos y los griegos empiecen una guerra en Barcelona que no tardaría en extenderse. Solo tienes que evitar un conflicto entre panteones mitológicos; eso sí que puedes hacerlo. ¿Quieres encontrar la ambrosía? Olvídate del Negociante, sáltate al intermediario. Céntrate en la posible clientela.

El ruido de un mensaje en el móvil me sacó de mis pensamientos. Era de Roberto. Dudé en abrirlo, era lo último que necesitaba en mi cabeza, pero me pudo la curiosidad. Contenía una foto; no distinguía bien de qué o de quién, así que la abrí.

Carlos, Arancha y yo entrando en la discoteca. Se trataba de una foto tomada al principio de la noche, cuando la marea de periodistas nos había engullido. El amigo de Roberto debía de estar entre esa muchedumbre de fotógrafos, y yo ni siquiera había llegado a verlo. Y ahora él me enviaba una copia de la foto. ¿Qué quería decirme? Ya sabía que trabajaba para Armesto. ¿Me estaba chantajeando? ¿Amenazando? ¿Era una simple foto cuyo sentido yo estaba sacando de quicio?

Un parpadeo en la pantalla me indicó que tenía un SMS sin leer desde hacía unas horas. Era de la madre de Roberto:

Estáis mejor así.

Por primera vez desde que había empezado a tener relación con ella tuve que darle la razón.

En ese momento sonó el teléfono. Era un número fijo.

—¿Roberto? —pregunté al descolgar.

—No. ¿Parabellum? Soy Sofia... —Esta llamada no me la esperaba—. Veo

que has podido salir del aprieto en el que estuvieses, espero que nuestro chivatazo te haya sido útil...

Y ahí estaba la respuesta: las hilanderas del destino habían intercedido a petición de Sofía. La empresaria era uno de los mitos griegos más importantes de Barcelona y sabía mover bien sus piezas. Aun así, conseguir la ayuda de una de las hilanderas tenía que haberle costado lo suyo. Parecía que la gorgona que rechazaba la idea de involucrarse había cambiado de opinión.

—Claro, sí. Me ha venido al pelo —respondí con cautela. Sofía había empezado la conversación recordándome que si seguía con vida era gracias a ella. Me estaba preparando el terreno para pedirme algo a cambio—. ¿Por qué lo has hecho, Sofía? Siempre pensé que te alegrarías si me pasase algo.

—Y lo haré con gusto cuando eso ocurra, Parabellum, pero ahora eres lo único que tengo.

—¿Lo único que tienes? ¿Para qué?

—Para encontrar a Álex...

Percibí un tono de voz que nunca había escuchado en la gorgona. Se me olvidaba que, debajo de la piel escamosa y su frialdad de piedra, había una madre. Y, como tal, se preocupaba. Y yo con ella, ya que la desaparición de Álex no auguraba nada bueno.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me ha dejado una nota. Se ha ido... En la nota ha escrito que se iba a la... guerra. —¿Ya había empezado? Mala señal, las cosas se precipitaban. ¿Cómo pretendían que detuviese algo que ya estaba ocurriendo?—. Ese maldito dios de tres al cuarto le ha comido la cabeza. Y no son los únicos, unos cuantos más de los nuestros les han seguido.

—¿Adónde?

—¿Por qué te crees que te llamo a ti? No lo sé. Sé que han ido a buscar la ambrosía. El minotauro parece haber encontrado el rastro y ellos lo

acompañan. Tienes que pararlos, Parabellum. ¿Puedes hacerlo?

—Por supuesto —mentí—. En cuanto sepa algo te avisaré.

—Gracias. —Sofía colgó el teléfono.

Perfecto, lo que necesitaba: no solo tenía que encontrar la ambrosía, sino que debía hacerlo antes que ellos o la guerra empezaría antes de lo que creía. Sin presión.

Tengo que hablar contigo

Recibí un mensaje nada más colgar. Claro que teníamos que hablar. ¿Qué querías decirme con esa foto? El teléfono empezaba a estresarme cada vez que vibraba.

Volví a leer el texto: algo no encajaba. No era Roberto quien lo enviaba, sino Carlos, que parecía haber recibido también la circular que informaba a todos los habitantes de Barcelona de que era la hora adecuada para contactar conmigo.

Estoy en el chalet

Otro mensaje acababa de entrar en mi móvil. Un SMS. No tuve ni que adivinar de quién era. Solo uno de mis contactos usaba SMS.

No te vuelvas a acercar a él.

La madre de Roberto de nuevo.

Me quedé en silencio en el despacho, mientras intentaba aclararme las ideas. ¿Qué quería Carlos? Pero seguían sin dejarme en paz. El móvil sonó por última vez. El puto chisme empezaba a alterarme.

Miré la pantalla. Ahora sí era Roberto.

Descolgué y me quedé en silencio, sin saber qué decir. Él tampoco lo tenía

claro, así que nos quedamos callados, aun conscientes de que la compañía telefónica nos iba a cobrar de todas maneras.

—Te he dicho mil veces que los vestidos te quedan bien... —dijo al final.

Sonreí. Una broma ligera para romper el frío hielo. Los dos la necesitábamos.

—¿Por qué me has enviado esa foto? —pregunté, intentando sonar menos agresiva de lo que en el fondo lo había hecho. O quizá más, no estaba segura. Sé que no lo conseguí.

—Al final me habría enterado igualmente de para quién trabajas —respondió—. Si hubieses cometido la imprudencia de dejarte ver con Armesto un día antes, no habríamos roto...

El silencio volvió a la conversación.

—¿De verdad crees que ese era el problema, Roberto? ¿Lo que sepas o dejes de saber? —le grité—. ¡El problema es que andes investigándome a mis espaldas!

—¿Qué podía haber hecho, Verónica? —saltó mi exnovio—. No me dejas acercarme a ti de frente, no me dejas acercarme de espaldas. ¡No me dejas acercarme a ti, y punto! Llevamos años juntos y apenas sé nada de ti. ¡Y no hablo de trabajo! Hablo de tu familia, de tus amigos, de tu vida... ¡No puedes tenerme aislado en una burbuja y esperar que no me preocupe por ti!

—¿Es por mí de verdad? —le grité al teléfono—. ¿Te preocupas por mí? ¿O por el cliente tan importante con el que trabajo? ¿Pretendes que me crea la excusa que te estás dando para que yo piense que tengo la culpa de que me hayas traicionado?

Roberto se quedó en silencio.

—No te he traicionado. Solo estoy investigando...

—¿Estás? ¿Estás investigando? —le interrumpí—. ¿Sigues investigando, después de que incluso nos haya costado nuestra relación?

—¿Sabes en qué estás metida? ¿Sabes con quién se relaciona Armesto? ¡No tienes ni idea! ¡Yo podría ayudarte! Yo te ayudo a resolverlo, tú me dejas publicar...

En ese momento arrojé el teléfono móvil contra la pared, haciéndolo saltar en pedazos. Y no pedazos de los que se pueden volver a unir. El móvil sería añadido a la lista de bajas, junto con mi coche.

Me derrumbé en el sofá. Al menos el teléfono no interrumpiría mis pensamientos más veces esa noche. Y tenía mucho en qué pensar. La ambrosía seguía en manos de las valkirias; los griegos sabían dónde estaban las guerreras nórdicas y parecían dispuestos a iniciar una guerra con tal de recuperar el néctar. Alex se había unido a ellos y Sofía había recurrido a mí para salvarlo. Luego estaba Carlos, que quería hablar conmigo. ¿De qué? Roberto sabía algo de él. ¿Con quién se relacionaba Carlos? ¿Con el Negociante? No, no podía haberme equivocado tanto al juzgar al presentador. No, Roberto se refería a otra cosa.

Roberto...

Si descubría en qué estaba metida, ahora no me quedaba ninguna duda de que lo publicaría. Había tenido la opción de escoger entre su trabajo y yo, y me había quedado bastante claro qué prefería.

No podía pensar más, en mi cabeza no cabían más cosas... Me quedé en silencio, en el sofá, acompañada por el murmullo de la tele, que hablaba de fútbol, no porque yo hubiese puesto el canal, sino por una cuestión de mera estadística. El ejército de periodistas de la discoteca estaba justificado, los rumores de la compra de Gambeta se disparaban, y la prensa no dejaba de exprimir la noticia, mientras la imagen del jugador y su agente se repetía de fondo, acompañada del titular «El fichaje del nuevo dios del balompié se acerca a Barcelona».

En ese momento noté un vacío en el pecho: algo captó mi atención en la

imagen. Los caros zapatos de la mujer. Tacón. Un lazo rosa. Un lazo verde. Los zapatos que había visto hablar con el Negociante. Los zapatos de Rosa Viridia, la agente de Emilio Gambeta, cuyo nombre salía ahora en pantalla.

Finalmente, el puzle encajaba en mi cabeza.

El mayor templo del mundo

—¡Te estás tirando a Gambeta! —le dije en cuanto me abrió la puerta.

Carlos me miró con cara de sorpresa, asustado porque alguien hubiera podido oírme incluso en la soledad del jardín de su enorme finca. Había tenido que ir en persona a hablar con él porque había arrojado mi móvil contra la pared, y lo había tenido que hacer en taxi porque un minotauro había hecho lo mismo con mi coche. Existía una ventaja en habérselo dicho en persona. Su cara me confirmaba que había acertado.

—Es tu novio, por eso te preocupa, porque sabes en qué está metido. Él era el rastro que llevó al minotauro a tu casa. —Recordé el dormitorio de Carlos; el monstruo había centrado su búsqueda en él. Luego olfateó un rastro en el suelo del garaje: el coche de Gambeta—. ¡Por eso no te atrevías a contármelo!

—¿Cómo...? —llegó a decir Carlos. Su rostro cambió al cabo de unos segundos—. Vales bien el dinero que te pago...

Me invitó a pasar; estaba triste y tenía cara de haber llorado. Aún llevaba la ropa de la discoteca.

—Entonces... si has llegado hasta Emilio... Mierda, sabía que era él, pero no... no...

—No querías creer que fuese él, ¿verdad? Te encantaría haberte equivocado... Sé lo que es eso.

Nos sentamos en su sofá mientras Carlos aún miraba al vacío, asimilando la

información.

—He discutido con él, Verónica —empezó a contarme—. Llevaba tiempo ocultándome algo, lo sabía, y era algo grande. Yo... yo sospechaba que estaba tomando alguna mierda, algún tipo de dopaje nuevo, caro, imposible de detectar. Joder, hace un año nadie había oído hablar de él, jugaba en un equipo de regional y ni siquiera era titular. ¿Y ahora? Es el fichaje del siglo, hay millones en juego. Se lo insinué y... y nos hemos peleado.

Me quedé mirándolo e intenté consolarlo con el gesto. En el poco tiempo que llevaba trabajando con Carlos había llegado a cogerle cariño y, ahora, su habitual alegría se había transformado en tristeza.

—¿Sabes qué es lo peor? —continuó—. No lo negó, lo admitió abiertamente. Me dijo que ya era tarde, que no había marcha atrás. Que no podía dejarlo por mucho que quisiera.

—¿Es tarde?

—Sí, se ha ido con la lagarta de su agente, que solo lo quiere para explotarlo.

—¡Van a comprar el resto de la ambrosía! —grité, pensando en voz alta, tras recordar la conversación que habían tenido los zapatos elegantes con los zapatos de tacón en las oficinas de la discoteca—. He visto a su agente negociar con el ladrón de la ambrosía.

Carlos me miró aterrado. Acababa de confirmar en voz alta lo que él ya sabía. En su cabeza aún existía la posibilidad de que su amado fuese inocente, pero oírme pronunciarlo había hecho añicos esa idea.

—Él no es así... Sé que no quiere, que le gustaría salir de esa mierda, me lo ha dicho. Pero tiene miedo, me dijo que estaba metido en algo peligroso. Que ya no puede escapar...

Me levanté, decidida. Miré a los ojos a Carlos. Ya había prometido a Sofia que rescataría a su hijo y, puestos a hacer promesas que no sabía cómo

cumplir, lo haría a lo grande.

—Tranquilo, Carlos. Yo lo sacaré de ahí.

La moto ronroneaba silenciosa mientras esperábamos en un semáforo. Estábamos cerca de nuestro destino y el hecho de ir en moto, que fuera de madrugada y que no hubiera tráfico había logrado que llegásemos en un tiempo récord. Además, tanto la moto como el presentador no se cortaban a la hora de coger velocidad.

—¿Crees que estarán ahí? —preguntó Carlos.

—Es una corazonada, pero es lo mejor que tengo. Además, no es nada descabellado; es el sitio perfecto para hacer la entrega.

Carlos dio otro acelerón que nos hizo atravesar la carretera como una bala. Por mi cabeza pasaban muchas cosas, pero no pude evitar que una de ellas fuese la opción de comprarme una moto. Era un vehículo rápido y ágil, perfecto para escapar de valquirias. Aunque no tan bueno para el traslado de cadáveres.

Llegamos, y mi corazonada se convirtió en realidad.

—Es el coche de Emilio... —confirmó Carlos—. Están aquí.

El coche de Gambeta, un modelo de Aston Martin que escapaba a mis mejores fantasías automovilísticas, estaba aparcado a la entrada de las obras. Admiré la construcción; no estaba de broma cuando le había dicho a Roberto que el nuevo estadio de fútbol no estaría listo para la siguiente temporada. El armazón de hormigón estaba completo, pero más de la mitad del estadio era solo eso, un conjunto de columnas sin paredes en mitad de un solar en el que hacía más de un mes que no entraba nadie. Hasta esa noche.

El Negociante había mencionado unas obras cuando habló del intercambio con la agente. Eso, y la misma teatralidad que le había llevado a usar un

sobrenombre, me dieron la corazonada de que las obras del nuevo campo de fútbol eran un sitio perfecto para el intercambio. Y lo era: simbólico y, a la vez, apartado de cualquier mirada indiscreta. Y grande. Demasiado grande; me iba a costar encontrarlos.

Al menos la ausencia de gritos inhumanos y chillidos que helarían el alma de los más valientes me indicaba que había llegado antes que los griegos. Lo cual me recordaba una cosa.

—Carlos, necesito que me hagas un favor.

—Por supuesto, iré contigo a buscarlo.

—No, necesito que vayas a un sitio, a por refuerzos.

Tenía que avisar a Sofía de que la ambrosía estaba aquí y de que Álex no tardaría en aparecer, dispuesto a enfrentarse a un escuadrón de valquirias junto a sus colegas de botellón mitológico. Pero me había cargado el teléfono móvil y la única manera que tenía de contactar con ella era enviar a Carlos al bar de Killian para que llevase el recado de mi parte, y confiar en que le llegase.

Me costó bastante convencer a Carlos de que lo mejor para salvar a Emilio era ir a buscar refuerzos, alejándose así de su amado. Pero, tras una acalorada discusión, y tras escuchar con sorpresa mis indicaciones, el presentador arrancó la moto y se dirigió a toda velocidad hacia el pub. El ruido grave del motor dejó de retumbar y me quedé sola, pensando cuál sería mi siguiente paso.

No tenía nada parecido a un plan, pero contaba con mi ingenio, mi mochila de artículos variados y una pistola con munición capaz de derribar a un troll del tamaño de un autobús de línea. Tendría que saber improvisar con eso.

Estaba oscuro. Los pasadizos que recorría no eran más que bloques de hormigón, con alguna suerte de pared. La instalación eléctrica sería algo que

vendría más adelante. A pesar de mi ignorancia sobre cualquier tema arquitectónico, estaba segura de que esta solía requerir al menos de una pared donde poder colocar los cables, así que de momento cualquier sistema de alumbrado parecía descartado.

En ausencia de muros, mis pisadas no resonaban con eco, lo que le quitaba cierta gracia a la atmósfera tensa entre la que caminaba con cuidado, pero al menos me ayudaba a infiltrarme de manera discreta. Había subido tres pisos y la desnudez estructural del edificio me mostraba ya el terreno de juego, de un color verde casi brillante gracias a los aspersores automáticos que resonaban con ritmo rompiendo el silencio. Por encima de mí, la luna y alguna estrella tan brillante como para hacerse ver por encima de la contaminación lumínica de la ciudad eran lo único que me ayudaba a ver, pero al mismo tiempo entorpecían mi misión.

Había dejado atrás la enésima columna de hormigón armado cuando vi que una sombra se recortaba a unos pocos metros de mí. Me escondí detrás de unos sacos de cemento y me ensucí con polvillo blanco mi vestido nuevo, pero logré ocultarme con éxito de la figura que proyectaba una tenue sombra sobre la pared que tenía enfrente.

La figura se detuvo un segundo, un tiempo muy corto si estás disfrutando de un agradable viaje en montaña rusa, pero estúpidamente largo si estás agazapada escondiéndote de lo que deduces que es una valquiria. La sombra volvió a girarse y siguió su camino, no sin mostrarme las alas de su espalda antes de mezclarse con las otras sombras. La manera en que no ocultaba su naturaleza mágica me confirmaba que el sitio estaba suficientemente aislado. Las obras estaban paralizadas, y el escándalo político inherente a cualquier construcción de más de tres plantas que se comenzaba en Barcelona había sido olvidado gracias a otros siete escándalos posteriores, así que nadie prestaba atención al esqueleto de un estadio de fútbol que se levantaba en una zona que

no se consideraba céntrica hasta hacía unos pocos años. Eso permitía a la valquiria caminar con las alas desplegadas, sin miedo a encontrarse a algún despistado transeúnte. Y en caso de que alguno se despistase más de lo normal, supuse que no tendría problemas en hacerle olvidar lo que había visto con un tajo de su espada. Un arma tan afilada que su propia sombra parecía cortar otras de menor calidad.

Salí de mi escondrijo y continué avanzando mientras vigilaba que la valquiria siguiese su marcha en dirección contraria. Estaba patrullando. Lo supuse por su manera de caminar, con pasos lentos y aburridos, las sandalias pisando el mismo sitio que habían pisado las siete últimas rondas.

Patrullaban, así que estaban esperando a alguien. Mi ego decía que ese alguien era yo; mi cabeza, que eran los griegos. El Negociante no había querido dejar nada al azar, y mucho menos después de que me hubiese cargado de manera literal su último negocio. No podía saber cuántas valquirias trabajaban para él. Al menos tres, las dos que me habían perseguido en la discoteca y la que se alejaba patrullando. Pero podían ser más.

Y tenían que serlo. Me asomé por primera vez al interior del propio campo de fútbol. Era enorme, pretendía ser el mayor estadio de Europa cuando estuviese acabado, y no andaba desencaminado. Por su tamaño podía alojar una ciudad pequeña, con su propio campo de fútbol. Era un nuevo templo donde el dios del balompié tenía que ser honrado de manera adecuada. Y arriba del todo, en el altar, una luz.

Por su situación, calculé que debía de ser uno de los palcos, que reposaba majestuoso reinando sobre la parte de las gradas que sí estaba finalizada. Parecía estúpido que un lateral del estadio estuviese casi terminado mientras que el otro aún mostraba su esqueleto de hormigón y carecía de paredes. Pero, por lo que recordaba, algún empresario con un par de políticos de alquiler rodeándole se había hecho allí la correspondiente sesión de fotos y para eso

necesitabas solo un lado terminado. Luego llegaron los escándalos, los líos de comisiones y sobresueldos que construyen el sistema político español, y las obras quedaron estancadas.

Pero eso no quitaba que el estadio fuese enorme, que el palco se elevara altísimo, y que si una valquiria patrullaba la zona en la que me encontraba, y el Negociante pretendía cubrir todo el estadio, debía de contar al menos con unas veinte rubias aladas más, salpimentadas con alguno de sus golems. No tenía balas para todas, y lo siguiente más ofensivo de que disponía eran un par de hechizos prefabricados en mi bolsa, aunque eso eliminaría cualquier opción de sigilo. Por el momento tendría que seguir siendo sutil.

Tenía que llegar al palco, y el camino más corto hasta allí pasaba por el césped. Pero aunque en todo el estadio la luz del palco solo competía con la de una luna que ni siquiera se molestaba en mostrarse llena, era suficiente para que, si intentaba cruzar por ahí, la cabalgata de las valquirias se abalanzase sobre mí y me repartiese más espadaos de los que cabían en mi pequeño cuerpo. Además, los aspersores seguían en marcha y no quería mojarme mi nuevo vestido.

Comencé a avanzar. El único camino posible era rodear la estructura de hormigón hasta situarme cerca de la entrada al palco a fin de intentar detener lo que estuviese ocurriendo dentro. Por suerte para mí, el hecho de que más de la tercera parte de las criaturas a las que suelo enfrentarme podían arrancarme la cabeza de una bofetada, un mordisco o una perturbadora mezcla de ambos, me había obligado a perfeccionar el arte del sigilo. Mis zapatillas de deporte ayudaban, tan solo lamentaba no tener un silenciador para mi pequeña Glock, que sería tan discreta como un solo de vuvuzela.

Tras varios metros, unos agónicos minutos y haber esquivado a un par de guerreras nórdicas más, llegué a un callejón sin salida. Tarde o temprano tenía que ocurrir; una de las rubias estaba haciendo guardia en la primera puerta que

me había encontrado tras mi paseo por el bosque de columnas de hormigón. Una puerta que indicaba que había llegado a la parte cuya construcción estaba más definida y tenía hasta paredes. Y la valquiria no patrullaba, no hacía una ronda innecesaria o tenía una rutina que podía explotar para lograr abrirme paso, sino que estaba apostada delante de la entrada y, por su actitud, nada inferior al impacto de un tren iba a moverla de ahí. Intenté buscar otro camino, pero no tardé en llegar a la conclusión de que, si quería acceder al palco, tenía que pasar por ahí sí o sí. El hecho de que una valquiria guardase la puerta no hacía más que darme la razón. Tenía que librarme de ella.

Me senté en el suelo, aún parapetada tras unos palés que me ocultaban de la poca luz que había y de la mirada de la guardiana de la puerta. Rebusqué en mi pequeña mochila de sorpresas. No había traído mucho, más bien me había limitado a coger artefactos y talismanes que tenía sobre la mesa antes de abandonar corriendo mi despacho, así que no estaba segura de que dentro hubiese algo que me permitiera eliminarla sin hacer mucho ruido. Tenía mi pulsera de variedades, un par de hechizos de fuego, sangre de algún tipo de demonio, agua bendita deshidratada y... Bingo. Estaba equivocada: el botecito de agua del Lete que tantos problemas me había traído seguía ahí, y si era capaz de acercarme a ella y rociárselo, podría conseguir inutilizarla el tiempo necesario para infiltrarme. Tan solo tenía que aproximarme a ella en silencio y acordarme de no chuparme el dedo después.

La primera parte del plan era la más complicada. Para llegar hasta ella debía recorrer más de cinco metros y, aunque tenue, la luz de la luna delataría mi presencia. Pero tenía una pequeña opción. Una nube pasajera se aproximaba con la tranquilidad de una nube en agosto. Aún estaba lejos, pero si seguía su recorrido ocultaría la luna los instantes suficientes para que yo pudiese acercarme a la valquiria, noquearla con el agua y acceder al interior sin dejar rastro ni recuerdo de mi presencia.

Esperé agazapada con paciencia hasta que las rodillas se me entumecieron y, finalmente, la nube llegó a su destino oscureciendo por un instante el lugar. Rápida pero cautelosamente empecé a caminar en dirección a la pared donde se encontraba la valquiria, quien, por suerte, había escogido ese momento para mirar distraída la nube. Preparé el spray de agua del Lete y me acerqué un par de metros.

Cuando solo quedaban otro par de metros para estar lo suficientemente cerca de ella, la runa solar que aún llevaba en la pulsera y que había intentado activar cuando me atacó el vampiro decidió empezar a funcionar, alumbrando mi mochila como si en ella guardase un faro. La valquiria miró en mi dirección y con tan solo ver mi cara dedujo que, a pesar de mi pelo claro, yo era un enemigo.

Y a los enemigos se les recibe a golpe de espada.

El mandoblazo pasó a pocos centímetros de mi hombro, y agradecí por igual que no me acertase con el filo como que este no atravesase ninguna de las columnas de hormigón armado. Estaba convencida de que un solo golpe como ese derribaría el estadio sobre las dos.

La runa solar que ahora nos iluminaba había enviado mi plan del sigilo al garete. Y si no conseguía desactivarla pronto, su luz atraería a las otras valquirias como una vela a las polillas. Polillas con espadas. Pero era más urgente desactivar a la valquiria que volvía a amenazarme con convertirme en carpaccio de detective.

Di un salto hacia atrás mientras la espada caía a plomo en el lugar donde me encontraba segundos antes. Por suerte, a pesar de su espíritu guerrero, su fuerza sobrehumana y sus armas jodidamente afiladas, las valquirias no eran buenas espadachinas. Se limitaban a golpear la zona aproximada donde se

encontraba su enemigo, confiando en que si este no era tan listo y rápido como para salir de ahí, dejaría de ser su enemigo para ser dos trozos de enemigo más pequeños. La espada demostró su eficacia clavándose en el suelo, y durante el segundo que la nórdica utilizó en intentar extraerla aproveché para rociarla con el spray. Logré que se quedase congelada en el sitio, confusa y mirando a la espada, como si estuviera sopesando si lo que tenía que hacer ahora era sacarla de ahí para convertirse en la nueva reina de Inglaterra.

Salí corriendo, arrojé el bote vacío al suelo y me sequé las manos con el vestido para asegurarme de que no cometía el mismo error de la vez anterior. Cuando estaba a punto de abrir la puerta, esta se me adelantó y de su interior surgieron dos valquirias más, que se quedaron mirando a la chica del vestido azul y la mochila brillante que aún no había tenido tiempo de sacar su arma. Para colmo, reconocí a una de ellas como la que me había atacado en la discoteca, no solo por la cara, sino también por la nariz rota, producto de haber intentado besar en la boca a un túnel a más de ochenta por hora.

Antes de que decidiese echar a correr, mis piernas ya habían tomado esa decisión por mí y me dirigía hacia el interior del estadio, donde un par de pisos más abajo se veía el césped del terreno de juego. No tenía muchas opciones, y algo en mi interior me decía que la mejor era saltar aprovechando la ausencia de paredes. Las dos valquirias que me perseguían de cerca eran una muerte más segura que arrojarme desde una altura equivalente a dos pisos. Llegué al borde y me lancé. Noté cómo una de las espadas rajaba mi mochila, logrando que mi salto fuese algo digno de ver a cámara lenta: mientras descendía, peleando por no cerrar los ojos, parte del contenido de mi mochila se desparramaba acompañándome en mi caída.

Pero yo no había logrado llegar a cumplir treinta y tres años —más de diez de ellos dedicados a pelear contra criaturas indescriptibles— sin un instinto de supervivencia superior al instinto suicida que parecía haber dirigido mi

salto. La red que se encargaba de recoger los escombros de las obras y que había visto durante mi ascenso hasta la puerta había quedado grabada en mi subconsciente, y si bien Verónica no la recordaba y gritaba casi llorando que iba a estamparse contra el suelo, Parabellum sí lo hacía y le pareció que aquella era la vía de escape más rápida.

Aterricé de manera más o menos suave en la red, me giré, me zafé de la mochila lanzándola lejos e intenté sacar la pistola del interior de mi chaqueta. No tuve tiempo, ya que la valquiria que había ascendido vertiginosamente muchos puestos en la lista de gente que me quería muerta aterrizó encima de mí, clavando los pies a horcajadas a ambos lados de mi cadera y con la espada en alto, dispuesta a dejarla caer de un momento a otro.

Su actitud me demostró que quizá no habría hecho falta haberle colado un talismán de mala suerte, ya que si a estas alturas aún no había aprendido que ese segundo que tardaba en vanagloriarse de su victoria con la espada en alto era todo lo que yo necesitaba para volver a librarme de ella, la valquiria se ganaba a pulso su mala fortuna. Solo requirió un preciso rodillazo en su entrepierna. La gente suele creer que un impacto ahí únicamente es efectivo en hombres y criaturas con aparato genital exterior, pero un rodillazo con fuerza en una zona que, dependiendo de tu estilo de vida, no está acostumbrada a recibir muchos golpes, es suficiente para al menos desestabilizar a cualquiera, por muy mitológico que sea.

La valquiria cayó hacia delante y clavó la espada a escasos centímetros de mi cabeza en la red que nos sostenía a ambas. Esta se rasgó, y el peso de las dos no tardó en hacer más y más grande la brecha.

La rubia, acostumbrada a recurrir a su capacidad de vuelo para evitar las caídas, no pudo hacer nada cuando la grieta se la tragó. Cayó de espaldas y no le dio tiempo a girarse y abrir sus alas antes de llegar al suelo. El ruido que hizo su cuerpo fue desagradable y me recordó que, aunque la red hubiese

detenido mi caída, aún quedaban suficientes metros hasta abajo para dejar fuera de combate a una valkiria. Me aferré al borde mientras este seguía rasgándose poco a poco. La brecha fue haciéndose mayor hasta que, ayudada por mi peso, partió la red por la mitad.

Seguí agarrada a ella mientras me desplomaba y, por suerte, mi descenso fue detenido por uno de los soportes metálicos de la lona, que tiró de esta y consiguió que mi caída se convirtiese en un movimiento horizontal que me desplazó a gran velocidad como un columpio a pocos centímetros del suelo de hormigón.

Mi alivio duró poco. El soporte no estaba acostumbrado a detener escombros de mi tamaño y cedió lanzándome contra el suelo de una manera que, aunque no fuese tan brusca como una caída a plomo, iba a conseguir que al día siguiente me doliese todo el cuerpo.

Eso sí tenía tanta suerte como para llegar al día siguiente. No solo la compañera de la rubia gafe acababa de aterrizar a mi lado, sino que lo que no había conseguido mi brillante mochila lo habían bordado mis escandalosos destrozos en la estructura de la obra. Varias valkirias aterrizaron a mi alrededor y el impacto de sus pies al posarse agrietó el hormigón. Habían visto cómo me había deshecho de un par de sus compañeras y eso les hacía dudar sobre cuál de ellas sería la primera en atacarme. Pero el dato de que la caída me había dejado inutilizada incluso para sacar mi arma del interior de la chaqueta no tardaría en calar en sus frías mentes y las empujaría a competir por el honor de ser la valiente que ensartó a la famosa Parabellum en una de esas afiladas espadas forjadas en el mismo Valhalla.

Hubiese sido una muerte digna de una guerrera, pero ese fue el momento que escogieron los griegos para derribar uno de los portones de la entrada.

El campo de batalla

He de confesar que los griegos no me caían bien. Me refiero a los mitos griegos, por supuesto; mi opinión no era xenofobia genérica, sino que se basaba en que cualquier descendiente de Zeus —y basándome en la promiscuidad del dios, más de la mitad del panteón griego lo era— había vivido lo suficiente como para creerse mejor que cualquier mortal.

Esto no solo afectaba a los dioses. Ellos eran los peores, por supuesto, e incluso divinidades tan insignificantes como los Palicos, dioses de un simple lago de aguas termales, entendían que los mortales eran algo que estaba ahí, como las ratas, las palomas o los envoltorios de patatas fritas. Incluso criaturas como los minotauros, las gorgonas, los centauros, los faunos y demás especies cuyo aspecto indicaba que algún antepasado suyo fue excesivamente cariñoso con según qué animales, se creían por encima de cualquier humano. Y eso pese a que ninguna criatura mitológica podría existir si nosotros no hubiésemos creído en ella desde un principio.

Por supuesto, esa actitud de desprecio hacia la raza humana, a la cual yo pertenecía, de manera más o menos orgullosa, había conseguido que el griego no estuviese entre mis panteones favoritos.

Pero en el momento en que un pequeño ejército de estas criaturas entró en el estadio mediante el nada sutil método de derribar una puerta —a pesar de que a su lado había un hueco por el que podían haber pasado sin problema— no

pude hacer otra cosa que quererlos. Quizá se debió al hecho de que, en el momento en que aparecieron, la veintena de valquirias que me habían rodeado se olvidaron al momento de mí y de las ganas que tenían de averiguar cómo funcionaba un mortal por dentro.

Pero había algo más, lo vi en su sonrisa. Las valquirias esperaban a los griegos. Y no solo en el sentido de que estaban preparadas para el eventual ataque. En sus miradas vislumbré el brillo de los ojos de una enamorada que vuelve a distinguir el rostro de su amante entre la muchedumbre de la estación de tren. Ví cómo sonreían tras tanto tiempo sin mirar a la guerra a la cara. Ví cómo todas se preparaban para el tan ansiado momento en que se llevarían a sus enemigos por delante o morirían en el intento. No más subterfugios entre los humanos, no más órdenes de sus dioses nórdicos. Guerra. El amante de las valquirias.

Desde mi sitio en el suelo no veía bien a los griegos. Intenté levantarme, pero no quería recordar al pelotón de fascinadas rubias que seguía ahí. Sin embargo, aun en esa posición los distinguí. El que más destacaba era el minotauro, con toda probabilidad el culpable de que aquel grupito de surtidas y variadas criaturas hubiese encontrado a las valquirias, y también de que el enorme portón metálico estuviese destrozado por la mitad. No se molestaba en usar su hechizo de glamour y lo contemplé en todo su esplendor: enorme, peludo, cabreado... Llevaba algunos detalles de una armadura griega antigua cubriendo su piel, como si esta no fuese suficiente para detener una espada o un ariete pequeño. Por debajo aún conservaba la camiseta de baloncesto, que ahora era setenta veces mayor. Tenía la misma expresión de indiferencia hacia todo que el adolescente que aparentaba ser mediante la ilusión, pero en ese cuerpo no transmitía la apatía del joven humano, sino la sensación de que nada le importaba y de que, en caso de que lo hiciera, se encargaría de destruirlo con una sola mano.

A su lado estaba el Palico. Era igual que su hermano, el cadáver del retrete. Por su postura y decisión parecía el cabecilla de la amalgama de mitos que conformaba el batallón griego, pero el verdadero capitán del equipo era el minotauro, en el que todo el mundo seguía confiando y de quien esperaban que sus carencias en liderazgo se compensasen por el hecho de que podía masticar gente. Y el Palico no parecía pelear por ser el líder, sino que se sentía cómodo siendo guiado por la enorme bestia. Si no me equivocaba, la guerra a la que había lanzado a todos sus seguidores le venía grande y agradecía que el minotauro llevase la pesada carga de la corona, aunque fuese de forma circunstancial hasta que encontrase la ambrosía, lo único que parecía motivar al híbrido.

Sus seguidores no parecían un ejército tan adiestrado y preparado como el de las valquirias. Por lo visto, el poder de convocatoria del dios no era tan grande. La mayoría eran jóvenes, muy probablemente víctimas de su propia inocencia o de no estar demasiado acostumbrados a las manipulaciones de los dioses. Pero un análisis rápido me indicaba que la batalla no estaba decidida. A pesar de parecer jóvenes e inexpertos, y de carecer de la homogeneidad de sus nórdicas contrincantes, pude ver una variedad de criaturas más que peligrosas. Cada una con su poder: la fuerza de los centauros, la astucia de los faunos, la magia de las dríadas... Además, algo llamaba la atención y destacaba en el friso griego que tenía delante. Iban armados con lo que parecían grandes fusiles de asalto. Por mucho que las valquirias amasen y conociesen la guerra, no había ninguna estrategia posible que pudiesen seguir contra un ejército tan variopinto. La batalla se decidiría en pequeños combates simultáneos. Mediante el caos.

Los dos bandos dedicaron varios segundos a mirarse y analizarse. Parecía que llegaban a las mismas conclusiones que yo. Y, sin esperar al pitido inicial del árbitro, saltaron gritando al terreno de juego.

La primera buena noticia era que las valkirias se habían lanzado con los brazos abiertos a la batalla y se habían olvidado por completo de mí. La segunda buena noticia era que podía moverme, a pesar de que el dolor de todo mi cuerpo, y en especial de mi espalda, se empeñaba en negarlo. La tercera noticia ya era mala; la racha había sido demasiado buena hasta ahora.

Localicé a Álex entre el improvisado batallón que se abalanzaba gritando en griego contra los ángeles rubios de la muerte. Era el más joven e inconsciente entre un grupo de soldados tremendamente jóvenes y estúpidamente inconscientes. Pude ver mejor su arma, una especie de ballesta más compleja de lo normal. También observé que, aunque no era el único que la llevaba, sí que era el único que la sujetaba como si no fuese suya. No parecía muy convencido de que lanzarse contra más de una veintena de valkirias armados con ballestas fuese una buena idea en el plano general de las cosas, ni mucho menos en el plano más concreto de la batalla donde se encontraba. Sujetaba el arma como si se dispusiese a devolvérsela a su legítimo dueño más que a usarla en un posible conflicto.

Me levanté del sitio y logré ignorar el dolor que sentía en alguna parte de mi cuerpo. Estaba convencida de que si dejaba de ignorarlo, o incluso averiguaba qué parte era la que se quejaba tanto, me vendría abajo. Al fin pude sacar mi pistola y empecé a correr cojeando en la dirección en la que venía el equipo visitante. No quería encontrarme de frente con ellos, por si mi pelo hacía pensar a algún griego que yo formaba parte de las valkirias, aunque por mi talla podría aspirar tan solo a becaria. Así que me dirigí hacia allí rodeando el campo de fútbol que, tras años de ver encuentros deportivos, los dos bandos habían escogido como campo de batalla por excelencia. Mientras avanzaba vi cómo una valkiria arremetía contra lo que parecía ser una mujer

con abdomen de araña; si no me equivocaba, debía de ser una de las múltiples descendientes de Aracne. Desde fuera, la metáfora de la mosca contra la araña resultaba más evidente, y quizá si la valquiria también la hubiese advertido no se habría lanzado con tanta inconsciencia sobre ella. Lo último que vislumbré fue cómo la mujer araña envolvía en su tela a la rubia y clavaba sus ponzoñosas fauces sobre la improvisada momia. No había acabado de retorcerse la valquiria en su jaula de seda, cuando otra de sus compañeras decapitó por la espalda a la mujer araña. Escenas parecidas se repetían por todas partes, y la batalla acabaría pronto si no hacía nada para evitarlo.

En ese momento algo captó mi atención. Mi mochila, que aún contenía la runa solar que brillaba como un faro, estaba a pocos metros de mí, donde había aterrizado tras mi encuentro con la valquiria. Me acerqué a ella y hurgué en su interior. Dentro, además de mi pulsera con la runa solar, solo quedaban un par de hechizos que le había robado a una bruja en los Pirineos hacía un par de meses.

Eran hechizos precocinados, por llamarlos de alguna manera. Los ingredientes ya estaban encantados y se mantenían separados para que el hechizo no se activase en mi mochila. Sin embargo, para poder lanzarlo hacía falta poseer capacidad mágica. Ese no era mi caso y, además, la hechicería era uno de los campos que más desconocía, ya que era demasiado amplio y jodidamente caótico. Pero sí conocía a alguien que, por un módico precio, podía dejármelos ya preparados. Yo solo tenía que limitarme a mezclarlos y arrojarlos, y la magia contenida en su interior activaría los ingredientes desatando el hechizo. O algo así. Me lo habían explicado varias veces, con el mismo éxito que cuando me habían intentado explicar cómo diseñar mi propia página web. Yo asentía e ignoraba las palabras que estaba segura de que se acababan de inventar para cobrarme más y esperaba a que el resultado estuviese acabado. Para algo servía subcontratar a gente.

En teoría uno de ellos era un hechizo para hacer una especie de bomba de ruido, suficiente para derribar y noquear a enemigos de gran envergadura durante unos segundos. El otro era el equivalente a una granada cegadora, y serviría para dejar sin visión a ambos ejércitos y poder mezclarme entre ellos. No eran gran cosa, pero eran lo único que tenía. Intenté valorar durante medio segundo cuál de los dos sería más efectivo para ganar tiempo y, bajo la presión, opté por la decisión que me pareció más razonable. Agarré los dos conjuros, mezclé todos los ingredientes en un mismo recipiente y lo arrojé con todas mis fuerzas al centro del campo, mientras cerraba con fuerza los ojos y me tapaba los oídos.

Me equivoqué. Como todo lo relacionado con la magia, el resultado era impredecible. Los hechizos elementales tenían su propia lógica interna, y dentro de esta, sonido y luz sumaban algo nuevo.

Un enorme rayo eléctrico apareció de la nada, surgiendo de ninguna nube e impactando en pleno centro del campo, donde había arrojado el combinado de hechizos. Por un momento me imaginé lo que pasaría por la cabeza de ambos bandos. Las valkirias estarían convencidas de que el propio Thor había acudido en su ayuda; los griegos pensarían que el mismísimo Zeus intercedía en su favor. Nadie tuvo tiempo de pensar que una humana con un limitado conocimiento sobre hechicería acababa de crear un rayo eléctrico en mitad de un campo aún empapado con el agua de los aspersores. En un instante todos se desplomaron al suelo tras recibir una descarga eléctrica que hubiera acabado con cualquier humano, pero que ellos acusaron como si solo hubiesen recibido un calambre de baja intensidad. Únicamente el minotauro era lo bastante resistente como para seguir en pie, aunque un tanto aturdido. Intentó abandonar una batalla que para él no tenía ningún sentido y seguir con su búsqueda de la ambrosía, pero las valkirias a las que el rayo había sorprendido en el aire y no se habían visto afectadas por él le detuvieron volando a su alrededor, mientras

este hacía aspavientos como un King Kong a no tan pequeña escala. El resto de los combatientes empezaron a emitir quejidos en cuanto cesó la descarga eléctrica.

Había ganado varios segundos, pero ahora tenía que buscar a Álex. No solo había prometido a Sofía que lo salvaría, sino que era mi única opción para evitar que la improvisada batalla llegase a convertirse en una guerra.

Seguí caminando por el cemento que rodeaba el campo de fútbol hasta el lugar donde había visto a Álex por última vez. El crío estaba escondido en el hueco que los constructores habían dejado para el banquillo; su cobardía le había librado de la descarga eléctrica, por suerte para él, y sobre todo para mí. Se aferraba a su arma como si esta fuese un talismán de la buena suerte más que un artefacto diseñado para arrojar proyectiles que requería de detalles importantes como apuntar o no poner tu cabeza en la trayectoria.

Estaba claro. El chico no estaba preparado para una guerra. Ni esta para él.

—¡Álex! —grité al llegar—. ¡Soy yo! ¡Parabellum!

Se asustó al oírme y me apuntó con la culata. Seguía sin comprender el funcionamiento básico de un arma.

—¿Esto es lo que me decías que tenías para luchar contra las valkirias? ¿Una ballesta tuneada? —le pregunté mientras lo desarmaba con tanta facilidad que le noté aliviado de que se la quitase.

—Son lanzavirotes de madera del Valhalla —se excusó el joven, tan confuso y aterrado que ni se cuestionó mi presencia en mitad del campo de batalla. Por lo que a él respectaba, todo esto no era más que un sueño, y la siguiente persona en aparecer podría ser su profesora de tercero—. El que nos los vendió nos dijo que, al ser del mismo plano que las valkirias, les harían tanto daño como si ensartásemos a un mortal.

—¿El que os los vendió? ¿El mortal del que me habíais hablado?

—Sí... Nos dijo que los necesitaríamos si pretendíamos derrotar a las

valkirias.

El Negociante, por supuesto. Tendría que haberlo adivinado. No solo hacía negocio con la ambrosía. Hacía negocio con el conflicto que generaría su desaparición. Es más, si no era capaz de detener esta batalla, y el enfrentamiento entre griegos y nórdicos se recrudecía, algo me decía que el Negociante tenía una remesa entera de armas contra los mitos nórdicos preparadas para vender a los griegos. Y me apostaba mis nuevas gafas a que tendría también otra para vendérsela a los nórdicos. No estaba enfrentándome a un capo de la droga. Era un jodido traficante de armas. Era lo peor que le había pasado al submundo en mucho tiempo, y hablábamos de un ambiente en el que los adoradores de Cthulhu y los sacerdotes satánicos quedaban los domingos para invocar una paella.

—Levanta —le dije—. Te necesito en el centro del campo.

Álex me miró, medio confuso porque ahora hablaba como una entrenadora de fútbol, medio aterrado porque la idea de volver a la batalla no acababa de gustarle.

—¿Sin el arma? —preguntó, señalando la ballesta que tenía en mis manos.

Álex tenía más posibilidades de sobrevivir sin ella. Si una valquiria lo veía armado, lo identificaría de inmediato como un enemigo y le cortaría la cabeza y la de su coleta-áspid antes de que pudiese adivinar qué parte era el gatillo. Si iba desarmado, cabía la posibilidad de que lo confundiesen con un turista excesivamente despistado y lo ignorasen, al menos por un momento.

—¿Arma? —pregunté, casi ofendida—. ¿Para qué cojones necesitas un arma? ¡Eres hijo de Sofía! ¡Descendiente directo de las tres gorgonas! ¡Tú eres el arma más poderosa que hay!

—Pero... los dioses...

—¿¡Dioses!?! ¿Te refieres al dios de las aguas termales que confía tanto en su poder que ha tenido que comprar ballestas? ¡Haz el favor de crecer!

—Pero...

—¿Qué pretendías viniendo hoy aquí? —le grité—. ¿Impresionar a una chica? ¿Salvar a tus compatriotas?

—Mi madre... Su inmortalidad... Sin la ambrosía no vivirá...

—¡Tu madre vivirá! Ha sobrevivido a cosas más graves que un simple robo. Pero si esta batalla se os va de las manos, los dos panteones no tendrán más opción que entrar en guerra. ¿Es eso lo que quieres? —seguí arengándole, exaltada—. ¿Es lo que buscáis? Morirán muchos de los tuyos, morirán dioses, gorgonas, minotauros... ¡Estás poniendo en peligro la vida de tu familia! ¡Tu madre, tus hermanas! ¿Eso es lo que quieres?

Había acertado, justo en el clavo. La motivación de Álex era recuperar la ambrosía. Sin ella, el cuerpo centenario de su madre no podría vivir muchos más meses, así que no había dudado en ir a la batalla para recuperarla. Pero la idea de perder a su familia fue suficiente como para que el joven se replantease los motivos por los que se había lanzado de cabeza a la guerra.

—No... No... Yo... —empezó el joven—. Pero los dioses... no nos llevarían a la guerra, no lo harían si no...

—¿Los dioses? ¿Te refieres al tipo ese que os ha convencido de empezar un conflicto internacional porque han matado a su hermano? Los dioses no son más que nadie, Álex, necesitan la ambrosía para no morir, como vosotros. Solo porque alguien los haya adorado alguna vez en el pasado no tienen derecho a contar con vuestras vidas para sus vendettas personales.

Noté en su expresión cómo sus débiles convicciones se desmoronaban tras haber conseguido derribar el último pilar.

—Pero ¿qué... qué puedo hacer para detenerlos? —preguntó, asustado.

—¿Que qué puede hacer el hijo de una gorgona para detener a alguien? —pregunté con una sonrisa—. ¡Joder, siempre me tocan las preguntas difíciles!

—¿Convertirlos en piedra? —preguntó Álex, como si hubiese dicho alguna locura—. No sé usar mi poder, ni siquiera sé si tendré el suficiente para detenerlos.

—Sí que lo tienes, Álex, eres semihumano, pero tu madre es una de las pocas gorgonas puras que quedan en el mundo. Tienes más poder del que crees.

—¡Pero no sé usarlo!

—¡Sí que sabes! Tu antigua novia es una buena prueba de ello. ¿Recuerdas? Tú mismo la convertiste en piedra.

Álex puso una mueca de disgusto: no quería que se lo recordase. La primera experiencia sexual suele ser confusa y no suele tener buenos recuerdos asociados; en el caso de Álex se sumaban la vergüenza de haber tenido que recurrir a mí y la imagen de su ex convertida en piedra. Imaginé que no sería un recuerdo agradable para el chico. Y precisamente por eso Álex nunca había vuelto a usar su poder. Lo reprimía; si estaba a punto de usarlo, la imagen de esa noche le venía a la cabeza y se paralizaba. Lo que hoy tenía que hacer era abrazar ese recuerdo y explotarlo.

—No puedo...

—Sí que puedes. Lo estás deseando, déjate llevar, supera ese trauma. —Le sonreí—. Llevas demasiado tiempo conteniéndote, Álex. Dime que no estás deseando estallar, usar tu poder, demostrar a los demás de qué estás hecho. Y, de paso, salvar a los dos panteones de entrar en una guerra que no quiere nadie.

Álex se quedó callado: estaba cediendo.

—Aunque pueda, aunque sea capaz de convertir a alguien en piedra... tienen que mirarme y tienen que hacerlo todos. ¿Cómo voy a llamar su atención en mitad de una batalla?

Observé a los combatientes: empezaban a recuperarse y algunos se estaban levantando del suelo. El minotauro había empezado a golpear a una valquiria usando a otra como arma. El segundo tiempo estaba a punto de empezar. Tenía que actuar rápido.

Le entregué la mochila a Álex, que brillaba con fuerza en la oscuridad del estadio.

Las valquirias estaban cabreadas; alguien había interrumpido su combate. Los griegos estaban cabreados; alguien se había interpuesto en su batalla. Por suerte, si querían desahogar su rabia tenían justo enfrente a su enemigo, era lo único que importaba.

De repente, una pequeña luz pareció captar la atención de todos. Era una luz apagada, contenida. Álex caminaba hacia el centro del campo con mi mochila aún cerrada. Los combatientes de ambos bandos, que parecían estar preparados para todo excepto para un espectáculo de luces en medio del combate, se quedaron confusos mirando al joven, que caminaba con la seguridad y tranquilidad de alguien que tiene tanto miedo que está convencido de que en realidad no se encuentra ahí. Álex metió la mano en el interior de la mochila y, una vez situado en el centro, mientras notaba la mirada de una cantidad de ojos que sumaban un número muy alto y, por raro que parezca, impar, sacó la runa solar.

Tras aquel extraño y breve ritual, y aprovechando que la luz de la runa lo iluminaba como si fuese el foco de un teatro captando la atención de su público, Álex desató su poder. O al menos deduje que lo había hecho por el extraño ruido y el parpadeo de la luz mágica. Lo último que se me hubiera ocurrido hacer era asomarme para comprobar si el plan había funcionado y verme afectada por el hechizo petrificante. Los variados gritos que quedaron

ahogados en seco me indicaron que el chico lo había conseguido. Oí cómo varias valkirias caían con un golpe pesado en el césped, incapaces de mantener el vuelo. La runa solar escogió con dramatismo ese momento para apagarse, y el silencio y la oscuridad volvieron a reinar en lo que hasta hacía pocos segundos era un campo de batalla.

—¿Álex? —pregunté, sin atreverme a abrir los ojos.

No recibí respuesta, y esperé varios segundos para asomarme. Sabía el riesgo que corría, pero si algo le había pasado al hijo de Sofía, yo igual podría perdonármelo, pero ella no.

Abrí los ojos y entonces vi el resultado: el hechizo había funcionado. Álex llevaba demasiados años conteniendo su poder y, cuando al fin lo había dejado salir, lo había hecho por todo lo alto. Los combatientes de ambos bandos eran ahora estatuas de lo más variopintas. Los griegos, de pie, inmóviles, con cara de no entender por qué uno de los suyos se había vuelto contra ellos. El minotauro, enorme y majestuoso; el Palico, agarrado a su arma, asustado. El lado de las valkirias era más confuso aún. La mayoría estaban en pleno vuelo cuando Álex las convirtió en piedra. Por suerte para ellas, el césped había amortiguado su caída evitando que se hiciesen añicos, pero las había dejado clavadas en el suelo como el resultado de la partida de dardos más extraña del mundo. Nadie parecía haberse librado del hechizo, e incluso la hierba alrededor de Álex parecía haberse petrificado.

Y en medio de todo, el cuerpo del chico, desplomado en el suelo.

Sofía me iba a matar.

Intervención divina

—¿Álex? —grité mientras me acercaba corriendo—. ¡Álex! ¿Estás bien?

—No... —me contestó.

A pesar de su negativa respiré aliviada; estaba lo bastante vivo como para responder y eso era mejor que nada.

—Has estado genial. ¡Los has dejado de piedra! —no pude evitar decir.

—¿Los he salvado?

—Has detenido una batalla antes de que se convirtiese en una guerra, Álex. Has ayudado a más gente de la que crees.

—Bien... Ahora salva a mi madre...

Álex se derrumbó. Aún respiraba, aunque con más lentitud y suavidad de la que debería. El hecho de haber desatado su magia de gorgona parecía haberlo agotado. Era algo en lo que no había pensado antes de lanzar al chico al medio del campo; Álex llevaba mucho tiempo sin tomar ambrosía y abusar de su poder le había pasado factura. Los inmortales y los dioses necesitaban de esta para poder sobrevivir, para poder llegar a vivir siglos. Pero, además, usar su magia les consumía y, sin la ambrosía para recuperarse, el truquito petrificante de Álex podía resultarle fatal. Ahora tenía que recuperar el manjar de los dioses a toda prisa, antes de que fuese demasiado tarde para el joven.

Al menos tenía el terreno libre de valkirias para llegar hasta ella. Miré hacia la luz del palco, donde imaginé que estaba teniendo lugar el intercambio.

Tenía que correr, pero ahora podía olvidarme de la discreción.

Me costó un par de minutos llegar a la puerta que poco antes había abandonado saltando barandilla abajo. Recuperé el aliento, dispuesta a entrar pistola en mano. Estaba convencida de que todas las valkirias se habían incorporado al extraño museo de los horrores que se había improvisado en el campo de fútbol; ninguna de ellas habría querido perderse la batalla, incluida la que había rociado con agua del Lete. Estaba segura de que esta última se había lanzado blandiendo su espada sin tener muy claro por qué luchaba, o incluso cómo se hacía. Pero aún no había visto ningún golem y no descartaba que el Negociante guardase algún as bajo la manga.

Abrí la puerta y esperé a que mis ojos se acostumbrasen a la densa oscuridad mientras me recibía una brisa húmeda con olor a cerrado. Crucé el umbral y me encontré con un largo pasillo, al final del cual se distinguía una luz, y, aunque todavía no se tratase del palco que se veía desde el campo, sí podría ser una habitación cercana. Fui dando zancadas, intentando no pisar fuerte pero sin preocuparme por el sigilo. Si a esas alturas alguien no había oído el escándalo que había montado con la red de seguridad o la batalla entre panteones que había estallado en el campo de fútbol, mis zapatillas de deporte no iban a ser las causantes de alertar a lo que fuese que me esperase, a no ser que las usase para bailar claqué en su cara.

Llegué a la habitación iluminada y vi que había media docena de maletines metálicos apilados contra una pared. No tuve que usar mucho la imaginación para adivinar que contenían la ambrosía. En caso de equivocarme, por lo menos ocultarían el dinero de la transacción, fardos de droga o canela en rama; lo que estaba claro era que lo que había en esos seis maletines valía más que mi apartamento. Durante un segundo me sorprendí de que no estuviesen

vigilados, obviando la veintena de valkirias que custodiaban el improvisado castillo en que se había convertido el inacabado estadio de fútbol. Pero rápidamente me sacaron de mi error. El alijo estaba protegido por alguien que había sido tan sigiloso como para pillarme desprevenida al entrar en la habitación, tan rápido como para agarrarme el brazo derecho que sostenía mi arma y tan fuerte como para rompérmelo con una sola mano.

Hasta ahora nunca me había roto un hueso. Me había dislocado varias articulaciones, me había desgarrado algún músculo y, por supuesto, había recibido tantos moratones y golpes a lo largo de mi vida que mi pellejo no tenía nada que envidiar al de un par de viejos timbales. También había sufrido un par de quemaduras e incluso me habían disparado. Y no olvidemos que solo esta misma semana me había estrellado con el coche dos veces. A esa lista de torturas personales podría añadir que me habían envenenado, pero creo que técnicamente el whisky casero de Killian no entraba en esa categoría. Aunque fuese por muy poco.

Pero ¿romperme un hueso? Nunca. Y mucho menos dos a la vez. Mi cuerpo, que hacía apenas un rato había caído de una altura equivalente a un segundo y podía contarlo, no terminaba de creerse el dolor que acababa de estallar en mi brazo. Incluso pude oír el chasquido de mis huesos antes de lograr asimilarlo.

Y todo eso lo hizo con una sola mano.

Mi pistola cayó al suelo. O al menos eso supuse, ya que todo lo que podía sentir era acallado por los gritos de dolor que profería mi brazo derecho. Chillé e incluso dejé escapar alguna lágrima, pero antes de que se me nublase la vista pude verla.

La valkiria a la que había humillado tres veces —una en la discoteca, otra en el túnel y una tercera hacía tan solo unos minutos— me agarraba con una sola mano por el brazo roto. Estaba magullada. Su cuerpo estaba herido y ensangrentado, y su postura indicaba que le fallaba una de las piernas. No

entendía mucho de anatomía aviar, pero por el ángulo de su ala derecha no era difícil imaginar que estaba partida. Quizá por eso no había acudido a la batalla, lo más probable era que no hubiera podido recuperar la conciencia a tiempo. Pero por esa misma razón se había librado del hechizo petrificante de Álex y ahora estaba ahí, apretándome el brazo con una sonrisa sádica que quería transmitir que estaba disfrutando tanto de ese momento como yo lo estaba sufriendo.

No dejé de gritar incluso cuando soltó mi brazo. Tampoco es que eso ayudara mucho, ya que el cepo en que había convertido su mano evitaba que mi extremidad se desmoronase, y el dolor se volvió más agudo en cuanto me liberó. Y tampoco me dio tiempo a reaccionar cuando la misma mano que me había partido el hueso se cerró en un puño e impactó en mi cara.

El dolor del brazo pasó a un segundo plano. Oí cómo algo crujía en mi cráneo, posiblemente algo relacionado con la mandíbula, que se encargó de detener el golpe de manera tan efectiva como un bebé de tres meses detendría un camión con los frenos rotos. Mi cuello absorbió parte del golpe, pero noté cómo mis pies dejaban de tocar el suelo. No es que la escena ocurriese a cámara lenta, es que mi cuerpo había decidido llevar un recuento exhaustivo en escrupuloso orden cronológico de todas las lesiones que se iban sucediendo. Antes de acabar de asimilar que el puñetazo me había hecho saltar por los aires, la pared me detuvo y se oyeron un par de crujidos más. No tenía claro si era mi clavícula o mis costillas lo que se había partido pero, de un solo puñetazo, la valquiria casi había logrado duplicar el número de huesos de mi cuerpo.

La nórdica se regodeó en su golpe. Me miró, mientras yo yacía inmóvil en el suelo, sin fuerzas siquiera para gritar. Mi pistola estaba a sus pies y yo tenía demasiados huesos rotos como para hacer algo que no fuese pensar en el dolor. Por primera vez desde que le había endosado la pata de gato negro

tuerto, la valkiria me había vencido y pareció disfrutar de mi cara de agonía durante un par de segundos, satisfecha de que esta vez no le robase su momento de gloria.

Pero su gesto se torció al mirarme de nuevo. Algo en mí había llamado su atención. No, no era yo... miraba a mi alrededor. Ante la negativa de mi cuello a girar un solo grado, intenté mover los ojos para buscar qué es lo que había captado la atención de la rubia. Y entonces lo vi.

Había aterrizado sobre la pila de maletines; un par de ellos incluso se habían roto y abierto a causa del golpe. Mis sospechas se confirmaban: había encontrado la ambrosía. Para ser exactos me había dado de bruces contra ella y, ahora, el contenido de color rojizo de uno de los maletines me rodeaba. Mi siguiente paso estaba claro. Usé las pocas energías que me quedaban para enviarle una orden sencilla a mi brazo izquierdo.

Cerré la mano y, antes de que la valkiria pudiese reaccionar, me llevé un puñado de ambrosía a la boca.

La diosa Parabellum resurgía de sus cenizas.

Había oído hablar cientos de veces de la ambrosía. La había estudiado y conocía las referencias que los griegos me habían dado de ella. Sabía que era una especie de gelatina de aspecto rojizo, aunque fuese por descripciones recogidas de alguna boca borracha. En mis estudios no llegaba a especificarse siquiera si era una comida o una bebida, y a veces se confundía con el llamado néctar de los dioses. Como todo en la mitología, no había una sola respuesta clara. Ni siquiera ahora, tras haberla tenido en mi mano, era capaz de responder cuál de las dos cosas era. No tenía claro si la había bebido o si la había comido. Pero sí tenía claros sus efectos.

Mi cuerpo dejó de dolerme. Eran heridas demasiado sencillas para una

criatura tan poderosa como yo; un simple puñetazo, nada que el poder sanador de la ambrosía no pudiese curar. No tenía claro si los huesos de mi brazo habían vuelto a soldarse o solo habían dejado de dolerme. Únicamente sabía que ese tipo de asuntos eran problema de los mortales, y yo tenía otras cosas de que preocuparme.

Me levanté de un salto sin el menor esfuerzo. El cuello no me dolía, el pecho no mostraba síntomas de tener nada roto e incluso mi oído izquierdo volvía a funcionar. No solo estaba recuperada, sino que me encontraba mejor que antes, me sentía capaz de enfrentarme a la valquiria a puñetazo limpio, o incluso a todo un ejército, con mis manos desnudas. Me sentía poderosa. La valquiria, no tanto.

Pero la lista de regalos divinos no terminaba ahí. Estaba despierta, más que nunca. Me acababa de dar cuenta de lo poco que había dormido estos días y, a la vez, notaba que no necesitaría dormir al menos durante otra semana. Era una sensación equivalente a haberme tomado treinta cafés, pero sin la taquicardia correspondiente. Mi mente estaba igual de despejada y mis instintos estaban más alerta que nunca; antes de que la valquiria pudiese asimilar el error que había cometido, yo ya había calculado varios planes: tres de fuga, siete para derribarla y quince para acabar con ella de manera definitiva. Podía verlo todo, mis poderes de observación estaban agudizados al máximo: mi pistola, a unos metros, con seis balas; la valquiria, que había aprovechado mi éxtasis para empezar a abalanzarse sobre mí; cuatro maletines cerrados, esparcidos por el suelo, y otros dos abiertos, en total más de diez kilos de ambrosía desparramada; la habitación de al lado; luz; tres personas hablando; mis gafas rotas, tiradas a los pies de la valquiria, que seguía acercándose a cámara lenta hacia mí. No las necesitaba para ver. Nunca había visto tan bien; cualquier detalle, la ropa de la valquiria, sus pliegues, mis sentidos podían decirme dónde habían estado antes; veía con perfecta nitidez la brecha y las heridas de

la cara que se había producido al estrellarse contra el túnel, y que distinguía de las heridas recientes provocadas por la caída en el estadio. Podía ver el moratón producido durante la caída por las escaleras del baño. Podía ver el bulto de la pata de gato negro que seguía en el bolsillo de su vestido. Podía incluso vislumbrar su aura, y leer en ella que una valquiria era un enemigo poderoso pero que no tenía nada que hacer contra una Parabellum que se había metido cincuenta y dos gramos de ambrosía de un bocado.

Con un gesto rápido, pero que a la vez implicaba un esfuerzo mínimo por mi parte, me hice a un lado, y la rubia resbaló con restos del néctar que aún seguía por el suelo. Aproveché su inercia y su desequilibrio para agarrarla de la nuca y lanzar su cabeza contra el suelo. Pero no iba a cometer su mismo fallo y lanzar a mi enemiga contra la poderosa ambrosía, así que decidí interponer la rodilla en su trayectoria y noté cómo el hueso de su nariz cedía finalmente contra mi pierna y la valquiria salía proyectada de vuelta hacia atrás por los aires.

A pesar de todo lo ocurrido, mi cerebro sabía que no habían pasado más de dos segundos. También noté cómo la energía de la ambrosía se iba desvaneciendo. No es que su efecto durase tan poco, sino más bien que ahora mismo me estaba aprovechando del subidón momentáneo que daba su consumo. La ambrosía no era como una droga. Era una droga. Por suerte también te ayudaba a darte cuenta de sus efectos, al contrario de lo que había aprendido de algún escarceo con otras sustancias que solo lograban hacerte creer que tus retinas estaban derritiéndose a través de tus fosas nasales. El efecto aún me duraría un buen rato y, en menos de dos segundos, casi había noqueado a la valquiria. Tenía que aprovecharlo.

Salté en la misma dirección hacia la que la rubia había salido volando, seguí el rastro de gotas de sangre que flotaban a cámara lenta en el aire y, en mitad del ascenso, le asesté un último puñetazo y la lancé contra el suelo. La

valkiria rebotó contra las baldosas, haciéndolas añicos, y vi cómo la pata de gato negro saltaba por los aires y liberaba de una vez por todas a su dueña. Por lo que sabía, eso era indicativo de que no podía traerle más mala suerte y, por lo que vi mientras esta aterrizaba inconsciente en un lateral de la habitación, estaba de acuerdo.

Tuve la cautela de evitar tocar la pata negra y aterricé con agilidad sobre mis pies. Me quedé un segundo asimilando lo que había ocurrido y no necesité mucho más. Había encontrado la ambrosía, debía llevársela a Álex. Pero antes... tenía que aprovechar para detener el intercambio y salvar al novio de Carlos. Podía lograrlo. Si alguien era capaz de hacerlo, esa era Parabellum, y más que nunca la Parabellum semidivina en la que me había convertido.

La puerta del palco se abrió y, ante mí, aparecieron el Negociante y Rosa, la agente de Emilio. Una mujer que no había dudado en traficar con ambrosía para que el fichaje de su representado valiese millones. Ambos me miraban con cara de fastidio, como si en vez de alguien capaz de desbaratar sus planes fuese su hija pequeña y hubiese vuelto a pintar en las paredes.

Pero su paternalismo se iba a acabar en cuanto les demostrase quién había adquirido los poderes de una inmortal.

Salté hacia ellos, preparada para agarrarlos del cuello y obligarles a que se llevaran sus negocios fuera del inframundo de Barcelona. Fuera de mi territorio. Preparada para hacer lo que fuese a fin de demostrar que Parabellum era la única humana que podía jugar con las inhumanas criaturas que pululaban por la ciudad. Por mi ciudad. Parabellum era la diosa entre los dioses.

Ví su aura media décima de segundo antes, demasiado tarde. La agente detuvo sin esfuerzo mi salto con una mano, me agarró del cuello y apretó tan fuerte que mis vértebras volvieron a crujir por segunda vez en menos de un minuto.

—¿Crees que eres la única que ha tomado ambrosía?

Intenté responder, pero apenas me llegaba aire a los pulmones. Mi nueva fuerza no era suficiente para contrarrestar la suya. Rosa había tomado mucha más cantidad que mi pequeño tentempié, y me consolé con el hecho de que, si yo no tuviese algo de poder divino en mi torrente sanguíneo, la fuerza con la que apretaba mi cuello habría sido suficiente para partirme el cuello como si estuviese hecho de hojaldre. Hojaldre en mal estado.

—Me habías dicho que te habías librado de ella —dijo la agente, mirando con gesto enfadado al Negociante.

—Mmmm... —concedió el elegante tipejo—. A decir verdad, no creí que estuviese a la altura de los rumores que había oído sobre ella. Desde luego, no con ese aspecto. Pero quizá haya algo más en esta cría...

Pude notarlo. Noté cómo el Negociante empezaba a respetar el nombre de Parabellum. Noté cómo me daba fuerzas, cómo su admiración profesional, aún lejos de ser una adoración, hinchaba mi ego. Y no estaba equivocada al decir que los dioses eran puro ego. Sus palabras, su renovada fe en mí, me dieron fuerzas y no dudé en usarlas para intentar zafarme de la presa de la agente. Pero no tuvo más que usar su otra mano para contrarrestar mi resistencia. Al menos pude aprovechar aquel fugaz momento para coger aire.

—¡Oh! ¡Para colmo ha tirado por el suelo un par de maletines de ambrosía! —Rosa no parecía realmente molesta y seguía usando su tono paternalista—. Voy a pagarte un treinta por ciento menos por esto, y lo sabes.

—¿Qué? —protestó el Negociante, saliéndose por un momento de su papel de tipo elegante y correcto. El tema del dinero parecía ser lo único que lograba ese efecto—. Es ambrosía, manjar de los dioses robado del propio Olimpo. ¿De verdad crees que vas a conseguir un descuento porque se haya ensuciado un poco?

—Veinte por ciento de descuento —siguió la agente, mientras yo peleaba

por coger aire. El Negociante abrió la boca, dispuesto a quejarse de nuevo—. Veinte por ciento, y yo misma me encargaré de esta molestia que tanto parece costarte eliminar.

Me sorprendió su actitud. Me imaginé que el mundo de los agentes de fútbol tenía que ser muy exigente, sobre todo para Rosa, al ser una mujer en un entorno plagado de hombres. Pero aun así su crispación, que rozaba lo psicótico, no podía deberse solo a su falta de escrúpulos. Había visto ese mismo brillo de ojos en circunstancias muy diferentes a estas. Rosa había tomado ambrosía, y el Negociante no habría dudado en facilitarles las primeras dosis tanto a ella como a su representado. Y sí, Rosa había estado consumiendo una buena cantidad, como indicaba su fuerza superior. Pero su rostro desencajado me decía dos cosas más. Hacía tiempo que no la tomaba. Y necesitaba hacerlo pronto.

Por eso supe que no dudaría en apretarme el cuello hasta convertirme en la botella de champán perfecta para brindar por su nuevo acuerdo.

El Negociante pareció pensárselo. El dinero era el dinero, pero ahora, sin sus valkirias, estaba en minoría. Era cauto, y por eso mismo no había consumido la misma sustancia que había logrado que la refinada agente se comportase como la diosa de los yonquis. Así que optó por la salida más sensata.

—De acuerdo —resolvió al fin. El Negociante me dedicó una mirada asqueada; le había costado un veinte por ciento de uno de sus negocios más jugosos. Lo conocía desde hacía poco tiempo, pero ya adivinaba que, para él, eso era el equivalente a haberle apuñalado en la ingle con un destornillador oxidado—. Es toda tuya.

Rosa me arrojó contra una pared de la habitación con tal fuerza que el hormigón se agrietó. Apenas noté el golpe e incluso agradecí que me soltase para recuperar el aliento. Vi cómo el Negociante retiraba un par de pilas de

fajos de billetes de otro montón mayor, bajo la atenta mirada de la agente. Cuando acabó de meter el montón restante en un maletín, le devolvió la mirada y la mujer de los zapatos de tacón asintió. El Negociante devolvió el cabeceo con una sonrisa.

—Es un placer hacer negocios contigo —le dijo, a lo cual la mujer volvió a responder con otro ligero ademán—. Espero sinceramente no volver a verla, señorita Parabellum —se dirigió ahora a mí con una mirada de desprecio tan contenido que casi seguro debía de ser mala para la tensión—. Señor Gambeta... —se despidió de una figura que observaba desde el fondo de la habitación.

Sin dar tiempo a más, el Negociante desapareció en medio de una columna de humo. Por lo visto, yo no era la única que sabía usar los trucos del submundo con efectos más prácticos. No pude reconocer qué había hecho: si había usado algún tipo de portal dimensional, algún hechizo de teletransporte o un mero truco de ilusionista. Me daba igual; su tono de voz indicaba seguridad al despedirse y, con el maletín con el dinero ya en su poder, no dudé de que si el Negociante se iba, se iba de verdad. Se me había escapado.

Pero no me preocupaba, esa noche él no era mi objetivo. Mi verdadero objetivo acababa de aparecer al fondo de la habitación y se dejó ver con la timidez de un cachorrito que se ha meado en la maceta del salón por primera vez, como si todo aquello no fuese con él.

Emilio Gambeta me miró con gesto preocupado. Adiviné que no era yo quien le asustaba; su rostro indicaba que se encontraba allí porque era incapaz de estar en otro lado. Aquello le venía grande, demasiado grande. Carlos tenía razón.

—¡Emilio! —grité con voz ronca, intentando levantarme—. ¡Carlos me ha enviado, quiere queng...!

La mano de la agente apretaba esta vez con más fuerza aún mi ya magullado

cuello. El nombre de Carlos produjo diferentes reacciones. Emilio abrió la boca y los ojos, y un brillo de esperanza se dibujó en su rostro en cuanto vio que yo venía de parte de su amado. Sin embargo duró poco, porque la agente se interpuso con un rostro que destilaba odio por todos y cada uno de los poros de su piel.

—¿Carlos?! —gritó enajenada—. ¡Dile a esa zorra que se olvide de una puta vez de nosotros!

Y, acto seguido, me lanzó contra la pared de hormigón con la fuerza de dos gigantes.

La pistola traidora

Trabajo rodeada de todo tipo de criaturas, incluidos fantasmas. También he visto a magos y hechiceros desarrollar los más variados conjuros. No, si hacía un sencillo repaso mental no era la primera vez que veía a alguien atravesar la pared. Aunque todas las veces había existido un factor común: antes de hacerlo las criaturas solían volverse intangibles. Yo no.

Yo atravesé la pared por el método tradicional de derribarla de un golpe con el hombro.

Dolió, claro que dolió. El hormigón estaba duro, como buen hormigón, y un par de pesados cascotes golpearon mi ya maltrecha cabeza. Cada impacto hacía retumbar el interior de mi cráneo con un ruido sordo. Seguí volando por los aires y, tras unos segundos que me parecieron kilómetros, aterricé al otro lado del pasillo, incapaz de creerme la distancia que acababa de recorrer en un momento, y que incluía más de un palmo de hormigón por el camino.

Tardé un momento en comprobar desde el suelo que aún podía moverme y que, a pesar de la ambrosía, el dolor del golpe se notaba. Cuando se disipó el humo, decidí ponerme en pie.

Me levanté y hubiera sido lógico pensar que yo sería la persona más sorprendida de que aún pudiese hacerlo, pero había una figura entre las sombras cuya cara de sorpresa ganaba a la mía tan aplastantemente como lo haría un tren en una pelea de gallos.

—¿Verónica? —preguntó casi aterrado Roberto, mientras el piloto rojo de lo que parecía una cámara de vídeo me guiñaba un ojo.

Me había seguido. O había seguido a Carlos. Daba igual. Roberto me había dicho que continuaría investigando en qué estaba metida y, por primera vez en su carrera de periodista frustrado, había mantenido su palabra.

No sé cuánto habría visto. En el campo de fútbol había criaturas mitológicas convertidas en piedra, y era probable que si había llegado hasta allí se hubiera cruzado con ellas. Además, estaba convencida de que acababa de ver a su exnovia atravesar un bloque de hormigón con la cabeza y levantarse como si no hubiese sido más que uno de mis torpes tropiezos de recién levantada.

Sé que si en ese momento aún hubiera habido algo de Verónica dentro de mí en ese momento habría gritado aterrada. Ver a Roberto era lo último que podía aceptar o asimilar. Habría sentido rabia por ver cómo se habían confirmado sus sospechas: Roberto la había seguido, la había investigado. Habría sentido vergüenza por haber sido descubierta in fraganti en plena batalla contra una endiosada representante. Habría sentido alegría, alivio incluso, al ver que no tenía que seguir mintiendo a Roberto, que se habían acabado los secretos de pareja. Habría sentido tristeza al recordar que Roberto y ella ya no eran pareja.

Verónica habría sentido muchas cosas. Pero por suerte Verónica no estaba ahí. La euforia del momento y de la ambrosía había conseguido que todo lo que quedase en mi interior fuera la resolutiva Parabellum, que ahora tenía demasiadas cosas en la cabeza. Y una de ellas era urgente.

—¡Lárgate! —susurré a gritos—. ¡Si te ve aquí te matará!

—¿Que qué? ¿Quién? —llegó a preguntar mi ex mientras yo corría de nuevo hacia la habitación de la que había salido disparada unos segundos antes.

No quería que Rosa viese a Roberto, y volver a dejar atrás a este parecía que era algo que se me daba bien.

Si tenía suerte, quizá la agente no esperase mi vuelta. Quizá confiaba en que el golpe me hubiera dejado fuera de combate. Quizá estaba demasiado ocupada discutiendo con Emilio y por eso no había ido detrás de mí. Quizá la ambrosía le había consumido el cerebro y ya se hubiera olvidado de mí.

Aceleré, dando trompicones. No era solo la ambrosía lo que corría por mis venas y lograba que pudiese seguir avanzando. Tampoco era el hecho de que correr alejaría a Roberto de mi mundo. Era otra cosa. Era Parabellum, la detective que se metía tanto en el caso que no dejaba tiempo para quejarse al magullado cuerpo que había tomado prestado de Verónica. Estaba tan centrada en rescatar a Emilio y a Álex que el esfuerzo de esos días aún no se había atrevido a pasar factura. No es que pudiese recibir palizas o forzar mi cuerpo sin temor a represalias. Era más bien que mi metabolismo estaba acostumbrado a pequeños periodos de tiempo que ponían a prueba mi resistencia y había aprendido a no llegar a manifestarse en forma de dolores, agujetas o moratones hasta que daba por cerrado el caso.

Y por muy duro que resultase, hoy no iba a ser una excepción. Era bastante probable que me pasase una semana en la cama sin poder moverme, pero tenía la intención de acabar con todo aquello. Tenía pensado salvar a Emilio, salvar a Álex, detener a la agente, recuperar la ambrosía y comprarme un coche nuevo. Tenía demasiadas cosas que hacer antes de darme por vencida.

Irrumpí en la habitación de nuevo, dispuesta a aprovechar el factor sorpresa para compensar la ventaja física que me sacaba la agente.

Pero no hubo factor sorpresa. Rosa me esperaba, pistola en mano, y disparó justo en el momento en que entré. Mi cuerpo se desplomó en el suelo y se rindió de una vez.

—Tengo entendido que las llamas tutti-frutti, ¿no? —dijo la mujer,

sosteniendo mi Glock aún humeante en su mano. Sentí una punzada; pensé que serían celos, por ver a mi fiel pistola traicionándome con otra mujer. Pero luego me imaginé que sería la bala que había atravesado mi hombro—. Infantil y teatral, sí. Te pega.

Me sentí incapaz de levantarme del suelo. Me estaba convirtiendo en una especie de sumiller de heridas. El dolor de la bala era ardiente y punzante, con un ligero regusto a metálico, pero en el último cuarto de hora me habían ocurrido tantas cosas que ni siquiera sabía si este dolor en concreto entraría en el top cinco; los había probado mejores.

Por desgracia, sí que había sido suficiente como para derribarme y conseguir que mi cuerpo se rindiese, exhausto. No era un dolor solo en la herida del hombro. Notaba cómo el variado efecto de mis balas multiuso recorría mi cuerpo y me debilitaba. No sabía ni tenía manera de averiguar qué parte de su extraña aleación me afectaba, pero notaba cómo el efecto de la ambrosía se disipaba más rápido de lo que debía.

—¿Cómo sabes eso? —llegué a preguntar.

—No sabes quién las ha hecho, ¿verdad? —preguntó. Noté que regresaba el tono paternalista. Sí sabía quién me las había vendido, un alquimista de tres al cuarto que tenía un taller en el barrio de Gracia—. El Negociante me ha explicado cómo funcionan; al fin y al cabo, él las produce y las vende. Conoce hasta al tipo que te las ha revendido a ti.

El Negociante, en ese momento, pasó a ser el número dos en la lista de gente a la que quería destruir. En el número uno, por motivos obvios, aún estaba la mujer que me apuntaba con mi propia pistola a la cara. Las tutti-frutti habían sido una idea mía. Yo se las había pedido a ese alquimista y, por lo visto, él le había vendido la idea a la rata con traje que se había estrenado escasas horas antes como mi nuevo archienemigo. Había pocos motivos para que lo pudiese odiar más. Tan solo tendría que librarme de la pedante de los

zapatos de tacón para poder ascenderlo a mi prioridad número uno. El problema seguía siendo precisamente la pistola.

—Tengo entendido que son capaces de derribar a casi cualquier criatura, ¿verdad? —siguió recreándose—. ¿Crees que podrías sobrevivir a otro disparo?

—¡No tienes por qué matarla! —gritó Emilio, que surgió desde su rincón, donde había pasado tan desapercibido que tal vez ni siquiera él recordara que seguía ahí.

Su agente le miró con desprecio, como si ella también se hubiera olvidado de él.

—¿Por qué? ¿Porque es amiga de tu zorrita? —soltó con una cantidad increíble de desprecio.

Parecía que había algo más que dinero de por medio. El tono en que había pronunciado el insulto no indicaba negocios. Eran celos. La agente estaba terriblemente dolida por la homosexualidad de Emilio; quizá su plan inicial era tener un amante y una mina de oro todo en uno, y al final se había tenido que conformar con la parte que daba kilos de dinero. La pobre.

—Ya tienes el dinero del fichaje y el resto de la ambrosía —continuó el futbolista—. Jugaré donde me digas, te seguiré dando dinero, pero no es necesario que muera más gente, por favor...

La mujer lo miró, pensativa. Estaba sopesando algo. No me gustó nada su cara y, si hubiese tenido fuerzas, habría intentado hacer algo para impedir lo que había visto formarse en su cabeza. Emilio no pareció verlo tan claro como yo y se limitó a poner gesto de sorpresa mientras su propia agente le apuntaba con el arma.

—¿Sabes qué? Tienes razón —dijo ella—. Ya tengo el dinero, tengo ambrosía suficiente para vivir mil años... ¿Para qué te necesito?

Acto seguido, disparó a Gambeta: cuatro tiros en el abdomen que lo

lanzaron contra la pared, donde aterrizó como un muñeco de trapo. Munición suficiente para acabar con dos minotauros.

Carlos me iba a matar. Pero Rosa no quería dejar escapar el placer de hacerlo ella misma y me apuntó a la cabeza. Sin mediar palabra. Sin últimas palabras de gracia. Sin ni siquiera darme pie a una ingeniosa última frase.

Tras una votación popular de todas las partes de mi cuerpo, en la que hubo muchos votos en contra, varias abstenciones e incluso un par de mociones de censura, usé las fuerzas que estaba convencida de que no me quedaban para arremeter y cargar contra ella.

Mi ataque duró una fracción ridículamente pequeña de segundo y conseguí que soltase el arma, aunque con la otra mano me agarró por la herida del hombro e hizo que esta escalase puestos de forma vertiginosa en mi ranking de dolores sufridos esa noche.

Dejé escapar un grito, mientras la elegante mujer de zapatos de tacón me miraba con sadismo.

—Insistes demasiado en negarte a morir y tienes demasiada suerte —me soltó—. Tenía que haberle pedido más del veinte por ciento al Negociante. Pero te aplastaré, niñata.

Volví a gritar, intentando apretar las mandíbulas e ignorar el dolor del hombro.

—Vuelve a llamarme eso —respondí entre dientes. La mujer se rio de mi desafío—. Mírame a los ojos y vuelve a llamarme eso.

—Teatral hasta el final, ¿verdad?

La mujer me levantó por el hombro, ignorando mis quejidos. Puso sus ojos a la altura de los míos y me devolvió la mirada desafiante, nuestros rostros enfrentados a menos de un palmo.

—Niñata... —dijo mientras clavaba su mirada en mí. Siguió observándome un par de segundos más, casi decepcionada de que mi única respuesta fuese

devolverle a duras penas el gesto—. ¿Ya está? ¿No vas a hacer nada? ¿Ningún truco, ningún intento de golpe bajo? —preguntó, casi riéndose de mi impotencia—. ¿No vas a decir que nadie te llama «niñata» y vive para contarlo?

—No, no... si lo de niñata me da igual —respondí entre jadeos—. Solo quería ganar unos segundos.

—¿Para qu...?

Antes de acabar la frase, la figura que había visto acercarse la levantó con facilidad del suelo y la lanzó de cabeza contra la pared. Rosa me soltó y me dejó caer al suelo, recordándome la herida de mi hombro.

—¿Has intentado matarme! —gritó Emilio, cuya timidez había sido sustituida por la rabia de alguien a quien han disparado cuatro veces y la confianza de alguien que ha sobrevivido.

—¿Emilio! —gritó la agente aterrada al verlo—. ¿Cómo has...?

El jugador le asestó un puñetazo en la boca que hizo que su cabeza atravesase la pared. Puede que, a pesar de su fama, Emilio fuese un tipo tímido, e incluso estaba segura de que dentro de él había una voz que le decía que nunca se debe pegar a una dama. Pero esa norma suele irse al garete cuando dicha dama ha usado tu abdomen como campo de tiro.

—Las tutti-frutti están preparadas para acabar con cualquier cosa —dije casi para mí misma desde el suelo—. Menos con un dios.

Los golpes cesaron tras mi afirmación. Emilio me miró, estupefacto.

—¿Un dios? —preguntó Rosa, igualmente sorprendida—. ¿Emilio, un dios? Pero ¡si hemos tomado la misma cantidad de ambrosía!

—¿Me dijiste que solo la habías probado un par de veces! —gritó Emilio, arrojando a su agente de nuevo contra otra pared y descargando la rabia de descubrir que le había mentado más veces de las que él mismo creía.

—Da igual —proseguí yo, mientras me acercaba al cuerpo magullado de la

mujer. Uno de los tacones había salido volando—. Emilio no solo se ha alimentado de ambrosía. Ha sido capaz de tener a casi cuarenta millones de personas pendientes de sus jugadas, de su futuro. Ningún dios griego ha tenido tal número de adoradores, gente que alaba cada movimiento, cada gol... La ambrosía le dio poder, la adoración ciega de la gente es la que le convirtió en un dios. Y nada puede matar a un dios.

Emilio me escuchaba fascinado. A su agente le daban igual mis palabras, y a lo mejor por eso pudo aprovecharse de la distracción de su representado para agarrar un maletín de ambrosía, golpearle en la cara y derribarlo. Aprovechó el noqueo de Emilio para gatear hasta donde había caído mi arma y volvió a apuntarme con ella.

—¡Emilio! ¡No te muevas o me la cargo! —gritó antes de que el futbolista se recuperase. Gambeta tuvo la decencia de quedarse quieto con las manos en alto para evitar que me disparase. La agente se aferró al maletín de ambrosía mientras seguía apuntándome—. ¡Levántate! —me gritó—. Te vienes conmigo. Y si tu adorado dios intenta seguirme, te reviento tu cabecita rubia.

Miré a Emilio y asentí. Había venido a rescatarle y ahora yo acababa como rehén. Sin embargo, no había otra salida, era lo mejor que podía hacer por el momento. La agente estaba furiosa, y la gente furiosa comete errores, solo tenía que seguirle la corriente hasta que pudiese darle la vuelta a la tortilla. Rosa me había estrangulado, disparado y lanzado contra una pared de hormigón; no iba a dejarla escapar como había hecho con el Negociante. Solo tenía que esperar a que cometiese un fallo.

En ese momento la agente tropezó con la pata de gato negro tuerto que había en el suelo.

No lo vi, y una parte dentro de mí, la parte morbosa que todos tenemos, se

lamentó.

No fue la caída. Cuando la mujer clavó el zapato de tacón que le quedaba en la pata de gato negro tuerto trastabilló y, sin soltar ni la pistola ni la maleta, dio un par de pasos hacia atrás y cayó por la barandilla del palco. La pata negra se había ensartado en su tacón y la acompañó en su viaje hasta el suelo. Quizá por eso no tuvo la suerte de que el césped amortiguase su caída y cayó a plomo sobre las gradas de hormigón, que quedaron destrozadas con el impacto. Pero, como ya he dicho, no fue la caída. Rosa llevaba tanta ambrosía en el cuerpo que una simple caída, por muchos pisos que fueran, no iba a acabar con ella.

El problema fue la pistola. Si bien en algún momento del recorrido hasta el suelo la mujer dejó el maletín, en ningún momento soltó la pistola y se aferró a ella como se había aferrado Álex a su ballesta, casi más como un amuleto que como una herramienta de combate. El problema cuando caes desde una altura de ocho pisos agarrado a una pistola es que tu único enemigo, el suelo, no parece inmutarse por mucho que le amenaces con pegarle un tiro. Y si tienes un amuleto de mala suerte clavado a tu zapato de tacón, es fácil, e increíblemente probable, que la última bala del cargador de la pistola que aún sujetas, hecha de una aleación capaz de acabar con la vida de cualquier criatura, por poderosa que sea, excepto la de un dios, atraviese tu cabeza.

Y la agente de Gambeta no era ninguna diosa. Si bien el griego muerto de mi maletero era una notable excepción, por norma general los dioses no suelen dejar cadáveres y lo que quedó incrustado en las gradas definitivamente lo era.

Gracias a Emilio, llegué hasta el cuerpo inerte de Álex, y gracias a su difunta agente, no tuvimos siquiera que bajar un maletín con ambrosía, ya que ella

misma se había encargado de hacerlo. El maletín estaba roto y la ambrosía esparcida por el suelo, pero, como bien había apuntado mi nuevo archienemigo, el manjar de los dioses, por mucho que se ensuciase, no iba a perder su poder.

El cuerpo, aunque estaba pálido y tan inmóvil que en mi cabeza ya había pensado un par de planes de huida del país para evitar a su madre, respiraba, y yo con él. Le hice tragar la ambrosía, y estaba tan preocupada por que Álex se recuperase y Sofía no me convirtiese en una de las múltiples obras de arte que decoran su jardín, que solo una pequeña parte de mí, la Verónica que se encargaba de las cosas del día a día y que había desaparecido desde que había saltado de las gradas por primera vez, se había dado cuenta de que Roberto me había hecho caso y había desaparecido. Lo que no era capaz de averiguar era si aquello iba a ser algo bueno o malo.

Emilio miraba al chico, aunque puede que no con tanto interés como yo, ya que la colección de estatuas que adornaba el campo de fútbol no dejaban de captar su atención, y si bien ya había tenido sus escarceos con el submundo de las criaturas sobrenaturales de Barcelona, el museo de los horrores petrificados que le rodeaba era una lección demasiado dura y avanzada para él. No acababa de entender del todo qué había ocurrido, pero notaba en su mirada que se sentía responsable. Y lo era, a la vez que también era una víctima más del juego entre su agente y el Negociante. Además, su rostro mostraba cierta expresión de inocente ignorancia que podría exculparlo de delitos más grandes que un robo.

Álex abrió los ojos mientras ganaba color. Era evidente que la ambrosía le ayudaba a recuperar fuerzas y, al poco rato, volvía a parecer el chico de siempre.

—Gracias, Verónica —dijo al fin.

Era la primera vez que el chico me llamaba por mi nombre real y, en vez de

sentirme indignada porque no usase mi apodo, la pequeña parte de mí que había sido ignorada durante toda la noche, la que me recordaba que en el fondo yo no era más que una humana, sintió por primera vez orgullo.

Recogiendo los pedazos

Miraba al cielo y, gracias a la oscuridad del estadio, podía vislumbrar alguna estrella. No era lo mismo que cuando siendo solo una cría vivía en el pueblo con mis abuelos. Aquello sí que era un cielo estrellado, donde no había una porción de firmamento que no tuviese pequeñas motitas brillantes. Mi abuela me enseñó las diferentes constelaciones y las historias que contaban de ellas. Ni siquiera en mi desbocada imaginación de niña podía llegar a imaginarme que conocería a una gran parte de esas leyendas y que me liaría a puñetazos con más de una.

Miraba al cielo, hipnotizada por las estrellas, que aun a través de la fuerte contaminación lumínica de una Barcelona no tan lejana, se atrevían a aparecer. Miraba a las estrellas, y las más brillantes me decían dónde estaban las constelaciones y me indicaban dónde se situaban ahora mismo en el cielo las leyendas de las que me hablaba mi abuela.

Miraba al cielo porque mi cuerpo había dado el caso por cerrado y había decidido rendirse ante la evidente paliza sobrehumana a la que había sido sometido durante los últimos días desplomándose boca arriba en el césped. La ambrosía se disipaba; lo notaba tanto en el dolor que empezaba a darme pequeños y crecientes avisos por todo mi cuerpo como en el hecho de que las estrellas se difuminaban ante mis ojos.

Miraba al cielo y las veía desaparecer, tumbada en el césped, boca arriba.

Fuera lo que fuese lo que había en mis balas especiales, era capaz de drenar la energía que la ambrosía me había otorgado. Eso me hacía pensar que había algo en las tutti-frutti que ni siquiera yo sabía lo que era. Por lo visto la mujer me había dicho la verdad y el Negociante no solo me había copiado la idea, sino que la había mejorado. El muy cabrón parecía saber más que yo, lo cual me dolía más de lo que me gustaba admitir. Eso, y el agujero de bala en mi hombro. A partes iguales.

Miraba al cielo, que se emborronaba lentamente. Mi miopía volvía y mi cuerpo se daba cuenta de que no llevaba las gafas puestas. Mi mente no estaba tan despejada como antes. Recobraba mi humanidad a pasos agigantados.

Cerré los ojos y dejé de mirar al cielo; negué la visión de las leyendas. No tenía sentido seguir mirándolas si ya no pertenecía a ellas.

Volver a ser humana era una mierda monumental.

—¿Estás bien? —Por la voz deduje que debía de ser Emilio, el jugador de fútbol más alucinante y alucinado del país en este momento. Tuve que adivinarlo por su voz, no lo veía y ya no poseía los poderes divinos de observación que me daban pistas de mi entorno sin ni siquiera llegar a comprender cómo lo hacía. Además, seguía con los ojos cerrados—. Eh... No sé ni tu nombre...

—Se llama Parabellum —dijo la voz del que supuse que debía de ser Álex.

—Eres... eres la chica que ha contratado Carlos, ¿verdad? Me comentó algo de una detective, pero no me contó... —Emilio no sabía qué decir—. No me contó tanto sobre ti...

—¡Espera! —dijo Álex, mientras yo seguía siendo incapaz de moverme del sitio—. ¡Tú eres Emilio Gambeta, el futbolista!

—Sí... Bueno, yo... —se intentó defender el jugador, que no parecía muy

cómodo en su papel. Podía entender por qué.

—¿Qué... qué haces aquí? —gritó Álex, que no tenía claro si ir a por su arma o a por su álbum de cromos de la liga.

—Es muy... es complejo, pero creo que esto es en parte culpa mía...

Hubo un par de segundos de silencio, mientras Álex procesaba la información.

—¡Tú eres el que nos ha robado la ambrosía!

Yo me sentía cómoda y descansada en el sitio, pero había prometido que iba a rescatar a las dos personas que discutían y todos mis esfuerzos habrían sido en vano si se mataban entre ellos.

—Ha sido el Negociante —le interrumpí con voz ronca desde el suelo—. El mismo que le vendió las armas a tu dios Palico. Y que también le vendió la ambrosía a su agente. Emilio... Emilio no quería mezclarse en este asunto. ¿No es así?

—No. ¡Claro que no! —se defendió el jugador—. Me dejó de gustar cuando vi lo lejos que estaba llegando gracias a esa maldita... droga. Pero si llego a saber que, además, desencadenaría algo así... —Señaló el campo de batalla. —De verdad, yo no quería hacerle daño a nadie, tan solo deseaba jugar bien al fútbol...

Hubo un silencio incómodo. Álex no sabía si odiar a quien se había aprovechado de los poderes de algo tan sagrado para su pueblo como la ambrosía o si retarle a dar unos toques con el balón. Emilio guardó silencio, incapaz de decir nada más.

Yo, por mi parte, estaba muy cómoda en el suelo. Tal vez hubiese destrozos por todo el estadio y dos panteones distintos hubiesen sembrado el campo con estatuas, pero me daba igual. La mala de la película había sido eliminada, aunque hubiese sido ella misma la encargada de realizar el trabajo. La mercancía robada había sido recuperada y guardada en maletines que Emilio

se había encargado de bajar y apilar a mi lado. Las vidas de Álex y Emilio, salvadas. Mi cuerpo me exigía descanso y, solo con pensar en concedérselo, perdí la conciencia durante unos segundos. O minutos, no era capaz de asegurarlo.

El bajón de adrenalina y ambrosía me estaba pasando factura.

—Será mejor que no te muevas —dijo una voz lejana.

Recuperé la consciencia, casi alerta; durante unos segundos me temí lo peor, luego adiviné quién era la dueña de la voz y qué hacía allí.

—¿Sabes, Sofía? —dije todo lo socarrona que me permitía mi cansancio—. En otras circunstancias esa frase, viniendo de ti, sería una amenaza seria.

—En otras circunstancias no me alegraría de ver que aún eres capaz de replicarme —respondió con el mismo tono.

Podíamos tener nuestras diferencias, pero acababa de salvar la vida de su hijo y cualquier pequeño encontronazo anterior parecía ridículo.

—Beba un poco —dijo una voz a mi derecha.

Tardé algo más en identificarla, pero tan solo tuve que girar un poco la cabeza para reconocer a herr Fritjofson, que llevaba una cantimplora metálica con algún líquido en su interior.

Me acercó el recipiente, y no me resistí a beber. Noté el líquido bajar por mi garganta. Era refrescante y cálido a la vez, casi como una bebida alcohólica, pero suave al tragar, con un toque dulzón. Noté poco a poco una mejoría en mi cuerpo, y al dolor lo sustituyó una agradable sensación de adormecimiento. Dejé que el brebaje actuara durante un minuto antes de volver a coger fuerzas para seguir hablando.

—Es... Es zumo de las manzanas de iddun, ¿verdad? —pregunté entre toses—. Es lo mismo que me disteis en el spa cuando me atacó el minotauro.

—Es tan buena detective como dice Sofía, fru Guerra —respondió el nórdico, cuyas palabras hicieron que aquella cálida sensación se extendiese hasta mi ego—. Aun así, le dolerá; está rebajado con manzana normal. Una dosis demasiado fuerte puede resultar dañina para un mortal.

Decidí que no debía confesar en voz alta que había tragado un puñado de ambrosía hacía tan solo cinco minutos. Pero me apunté en mi agenda mental que tenía que averiguar cuáles eran los efectos secundarios de consumir alimentos destinados a dioses y criaturas inmortales. El cadáver de la agente podía ser un buen punto de partida.

—Ahora, Parabellum —continuó Sofía—, será mejor que te vayas. Nosotros nos encargaremos de... las nuevas estatuas. Serán devueltas a su estado normal y juzgadas por nuestra ley.

—Bien, gracias. Empezaba a preguntarme cómo iba a transportar más de diez toneladas de granito viviente. Sobre todo ahora que tengo el coche destrozado.

Sofía me dio la mano y me ayudó a levantarme. Puede que no pareciese mucho, pero en todo el tiempo desde que la conocía era el gesto más amable que le había visto jamás. Además, vi cómo en la comisura de sus labios se le dibujaba media sonrisa. Sofía se estaba conteniendo, pero sabía que, por dentro, deseaba agradecerme lo que había hecho.

—Descanse, fru Guerra. Cuando esté más reposada, hablaremos con usted. Lo que ha hecho por las dos mitologías es algo que no olvidaremos. Ha evitado usted una guerra.

—Y has salvado a mi hijo —dejó escapar la gorgona, incapaz de ocultar el alivio que sentía porque su querido Álex no se hubiese reunido demasiado pronto con Hades—. Tienes nuestro más eterno agradecimiento.

—Tan solo he hecho mi trabajo —respondí, echando a caminar junto a ellos.

—No sea modesta, fru Guerra.

—No es modestia —continué—. Es mi trabajo. Yo cobro por estas cosas.

Seguí caminando hacia el exterior de las obras poco a poco. Sofía y Fritjofson me habían asegurado sin dudar que su agradecimiento podría medirse en números en mi cuenta corriente. Los elogios, la fama, el ego, los agradecimientos... Todo eso estaba bien, pero había gastado dos cargadores de tutti-frutti, un coche, una runa defectuosa, un talismán, dos hechizos, tres pares de gafas y dos de costillas intentando evitar aquella guerra, así que esperaba que al menos el negocio fuese rentable.

Pasé al lado de Álex, que me miraba con cara de perrito lastimero.

—¿Te ha castigado tu madre? —pregunté con media sonrisa—. Por eso de irte a la guerra sin su permiso...

—¡Peor! —gritó, casi aterrado—. ¡Me ha dado un abrazo! ¡Nunca la había visto así!

Dejé escapar una carcajada, que logró que alguna de mis múltiples contusiones me recordase a patadas que seguía ahí.

—Gracias... —siguió el joven—. Por lograr que los detuviese.

—¿Por qué? —le pregunté, casi buscando volver a pincharle—. Creías que los dioses te guiarían hacia la ambrosía, ¿no? Peleabas por lo que creías...

—No... no... —Negaba con la cabeza, mientras intentaba casi convencerse más a sí mismo que a mí—. Peleaba por lo que me habían dicho. Nunca lo tuve claro, pero... los dioses no suelen equivocarse.

—Los dioses no son tan diferentes de nosotros, Álex —dije, señalando la estatua del Palico, que estaba petrificado con cara de terror—. ¿Ahora tienes claro que lo que has hecho es lo correcto?

—No. Ni mucho menos —respondió con media sonrisa el joven—. Pero al

menos ha sido decisión mía, no he dejado que otros lo pensaran por mí.

La conclusión a la que había llegado el joven me parecía la mejor respuesta posible, y no quería que se diese cuenta de que en el fondo había sido yo quien le había empujado a detener la guerra, así que cambié de tema.

—Hazme un favor, ¿vale?

—Lo que me pidas.

—Esa centaura de allí, la estatua que están metiendo en la furgoneta blanca, ¿la conoces?

—¿Eve? —El joven frunció el ceño—. Sí, es francesa, se unió a nuestro grupo hace un mes. ¿Por qué?

—Te doy diez euros por su número de teléfono —respondí con una sonrisa—. Es para un amigo.

Seguí caminando y arrastrando los pies, agotada, mientras veía cómo entraban varias furgonetas por la puerta que había derribado el minotauro. Reconocí el logotipo de la fábrica cementera de Sofía y también vi otros vehículos más pequeños con el logotipo del spa Valhalla. Pude observar también que las valkirias y los griegos cooperaban a la hora de cargar las estatuas en las furgonetas. Eran rápidos y efectivos, se notaba que no era la primera vez que hacían desaparecer pruebas de su propia existencia.

También distinguí en la puerta a Carlos y a Emilio, abrazados, viendo pasar las furgonetas y admirando el extraño espectáculo. Me miraron, casi sin inmutarse. Era difícil que algo te pillase por sorpresa cuando al fondo pasaba una furgoneta por cuya puerta asomaba la cabeza de granito de un minotauro.

—Tus amigos son peculiares, Verónica —dijo el presentador con una amable sonrisa.

—Deberías conocer a mis enemigos —le respondí.

—Gracias por... —comenzó Emilio—. Gracias por sacarme del agujero donde me había metido.

—Fuiste tú el que evitó que me disparasen —le apunté con un guiño.

Se hizo el silencio. Nadie sabía qué añadir.

—Creo que... son demasiadas emociones por hoy —dijo Carlos al fin—. ¿Quieres que te acerque a casa?

—Te lo agradecería, la verdad —respondí con una sonrisa más grande que mi propia cara en cuanto la imagen de mi comfortable cama cruzó por mi mente.

Echamos a caminar hacia la entrada sin abrir la boca, con el silencio de la gente que tiene tantas cosas que decir que prefiere no decir ninguna. Al llegar vi la moto de Carlos y el Aston Martin de Emilio aparcados. Puestos a elegir, prefería optar por el cómodo y caro coche. Mi hombro estaba más recuperado gracias al increíble brebaje de los nórdicos, pero todavía tenía una herida y me dolía con tan solo moverlo. No, un viaje en moto estaba descartado. Busqué a Emilio con la mirada. Estaba detrás de nosotros, contemplando sin poder creérselo cómo un par de valkirias llevaban en volandas a una tercera, esta de piedra. Emilio aún no acababa de procesar todo lo que ocurría. Debería mantener la Charla con él, si es que Carlos no se la había dado ya.

—Es increíble pensar que todo esto ocurra y nadie más lo sepa —comentó por fin.

—Saben guardar bien el secreto —respondí.

Al momento de acabar la frase me di cuenta de que había algo enorme e importante que estaba pasando por alto: Roberto.

Sin dar más explicaciones, eché a correr hacia donde se encontraban Sofía y herr Fritjofson, cojeando de una de las dos piernas: me dolían tanto que no pude averiguar cuál era la culpable.

—¡Sofía! —grité al acercarme. La gorgona dejó de observar a su pequeño

ejército de obreros y me miró con el ceño fruncido. No acababa de sentirse cómoda conmigo ahora que yo había visto su lado más irónicamente humano. Para ella era mucho más fácil odiarme—. ¡Sofía! Tenemos un problema. Hay un humano con una cámara de vídeo. ¡Creo que ha podido grabarlo todo!

Sofía se quedó mirándome, con el ceño aún fruncido, como si tratara de entender lo que le decía.

—Ah —pareció recordar—. ¡El humano de la cámara! Lo atrapamos mientras intentaba escapar.

La miré aliviada y asustada al mismo tiempo.

—¿Qué le habéis hecho? —grité.

Puede que hubiese discutido con Roberto y que hubiésemos roto, pero temía imaginar lo que era capaz de hacer Sofía con un humano que había grabado pruebas gráficas de su existencia.

—Está atado en una de las furgonetas —respondió aún confusa—. ¿Por qué? ¿Es tuyo?

Aún quedaban un par de horas hasta el amanecer, pero la noche era agradable. Llevaba la chaqueta puesta porque, tras el esfuerzo de los últimos días, el frío era una factura más que mi cuerpo tenía que pagar.

Estábamos sentados en las frías gradas de cemento. No mentían cuando decían que el nuevo estadio de fútbol iba a ser uno de los más grandes de Europa. Además, ayudaba que entre el público solo estuviésemos nosotros y el cadáver de Rosa. Por suerte, la mujer que solía ser la agente de Gambeta y solía respirar estaba lejos de nosotros, mientras esperaba a ser desincrustada de las gradas por los operarios que trabajaban para Sofía.

Tenían órdenes de destruir el cuerpo. Era una lástima, podría haber sacado algo de dinero de él; con tanta ambrosía en las venas, seguro que Antón

pagaría de buen gusto por aquel cadáver. Pero ahora mismo una de las prioridades de los dos panteones ahora mismo era destruir las pruebas de que todo aquello había tenido lugar.

Eso me recordó que aún tenía que encargarme de una de ellas.

Roberto miraba al infinito. No sabía si era peor dirigir la vista a las extrañas criaturas que destruían su actual percepción del mundo o a su ex, así que optó por no mirar a ninguna. Yo había convencido a Sofía de que lo desatasen y me lo dejaran a mí. No pertenecía al inframundo, era jurisdicción de Verónica.

No pude evitar que Parabellum le dijese a la gorgona que, si intentaba escapar, no dudase en petrificarlo.

—Lo siento —me atreví a decir al final.

Roberto giró la cabeza lentamente hasta que nuestros ojos se encontraron, y entonces pareció despertar de su embelesamiento.

—¿El qué? —se atrevió a preguntar.

—Siento haberte mentado, haberte ocultado quién soy, qué hago... —Tuve que hacer un esfuerzo más; no quería llorar y tener que darle la razón de nuevo.

—¿Esto es en lo que estabas metida? —dijo con el tono de voz de alguien que no está verdaderamente ahí.

—Sí. Monstruos, dioses, drogas, dopaje... Es mi día a día.

—¿Dopaje? ¿Gambeta?

Abrió los ojos como platos. Puede que unos seres mitológicos que solo existían en nuestra imaginación hubiesen entrado en batalla a pocos metros de nosotros... Sí, bueno, ¿por qué no? Pero la posibilidad de que hubiera dopaje en el fútbol era impensable.

Le dediqué una sonrisa sincera. Roberto, una vez más, era mi nexo de unión con el mundo de los humanos. Yo vivía en un mundo habitado por minotauros y

valkirias; Roberto me recordaba que existía uno normal, donde la mayor preocupación era el fichaje de un tío que es muy bueno dando patadas a una pelota. Era algo que necesitaba.

Pero yo ya había tenido esta conversación conmigo misma. Necesitaba recordarme que era humana, sí. Pero no a este precio. No podía seguir mintiéndole, no quería seguir utilizándole.

—Creo que te irá mejor sin mí, Roberto —admití en voz alta, mirando al suelo—. Te he hecho daño, te he mentido demasiadas veces. Yo solo quería tener una vida normal... pero era todo una farsa.

—No todo, Vero. Nos queríamos.

Le miré a los ojos de nuevo. Una gran parte de mi cerebro se dedicaba a ignorar con todas sus fuerzas las lágrimas que brotaban de mis ojos.

—Yo no. —Mi voz tembló—. Yo te utilizaba. ¿No lo entiendes? Había momentos en los que no sabía qué hacía contigo. —Roberto encajó la frase que le acababa de soltar como si fuese un puñetazo en la boca—. Sé que no quiero seguir mintiéndote, no quiero vivir con alguien solo porque me hace sentir normal. Es egoísta por mi parte.

—Pero ahora ya sé la verdad. Ahora sé quién eres, podemos empezar de nuevo. Ya no tienes que seguir ocultándome tu... —señaló a las criaturas que estaban acabando de retirar las extrañas estatuas— mundo.

Me pasé la mano por la cara y me levanté de mi asiento. Miré a Roberto con rostro serio, casi amenazante.

—Tú no perteneces a este mundo, Roberto. Estás mejor lejos de él, lejos de mí.

—¿En serio? ¿Quieres que me vaya y olvide todo esto? —preguntó sorprendido—. ¿Que me olvide de ti?

—Sí —asentí decidida. Era el momento. Yo sabía cómo iba a acabar esta conversación desde el principio y no tenía sentido alargarla—. Haz caso a tu

madre y olvídate de mí.

—Mi... ¿Qué cojones estás diciendo, Verónica? —estalló. Varios operarios le miraron de reojo; estaba claro que, aunque Sofía lo había dejado en mis manos, no dejaba de vigilarlo—. ¡Tú no llegaste a conocer a mi madre!

Lamenté haber destrozado mi teléfono y no poder enseñarle los mensajes; sin ellos iba a ser difícil de explicar. Pero daba igual, no necesitaba que me creyera.

—Se preocupa por ti, Roberto. Y tiene razón. No te convengo, tú necesitas a alguien que te cuide, que se preocupe por ti y que no te utilice. Alguien que te quiera...

—¡Mi madre lleva años muerta, joder!

—Y, aun así, no deja de recordarme que estarías mejor sin mí —respondí—. Debe de ser importante.

Roberto se quedó mirándome boquiabierto, incapaz de decir nada más. Los dos permanecemos muy quietos, incapaces de movernos, casi sin respirar. Teníamos asuntos en la cabeza más importantes.

—¿Qué...? —empezó, intentando buscar las palabras—. ¿Por qué... me cuentas todo esto? ¿Por qué ahora?

—Necesitaba decírtelo. Necesitaba pasar página. Demasiados secretos, demasiado tiempo. Prefería desahogarme ahora que da igual lo que te cuente.

Roberto levantó la cabeza. Yo apenas distinguía una borrosa sombra tras las lágrimas, pero adiviné la expresión de su rostro. Estaba asustado.

—¿Da igual? ¿Por qué?

Algo nuevo en mi vida

El coche era mucho más grande que mi viejo Seat pero, aun así, se dejaba conducir sin esfuerzo y era fácil de aparcar. Había tantas luces y botones repartidos por todo el interior que no había tenido tiempo de descubrir para qué servían, y aún no era capaz de distinguir si los pitidos que hacía al aparcar indicaban la distancia al coche de atrás, al de delante, o que me perseguía un misil teledirigido y tenía que activar las contramedidas. Pero estaba satisfecha. Gracias a los contactos de Carlos había conseguido un buen precio en un concesionario y había podido escoger el modelo con todos los complementos. Así que no descartaba que el detector antimisiles estuviese entre ellos; tan solo no había encontrado aún el botón.

Paré el motor con un suave y apagado ronroneo y apreté el freno de mano, que, en vez de activarse con un fuerte tirón de una palanca, se reducía a un insulso botón que había que presionar. Mi brazo derecho, añorando el gesto casi automático del freno, buscó algo nuevo que hacer, así que le di una palmadita al salpicadero para felicitar a mi nueva adquisición por su excelente trabajo. Me hubiera gustado prometerle a mi nuevo coche que no lo sometería al mismo tratamiento de choque que a mi anterior vehículo pero no quería empezar otra relación mintiendo de nuevo, aunque esta fuese con un coche, así que me limité a darle otro par de palmaditas.

Me bajé y me permití volver a mirarlo. Era grande y negro, casi

amenazador, y eso me gustaba. No era del todo un todoterreno, ya que no era lo más apropiado para mi trabajo en ciudad, pero sí que era una pequeña mole todocamino, capaz de perseguir centauros campo a través, guardar hasta dos cadáveres en el maletero e incluso derribar a un minotauro pequeño. Además, se aparcaba fácil. Parecía diseñado para mí.

Una vez fuera, apreté el botón de la llave para cerrarlo y me apoyé en su lateral. Me quedé allí tras mirar la hora en mi móvil un par de veces, intranquila.

Estábamos a principios de septiembre y aún se notaba el calor del verano. Me quité la chaqueta para aprovechar los rayos de media tarde que todavía calentaban. Dejé que el agradable sol me diese en la cara.

A pesar de que ya habían pasado un par de semanas desde el incidente en el estadio, mi cuerpo aún estaba resentido. Tenía un sinfín de moratones y cicatrices que me sentía incapaz de catalogar, y eso sin tener en cuenta la herida de bala de mi hombro, que, gracias al poder de la ambrosía y el brebaje de las manzanas de iddun, no parecía más que una herida superficial debajo de la venda.

Pero lo peor no eran los dolores ni las heridas... Estaba más o menos acostumbrada. Además, tenía cita en el spa dentro de una hora, cortesía de herr Fritjofson. Los dolores bien merecían la pena si después recibía una sesión gratuita de buenas artes por parte de las valkirias, sobre todo tras haber recibido un par de sesiones de sus malas artes. Lo peor, o lo más duro, era la extraña sensación de que me faltaba algo. De que mi cuerpo tenía una nueva necesidad no satisfecha. Tras el subidón extremo de la ambrosía, tras el cálido abrazo de las manzanas de iddun, mi cuerpo las echaba en falta. No sabía qué contenían o cómo funcionaban en mí esas sustancias divinas, solo que las había probado y ahora, incapaz de reproducirlas por su cuenta, mi organismo las echaba de menos. Si no fuese una tontería, habría dicho que tenía mono.

Roberto salió del portal de la casa que hasta hacía dos semanas había compartido conmigo y me sacó de mis pensamientos. Sonreía, con esa sonrisa que hacía menos de un mes me alegraba y que hoy me entristecía. Sus ojos se cruzaron con los míos.

El encuentro de miradas duró una pequeña porción de segundo. Ni siquiera estaba segura de si me había mirado a mí o al coche en el que me apoyaba, a pesar de vigilarlo con atención tras mis gafas oscuras. Roberto se arremangó la camisa y empezó a caminar en mi dirección.

Ya me había despedido de él, ya había pasado página. Pero había algo que tenía que averiguar, y por eso yo estaba allí, viendo cómo se acercaba.

Pasó de largo sonriendo, sin mirarme. No se percató de que estaba allí, o, si lo hizo, no me prestó la menor atención. Ya había averiguado todo lo que necesitaba saber.

Antón estaba tan agradecido de poder volver a Barcelona sin que ni el marqués ni yo le intentásemos matar que no dudó en ayudarme en cuanto se lo pedí. Entró en la cabeza de mi ex con su poder de sugestión y, bajo mi atenta mirada, se dedicó a limpiar todos los recuerdos que podían ser una información peligrosa en la cabeza de alguien con torpes pero fervientes inquietudes periodísticas. Tras asegurarse de que no suponía ningún peligro, los griegos lo dejaron marchar. Para Roberto, los mitos y leyendas volvían a ser eso, mitos y leyendas. Y yo entre ellos.

Podría haberle pedido que solo le borrara los últimos días de la mente, incluso que Roberto siguiera conmigo y nunca tuviera curiosidad por mi trabajo. Joder, podría haber pedido que cacareara como una gallina cada vez que oyera un solo de batería. Pero no tenía sentido. El problema, como le había dicho a él mismo, no era Roberto. Era yo. Yo no estaba preparada para contarle mis secretos y, por lo tanto, no lo estaba para una relación con él. No quería un parche temporal para algo que ya estaba condenado desde el

principio. No, tenía que arrancar la tirita de un tirón.

Me quedé apoyada en mi coche, sumida en mis pensamientos, mientras mi ex se alejaba. Antón había hecho un buen trabajo y Roberto había logrado olvidarse de mí con una facilidad que envidiaba. Llegué a pensar en pedirle que me hiciera el mismo favor a mí pero, tras mi encuentro con el marqués, no me fiaba del vampiro.

Volví a subirme al vehículo. Había quedado con Carlos y Emilio; aún tenían cosas que contarme. Pero antes tenía que pasar a buscar a Arancha. Quería llevarla al spa y hacía un par de horas que la había llamado para avisar de que la pasaría a buscar. Y quería alejarme de allí.

Arranqué el motor y vi cómo Roberto doblaba la esquina y desaparecía. Me costó no pensar que sería la última vez que lo vería.

Pero le mentía, y no podía seguir con él.

Le mentía constantemente.

Incluso llegué a decirle que no le quería.

Se aparcaba bien con mi nuevo coche, estaba claro, pero aun así esto seguía siendo Barcelona, y encontrar un hueco en según qué zonas era complicado hasta con un coche que estacionase de lado. Me sentí afortunada cuando encontré un sitio a solo cinco manzanas del consultorio de Arancha. Trasteé con la llave un par de veces hasta asegurarme de que estaba bien cerrado. Era un coche grande y fuerte, sí, pero también era nuevo.

Llamé al timbre y nadie respondió. Insistí un par de veces y, al final, la voz de Arancha me contestó.

—Consultorio Astrológico de Doña Lola de... María —respondió Arancha con su voz melodiosa—. ¿Qué desea?

—Si no lo sabes es que no eres tan buena como dices —bromeé.

Arancha no se rio; más bien se quedó callada, me pareció que hablaba con alguien.

—¿Tienes pensado abrirme o no, Ari? No querrás llegar tarde.

—No creo que... pueda ir.

—No seas tonta y abre la puerta. Sabes que forzaré la cerradura si es necesario —dije con una sonrisa.

—Sí, sí, claro... —contestó tras unos segundos de pausa.

El zumbido de la puerta fue todo lo que recibí como invitación a entrar, y cuando llegué a la entrada del consultorio mi amiga me esperaba fuera de su despacho, con la puerta casi cerrada. Aquello me olía raro, y no solo por el incienso.

—Parabellum —dijo Arancha con su exótico acento sureño. Parecía nerviosa—. ¿Qué haces aquí?

Me quedé mirándola un momento, con rostro serio.

—¿Estás con alguna cliente? —pregunté, escudriñándola con la mirada.

—Sí, sí. Claro —respondió demasiado rápido.

Había pocas personas que mintiesen tan mal como acababa de hacerlo. Y yo sabía que, tras tantos años de pitonisa, Arancha no era una de ellas.

—¿Crees que nos oye? —pregunté en confidencia.

Arancha miró hacia atrás, nerviosa, y volvió a mirarme.

—No, no creo —descartó con su meloso acento—. ¿Necesitas algo? Estoy un poco liada...

Arancha era más alta que yo, casi me sacaba una cabeza, pero la agarré por el cuello con una mano y casi conseguí levantarla unos centímetros, mientras la estampaba contra la puerta, que se abrió con el impacto.

—¿Cómo me llamo?

—¿Qué? —gritó la chica, sorprendida—. Parabellum, ¿te has vuelto loca?

Yo nunca la llamaba Lola de María, ella nunca me llamaba Parabellum.

—Tu acento.

—No sé de qué hablas.

Fuera quien fuese el ser que estaba en el cuerpo de mi amiga no entendía lo que le decía y cambiaba confusamente de acento, pasando del falso sureño a uno más neutro. En ningún momento había empleado el deje natural vasco de Arancha.

En ese momento, del interior de una de las habitaciones del consultorio salió Mateo, nuestro cliente de la casa con la mancha en la pared, quien gritó al verme apretarle el cuello a mi amiga.

—¡Raquel! —dejó escapar, mientras se dirigía hacia mí.

Mis sospechas se confirmaron, así que saqué la bolsita de sal de frutas que había rebuscado dentro de mi bolso y se la planté en la cara a mi amiga, que despertó al momento.

Mateo vio cómo la verdadera Arancha despertaba, confusa, mientras yo le soltaba el cuello, y entonces el hombre frenó en seco.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi amiga, resoplando y estornudando.

—Puedo explicarlo. Yo... —empezó Mateo.

—Déjame explicarlo a mí —le interrumpí.

Había cerrado el asunto del minotauro sin tener opción de usar el único de los clichés que me gustaba del género de detectives: explicar el caso en voz alta delante de los culpables. Si no me lo quitaba de encima, sabía que me quedarían las ganas de hacerlo en mi cabeza, como la sensación que me dejaba mi diminuto freno de mano. Era pura inercia.

—Mateo ha llegado a un acuerdo con su fantasma acosadora, que parece haber vuelto. Arancha, te ha pedido volver a contactar con ella, ¿verdad? Pero, una vez que Raquel acudió a la llamada de su amado, los dos llegaron a la conclusión de que era mucho más fácil si ella se quedaba en tu cuerpo. Raquel podría volver a estar al lado de su amado y Mateo tendría a una mujer

que le adoraba, en el cuerpo de otra que él adoraba, a juzgar por las miradas que te había dedicado. ¿Lo he hecho bien?

—Sí. Quiero decir... ¡no! —balbuceaba Mateo, asustado—. No es eso. ¡Yo no haría algo así!

—Llevo el sujetador desabrochado —comenzó Arancha, mientras se palpaba el pecho, alarmada. Lanzó una mirada, que nada tenía que envidiar a las que arrojaba Sofía, a su cliente, que se puso colorado y se empezó a hacer pequeño—. ¡¿Por qué cojones llevo el sujetador desabrochado?!

El acento vasco de Arancha había vuelto y, por la cara de Mateo, estaba claro que imponía respeto.

—¡No hemos llegado a hacer nada! Tu amiga nos ha interrumpido. ¡Lo juro!
—¡Ibais a hacerlo con mi cuerpo!

Mateo decidió hacer lo más inteligente que había hecho hasta el momento: cerrar la boca. Pero ya era tarde: los ojos de Arancha se encendieron con un brillo que nunca había visto antes y todas las luces de la casa parpadearon.

No me habría gustado estar en su cuerpo.

—No me gustaría estar en su cuerpo —le dije a Arancha, mientras ella ajustaba el asiento del copiloto de mi nuevo coche.

—Pues el fantasma de Raquel parecía muy contento allí. No me costó nada ligar su espíritu a la mente de Mateo. No lo habría logrado si ella no se hubiese dejado.

—No sabía que pudieras hacer eso —contesté, al tiempo que arrancaba y disfrutaba del suave sonido del motor.

—Yo tampoco estaba segura, la verdad —confesó—. Nunca lo había intentado. Ha sido el calentón del momento.

—Entonces ¿ahora ella estará siempre en su cabeza?

—Veinticuatro horas al día. Podrá oírla y, lo que es mejor, no podrá dejar de hacerlo.

Sentí un escalofrío. Quise pensar que era el chorro de aire acondicionado que se acababa de activar, pero era más probable que fuese la idea de tener a una persona en tu cabeza constantemente, sin poder huir de ella.

—Se volverá loco en menos de un mes —comenté sin darle apenas importancia.

Ya había cobrado y Mateo no se había ganado mis simpatías. Su cordura me importaba tan poco como el mosquito que acababa de estamparse contra mi parabrisas.

—Nah, el espíritu de Raquel estará atrapado en el plano terrenal hasta que consiga superar su estúpido enamoramiento de ese tipejo. Viendo el interior de su cabeza, en menos de una semana se habrá hartado de él y habrá desaparecido.

Sonreí. Una semana con su acosadora dentro de su cabeza. Lo único que lamentaba era no haberlo grabado.

—Entonces ¿está bien el spa donde me llevas? —preguntó, cambiando de tema—. ¿Hacen masajes?

Recordé la paliza que me había dado la valquiria hacía solo un par de semanas.

—Oh, sí —respondí riéndome—. De los buenos.

Vi el coche de Emilio en el aparcamiento subterráneo del spa. Decidí estacionar lejos; el mío era nuevo, pero no quería ponerlo al lado de un Aston Martin. En comparación, no habría diferencia alguna con la chatarra que ahora era mi antiguo Seat.

Me costó volver a coger el ascensor y dejar mi nuevo vehículo en el mismo

aparcamiento donde su antiguo compañero había dado su vida por mí. Pero la sesión de masaje me esperaba, y aún no le tenía tanto cariño.

—¡Arancha, cielo! —respondió Carlos en cuanto llegamos a la recepción.

Tanto él como Emilio llevaban bata, por lo que deduje que su sesión de spa ya había empezado. No pude dejar de observar que iban agarrados de la mano y tampoco pude evitar una punzada de envidia.

Estaban sonrientes y eufóricos, y aunque esto no era extraño en Carlos, aprecié la sonrisa en la cara de Emilio como toda una novedad.

Emilio, por supuesto, había devuelto toda la ambrosía, y quizá fuese por la fascinación divina que había despertado, pero los griegos aceptaron mi versión de la historia en la cual él no era más que una víctima. Y ahora, además, ayudaba el hecho de que tenía el aspecto de una. El efecto de la ambrosía estaba desapareciendo y, aunque su aspecto físico era el mismo, ya no proyectaba ese aire de superioridad que desprendía casi sin querer. Emilio ya no era un dios, y eso saltaba a la vista.

No era solo que hubiese cortado el consumo de ambrosía, sino que la gente de nuestra época era capaz de crear dioses y adorarlos en cuestión de un mes, pero también de olvidarlos en menos de una semana. Y eso era lo que había ocurrido con el jugador.

Tras el incidente del estadio se destaparon asuntos muy jugosos acerca de la exagente de Gambeta. No había vendido al jugador a un club, sino a cinco a lo largo y ancho de toda Europa. La cantidad de dinero que se había embolsado solo en adelantos era suficiente para comprarse un chalet en las oficinas centrales del Banco de España.

En el momento, yo había creído que su intento de asesinato del futbolista era algo improvisado, pero, por lo visto, formaba parte de algo planeado. Rosa ya había cobrado, y tenía el dinero y la ambrosía, así que pretendía fugarse con todo. Su plan inicial había sido hacerlo además con su representado como

amante, pero había algo con lo que no había contado: el amor de Emilio por Carlos. Rosa quiso hacer el intercambio con el Negociante en un sitio apartado para librarse del jugador en cuanto tuviera el resto de la ambrosía. O quizá fue un simple arranque de celos. Nunca lo sabría: Rosa no estaba para responder preguntas.

Y no era porque no hubiera gente detrás intentando hacérselas. Las fuerzas policiales y periodísticas, en igual número de tropas, trataban de localizarla. No iban a tener suerte: los griegos y los noruegos se habían encargado bien de eso. A lo mejor si probaban con una ouija tendrían mejor fortuna, aunque creo que los mitos también habían cubierto esa posibilidad.

Aprovechando el escándalo de su agente, Emilio anunció su retirada «al sentirse objeto de turbios tejemanejes». No fue una decisión fácil, pero en su situación tampoco era algo del todo voluntario. Tras el anuncio perdió la adoración de millones de seguidores y, con ello, su divinidad.

Aunque no perdió la veneración de todos. La prensa rosa empezaba a hacerse eco de la relación del exfutbolista Emilio Gambeta con el famoso presentador de variedades Carlos Armesto. Las noticias y exclusivas volaban con la velocidad del rumor, y su cara había dejado de aparecer en los programas de deportes para salir en los del corazón. Emilio no se había retirado, solo había cambiado de profesión.

Además, el jugador estaba contento de alejarse de su época bajo el control de Rosa. No soportaba la idea de cómo había llegado hasta donde había llegado, y para él suponía un sincero alivio poder dejar todo eso atrás. Gambeta solo quería estar con Carlos y, a juzgar por las sonrisas de ambos, el sentimiento era mutuo. Eran felices tal y como estaban las cosas.

—¿Qué tal estás, Emilio?

—Tengo que confesar —respondió con una sonrisa cansada— que estoy peor que cuando entré.

—¡Oh, herr Gambeta! —dijo, socarrona, la grave voz de Fritjofson, que apareció detrás de nosotros—. Por favor, no diga eso delante de un periodista, o me hundirá el negocio.

Fritjofson lucía también una de las batas del spa. Que fuese el gerente no le quitaba de ser un antiguo guerrero caído en combate que merecía el mejor trato posible por parte de sus valkirias. Lo que más me llamó la atención fue ver que Sofía aparecía detrás de él, ataviada con una bata similar. Eso confirmaba mis sospechas y debió de reflejarse en mi cara, por la mirada de furia contenida que me dedicó la gorgona. Al menos esto hacía más creíble los negocios y la buena relación que existía entre los dos panteones.

—Es normal que se sienta así —apuntó Sofía—. Su cuerpo aún está intentando expulsar la ambrosía, lleva muchos meses consumiéndola y piense que sus efectos son muy parecidos a los de una droga. Si no le siguiésemos dando una pequeña dosis cada día para hacer más fácil que abandone su consumo, su cuerpo estaría mucho más débil.

—Me está diciendo que estoy pasando el mono, ¿verdad?

—Básicamente, herr Gambeta. Básicamente —comentó con tono casi condescendiente el gerente—. Es un pequeño castigo por haber consumido el manjar de los dioses.

Emilio asintió. Se notaba aún feliz por haberse alejado de su turbio pasado y por haberse acercado a Carlos, pero todavía emanaba cierto sentimiento de culpa.

—Bueno —dejó caer Arancha, cambiando de tema—. ¿Dónde es ese masaje?

Arqueé la espalda y, por primera vez en mucho tiempo, ninguna vértebra decidió llamar mi atención a base de chasquidos. Era increíble pensar que las

mismas manos que podían lanzarme de un lado a otro del aparcamiento del edificio donde me encontraba fueran capaces de dar una de las mejores sesiones de masaje que había recibido en toda mi vida. Me sentía mucho mejor, y mis músculos y huesos, después de casi un mes, habían acordado concederme una tregua.

Pero había algo más, y, ahora que mis dolores parecían haberse apaciguado, ese algo peleaba por captar mi atención. Y lo estaba logrando. Era el motivo por el que ahora me encontraba en el exterior del aparcamiento mientras el resto de mis compañeros se relajaban en el bar del spa.

Mi mano, con el mismo instinto que aún me empujaba a tirar de la palanca del freno de mano, buscó nerviosamente un paquete de cigarrillos en el interior de mi chaqueta. Un paquete de cigarrillos que hacía más de tres años que no estaba allí. Sin embargo, seguía buscando algo. Mi mano era lista e identificaba la sensación que recorría mi cuerpo. Necesidad.

El sonido de una motocicleta me sacó de mis pensamientos y noté que un joven aparcaba a mi lado.

Álex se quitó el casco y me miró, casi enfadado.

—¿En serio no había otro sitio donde quedar que en el puto spa de los nórdicos?

Puede que al final la guerra no hubiese estallado, pero Álex aún guardaba cierto resquemor hacia todo lo que oliese a fiordo.

—No pasa nada, la cámara solo graba el interior del aparcamiento —le tranquilicé—. ¿Has podido traerlo?

—Sí. —Me miró serio. No parecía muy contento—. No es mucho, y no pienses que esto se va a convertir en una costumbre. Lo hago por lo que has hecho por mí... por nosotros.

—No te preocupes, soy consciente de la ironía que tiene robar algo que hemos recuperado, pero es solo un poquito, estoy convencida de que ahora

tenéis más que de sobra.

Álex aceptó cabeceando a regañadientes. Hizo aparecer una bolsa del maletero de su moto, que me entregó, y a cambio le di un pequeño montoncito de billetes con una mano temblorosa. Álex no pareció darse cuenta y se limitó a contar los billetes.

—¿Qué dirían tus padres si te viesan traficando? —pregunté con un tono que mezclaba humor y decepción a partes iguales.

—Mi madre estaría orgullosa de ver que tengo espíritu emprendedor —respondió Álex, mientras metía el puñado de billetes en su cartera—. Mi padre nos abandonó antes de que lo conociese, así que por mi parte puede decir misa.

Me quedé mirándolo fijamente, y tanto él como su áspid me devolvieron la mirada. Nunca había oído hablar de su padre ni le había preguntado por él hasta ahora, y su revelación me hizo contemplarlo desde otro ángulo. El áspid pareció adivinar mis intenciones y volvió a ocultarse en el pelo rubio del chico. El sol se reflejaba a su espalda, destacando aún más la claridad de su cabello. Durante una décima de segundo pude verlo: el rubio platino, el mismo mentón...

Dejé escapar una sonrisa. Al parecer las buenas relaciones entre nórdicos y griegos existían desde hacía más tiempo de lo que creía.

—¿Qué miras? —preguntó el chico, mientras se volvía a poner el casco y subía a su moto.

Negué con la cabeza. El joven se encogió de hombros y arrancó la moto. El petardeo del motor empezó a resonar por todo el lugar y, poco a poco, se fue apagando, dejándome sola y en silencio.

Pero, a pesar de la tranquilidad reinante, mi mano seguía nerviosa, casi temblando. Necesidad. Palpé la bolsa que me había entregado Álex, sin atreverme a mirarla. Sabía lo que había dentro, Álex no tendría huevos de

engañarme: ambrosía.

Una pequeña parte de mí sabía que estaba cometiendo una estupidez, una locura. Verónica sabía lo mucho que me había costado dejar de fumar, sabía lo difícil que sería dar marcha atrás. Pero otra voz, una que estas últimas semanas había empezado a tomar el control, respondía que no era algo negociable.

El poder de la ambrosía, que había paladeado durante los pocos minutos que duró mi enfrentamiento con Rosa, se había aferrado a mi memoria con miles de pequeñas garras que se hacían más fuertes a cada momento que pasaba. Durante esos minutos me sentí como una diosa, como la leyenda que Parabellum comenzaba a ser en el inframundo. Sentí el poder que justamente merecía.

Mi mano, casi sin consultarme, introdujo en mi boca la ambrosía, cuya calidez casi alcohólica comenzó a propagarse por mi garganta y a llegar a todas las partes de mi cuerpo. Noté cómo las opresivas garras del recuerdo se soltaban y me sorprendí de lo fuertes que se habían hecho en este tiempo, sintiendo aliviada cómo me liberaban. Y cómo liberaban algo dentro de mí.

La diminuta voz en mi interior que intentaba avisarme del peligro calló ahogada en la ola de poder y cálida placidez con que la droga arrasaba mi interior.

La patética voz de Verónica en mi cabeza pareció callar de una vez por todas. No la necesitaba, ni tampoco a Roberto, ni la falsa sensación de normalidad. No necesitaba nada de mi vida.

Solo el poder de la ambrosía y algún imbécil contra quien poder usarlo.

Agradecimientos

A Elena, la musa que me inspira a escribir y, sobre todo, a vivir aventuras. Por ayudarme, por corregirme, por apoyarme, por levantarme y por todo lo que haces todos los días. Contigo es muy fácil ser feliz.

A Isaac, por ser la madre de Verónica y ser el primero en darle aspecto. ¡Mira qué mayor se nos ha hecho! Y a Diego, por ser el primero en adoptarla en su fanzine.

A James Stapleton, que fue el primero en enfrentarse a todos los porqués mal escritos. ¡Nos veremos en Hisperia!

A El Librero del Mal, por no hacer honor a su nombre, y por ser el engranaje más gordo de la industria literaria que he visto en mi vida. Y por no cobrarme (aún) todas las cervezas que le debo.

A Natalia, porque el que sea tu trabajo no le quita mérito a todo el esfuerzo y las ganas que le has dedicado.

A Ricard, por sus valiosos consejos y por enseñarme las tripas del mundo editorial.

A todos los lectores de prueba que se leyeron la novela antes de estar presentable. Eric, que me llevó a un club de tiro y me enseñó sobre armas más de lo que legalmente debería saber. Arroyo y Pau, por evitar que Parabellum fuese demasiado perfecta. Javi, que me dijo que los Seat usan rosca de luces, no palanca. A Samuel y Cristina, por las fotos, los consejos, los cafés y por hacer que mi trabajo sea entre diez y diecisiete veces más fácil. Marcos, Alicia, Olga, Laura y Paula, porque no sois conscientes de la seguridad que

me habéis dado en tiempos de duda con vuestra sinceridad. Y a algún lector que me haya olvidado mencionar, por no matarme...

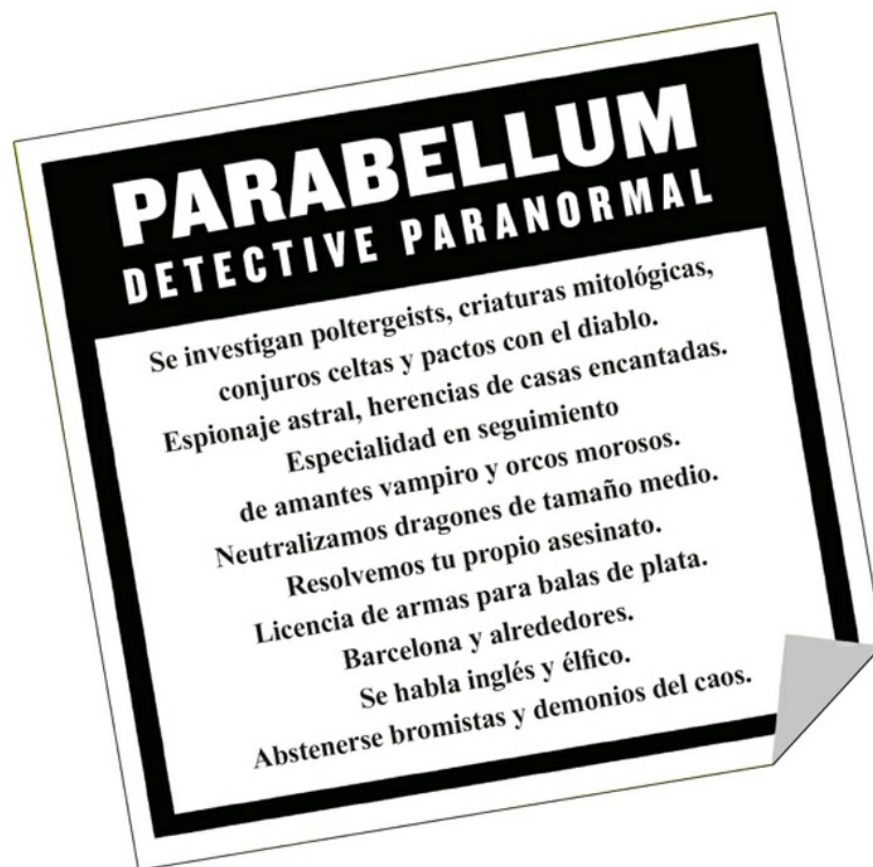
Y un agradecimiento especial a mis lectores. Tanto los nuevos como los fieles de toda la vida. Quiero que os sintáis parte importante de esta novela. De verdad. Sin vosotros no podría escribir, dibujar, no podría dedicarme a lo que me gusta y volcar todo mi esfuerzo y cariño en ello. Sin vosotros, Verónica no existiría.

Sois los mejores lectores que podría pedir. Espero seguir dándoos lo que mejor sé hacer durante mucho tiempo.

SOY VERÓNICA GUERRA, ALIAS PARABELLUM.

Soy a quien llamas cuando la chica de la curva te ha robado el coche. Soy a quien recurre el hombre del saco cuando un extraño se mete en su casa. Soy a quien necesitas cuando descubres una cabeza de unicornio en la cama.

Soy detective paranormal y me enfrento a diario a los sucesos más extraños que puedas imaginar. Pero acabo de encontrar el cadáver de un dios griego en el maletero de mi coche. Y hasta yo tengo un límite.



Sergio S. Morán (Reus, 1984). Asturiano de adopción, estudió Ingeniería Informática aunque pronto cambió el mundo de los ordenadores por el de los dibujos. Ha trabajado como guionista en las revistas *El jueves* y *Orgullo y Satisfacción*. Es uno de los pioneros del cómic online en España y creador de *¡Eh, tío!*, que cuenta con más de diez años de trayectoria. También es guionista de *El Vosque*, una historia sobre hadas borrachas y asesinatos que ha enganchado a miles de lectores tanto en digital como en papel.



@ehtio

Edición en formato digital: mayo de 2016

© 2016, Sergio Sánchez Morán

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Ilustración de portada: © Oriol Vidal

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15831-98-3

Composición digital: M.I. maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

El dios asesinado en el servicio de caballeros

1. Café con sangre
2. Ingratos recuerdos
3. La familia Cantero
4. Doña Lola de María
5. Mis mejores balas
6. Una nariz de ventaja
7. Momentáneas escenas de sexo
8. Huellas de pisadas, muertos vivientes y otros clichés
9. Digno de dioses
10. Muerto en combate
11. Vida normal
12. Espiritismo 2.0
13. Prepara la guerra
14. La peor bailarina del lugar
15. La doncella del marqués
16. Todo el mundo quiere a la detective
17. El mayor templo del mundo
18. El campo de batalla

19. Intervención divina

20. La pistola traidora

21. Recogiendo los pedazos

22. Algo nuevo en mi vida

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos